

AQUELLA NOCHE EN EL HOTEL.

GEORGIA ESQUIRE



CAPÍTULO 1

JUEVES 12 de abril, 4:00 AM:

~~Querido único elemento en el que puedo desahogar mi ansiedad hasta que encuentre una receta de Diazepam diario:~~

Ehm... ¡Hola! ¿Qué tal? Espero que todo bien.

Pero bueno, a ver, yo también parezco un poco imbécil. ¿Cómo vas a estar? Eres una libreta un poco roída que me venía de regalo con la VOGUE que he comprado en el aeropuerto.

Vale, tal vez no son formas. Perdona, querido diario. Pero entenderás que hace tiempo que no me dedicaba a hacer estas ñoñerías, y aún no tengo del todo claro cómo hablarte.

Claro, espera, que será mejor que empiece a presentarme. Porque puede que ahora pienses que tengo catorce años y eres mi vía de escape para reponerme de mi atormentada vida porque ~~oh-nadie-entiende-la-intensadureza-de-que-Adrian-Plinés-no-me-haya-devuelto-la-perdida~~ (ya te contaré, tenemos tiempo). Pero no, lo siento. Estás aquí para escuchar algo mucho más adulto y serio. Tengo 29 años, hace tiempo que los *shorts* vaqueros quedan ridículamente ocultos entre los pliegues de mi muslo y mis cartucheras, y mi tormento por Adrian Plinés se acabó evaporando entre conversaciones del *messenger* con nuevas ~~víctimas-conquistas~~.

Entonces, ¿para qué me necesitas? -Se preguntarán tus páginas color crema entre suspicacias e incertidumbre.

Oh, querido diario. Eso es una larga historia.

Pero bueno, supongo que al final del día para eso te estoy usando. Para contarte. Toda la historia.

Tal vez todo fluirá mejor si contradigo las lógicas narrativas y empiezo por el final:

Hace solo media hora, estaba tirada en el suelo de este minúsculo y mugriento —recuérdame que lo ponga en TripAdvisor —baño de hotel, pensando que iba a morir. Y una parte de mi se sentía aliviada por ello.

He llegado al baño sin poder respirar. No podría describir esa agónica sensación de otra forma: Me dolía el pecho y sentía que cada bocanada de aire que intentaba aspirar era mínima y dolorosa. No había oxígeno. Mi tráquea se había congestionado y todo lo que salía de mis expiraciones era un rebuzno

ahogado. Era incluso peor que aquella vez que no pude bajar la velocidad de la bici en clase de *spinning* y me vi obligada a seguir el ritmo del profesor.

Si nada de lo de esta noche hubiese pasado y mi vida siguiese siendo normal, lo primero que habría hecho habría sido abalanzarme por las escaleras y llegar hasta recepción para pedir que llamasen a una ambulancia. Pero no podía hacerlo. No podía echar a perder el plan y sobre todo, sobre todo, no podía despertar a Martí con mis aspavientos de foca asmática.

Así que he tenido que comportarme como una adulta cabal y responsable y buscar los síntomas en Google.

Después de descartar dos trastornos prácticamente mortales he decidido decantarme por el que más sentido tenía y autodiagnosticarme ansiedad.

Y así ha sido como he llegado hasta aquí, buscando videos sobre meditación y técnicas de relajación, creyendo ciegamente a esa relajante voz argentina que me sugería “empezar a escribir un diario, para volcar en él todas las losas que pesan sobre tu conciencia y canalizar tu culpa hasta convertirla en una fuerza empoderadora”.

La verdad es que estoy algo más distraída desde que he empezado a garabatear mi vida sobre tus páginas, pero puede que sea porque hasta ahora he estado abstraída y aún no he llegado a contarte. Lo que te tengo que contar.

En fin. Supongo que tendrás bastantes preguntas. Qué hago en un hotel. Qué es lo que me ha provocado un ataque de ansiedad. Quién es Martí y por qué hemos acabado compartiendo cama esta noche. Qué cómo puede ser que alguien tan atractiva y cautivadora cómo yo haya necesitado alguna vez clases de *spinning*.

Bueno, allá vamos. A explicártelo todo. Supongo que hasta que no lo tenga todo por escrito tus habilidades “empoderadoras” no harán efecto, así que será mejor decirlo todo el golpe. Venga, así a modo de resumen informativo:

Voy a tener que hacer ver que me he liado con mi jefe. Aunque no nos hayamos liado-liado. Pero tiene que parecer que sí. Porque al parecer es la única coartada que se nos ha ocurrido para que nadie nos implique en un homicidio. Porque es algo que podría pasar. Porque tengo un cadáver escondido en el armario de mi habitación de hotel. Bienvenido a mi vida :D!

CAPÍTULO 2

JUEVES 12 de abril, 6:00 AM:

Querida libreta que alguien de VOGUE diseñó sin pensar que acabaría siendo el confesionario de una cómplice criminal:

~~Me gustaría empezar esta nueva entrada con un mensaje amoroso a la Youtube *mindfulness* que aconsejaba que los problemas “flúían” mejor si estaban por escrito: VETE A TOMAR POR C***.~~

Holi, diario. ¿Qué tal? Yo por mi parte, dos ataques de ansiedad y una botella de Vodka del mueble bar después, podría concluir que un poco mejor que antes.

Oh, Abril, me preguntarás con un deje de preocupación, ¿cómo puedes estar mejor? ¿Es que acaso te has emborrachado un poco?

Por favor, querido diario, ¿cómo puedes pensar eso de mí? Simplemente te he confesado que he tenido conductas un poquito criminales, ¿por ese simple hecho ya te crees con derecho a prejuzgarme y pensar que me he lanzado a los brazos de la bebida para superar todos mis problemas vitales?

Bueno, pues baja los humos, maja. No me he emborrachado un poco.

ME HE EMBORRACHADO MUCHO.

Muahahaha. Ay. Tal vez no ha sido buena idea. Oh dios mío, claro que no ha sido buena idea. ¿Y si ahora hago alguna estupidez y arruino el plan? Martí me mataría. Creo que he llamado a mi madre. Joder, ¿en serio?

Acabo de mirar el móvil y de momento no he llamado a nadie. Vale, lo voy a esconder, ahora vuelvo.

Vólcaraé todas mis preocupaciones en ti para evitar caer en la tentación de llamar a Papá para decirle que vaya compilando dinero para la fianza.

Puede que ahora sea el mejor momento para hablarte de Martí. No sé si podría hacerlo sobria.

Martí Camps es mi jefe y el día que le conocí pensé que era irremediable sentir que me lo quería tirar. HAHAHA esto no lo hubiese admitido la Abril serena. Es una aburrida la tía.

Pues eso, que luego el tío abrió la boca un par de veces y me lo quise tirar, pero por la terraza del piso quince de las oficinas. Es imbécil. Es estúpido. Es engreído. Vale, puede que mis sentidos estén demasiado aturdidos y solo me

quede creatividad para plagiar una canción de Rocío Jurado, pero te puedes hacer una idea. Le odio muy fuerte.

No sabría sintentizarte todos los motivos por los cuales le considero un gilipollas, pero, a grandes rasgos, tiene ese tipo de actitud paternalista que me desquicia, y es tan absolutamente mediocre que creo que todo lo que dice lo ha sacado de algún libro de autoayuda corporativa.

“Sí, Abril, este informe no está mal, pero tal vez podrías añadir los puntos que se incluían en el de Nadia, que se quedó ayer hasta las diez a hacerlo, y esa dedicación se ha notado”

“Necesito que seas más proactiva Abril”

“No acabo de saber muy bien cómo voy a evaluarte en esta revisión, porque no es que trabajes mal, pero tampoco noto que me ayudes, ¿sabes?”

Oh, sí, claro. Disculpe señor Camps, que mientras usted se acaricia sus partes íntimas y delicadas y se codea con sus amiguitos con traje yo voy a quedarme hasta la madrugada a trabajar para sacar adelante su trabajo, porque no tengo suficiente con el mío. Póngase cómodo Señor Camps, que ahora mismo le traigo su aperitivo ~~a ver si se atraganta y alguien competente ocupa su lugar~~. Y déjeme decirle, si no le importa, que Nadia se fue a las diez de la noche porque había llegado a las once de la mañana, intentando sobrevivir a su resaca del miércoles, pero claro, como usted estaba desayunando no pudo ver que yo había estado liada con el puto informe desde las ocho de la mañana.

Y por cierto señor Camps, debería ser usted más proactivo con mi sueldo, porque aguantar sus gilipolleces sacadas de un MBA de tercera regional no estaría pagado ni aunque me diese un fajo de billetes del tamaño de su ego.

Pensarás, entonces, que esto son cosas que le he dicho de forma mucho más políticamente correcta para hacerle ver que tiene una actitud parcial e injusta y que yo dedico muchas horas a sacar el departamento adelante.

Pues verás, querido diario, creo que aún no te he contado suficientes cosas sobre mí. Resulta que además de encantadora y adorable también soy bastante poco asertiva y la ansiedad me paraliza cada vez que Martí me suelta una de sus tonterías, y me convierto en una especie gelatinosa y tartamuda que se rinde a sus peticiones y llamadas de atención:

“Claro Martí. Intento ser todo lo proactiva que puedo, gracias por el consejo porque intentaré hacerlo mejor” —pero ten en cuenta que aun tengo ochocientos mails por leer gracias a tu jodida incompetencia, así que seré proactiva cuando sepas distribuir el trabajo como uno de esos jefes de verdad.

“Oh que buena idea, ahora le pediré el informe a Nadia” —Que ha usado como plantilla una versión mía de hace un año, que usted corrigió y me hizo cambiar porque consideraba que los puntos adicionales eran insubstanciales.

Mucho hablar, pero yo también soy un poco imbécil.

Pero ese no es el tema del que te tenía que hablar. Dejémoslo así: Martí es un jefe de mierda y ahora nos une algo más que un informe de resultados mal redactado y dos conversaciones banales en el comedor de la oficina. ¿Y qué tiene que ver todo esto con mi ataque de ansiedad?

Déjame volver al principio de todo para que lo puedas entender mejor.

Ayer por la mañana mi móvil empezó a sonar justo cuando salía de la ducha. Fui a pararlo pensando que sería una alarma atrasada, pero ver el nombre de Martí Camps en la pantalla me paralizó el corazón. Nunca antes me había llamado al personal. Y tan pronto. Eso solo podía sonar a despido matutino para evitar verme ni siquiera un día más en la oficina.

—¿Sí?

—¿Abril? Hola, soy Martí.

—Ah, ¡hola! Buenos días.

—Buenos días. ¿Estás en casa?

—¡Sí! Justo ahora estaba saliendo, quería llegar pronto a la oficina —le respondí mientras me intentaba atar el nudo del albornoz.

—Bien. Cambio de planes. Te vienes conmigo a Londres.

—Ah, ¡vale! ¿A las sesiones de estrategia?

—Sí. Acabo de ver que hay algunas que se solapan, necesitamos ser varios del equipo.

Ah, amigo. Haber empezado por ahí.

—¡Guay, qué bien! ¿Y Nadia?

No podía evitar preguntarme por qué no se lo había ofrecido a Nadia, yo solía ser su última opción cuando se trataba de estar en un sitio cerrado a solas.

—Ya la he llamado. No me ha cogido el teléfono y el avión sale en tres horas. Acabo de llamar a Berta, te ha reservado un vuelo y te enviará los billetes al correo, haz el *check-in* ya si puedes.

—Ah. Perfecto. Pues voy, ¿nos vemos en el aeropuerto?

Si tan solo hubiese sido un poco más lista... Habría sido tan fácil como no coger el teléfono. Tan fácil como fingir una vergonzosa pero conveniente gastroenteritis que me hubiese dejado arropada entre las mullidas capas de mi zona de confort. Pero no.

Bueno aquí tampoco voy a ser demasiado dura conmigo misma. No podías saberlo, Abril. No podías imaginarte que tu jefe, Martí Camps, además de un GILIPOLLAS CON FLEQUILLO RELAMIDO era también una encarnación del eje del mal que te iba a sumir en su bucle crimen y

CAPÍTULO 3

JUEVES 12 de abril, 6:40 AM:

Querido sumidero de mis desgracias más vergonzosas ,
FUCK.

FUCK. FUCK. FUCK.

Que te diría JODER JODER, pero queda así como poco fino. Así que
FUCK,FUCK.

Perdona que te interrumpa de golpe, pero Mr. Camps acaba de entrar en el
baño de imprevisto. Y, para que entiendas la densidad del drama, me gustaría
puntualizar que:

- a. Iba en bragas
- b. Al abrir la puerta me ha dado en la cabeza y me que caído de bruces al
suelo y, como bien sabrás
- c. te has caído junto a mi dejando a la vista de mi jefe mis desvaríos
sobre por qué pienso que es un gilipollas con flequillo relamido.

Bien, Abril, bien.

A todo esto, caigo en cuenta de que aún no te he explicado prácticamente
nada de la historia. A la vista está que esto del diario tiene cero propiedades
terapéuticas, pero me está manteniendo entretenida en lo que claramente va a
ser una noche —madrugada— insomne, así que puede que tengamos tiempo.

Para contarte. Lo que te tenía que contar.

Ponte cómodo y prepara palomitas.

Pero bueno, antes de nada: ¿Crees que habrá visto lo de gilipollas con
flequillo relamido? Al final del día mi letra es bastante inteligible, y teniendo
en cuenta que estaba tendida en el suelo espero que se haya preocupado más
por si seguía viva que por lo que estaba escribiendo en mi libreta. Ay, no sé,
perdón que te esté dando la chapa cual consultorio de la Super Pop, pero es
que este hombre me desconcierta. En cuanto me he incorporado ha murmurado
un lo siento y se ha ido sin más, cerrando la puerta tras de sí. Suele ser parco
en palabras (todo lo que no lo es en gomina para el pelo).

De hecho, es altamente probable que la conversación más larga que hemos
tenido haya sido la de ayer por la noche:

—Joder. Joder. Joder.

—¿Crees que está muerto? —Nada más terminar la entonación de la pregunta me di cuenta de que era absurdamente estúpida.

—Supongo.

Un silencio incómodo se instaló entre el escaso espacio que dejaban nuestros cuerpos abrazados. Me separé abruptamente, intentando contener unas nauseas que me atizaban las entrañas. Intenté decir algo para cerciorarme que aún controlaba la capacidad del habla, porque ese malestar que estaba sintiendo me había bloqueado todas las articulaciones.

—¿Qué hacía este hombre en mi habitación?

—No lo sé. No lo sé.

Creo que eso es lo que dijo. No llegué a escucharle porque tuve que abalanzarme hasta el lavabo. La Abril superficial que vive en mí no pudo evitar pensar que el hecho de que mi jefe me estuviese viendo vomitar me precipitaba aun pozo de vergüenza espesa, sobre todo si tenemos en cuenta que hacía apenas unos minutos lo que tenía en la garganta era su lengua, en vez de los restos desmenuzados del *nigiri* de la cena. Pero claramente no era el momento para preocupaciones superfluas. Había un hombre muerto en la entrada de mi habitación de hotel y, por la información de la que disponíamos, lo más probable es que lo hubiésemos matado nosotros.

Mientras nos enrollábamos apasionadamente en el rellano.

Me dispuse a salir del baño resignándome a seguir sintiendo arcadas durante el resto de la eternidad y vi a Martí arrodillado frente al cadáver.

—Está muerto. Le he mirado el pulso. Y no tiene —Martí se incorporó y yo solo quería volver a vomitar.

—Y sabes... ¿sabes de qué?

—¿Qué coño voy a saber? No soy el puto CSI —¿Ves? ¡¿Ves cómo lo que me invento y es un imbécil redomado?!

—Bueno yo que sé. A lo mejor has visto algo. Algo más allá de la herida que tiene en la cabeza, que le hemos hecho nosotros y por la cuál parece haber quedado inconsciente.

—No...

—Vale. A ver, ¿qué hacemos? Voy a buscar cuál es el número de la policía. O bajo a recepción...

—¿En serio eso es lo que se te ocurre?

—Oh, disculpe señor Camps, ¿cómo se me puede ocurrir llamar a la policía? ¿En qué momento podría pensar que esa es la consecuencia lógica de encontrarte a un puto desconocido en tu habitación y haberle reventado la

cabeza con el canto de la puerta? Qué barbaridad.

—Pues evidentemente. ¿Y si lo hemos matado nosotros?

—Ah muy bien, ahora sí que nos gusta usar el plural. La presentación que se llevó un elogio de Fonts la hiciste tú solito, pero ahora que resulta que hay un cadáver en la habitación lo hemos matado los dos. Qué bien.

Verás, querido y vergonzante —no por ti, si no por lo que te cuento yo. No te lo tomes a mal —diario. Hay cosas que aún no te he contado de mí .

Como que a lo mejor esos *nigiris* no estaban tan bien digeridos porque los había regado con un poquito de alcohol.

Como que luego me bebí unas tres copas más.

Como que cuando bebo me sienta un poco mal y dejo de tener mi usual filtro de persona insegura que me ayuda a sobrevivir a todas mis relaciones sociales.

—¿Pero a santo de qué viene esto? ¿Te recuerdo que tú has empujado la puerta?

—¿Te recuerdo que tú la has abierto y que el peso de tu cuerpo es lo que ha hecho que se abra así de golpe?

—Joder pues lo que te decía. Lo hemos matado entre los dos.

—O no. O ya estaba muerto detrás de la puerta y todo ha sido fruto del infortunio y la mala casualidad.

—Y qué quieres, ¿esperar a que la policía te resuelva la duda? Piénsalo, Abril.

—Pero es que ha sido sin querer, no nos podrían culpar por algo así, ha sido un accidente. Eso creo que era otra cosa. Homicidio involuntario, o algo así. No creo que nos puedan condenar por eso. Espera, que lo busco.

Iba a sacar mi móvil, pero Martí me lo tiró al suelo de un manotazo.

—Pero qué haces, ¿acaso quieres, que quede rastro en tus cookies si luego nos investigan?

—Joder.

—Piensa en todo lo que implicaría esto. Quedarte aquí mientras dure la investigación, los interrogatorios en inglés, que siempre quede la duda de si lo hiciste... ¡Ir a la cárcel!

Ahí me quise reír y decirle que si no se había preocupado de tener un inglés decente trabajando en el departamento de eventos de una multinacional problema suyo, pero supongo que ya se me había pasado un poco el efecto del alcohol.

—Vale, ¿pues qué propones? Tarde o temprano alguien va encontrar este

cadáver.

—O no.

—¿Cómo que “¿o no?”? Mira, creo que no quiero saber cuál es tu plan.

—Lo podemos encontrar nosotros. En un momento en el que haya testigos que puedan verificar nuestra sorpresa y que haga que no nos relacionen para nada con su muerte.

Asentí para darle a entender que de momento su plan —por más que me cueste reconocerlo —tenía sentido.

—Ahora salimos de aquí tan tranquilos, como si no hubiese pasado nada. Como si en vez de ir a parar a tu habitación hubiésemos ido a la mía, y pasamos la noche allí.

En ese instante, que ya empezaba a estar un poco más sobria, quise que escurrirme a través de la moqueta y desaparecer, para no asumir desde mi estado no alcohólico que todo aquello había empezado porque yo había acosado sexualmente a mi jefe en el ascensor.

—Mañana por la mañana, cuando el personal de limpieza esté por el pasillo, entramos los dos a tu habitación y nos ponemos a gritar desesperados. Oh, sorpresa, hay un señor muerto en tu habitación.

—Vale. Tiene sentido. Sólo le veo una pega a este plan. Las conferencias empiezan a las ocho, y es probable que el personal de limpieza no venga hasta más tarde. Va a quedar raro que no nos presentemos.

—¿Tú crees que alguien se daría cuenta? Podemos hacer ver que nos hemos dormido.

—No sé, Martí... He mirado la agenda, y mañana estará Herr Klagendorf por ahí, flipará si no ve representación de nuestro departamento. Puede que llame a Fonts. Ella te llamará al móvil fijo, sí o sí deberías acabar allí antes de las nueve. A no ser que finjas que estás enfermo y llames directamente a Fonts para decirle que estamos indispuestos.

—No, no, tienes razón. No podemos comportarnos de forma rara, levantaría sospechas.

—O... Puedes ir tú a la conferencia y yo me encargo de montar el numerito. No me hace mucha gracia ir sola, pero...

—No, no. Entonces podría quedar raro que yo haya ido y tú no. Podrían poner todo el foco en mí, soy la única persona que podría haber tenido de alguna forma de acceso a la tarjeta de tu habitación.

Me senté sobre el borde de la cama para seguir pensando en todos los episodios de crímenes imperfectos que había visto. Siempre había algo. Algo

delator. No me parecía que hubiese forma de escapar del bucle de sospechas y acusaciones que se iba a cernir sobre nosotros en cuanto alguien descubriese el cadáver.

—Vale, vale, que no cunda el pánico. Tiene que haber otro turno de limpieza, el del mediodía que prepara las habitaciones que han hecho *check out*. Podemos venir a la pausa de la comida, tendría sentido que volvamos al hotel, el *timing* es perfecto.

—Pero es que entonces si alguien entra a limpiar la habitación por la mañana se lo encontrará.

—Ponemos la cosa esta del no molestar en el pomo.

—Y si se cae o, yo que sé, ¿llaman a la puerta y ven que no hay nadie y se piensan que lo hemos puesto y se nos ha olvidado sacarlo y entran?

Me llamarás paranoica, pero en estos casos hay que contemplar todos los escenarios.

Pero ciertamente no debería haber planteado a esa duda vital. Porque hasta ahora todo el plan era medianamente razonable y se podía justificar alegando que nuestra absoluta inocencia nos había nublado el juicio, paralizado por el miedo a ser ja acusados injustamente.

Pero mis cavilaciones fueron el punto de inflexión definitivo.

Lo que lo precipitó todo hacia un estadio de no retorno.

—Pues lo metemos en el armario. Por si acaso.

Mi querido jefe nunca ha sido muy de tener buenas ideas

CAPÍTULO 4

JUEVES 12 de abril, 8:20 AM:

Querido compendio de desvaríos que me llevaría directa a una institución mental:

Estoy aquí haciendo ver que tomo apuntes de la interesantísima conferencia sobre estrategias comerciales. Por suerte sólo me rodea un puñado de guiris que no creo que sepan español, así que puedo desfogarme tranquila mientras intento vencer el sueño que me corroe y de desboca sobre mis párpados, haciéndolos pesados y espesoos

Joder, casi me duermo.

Pues eso. ¿Dónde me he quedado? Ah, sí, ¡cómo olvidarlo!

En que mi jefe tiene ideas de mierda.

Y en que yo tengo una clara falta de asertividad y soy rematadamente fácil de convencer. Aunque de lo que me tengas que convencer sea de meter un peso muerto —nunca mejor dicho, te diría si estuviese de humor para chistes —de unos noventa y cinco quilos en el minúsculo armario.

De ir a comprar guantes de goma para manipular la escena del crimen sin dejar rastro de nuestro ADN.

Y aprovechar, de paso, para comprar unos cuantos ambientadores que ayuden a aliviar el olor a cuerpo en descomposición.

Así que así ha sido como he acabado en la tienda 24/7 de la gasolinera que había debajo del hotel:

—Martí, ¿con olor a ventanas abiertas o lavanda?

—Pero qué coño me preguntas, coge uno y ya está.

—Joder, pero es importante, ¿vale? Porque si huele mucho a ambientador van a sospechar, necesitamos un olor que sea así natural para que pase desapercibida.

—Pues ventanas abiertas.

—Mira, ¿sabes qué? Cojo el de lavanda porque yo creo que es así como más sutil.

—¿Pero entonces para qué coño preguntas?

La verdad es que nunca me he fiado del olor a ventanas abiertas. ¿Cómo defines el olor de una ventana abierta? Me siento la protagonista de un anuncio

de compresas al plantearme esta cuestión vital, pero es que en serio, ¿a qué diablos huele una ventana abierta? Porque déjame decirte, querido diario, que yo tengo la ventana de mi habitación alineada con los contenedores de basuras.

Me he vuelto acercar a Martí mientras él valoraba si era mejor comprar los guantes de usar y tirar o los de microfibra.

—Martí.

—Quééé.

—¿De colgar o de fris-fris?

—¡Abril!

He cogido uno de cada antes de desatar sus instintos de homicidio — voluntario esta vez — y he ido a esperarle en las cajas de pago automático.

—Bueno, pues cojo los de microfibra que yo creo que son menos transpirables.

—Muy bien Martí, muy buena decisión.

—¿Te estás descojonando de mí?

Me he encogido de hombros mientras hacía aspavientos con las manos, para negarle de forma muy categórica que en ningún momento pondría en duda sus capacidades para escoger guantes de fregar platos — o para no dejar rastro de pruebas incriminatorias, todo depende.

Pero he tenido que parar abruptamente cuando he visto que sacaba una tarjeta negra de su cartera.

—¿Es la VISA de Skinophillia? ¿Pero tú estás mal? Si te parece incluimos los costes de encubrir un crimen en los gastos de empresa.

—¿Qué más da?

—Como algo salga a luz, ¿cómo le vas a justificar a Fonts que tuviste el apremio de comprar guantes y ambientadores a las dos de la mañana?

Me ha contestado con un resoplido hastiado, pero ha acabado sacando un billete de diez libras para no dejar ningún rastro digital de nuestras compras comprometedoras.

Hasta aquí aún habríamos tenido tiempo de repensárnoslo. De volver a nuestros cabales y actuar como las personas racionales que somos para meditar y decirnos a nosotros mismos “Abril, Martí, ya está. Hasta aquí ha podido llegar vuestra experiencia delictiva. Que lo más cerca que habías estado del escenario de un crimen fue una partida de Cluedo inconclusa. Llamad a la policía y cumplid con vuestro deber ciudadano, no habrá nadie que no pueda entender el cúmulo de infortunios que os ha llevado hasta aquí”.

Pero no.

Así que ya está. Ya está hecho. No hay vuelta atrás.

Ya lo sabes todo. Así es, querido diario, la vida es injusta. Sé que preferirías que garabatearan sobre ti incoherencias sobre dramas adolescentes y tormento juvenil, pero tienes que aceptarlo tanto como yo. Quien escribe sobre ti es una homicida —involuntaria- que ha perturbado el escenario de un crimen —mientras iba borracha —y tramado una coartada con su jefe — eminentemente basada en una noche de sexo desenfrenado.

Lo sé, lo sé, no soy nadie de quien puedas estar orgullosa.

Pero ya está. Aquí acaba todo. Nunca más volveré a hablar de ello. Es altamente probable que rompa estas páginas para acabar de destruir todo mi rastro criminal, y te hable sólo de las vivencias banales de una veinteañera aburrida: A veces odio mi trabajo, todas mis amigas están comprometidas y ya no me da la vida para tanto gasto en boda, puta mierda de Vodafone que este mes me han vuelto a cobrar de más en la factura, joder he hecho *match* en Tinder y resulta que era mi primo —larga historia también, ya te iré contando.

Ahora empieza un nuevo capítulo en mi vida, uno en el que seré más responsable, más madura, más profesional. Voy a centrar todos mis esfuerzos en el trabajo, así que hasta pronto, querido diario, porque ahora todas mis atenciones van a estar centradas en la próxima conferencia: “Cómo convertir la venta de los productos Skinophillia en una experiencia de marca”, por Mr. Werkert, *global head of brand strategy* —que así en inglés suena como más guay.

Ciao —Ciao![\[1\]](#)

CAPÍTULO 5

JUEVES 12 de abril, 8:55 AM:

Sin tiempo para denominarte cariñosamente,
OSTIA PUTA.

Levanto la vista hacia donde está Martí. Me devuelve una mirada preocupada.

Él también se acuerda. Él lo sabe. Yo lo sé.

Mr. Werkert no va a venir hoy a hacer la conferencia.

Porque está escondido en el armario de mi habitación, enterrado entre tarjetas perfumadas, ahogado por ese indescifrable olor a ventanas abiertas.

CAPÍTULO 6

JUEVES 12 de abril, 9:20 AM:

Querida libreta con la que intento aplacar mi ansiedad (autodiagnosticada gracias a la ayuda de Google),

Apenas instantes después de haber cruzado mi mirada con la de Martí me he levantado discretamente para encaminarme hacia algún rincón oscuro en el que poder sentarme y esperar tranquilamente una muerte agónica, pero aliviante, provocada por las hisper ventilaciones de mi ataque de ansiedad.

Mientras me iba escurriendo entre sillas y rodillas he tenido la sensación de que todas las miradas estaban centradas en mi. Como si todo el mundo supiera, en el fondo, que el *Global head of brand strategy* no iba a venir por nuestra culpa.

Al salir he cerrado la puerta, pero aún no había encajado del todo cuando se ha vuelto a abrir bruscamente. Era Martí, que me ha cogido de la mano y me ha llevado hasta un pasillo apartado.

—Sobre todo, Abril, recuerda el plan. Nadie puede sospechar.

—Ya, ya. Creo que de momento lo estoy sobrellevando todo muy bien.

—Bueno, tropezarse con tres sillas de camino a la salida no me parece sobrellevarlo bien.

—Vale, perdona, pero es que tampoco contaba con que la persona que está en nuestro armario sea de pronto un jefazo de Skinophillia.

—Ya, yo también he flipado. Pero de momento tenemos que seguir el plan.

—Tranquilo, no me voy a desmoronar, de momento voy bien. Pero creo que nos precipitamos Martí, ¿qué hacía este señor en mi cuarto? Deberíamos haber llamado a la policía.

Ahora me parece tan lógico. Tan fácil. Sí, tal vez hubiésemos tenido que enfrentarnos a una retahíla de interrogatorios con inteligible acento británico, e incluso puede que a unos meses de servicio comunitario o cárcel, incluso, pero no habríamos tenido que vivir inmersos en este estado de culpa y preocupación constante, agudizado hasta un límite insoportable.

Hasta ahora el señor de mi armario había sido un simple desconocido a quien el karma le había devuelto un poco su merecido. Había allanado mi habitación. En el fondo, lo que me ha mantenido capaz de seguir adelante con

“el plan” es pensar que este señor era un perturbado de la vida que se había metido en mi habitación con intenciones dignas de catálogo de trastornos psiquiátricos. Ponerle un nombre y unos apellidos y ubicarlo en un entorno laboral cambiaba mucho las cosas.

De hecho yo había sido muy reacia a abrirle la cartera, pero Martí insistió en que era importante contar con toda la información posible.

—No lo sé, tal es mejor no saber quién es. —Le dije justo antes de que nos dispusiésemos a meterle en el armario —Imagínate que por lo que sea tenemos que hacer declaraciones y yo que sé, se nos escapa el nombre. Cuanto menos sepamos...

—Ya, ¿pero no te intriga quién es el tío que a saber a santo de qué estaba en tu habitación?

La verdad es que aquello empezaba a despertar a la Abril cotilla, así que le miré expectante mientras él se subía los guantes hasta el codo, dispuesto a rebuscar en su cartera.

—Bueno, solo tiene doscientas cincuenta libras, el carnet de identidad y el de conducir.

—¿Y bien? —En realidad me hubiese gustado preguntarle qué cómo se atrevía a decir “solo” delante de la cantidad doscientos cincuenta, pero daremos por sentado que ser jefe de departamento conlleva perder toda la noción de la delicada situación financiera de la gente pobre como yo.

—Andrew Werkert. cuarenta y dos años, inglés, y nació en South Hampton.

—¿Y por qué no le miramos el móvil? —La verdad es que me había quedado con ganas de más.

—Suerte que no querías saber nada sobre él.

—No, pero ya que estamos... Además, necesitaríamos desactivar la ubicación. Tal vez incluso apagarlo, por si las moscas.

Martí no dijo nada, supongo que por su incapacidad patológica para reconocerme algún tipo de mérito, pero sacó el *iphone* del bolsillo de su camisa y lo empezó a trastear.

—Nada, está bloqueado.

—Podrías probar con su índice...

—Detecta el calor también, no va a funcionar.

—¿Quieres decir? Espero que lo busque en Google.

—¡Que no busques nada en Google, que deja rastro!

Martí cerró los ojos y le cogió el dedo un poco a tientas, para ponerlo sobre el detector de la huella con una delicadeza que, en realidad, intentaba

enmascarar el asco que le daba tocar la mano de un muerto, aunque fuese a través de un guante de plástico destensado.

—Nada, no va.

Pues nada. Todo lo que podríamos saber de ese señor es que había entrado en mi habitación sin necesidad de forzar la puerta, que era pelirrojo y tenía una peca en la mejilla izquierda, medía alrededor del metro setenta y que tenía cara de veraneante de Benidorm que se toma un par de copas de más a las seis de la tarde, a pesar de que la palidez refractante de su rostro no dejase intuir ya el grado de rojez atómica que podía llegar a alcanzar si se exponía al sol más de veinte minutos.

Todo lo que podríamos saber era que se llamaba Andrew Werkert y tenía cuarenta y dos años. Es todo lo lejos que había llegado en su recorrido vital, que había quedado truncado por un absurdo golpe de destino —más concretamente, un golpe sordo de puerta encajado contra su hueso frontal.

Hasta que la tipografía *Skinophillia soft* impresa sobre un *power point* proyectado ha revelado que Mr. Werkert era el próximo ponente y, de una forma algo indirecta, uno de nuestros jefes supremos.

He rehuido a Martí para poder refugiarme en el lavabo, y consternarme en mi propia intimidad mientras todo me da vueltas y las arcadas me descomponen el estómago vacío.

En fin, volvamos a la conclusión que te apuntaba esta mañana. Nunca más vamos a hablar de esto y voy a arrancar las páginas que he escrito hasta ahora. Porque ya habrás podido leer entre líneas que a veces soy bastante imbécil, pero conservar un diario en que describo todos los detalles del crimen que he cometido es una de las cosas menos inteligentes que he hecho desde que se me ocurrió la fantástica idea de meter el té en el microondas con la cucharilla dentro de la taza. (Spoiler alert: ya no nos dejan tener microondas en el departamento “por seguridad de los empleados”).

Adiós querido diario, ha sido un placer.

Por siempre tuya,

Abril.

CAPÍTULO 7

JUEVES 12 de abril, 12:30 PM:

Querido cuaderno que por el momento me va a permitir ahorrar en psicólogos:

Sé que ya había hecho una ceremonial despedida y toda la pesca, pero es que joder, esto es un coñazo. Al final la conferencia del señor Werkert ha quedado convertida en pausa para el desayuno sin que nadie haya venido a dar explicaciones de por qué y ahora estamos atendiendo a una trepidante charla sobre los cálculos que se van a usar ahora para definir los presupuestos departamentales en Skinophillia. Así que podría resignarme y abandonarme a la voz moleestamente aguda de Mrs.Fraugewahrt, la directora financiera de la empresa, o volver a volcar todos mis dramas sobre tus páginas con membrete rosa.

Grrr. Tengo unos nervios crispantes anclados en mi abdomen, no puedo dejar de pensar en lo que nos espera en el armario de la habitación y en que lo peor aún está por llegar. ¿Qué vamos a hacer cuando llegemos al hotel? Uy. El tío raro de mi lado me está mirando mucho la libreta. Creo que es polaco.

¿Qué opciones podría haber de que sepa español? Será mejor que disimule, voy a hacer ver tomo apuntes de la Mrs.Fraugewahrt.

A partir de ahora se va a destinar un 12% de los beneficios a acciones de MARKETING —los eventos se incluirán dentro de esta partida, y la Junta directiva (las de los miércoles) deberán aprobar todos los incrementos que sobrepasen en el porcentaje de

Hola polaco cotilla de al lado, te quiero follar.

Vale, ya está. Solo era una prueba para ver si el tío este me entendía. Creo que no, ha seguido con su misma expresión inmutable, así que supongo que mis intimidades siguen a salvo.

Pues bien, como te decía —Uy espera me vibra el móvil.

Era un what's de Martí. “Vamos a pasar por el hotel que así cogemos ya el informe que tenemos que revisar esta tarde. Nos vemos a la salida”.

Uy míralo él, qué calculador y retorcido, dejando falsas pistas que corroboren nuestras coartadas de por qué tuvimos que volver al hotel un mediodía —Mi primer pensamiento ha sido que definitivamente podía confirmar que Martí es gilipollas, pero en el fondo el chico tiene un poco de

razón: necesitas una excusa muy sólida para justificar que hayas pasado del bufet libre.

CAPÍTULO 8

JUEVES 12 de abril, 20:20 PM:

Demasiado conmocionada como para pensar otro inicio que no sea:
QUÉ-FUERTE-TÍA.

No tengo tiempo para entrar en detalles, pero creo que necesito ver por escrito esto para poder creérmelo, procesarlo y corroborar con alguien más — aunque ese alguien sea un objeto inanimado — que no estoy loca y que todo lo que he vivido este finde ha sido cierto.

Así que, en resumidas cuentas:

Uy, ahora vuelvo, ¡ya está la puerta de embarque!

CAPÍTULO 9

JUEVES 12 de abril, 21:10 PM:

Querido compendio de anécdotas vitales que podrían servir como justificante lógico y cabal de mi suicidio:

Sé que solo puedo pedir perdón por haberte mantenido en vilo tanto tiempo y haberte dejado así tan en ascuas sin darte más explicaciones.

Pero bueno, al final del día solo eres un diario que descansaba tranquilamente en el fondo de mi bolso, y además creo que si te pudieses materializar en una consciencia humana más que estar intrigado estarías escandalizado y no querrías saber más de toda esta historia. Así que espero que no te importe que me quiera hacer ilusiones con alguien se desvive por escuchar mis historias y preocuparse por mí.

Quedan unos veinte minutos para que podamos embarcar en el vuelo, por lo que creo que tengo tiempo a contarte así un poco por encima como ha concluido —por ahora —todo este sinsentido.

En cuanto se ha acabado la última conferencia Martí y yo nos hemos levantado y nos hemos dispuesto a encabezar la marabunta de ejecutivos trajeados que se agolpaba en la puerta de salida del centro de conferencias. Por suerte nos hemos podido desmarcar rápido de toda la muchedumbre y encaminarnos hacia el hotel, para seguir a rajatabla nuestro plan.

—Martí, ¿has pensado —he empezado a preguntarle con la voz algo entrecortada, me costaba seguir el paso trepidante de su caminar nervioso — en si hay cámaras en el hotel? Si hay en el pasillo verán que ayer entramos a mi habitación. Varias veces.

—Por favor Abril, claro que lo he pensado. Lo miré ayer en cuanto empezamos a planearlo todo. Además, este hotel sale del presu del departamento. Y ya te digo yo que no daba para hoteles con cámaras en el pasillo, ni que fuésemos aquí marajás.

Vaya, descuide señor “solo lleva doscientos euros”.

He empezado a caminar más rápido para seguir el ritmo de Martí, y a pesar de que él seguía su monólogo sobre lo previsor que era, lo único que podía escuchar yo era mi corazón latiendo a un ritmo precipitado. Estábamos a apenas doscientos metros del hotel, así que lo que hasta ahora había sido una meta difusa en la lejanía de mi agenda diaria, ahora ya empezaba a

materializarse en un momento real y palpable que estaba a la vuelta de la esquina, a dos pisos en un impaciente viaje de ascensor.

—Abril, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? ¡Sí, claro!

—Pues ya sabes, está todo planeado. Lo ensayamos ayer. Nos quedamos en el pasillo hablando hasta que venga el personal de la limpieza, entras a la habitación diciendo en voz alta que vas a coger el maletín con el informe, abres el armario y

—Y grito —Le he interrumpido para que viera que estaba al tanto de todo y que tenía el plan tan interiorizado como él.

—Grita mucho. Tiene que ser real, creíble. Piensa en el día que encontraste una cucaracha cerca de la máquina del café de la oficina.

Claro, porque aquí somos todos muy valientes y todo es “Uy Abril que exagerada eres sólo es un bichito” hasta que es tu taza la que se ha convertido en una piscina municipal de gérmenes.

Mi ritmo cardíaco estaba desbocado. Podía sentirlo rezumbando en mi interior, como si mis nervios estuviesen componiendo una base de electro-latino.

PUN-PUM, PUN-PUM, PUN-PUM.

Hemos entrado por la puerta giratoria del hotel. Me hubiese gustado seguir girando y volver a salir, y fugarme corriendo Kengsinton garden a través. Total, ¿qué perdía si al final dimitía del trabajo y empezaba una nueva vida en Londres, libre de todo rastro criminal?

—Abril, ¿pero qué coño haces? —Me ha susurrado Martí cuando ha visto que estaba siguiendo el mismo recorrido que la puerta, para irme hacia fuera.

Le he mirado ingenuamente, como si estuviese loco por pensar que había estado a punto de abandonarle en la estacada, y he entrado en el *hall*.

He mirado hacia el suelo para intentar calmarme y ensordecer el PUN-PUM, PUN-PUM frenético que desvelaba mi ansiedad, pero todo lo que he podido ver ha sido esa moqueta de un granate desgastado al paso de mocasines de ejecutivo, tacones incómodos y maletas de ruedas. Y todo en lo que he podido pensar ha sido en mí ayer por la noche anterior, enfundándome en guantes de goma y frotando la sangre incrustada en las fibras sintéticas con un algodón remojado en quitaesmalte.

PUN-PUM, PUN-PUM, PUN-PUM.

“*Floor five*” —la voz mecánica del ascensor ha anunciado la inminencia de nuestra puesta escena.

La lentitud con la que se han abierto las puertas del ascensor ha paralizado por unos segundos mis latidos.

He vuelto a mirar la moqueta y el recuerdo del olor a acetona y sangre seca me ha despertado una nueva oleada de arcadas. Las he intentado contener para poder mirar al frente.

PUN-PUM. PUN-PUM.

La chica de la limpieza estaba justo frente a la puerta de la habitación de Martí, ordenando el amasijo de toallas sucias que cargaba en el carrito.

PUN-PUM-PUN-PUM-PUN-PUM.

Aún no estaba preparada para esto. La procrastinación forma prácticamente parte de mi ADN, no soy de ese tipo de personas que se quieren sacar las tareas o responsabilidades encima cuanto antes. A mí me gusta esperar hasta el final y hasta que no tienes ningún otro tipo de remedio ni alternativa, y había contado con que nos tendríamos que esperar en el pasillo hasta que alguien del personal de limpieza se decidiese a recorrer el pasillo desolado del piso cinco. No podía ser que estuviese yendo tan rápido tan rápido.

La mano de Martí rozando mi cintura me ha alterado más.

—Va, Abril. Ya queda menos.

Supongo que el último reducto de empatía que aún le queda a su neurona superviviente le ha permitido ver que estaba al borde de un ataque de ansiedad, y de ahí vendría la intención alentadora de esa caricia rara que me acababa de hacer en la cabeza.

PUN-PUM.PUN-PUM.PUN.PUM.

He asentido mirándole, y he modulado mi voz para que no sonase como el aullido desesperado y nervioso que emitiría si no me importase reflejar mi estado real.

—Pues cojo el maletín del informe y vamos, Martí! —Creo que ha sonado bastante decente y que la chica del pasillo me ha podido escuchar. —Lo dejaste en el armarito este feo de la entrada, ¿no? —Le he preguntado mientras pasaba la tarjeta por el lector

—Sí, sí —La voz de Martín ha sonado seca y algo aterida. Parece que esto de actuar no se le da tan bien como a mi (Ganadora del premio del club de teatro del 98, gracias. ¿Única integrante? Puede. ¿Premio merecido? Totalmente).

Y ha llegado la hora de la verdad. He abierto la puerta y, sin acabar de entrar del todo a la habitación, he encaminado mi mano hacia el pomo del

armario de la entrada.

Me he intentado mentalizar para lo que me esperaba. Un cuerpo embutido entre la estantería inferior y la barra de colgar, en descomposición y con el lado izquierdo de la cara impregnado en sangre pegajosa.

Me he preparado para gritar y he cerrado los ojos porque no quería ver nada. No podía verle otra vez.

Y he gritado:

—¡WAAAAAAAAARGHHHHHHHHHH!

Ese berrido agudo ha emanado de los más profundo de mi tráquea, y casi me ha costado reconocer esa voz como la mía propia.

Incluso Martí se ha sobresaltado, ha tardado un poco más en reaccionar de lo que habíamos acordado.

—¡Abril! ¿Qué pasa, qué pasa?

Se ha precipitado dentro de la habitación y se ha quedado a mi lado.

Al abrir los ojos lo primero que he visto ha sido su conmoción. Me ha mirado mientras yo me giraba hacia el armario y entendía en parte su reacción. Aunque en realidad no entendía nada. Había dejado de entender.

—¡*Are you OK, madam?*! —Apenas podía descifrar el inglés cerrado de la chica del hotel, que ha venido corriendo hacia nuestra habitación, y parecía casi tan preocupada como nosotros.

He sentido que pasaba una eternidad hasta que he sido capaz de articular una respuesta.

—Sí, sí, perdón Sólo era... una cucaracha en el armario. Disculpe pero es que...

La chica parecía horrorizada y se ha apresurado a salir fuera para llamar a su responsable por el *walkie* y ponerle al tanto de la situación de emergencia que se acababa de producir.

Martí ha cerrado erró la puerta lentamente y se ha dejado caer derrotado al suelo, con la espalda pegada al metacrilato blanco de la puerta. Se ha quedado sentado en el suelo y ha empezado a sollozar.

Yo me he puesto a su altura y le he cogido de la mano con fuerza. Yo también hubiese llorado, pero el nudo de mi garganta se resistía a romperse, el vacío que me recorría no me dejaba pensar. Un vacío tan grande como el que había ahora en el armario.

Mr. Werkert ya no estaba en mi habitación.

CAPÍTULO 10

JUEVES 12 de abril, 22:15 PM

Apreciados apuntes vitales sobre todos los motivos que me van a empujar a un suicidio temprano:

Aún no me creo que esté en avión y no en una comisaría —Te abro abro paréntesis: Ahora bien, también te diré que puede que en la comisaría estuviese más cómoda, ya que la estrechez carcelaria de este asiento de Ryanair apenas deja espacio que requieren mi bolso, mis dos bolsas del Duti Free, mis tres chaquetas y mis infinitas preocupaciones y ansiedades. En comisaría supongo que hay más espacio, menos niños con la potencia vocal de una soprano y menos jefes que se espatarran en el asiento poco mullido invadiendo tu ya reducido de por sí espacio vital.

—Martí, crees que podrías... ¿Apartar un poco?

—¿Y tú, crees que hubieses podido hacer una maleta para un día y medio de viaje que no incluya todo el muestrario del Bershka? —Me ha respondido medio gruñendo, mientras apartaba una de mis chaquetas y se revolvía incómodo en el asiento.

Ves cómo tengo motivos para odiarle, ¡¿¿ves??!

Bueno a lo que íbamos.

Hemos estado en el hotel y

Del Bershka, dice. ¿Qué estaba intentando insinuar? Ahora que el tío se ha sobado está roncando como un velociraptor congestionado. ¿Es que ni estando dormido puede dejar de molestar? Le haría tantas cosas. Ahora que ya he hecho mis primeros pinitos criminales y que, por lo que parece, he salido indemne, podría seguir complementando mi historial delictivo. Meterle el boli por la nariz. Dibujarle un pene en la mejilla. Muahaha. Robarle esa americana que se pone siempre para las reuniones importantes, que se la tengo fichada. Despeinarle el flequillo, a ver si sin gomina parece un poquito menos imbécil.

Vale, ya basta de Martí. Sigue durmiendo pequeño déspota, a ver si con un poco de suerte las dos horas de vuelo que aún quedan por delante las puedo pasar sin escuchar tus pullitas impertinentes.

Vuelvo de nuevo:

No sé cuánto rato nos hemos quedado en esa postura en mi habitación de hotel. Él sentado contra la puerta, y yo agachada a su lado, cogiéndole la

mano. Llorando y mirando el armario vacío, con todo un abanico de dudas y cavilaciones desplegado sobre nuestras conciencias remordidas.

—¿Y si esta no es mi habitación? —He preguntado de pronto, más a mí misma que a Martí. Pero antes de que él pudiese responder he mirado hacia la cama y he visto mi ropa de ayer revuelta, la maleta de cabina color coral e incluso unas bragas sucias tiradas por el suelo. No había duda, esa era la habitación en la que habíamos matado- presuntamente —a uno de nuestros jefazos y en la que intentamos ocultar el cadáver. Incluso el rastro de sangre emborronado y mezclado con quitaesmalte rosa que vertí para disimularlo seguía ahí, a la altura de nuestras manos entrelazadas.

Martí se ha puesto de pie y se ha pasado una mano por la cara. Ha suspirado varias veces y se ha puesto a recorrer el pasillo arriba y abajo, mientras iba murmurando su retahíla de preocupaciones:

—Ayer no... no... Tú lo viste, ¿no? No se nos ha ido la pinza.

—¡No! ¡ Es una locura, no entiendo nada —He abierto del todo la puerta del armario y la he inspeccionado curiosa— ¡Mira! —Le he dicho a Martí mientras le señalaba una diminuta mota de sangre sobre la estantería, y un pelo pelirrojo que se había quedado enredado en uno de los clavos que atornillaban la barra metálica —Está todo plagado de pruebas. Mr. Werkert estuvo confinado en este armario, mira el pelo, la sangre del armario, la sangre de la moqueta. Esta mañana hemos tirado unos guantes ensangrentados en un contenedor a tres manzanas del hotel. Ha pasado, Martí. Hemos matado a alguien, pero su cadáver ha desaparecido.

Los dos nos hemos dejado caer sobre la cama con desidia, casi siguiendo una sincronización milimétrica. Yo me he tirado hacia atrás para quedarme tumbada y, a pesar de que el surrealismo estaba alcanzando límites insospechados, he sentido que por primera vez podía respirar sin que una losa de ansiedad anclada en mi garganta bloquease el paso del aire.

—No vamos a hablar de esto nunca más. Nunca —Martí se ha tumbado también y se ha girado para mirarme mientras me detallaba su nuevo plan — Nunca más, Abril. Ayer por la noche fuimos a cenar y llegamos al hotel, y no pasó nada. Tú te fuiste a dormir a tu habitación y yo a la mía. Ayer no pasó nada, hoy no ha pasado nada.

—No sé si voy a poder vivir sin saber qué es lo que ha pasado —he doblado las piernas y me he quedado en posición fetal, y le he mirado esperando que me reprochara lo pava que soy.

—Ya...

Ese “ya” me ha transmitido un cierto apoyo que me ha sorprendido, sobre todo por lo arropador que resultaba saber que él se estaba sintiendo igual que yo.

—Bueno, seamos prácticos. Deberíamos ir recogiendo, hay que hacer ya el *check-out* o no llegaremos a tiempo a las conferencias de la tarde, ni al avión.
—Le he dicho mientras me reincorporaba y me disponía a embutir toda mi ropa esparcida en la maleta.

—Abril, sé que es difícil, pero es importante que sigamos el plan.

—¿Qué plan? No hay ningún plan que seguir, no ha pasado nada como para que hayamos tenido que trazar un plan. Ah, ¿te refieres al de las conferencias? Tranquilo, está todo claro. Tú vas a la de Planificación de lanzamientos, yo a la de eventos de presentación. Y a las cuatro fuera los dos, o nos arriesgamos a perder el vuelo.

Creo que Martí me estaba esbozando algo parecido a una sonrisa, pero se le ha helado del golpe al escuchar la puerta abrirse de golpe.

—*Don't worry dear, everything is under control now!* —La chica de la limpieza ha entrado triunfante en la entrada de la habitación y ha rociado todo el armario con una nebulosa de gas tóxico que supongo que sería mata-insectos.

Se ha ido refunfuñando algo sobre lo mal que olían esos nuevos ambientadores con esencia a ventanas abiertas.

Uy, te dejo querido diario, se acerca el carrito de la comida y mami necesita carbohidratos.

CAPÍTULO 11

JUEVES 12 de abril, 22:40 PM

Querido diario al que me he acostumbrado y tal vez siga usando a pesar de que ya queda menos para tener el Diazepam de 10mg entre mis manos:

Holiii. ¿Qué tal, diario mío? Disculpa que te haya dejado de pronto así, pero mi conversación con el azafato ha despertado a mi querido jefe durmiente —bueno, de hecho, puede que haya sido yo quien le ha dado un codazo accidental para pedirle las libras extra que me faltaban para comprarme el menú completo.

Le he tenido que ofrecer un pedazo de sándwich recalentado y aguantar sus quejas sobre el sofoco que le provocan mis chaquetas y que joder con las patadas de la niña de atrás, así que no era plan de sacarte e ignorarle mientras plasmó en tus páginas lo mal que me cae.

Por suerte he ido al baño y, para cuando he vuelto, volvía a estar babeando sobre una de mis chaquetas, así que me he vuelto a reencontrar contigo.

Creo que necesito contarte algo. Ahora que todo ha pasado empiezo a pensar que mi querida Youtuber *mindfulness* tenía razón, y poner las cosas por escrito sirve para empezar a asimilarlas y enfrentarlas mejor. Así que ahora que aún queda una hora de vuelo puede que sea el momento perfecto para contarte los detalles de algo por lo que he pasado muy por encima y que, a fin de cuentas, ha sido lo que lo ha desencadenado todo. Y creo que aún no te he dicho nada porque ~~ereó que casi prefiero haber matado a alguien que haberme abalanzado sobre mi jefe.~~

Vale, no he dicho eso. Es feo. No es que lo prefiera, pero entiéndeme. La vergüenza corroe mis venas y, si no fuese por todo lo que ha pasado, creo que ya habría dimitido, buscado un pasaporte falso y huído a las Maldivas para poder cavar un hoyo en suelo, esconderme en él y poder así pasar desapercibida por todo el resto de la eternidad.

Pero, como siempre, puede que sea mejor seguir las lógicas usuales literarias y empezar a contártelo todo por el principio.

Ayer por la tarde —parece que haya pasado toda una eternidad, pero es que al final no llevamos más de un día enredados en todo esto —llegué al hotel completamente derruída. Habíamos ido encadenando una conferencia

tras otra y es como si todo el tedio que me había transmitido la cadencia monótona de esas voces rasposas con acentos cerrados se hubiese ido acumulando lentamente en mi cerebro, para estallar en forma de cefalea intermitente ahora que por fin ya había acabado todo.

Pero el día ya estaba finiquitado, había sobrevivido a un vuelo de avión sentada al lado del rancio de Mr. Camps y había podido escabullirme de la cena grupal prevista para esa noche, gracias a que mi presencia allí era una casual adición de última hora. Muahaha. Ahora me esperaba una noche de hotel pagada por Skinophillia y una bañera llena de agua tibia y espumosa para relajarme del ajetreo del ese día.

Cuando salí del baño rebusqué en mi maleta las prendas que pudiesen hacerme parecer sofisticada y, cansada de mi sosa ropa de oficina, acabé poniéndome la chupa de plasti-cuero sobre uno de mis sujetadores monos. Como el encaje del sujetador llegaba casi a la cintura y la falda lápiz que llevaba era de talle alto tan solo dejaba unos escasos y sutiles centímetros de piel a la inclemencia de la intemperie primaveral del Londres, así que me di el conjunto por moderadamente aprobado y me dispuse a salir del hotel, algo nerviosa.

Estaba escribiendo a Luke cuando una voz proveniente de los sofás del *hall* del hotel me sobresaltó.

—¡Abril! —Martí venía hacia a mí, mientras yo lo miraba algo perpleja —¿Vas a cenar fuera?

—Eh... ¡Sí! Iba a picotear algo por aquí cerca.

—Pues espera, que cojo mi chaqueta y vengo.

Me quedé palplantada en la recepción, mirando cómo cogía su chaqueta y su maletín, sin parpadear si quiera.

Yo aún no había podido reaccionar, pero de pronto ya estábamos saliendo por la puerta giratoria, camino a un restaurante japonés que Martí conocía por la zona.

Que me dirás: Pues mira, Abril, eres una *drama queen* de la vida, tampoco será para tanto que has pasado de cenar sola a hincharte a un sushi imputable en los gastos de empresas.

Verás, querido diario, mi dilema residía en que yo esa noche ya había quedado. Que a ver si pensarás que me estaba poniendo un sujetador de encaje para pedirme un Kebap para llevar y traérmelo de vuelta al hotel.

Que me volverás a reprochar: Pues Abril, alma de cántaro, habérselo dicho a Martí.

Pues ya, sí, ya lo sé. Pero habíamos quedado en que tengo cero capacidad para imponerme, y en que hubiese quedado feo decirle que yo iba a cenar por ahí y no invitarle a venir. Pero claro, no le iba a invitar a que se apuntase a la cita que acababa de encontrar en Tinder, y paso de tener que justificarme porqué aprovecho los viajes de trabajo para flirtear con guiris desconocidos. Que la verdad, y yo que sé, ni siquiera yo misma podría responderle porque fue un arrebato inducido por las pompas de jabón del baño, supongo que quería corroborar si el mercado británico era tan pé simo como el español. Además, en el fondo tampoco acaba de tenerlas todas conmigo con el tal Luke del Tinder, había quedado con un desconocido y si algo me ha enseñado ver tantos capítulos de crímenes imperfectos —además de a disimular pruebas incriminatorias —es que el porcentaje de psicopátas perturbados es mucho más alto de lo que podrías imaginar.

Total, que por todos esos motivos acabé tecleando un escueto mensaje excusatorio al pobre Luke y sentada delante de Martí en un coqueto bar de luces y música tenue.

—¿No has ido a la cena de Skinophilia? —Le pregunté mientras jugueteaba con los palillos, intentando pensar en más temas de conversación para no enfrentarme a un tenso silencio cuando se acabase esta primera ronda de anécdotas irrelevantes.

—Paso, era a las ocho, yo no tengo hambre tan pronto.

—Ya, es que estos ingleses... —Le dije en un tono pretendidamente bromista mientras rezaba para que no me hubiese visto llegar al hotel con el *happy meal* que me había comprado para merendar a las seis de la tarde. — Bueno pero las conferencias muy bien, ¿no? La verdad que está super bien que podamos tener esta visión tan global de toda la estrategia

Presas del pánico por quedarnos sin conversa, la Abril repelente salió a la palestra con todo su arsenal de comentarios elogiosos sobre la planificación de Skinophillia.

—Sí, la verdad es que sí.

Oh, muchas gracias Mr. Camps por una conversación tan amena y distendida, perfecta para maridar la cena con incomodidad y tendencias suicidas.

Seguí jugando con los palillos mientras pensaba en porqué demonios se me había enchufado este tío a la cena. Si tan pocas ganas tenía de hablar y ser un poco amable hubiese sido mejor que se hubiese ido por su cuenta, y que yo hubiese podido quedar con mi guiri de Tinder sin complejos ni vergüenzas. Es

que era absurdo, ya había vivido la experiencia de sentarnos solos en el cátering de la ofi un perezoso día de agosto en el que no había prácticamente nadie más, y había sido un desastre de sonrisas fingidas y conversaciones forzadas sobre el tiempo y los planes del fin de semana.

—¿Crees que el sérum iluminador realmente va a estar listo para Junio? Deberíamos empezar a planificar los eventos de presentación a prensa, pero como nos pase como con el tónico que al final se atrasó...

—No quiero hablar de trabajo, Abril —Me respondió cortante, seco.

Pues vaya.

—Sólo quiero hablar de lo mucho que me pones y cómo me gustaría tirarte sobre la mesa de mi despacho cada vez que te veo entrar con tus falditas cortas y tus gafas de secretaria cachonda.

Es lo que me podría haber dicho para sortear el corte que me acababa de dar y darme una justificación medianamente razonable a por qué descartaba en el único tema en común que podíamos tener él y yo.

Pero no, siguió callado, rebañando un *maki* de atún en la salsa de soja con la mirada distraída, mientras yo me quería escurrir bajo la silla y fugarme reptando hasta la confortabilidad de mi cama del hotel.

—Vale, pues nada de trabajo —Dije mientras reprimía mis ganas de llorar atascándome la boca con un nigiri tras otro.

Seguimos comiendo bajo un silencio espectral que me permitía discernir el sonido de su mascullar lento y constante, y el repicar de los palillos contra el bol de la salsa.

Decidí que esta situación sólo podía sobrellevarla la Abril borracha y le dejé paso, resignada, apurando de un solo trago la copa de vino blanco que había permanecido intacta hasta ahora.

Verás querido diario, puede que antes ya te haya avanzado un poco que la noche de los hechos iba un poco “achispadilla”. No es algo que suela pasar. Por lo general tengo una política muy sólida sobre no beber nunca, porque a pesar de ser algo más alta que la media una sola copa es suficiente para que coja mi dignidad, la doble cariñosamente siguiendo el método Marie Kondo, la guarde en el armario y me olvide de ella por completo mientras me dure la cogorza.

Para que te hagas una idea, no suelo beber porque con tan sólo dos copas y tres chupitos en el cuerpo he sido capaz de cosas como:

- a) Hacer un baile de la barra en la barra de una discoteca.
- b) Que resultó ser un perchero.

- c) Y evidentemente me cargué, cuando me abracé a él cuál koala a él.
- d) Durante el trayecto de ambulancia —me había quedé inconsciente durante unos segundos, debido al golpe en la cabeza —le tiré los trastos al médico de emergencias.
- e) Y al enfermero.
- f) Y, cuando llegué al hospital, al celador.
- g) Le envié un *what's* al chico con el que estaba de rollo para decirle que estaba ingresada y que los médicos me estaban a punto de confirmar lo que yo ya sabía gracias a Google: Sólo me quedaba una semana de vida.
- h) Me fui del hospital antes de que me pudiesen hacer la primera revisión, porque me entró la paranoia que me había dejado la plancha del pelo encendida.
- i) No llegué a poder comprobarlo: Me quedé dormida en una parada de bus a una manzana de mi casa, pensando que me había perdido y que nunca sería capaz de encontrar el camino de retorno a mi dulce hogar.

Con esta pequeña iniciación a mis antecedentes étlicos, estarás tan de acuerdo como yo que cascarme tres copas de vino en una cena con mi jefe no fue la mejor de mis ideas.

Pero era joven e inocente, y había subestimado por completo mi capacidad para hacer el ridículo, así que pensé que por una copita no pasaría nada.

Y la cosa es que si sólo hubiese sido unas tres copitas seguramente no habría pasado, pero acabaron siendo unas seis, más a menos (puede que más “más” que “menos”). Así que la Abril borracha fue llegando poco a poco, de forma sigilosa y progresiva, pero decidida a hacer acto de presencia en cuanto mi sobriedad se hubiese disuelto entre los muchos grados de alcohol que tenía ese vino francés.

Hay muchas acepciones de la Abril borracha —están la Abril paranoica, la Abril bailonga, la Abril delicuente... -. Pero creo que debería señalarte, querido diario, el denominador común de todas ellas: Se creen la persona más irresistible y seductora del planeta tierra y se quieren tirar a todo lo que se les pone por delante.

No voy a juzgar a la pobre Abril borracha, porque creo que es un sistema de defensa que ha generado mi propio cuerpo para seguir su ciclo vital y conseguir que algún día lleve a cabo la misión como especie de reproducirse.

Te justifico la respuesta: Desde que volví a incorporarme al mercado,

digamos que esto de ligar no se me ha acabado de dar del todo bien. Piensa que había estado en una relación estable con Félix desde la uni, así que para cuando nos dimos cuenta de que ya no sentíamos lo que se supone que debíamos sentir el uno por el otro y lo dejamos, el mundo había evolucionado a una velocidad frenética, y mis conocimientos sobre los ritos de apareamiento de la juventud se habían quedado anclados en los zumbidos del messenger y un magreo despistado en el horario infantil de las discotecas de la tarde.

Resulta que mientras yo estaba alejada del mundo de las relaciones casuales, encerrada en rutinas de domingos por la tarde de la mano en el sofá y noches románticas con pijama de franela, todo lo que yo conocía de ahí fuera había estado cambiando. Se ve que ahora ya habíamos pasado esa edad en que la conversas fluían solas y tus amigas tenían amigos que traían amigos que te entraban arrinconándote en la esquina oscura del bar, o que el tedio de la biblioteca se podía fulminar con un cruce de miradas travieso. ¿Dónde había quedado la magia? Ahora en el mundo real todos estaban felizmente comprometidos y todas tus opciones de príncipe azul se ocultaban tras una foto retocada y un *swipe* decisivo.

Total, que todo este rollo te lo soltaba para contarte porqué motivo creo que me pongo cómo me pongo cuando bebo. Como si todas las novelas románticas que leo a escondidas eclosionaran en mi subconsciente y yo decidiese testar las técnicas amoratorias que se exponen para comprobar que NO son verdad.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 1:

Morderte los labios es un gesto inocente y prácticamente involuntario que tienes incorporado en tu registro habitual, y que es capaz de convertir a una monja de clausura en la persona más deseable e irresistible del planeta.

—Bueno, ¿pues de qué te gustaría hablar? —Le pregunté a Martí mientras empezaba a sorber mi segunda copa —¿O prefieres no hablar?

—No, no, hablar me parece bien.

—Ah, qué bien. ¿Qué te parece Londres? ¡A mi esta ciudad me encanta! Aunque ostis, no veas el frío que hace para ser Abril...

Dejemos un minuto de silencio para apreciar y agradecer todo el potencial que da de sí la meteorología. ¿Qué haríamos sin ti?

—Ya. La última vez que vine fue en enero y había nevado y todo. Y encima antes de las cinco ya era casi de noche.

—Ya, sí, eso es como súper psicológico, pero hace tanto no tener horas de

sol.

Di un sorbo a mi copa y me incliné un poco hacia adelante, dispuesta a poner en práctica mi sutil as en la manga.

—¿Y viniste a pasar las vacaciones?

—Sí, me iba a quedar toda la semana, pero al final me volví antes de lo previsto.

Preparé mi dentadura inmaculada mientras intentaba encontrar una respuesta ingeniosa con la que seguirle la conversación.

—Vaya, ¿echabas de menos la oficina?

Empecé a pasar el filo de mis dientes por el linde de mis labios.

—No, mi abuela se murió y tuve que volver para el funeral.

Para que puedas tener más clara toda la ridiculez que encarnaba en esos momentos, procuraré ser gráfica:

Estaba intentando morderme el labio de forma sofisticada para —no sé por qué turbio motivo —seducir a mi jefe, pero lo que en mi mente se perfilaba como algo sensual en realidad eran mis labios finos desapareciendo bajo mis dientes con restos de sushi. Es decir, que en vez de ser como una heroína de novela romántica en pleno éxtasis por el roce de la yema de un dedo, en realidad era mucho más parecida a mi abuela sonriendo cuando se quitaba la dentadura. A todo esto, habría que sumar que me atraganté y empecé a toser.

Estupendo, el chico me decía que su abuela había muerto recientemente y todo lo que podía hacer yo era expectorar y mirarle con mis ojos llorosos y mi cara roja y congestionada. Bien Abril, bien.

—Vaya, lo siento mucho —le dije en cuanto pude recuperar mis respiración normal —no sabía nada.

—Ya, es que me pilló de vacaciones.

—Jo, pues lo siento un montón.

El silencio incómodo volvió a bailar entre nosotros y yo me acabé de golpe mi tercera copa de vino.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 2:

El detalle que cambia la percepción de todo. Hasta ahora tú, chica sencilla del montón, habías pasado completamente desapercibida con tu media melena castaña y tus ojos marrón común, pero hay un detalle de tu físico que encandila. La mordida de labios era sólo la antesala, tienes otra cualidad física que destaca, y en cuanto se descubre cae rendido a los pies de tu sensual *sexicidad*.

—Abril, la verdad es que tienes...

—¡Sí? —Le miré expectante. Por fin parecía que iba a llegar el momento del reconocimiento mi autoridad directa, ¿qué iba a decirme?

Tienes una increíble capacidad analítica y creo que va siendo hora de subirte el suelo.

Tienes mucho ímpetu y profesionalidad, eres la persona de la oficina en la que más confío y a la que más potencial de desarrollo veo, aunque en la entrevista de evaluación pusiese todo lo contrario.

E incluso hubiese podido aceptar un:

Tienes un cuerpo que me nubla la vista y la razón y hace que quiera ponerte contra la fotocopiadora, bajarte las braguitas y...

—Tienes los dientes manchados de pintalabios.

—Ah, vaya, gracias, lo siento —me llevé el índice a los dientes para dejar de ser la palurda que no sabía ponerse pintalabios. Sentía la vergüenza ascender por todo mi cuerpo en forma de oleada de calor —o puede que fuese el efecto del vino, pero en todo caso me sentía muy avergonzada.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 3:

La habilidad dialéctica que puedes llegar a tener dejaría sorprendido a más de un guionista de Hollywood. Porque tú, chica sencilla del montón pero arrebatadoramente irresistible, eres capaz de sacar temas de conversación profundos e, incluso estando nerviosa, responder con una agilidad e ironía que dejan a tu interlocutor desarmado, a la par que divertido.

—Pues eso —dije cuando ya habíamos pasado un prudencial tiempo en silencio —que la verdad que en este país hace un frío...

Todo esto lo dije mientras me quitaba la cazadora de plasti-cuero y me abanicaba con la mano, porque la ola de calor seguía sofocando mis sentidos y me estaba empezando a agobiar.

¿Pero en qué demonios pensabas Abril? Sólo hay una norma para poder tener una conversión sobre el tiempo, y es hacerlo con coherencia. ¡COHERENCIA! ¿De verdad te parecía tan jodidamente difícil?

—¿Tenías pensado ir a otro sitio luego? —No tenía del todo claro a qué se refería Martí con esa pregunta. Qué pasa, ¿que no tenía suficiente con la incomodidad de la cena que también necesitaba un silencio tenso entre copas, con aún menos cosas con las que distraernos de nuestra absoluta falta de compatibilidad?

Pero luego vi sus cejas enarcadas y su mirada baja y pronto caí en cuenta.

De que se me había ocurrido la maravillosa idea de ponerme un sujetador por camiseta. Era una idea estupenda cuando la cita que me esperaba era un guiri semental, y no el *snob* de mi jefe que ahora, encima, se creía con derecho a juzgar mis decisiones estilísticas.

Le sonreí mientras pensaba en qué responderle. Podría haber dicho tantas cosas. ¡Tantas!:

—Oh la verdad es que sí Martín, había quedado con un amigo, pero como me has dicho de venir...

—No sé a santo de qué cojones viene esa pregunta. ¿Por qué mi ropa no te parece apropiada en este contexto? ¿Sabes lo que no es apropiado? Tu machismo, so gilipollas. Ah, ¡y por cierto! Tu flequillo tampoco es nada apropiado, DEJA DE PONERTE GOMINA.

Pero todo lo que hice fue sonreír estúpidamente y salir del paso con un:

—Oh... ¡Ya! No, que va... Es que... —solté una carcajada entrecortada mientras volvía a beber de mi copa —esta mañana he sudado como una pequeña cerda y sólo me queda una camiseta limpia para las confes de mañana.

Bien Abril. BIEN.

Es que es recordarlo y me muero. Me consume la vergüenza ajena que siento hacia la Abril borracha del pasado, pero no puedo hacer nada por volver atrás y evitarlo, así que sólo me queda asumirlo y seguir volcando en ti mis penas y preocupaciones.

Sigamos.

¿Qué? ¿Qué si no acaba aquí la historia? Por favor, querido diario, creo que a estas alturas ya me conoces lo bastante como para no subestimarme a mí y a mi capacidad de ponerme en evidencia.

Claro que no acaba aquí. Toma asiento y prepárate un bol de palomitas.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 4:

Despiertas tantas pasiones y eres tan adorable que nadie puede resistirse a agasajarte con todos los caprichos que puedas necesitar, así que todas las personas que han caído en las redes de tu atracción no dudan en derrochar toda su amabilidad —y dinero —en satisfacer tus necesidades.

Por suerte ya habíamos acabado de cenar y ninguno de los dos queríamos postre, así que sí que al cabo de poco pude ver con alivio como traían la cuenta a la mesa.

Me recosté sobre la silla mientras daba un último sorbo a mi copa,

esperando a que Martí sacase la tarjeta de la empresa.

—Son treinta y seis por cabeza —me dijo mientras toqueteaba las teclas de la calculadora del móvil.

—Vale —empecé a ponerme la chaqueta de nuevo, sin darme por aludida.

—Bueno, yo pongo cuarenta que no tengo suelto.

Se me atragantó un poco mi —ahora sí que sí —último sorbo de vino, pero supe disimular con dignidad (o, si más no, eso creo, ya no estoy para recordar estas cosas).

—¿No pagamos con la tarjeta de Skinophilia?

—El presupuesto máximo para cenas es unos veinte por cabeza, y no puedo justificarle a Fonts que te hayas cascado tú sola dos botellas de vino

—¿Perdona?

—Bueno mira yo pongo los cuarenta pounds e intento pasar el resto como gasto de los dos.

—No, no, perdona, tranquilo, me puedo pagar yo perfectamente la cena y las dos botellas de vino que nos hemos bebido entre los dos —dije ese “entre los dos” de forma muy pausada para que tuviese claro que no me podía venir con la insinuación de que era bebedora compulsiva.

Creo que por ahora ya habíamos llegado a la conclusión que iba un pelín de nada achispada.

—¡Es más! Guarda tus sucios pounds porque hoy te invito yo.

Tiré un billete de cincuenta libras sobre la mesa y me lo quedé mirando desafiante.

Creo que Martí iba a decir algo —como que si le quería invitar en realidad aún faltaban más billetes —pero supongo que cayó en cuenta que yo no estaba para muchos razonamientos, así que se limitó a coger el bol en el que habían traído la cuenta y se encaminó hacia salida sin siquiera esperar a que me acabase de abrochar bien la chaqueta.

Tuve un pequeño traspies con el tacón de mis botines negros al salir, así que para cuando le pude alcanzar ya estaba por la mitad de la calle.

Empecé a caminar sigilosamente a su lado, preguntándome porqué diantres era tan sumamente borde y no era ni siquiera capaz de esperarme. Vale, que a lo mejor a mí las copas se me habían ido un poco de las manos, pero estábamos fuera de horario laboral y era él quien había sugerido cenar juntos y, por ende, arruinar mi noche.

A saber lo que habría sido de ella si no me lo hubiese encontrado en el hall. Puede que hubiese aparecido al amor de mi vida y que esa noche se

hubiesen plantado las semillas de lo que habría acabado siendo una relación pasional que me habría acabado llevando al altar y lejos de las oficinas grises de Skinophilia.

Suspiré resignada cuándo ya casi llegábamos al hotel, convenciéndome a mi misma de que esa noche iba ser otra más en la que mi vida seguía igual y mis expectativas se frustraban, acechadas por la aburrida realidad —¡JA! que irónico parece todo ahora, ¿verdad?

Todo lo que me podía esperar de emocionante era desplomarme las sábanas frías de mi cama *king size* y mirar cómo llovía por la ventana —y Netflix, pero entonces ya no tendría credibilidad la imagen dramática que te estoy intentando ilustrar sobre cómo era mi estado de ánimo en aquellos momentos.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 5:

Las señales. Aún no estás del todo convencida si ese chico que te ~~quieres~~ ~~tirar~~ gusta tiene sentimientos recíprocos hacia ti, pero al final acabas notándolo por sus pequeños detalles y gestos Un roce entre vuestros meñiques, una caricia accidental —pero buscada —en la cintura, una mirada profunda e intensa penetrando tus ojos marrón ~~glacial tan marrones que parecen casi...~~ intenso?? (Nota para mí: ¿C ó mo diablos puedo hacer que los ojos marrones sin m á s suenen atractivos? ¿Hay algún adjetivo que acompañe bien a marrón? Si lo sabes, diario, dime porfa).

Entramos en el ascensor y los dos nos colocamos contra el espejo del fondo. La voz mecánica nos indicó que se iba a iniciar la ascensión mientras se cerraban las puertas, y nos quedamos allí los dos solos, con el silencio incómodo por una única compañía.

Cuando íbamos por la planta dos Martí giró su cabeza hacia mi dirección y me dijo:

—Abril, tú y yo deberíamos...

No me preguntes por qué, ni me hagas explicarte cómo, porque es que no lo sé. Lo que viene a continuación te va a doler de la vergüenza ajena, te aviso. Casi tanto cómo me duele a mi contártelo. Pero bueno, haremos caso a mi musa del *mindfulness*, no hay marcha atrás.

Pues eso, no me hagas decirte porqué motivo porque sería incapaz de justificártelo, pero en alguna parte de mi mente, nublada por el influjo étlico, ese tú y yo deberíamos sólo podía complementarse con un “darnos el lote y revolcarnos sobre la cama”. Y no sé. No sé porqué.

Pero bueno.

La verdad es que...

Venga, Abril, basta ya de divagar que aún se va a despertar el tío merluzo este y aún no habré sido de contarte lo que pasó.

Bueno, que tampoco te quejes porque ya te he hecho un avance.

Me acerqué a él y le besé. Así, como sin más. Recorté los apenas cinco centímetros que nos separaban pegándome a él y rodeando sus espaldas con mis brazos mientras le besaba en los labios.

Dios mío es que lo recuerdo y me quiero morir. ¡MORIR!

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 6:

La atracción fatal. A pesar de que no debáis, no podáis, tener una relación tórrida porque vuestra vinculación profesional os lo impide, la tensión sexual se palpa en el ambiente y cualquier roce que le hagas tu, chica sencilla de ojos marrón común, perturbará su juicio y le convertirá en una bestia sexual indomable, sedienta de tus fluidos y gemidos.

Martí me puso una mano sobre el hombro delicadamente y me apartó.

—Deberíamos empezar ya con el informe del lanzamiento de junio.

—Ah, vale —Creo es todo lo que logré susurrar, mientras notaba mi cara arder por la vergüenza y se abrían las puertas del ascensor.

Salí antes de que estableciésemos contacto visual por accidente y empecé a caminar con paso rápido, esperando que el pasillo me engullera y evitase cualquier intento de conversación con Mr. Camps. A penas podía pensar. Todo que lo que resonaba por mi mente eran palabras de arrepentimiento y flagelación:

Qué has hecho. Abril-qué-coño-has-hecho. Que es tu jefe. Y que le ves cada día. Y que no le gustas. Y, sobretodo, ¡que no te gusta! Porqué. Porqué. Porqué. Joder, no te puedo dejar beber un solo puto día porque de pronto de conviertes en una ninfómana maníaca a la que no se le ocurre otra cosa que intentar tirarse a su jefe.

En un ascensor. Bien, Abril. BIEN.

—Buenas noches —Me dijo Martí ahora que había llegado finalmente a mi altura, estábamos casi en la puerta de mi habitación. La Abril sobria parece que intentó asomar un poco la cabecita por mi estado de pánico histérico y decidió actuar. Sería mucho más fácil lidiar con todo si le pedía disculpas ahora, desde mi estado etílico, que si le ignoraba y volvía a intentar retomar el tema mañana. Mejor decírselo en aquel momento y olvidarnos de todo.

—Martí... Lo siento mucho. Espero que puedas perdonar mi falta de profesionalidad y que no me lo tengas en cuenta, claramente me ha sentado mal la cena. —Sí, claro chata, la cena —Siento mucho haberte importunado y haber actuado sin tu consentimiento. Olvidémonos de esto por favor. —Dije todo esto muy rápido, de corrido y en un murmullo ahogado, sin mirarle a la cara porque estaba rebuscando la tarjeta de la habitación del hotel en mi cartera.

—No pasa nada —Me respondió Martí antes de encaminarse hacia su habitación.

Pasé la tarjeta por el lector y empujé hacia adentro, pero la puerta no se abrió.

La pasé varias veces más, de todas las formas posibles, pero todo lo que recibí por respuesta fue una luz parpadeante roja.

—Joder ya, ¡puta puerta!

—Abril —Me sobresalté, estaba tan concentrada intentando abrir la puerta que no me había dado cuenta de que Martí había venido a mi rescate —A ver.

—Ya lo que he intentado todo, pero no se abre —Le quise dejar claro que no tenía ningún tipo de necesidad de sacar a relucir su paternalismo salpimentado con complejo de salvador de pobres damiselas, yo me las sabía apañar perfectamente bien y el lector de puerta simplemente estaba roto.

—Esta es la tarjeta de brasileñas top —Me dijo, interrumpiendo mis pensamientos de indignación.

Miré la tarjeta blanca y azul, como la del hotel, pero en efecto era la tarjeta de fidelización del centro de estético donde me hago la cera.

Estupendo.

Todo lo que se me ocurrió hacer fue extender una sonrisa falsa. Espero que Martí supiese captar el matiz irónico con el que se la dediqué.

Saqué la tarjeta del hotel y me armé de valor para volverle a dirigir la palabra a Martí, iba a ser mucho más fácil romper el hielo ahora que en un vuelo de avión de tres horas o un lunes a primera hora de la mañana.

—No volvamos a hablar de esto. ¿Pero sabes qué? Tú te lo has perdido —
Le susurré

OH DIOS MIO, ¿pero porquééé Abril borracha del pasado?! ¿Porqué? Quién te ha hecho creer en algún momento que eres una sex symbol irresistible, en qué momento algún chico sobre la faz terrestre te ha dado una señal que te haga pensar que puedes filtrear de esa forma, como si fueses tú aquí una femme fatal de la vida. TÚ, que eres una pequeña pardilla que a

veces no sabe ni desabrocharse su propio sujetador ni quitarse las medias con dignidad.

Me mortifica acordarme de esto.

Pero casi que aún más de lo que ocurrió a continuación.

Sorry dejarte con la intriga, pero te lo cuento en otro momento! Vamos a aterrizar y alguien va a tener que despertar a la marmota humana.

¡Hasta luegoiii!

CAPÍTULO 12

VIERNES 13 de abril, 01:40 AM

Querido compañero de noches insomnes por el estrés post-traumático del acto post-criminal,

Resulta que no tenía ansiolíticos en casa y creo que estoy en esa fase en la que tienes tantísimo sueño que ni siquiera puedes dormir, así que sigues siendo mi único punto de desahogo y la única compañía a quien le puedo contar todos mis pesares y preocupaciones. ¡JA!, te fastidias amigui, tendrás que seguir tragándote las desventuras de Abril.

Bien, creo que me había quedado en el momento en que el que el espíritu de una chica lanzada me poseyó y acabé de hundir toda mi dignidad en el socavón de miseria y desolación que habían cavado mis propios actos.

Por algún motivo que aún no logro entender y que espero poder analizar más en detalle en alguna de mis futuras sesiones con el psicólogo, aquella última frase debió despertar algún tipo de orgullo latente el él y se acercó a mi. Y me miró. Yo le rehuí la mirada, presa de un nuevo ataque de vergüenza aguda, así que se volvió a acercarse más.

Ay dios mío, es que no sé si estoy preparada para contarte esto.

GRRRR. Allá vamos:

Yo iba a dar un paso atrás, pero de pronto tenía una mano aferrada a la cintura, y una embriagadora colonia de hombre sofocando el escaso aire que atinaba a respirar. De pronto yo estaba de cara a la pared y de pronto tenía un reguero aleatorio de besos y lametones surcando mi cuello y una polla dura restregándose por mi trasero.

A ver, un momento: Paremos, porque me pongo a recordar todo esto y es que me pongo taquicárdica, y no sé en que sentido, porque todos estamos de acuerdo en que mi jefe es un capullo incompetente al que en un estado sobrio NUNCA le hubiese tirado los tejos. Así que necesito que entiendas esto, diario. Que tomes por premisa que todo esto que te estoy narrando ahora fue una cosa muy accidental y muy poco premeditada que yo no hubiese querido que pasara ni en la peor de mis pesadillas.

Dicho esto, cabe remarcar que la Abril borracha no era consciente de esto y sólo podía pensar en que no sabía lo que estaba pasando, ni cómo, ni por qué, pero que estaba perdidamente cachonda por culpa de una mano que

trepaba por dentro de su sujetador, pellizcando suavemente sus pezones con la yema humedecida de los dedos.

Nada me había hecho prever esa mañana que la misma mano de uñas cortas e impolutas que me firma los documentos y me anota comentarios despectivos en los márgenes de los informes estaría ahora bajándose las bragas con una lentitud tortuosa y acariciando zonas erógenas de mis partes íntimas de señorita.

La verdad es que recuerdo la secuencia de forma muy confusa, pero hay varias imágenes que se agolpan en mi memoria, y me hunden cada vez más en la vergüenza absoluta.

Joder, es que hasta ahora con todo lo que ha pasado no había sido capaz de evaluar la verdadera seriedad que tiene este tema: ¿Cómo diablos le voy a mirar mañana a la cara?

Ahora cada vez que nos reunamos sólo podré pensar en mis braguitas de ositos panda tiradas sobre la moqueta del pasillo, en mí girándome hacia él y cogiéndole de la mandíbula para acercarle a mis labios, en nosotros besándonos con lengua y en él agarrándome por el culo y empujándome contra la puerta de mi habitación, sin interrumpir el beso, sin recoger mis bragas, sin pensar en nada más que no fuese entrar para culminar lo que fuese que estábamos empezando en ese pasillo angosto.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 7:

Cuando, finalmente, después de muchas antesalas e idas y venidas los héroes románticos se sumen en un desenfreno de pasión sin límites todo fluye y surge sin problemas ni limitaciones al placer.

Empecé a pasar la tarjeta de la habitación por el lector, mientras estaba en esa posición tan comprometida, de espaldas a la puerta y con el cuerpo de Martí pegado a mí, sofocándome, mientras seguíamos besándonos con desesperación.

Un “pip” afirmativo hizo que la puerta se abriese de golpe. Martí sobre mí y yo contra la puerta. La puerta cediendo bajo el peso de nuestros cuerpos y abriéndose de par en par. Supongo que los dos esperábamos oír el golpe seco del pomo de la puerta impactando contra la pared, así que nos sorprendió aquel sonido viscoso. Dejamos de besarnos extrañados por el ruido, y el resto ya lo conoces bien. Mr Werkert tenía el pomo incrustado en el abdomen y el pico de la puerta hincado en en el hueso frontal.

CAPÍTULO 13

VIERNES 13 de abril, 02:16 AM

Sigo en el mismo sitio que antes por lo que creo que no hace falta un nuevo saludo:

Le he estado dando muchas vueltas a todo esta noche y he llegado a la conclusión de que esto, algo así, sólo podría pasarme a mi. La primera vez que me lío con un tío en prácticamente un año —¡UN AÑO! —y:

- a) Es mi jefe
- b) Es a raíz de una borrachera y —lo más dramático, obviamente.
- c) (presuntamente) Nos cargamos a un tío
- d) Que resulta ser uno de nuestros jefes supremos
- e) Y que desaparece del armario donde lo habíamos intentado ocultar

Las hay con suerte y con menos suerte. Las hay con mala suerte y la hay muy desafortunadas. Y luego, al fondo, a la derecha, bajando unas escaleras que conducen al sótano de depresión y soledad y siguiendo todo recto, y bajando más por un ascensor, encuentras el pozo de la desgracia en el que me encuentro sumida y del que nunca jamás podré salir.

Con cariño e instintos suicidas, se despide:

Abril.

CAPÍTULO 14

VIERNES 13 de abril, 14:17 PM:

Querida compilación de divagaciones y lamentos,

Nadia había quedado para comer hoy con su amiga de i+D, así que eso nos deja un ratito a solas en el comedor de la ofi.

¿Qué tal? ¿Harto de mí? Bueno, lo siento, te chinchas, yo aún tengo demasiadas cosas de las que exorcizarme y me temo mucho que hasta que no llegue el mes de la paga extra no te podré reemplazar por un psicólogo.

Así que espero que no te importe, pero aún tengo que reflexionar sobre demasiadas cosas. Estoy rara, querido diario, y para que lo note la gente de mi alrededor ya es mucho decir, porque como bien te habrás percatado, antes de todo esto tampoco acababa de ser del todo normal.

Pero es que claro, a pesar de mi galardón del club de teatro —año 98, recordemos, otorgado a mi brillante interpretación del Capitán Garfio (hice el casting para Campanilla, pero eso no tiene porque saberlo nadie) —nunca me había preparado para este papel.

¿Qué papel, se preguntarán tus páginas roídas, el de tía loquer que ha acosado a su jefe y que ha matado —involuntariamente, no lo olvides pequeño —a alguien mientras se intentaba triscar a su jefe en la puerta de la habitación de hotel?

Pues sí, dicho así es un papel extraño, pero es la mano que me ha tocado jugar en esta partida macabra y no sé cómo sobrellevarlo. Hasta ahora siempre había habido un siguiente paso, una cosa más inminente de la que preocuparse, había podido sobrellevar la presión, la había recluido y amordazado con las tareas que se nos iban acumulando en una lista desglosada —limpiar la sangre, borrar las pruebas, hacernos los sorprendidos, seguir el plan.

Y ahora que por fin debería estar tranquila y dejar mi consciencia corretear libre y despreocupada porque ya no hay un cadáver del que preocuparse es cuando más nerviosa e inquieta me estoy sintiendo. Martí y yo nos hemos cargado —accidentalmente —a una persona. Una persona que vivía y que de pronto por culpa de una mala casualidad, que por culpa nuestra, por culpa mía, ya no. Y quién sabe las consecuencias que se estarán desatando con esa desaparición. Me estremece el simple hecho de imaginarme las escenas de

devastación que pueden estar visualizando a cada momento los miembros de su familia. El hueco del sofá vacío. El plato extra que has llenado por inercia enfriándose sobre el mármol de la cocina. La señal intermitente de un móvil al que has llamado por quinta vez, desesperado, con el mal presentimiento de que ya nadie lo va a coger.

Pero lo que más me remueve y mantiene insomne por las noches es que no sepamos dónde está el cadáver de Mr. Werkert.

En su momento todo pasó rápido y el peso del alivio inmediato nos hizo irnos de Londres sin detenernos a pensar en lo que había pasado. “Sigamos el plan, sigamos el plan” fue el mantra que acompañó el traqueteo de las maletas por el pavimento irregular de la acera y las pocas ganas de hablar y recordar que teníamos Martí y yo. Pero ahora que ha pasado más de un día soy incapaz de funcionar como persona mientras todas las incógnitas que quedaron en el aire esa mañana, esa noche, sigan pululando por mi cabeza, insuflándome culpabilidad y paranoia.

Esta mañana he llegado casi una hora tarde porque después de todo lo que ha pasado en Londres he sido incapaz de despertarme, ni con la séptima alarma. No sé a qué hora me fui a dormir ayer por la noche, pero posiblemente rozaban las cuatro la última vez que me atreví a mirar el despertador. Me he dado una ducha rápida para despejarme y he rebuscado en la pila de la plancha uno de esos vestidos que no se arrugan demasiado y cumplen de forma funcional con el *dress code* de oficina sosa y aburrida.

Para cuando he entrado en el coche, pálida y ojerosa, ya era la hora de inicio de mi jornada laboral. Me he dejado caer sobre el respaldo, pensado que total, ya no veía de cinco minutos. Ayer el avión aterrizó en Barcelona a la una, estaba más que justificado que llegase tarde, más siendo viernes. Han pasado unos diez minutos hasta que me he decidido a girar la llave en el contacto, y emprender el trayecto inevitable hasta el sitio donde menos me apetecía estar.

—Joder Abbs, te iba a preguntar que cómo de horrible había sido, pero ya veo que muy fatal todo —Nadia me ha confirmado la mala cara que tengo nada más entrar.

—Mira... Sí, fatal podría ser una buena palabra par describirlo —Le he dicho cansada, mientras me dejaba caer sobre la silla. La he balanceado hacia la derecha para poder ver su cara asomando por el lateral ordenador que tengo en frente.

—Buah tía, que percal. Me rallé mucho cuando vi las llamaditas de Mr.

Gomini —Mr. Gominies el apodo por el que nos referimos cariñosamente a nuestro querido jefe, en honor a su pelo relamido —Pero cuando vi que era para ir al coñazo este de Londres... ¿Muy aburrido o qué?

He encendido el ordenador para darme un margen para pensar la respuesta. Bueno, aburrido claramente no sería el adjetivo más acertado, pero no sé qué reconocerle a Nadia y qué no para que no sospeche nada.

—Aburrimento mortal tampoco... Pero ayer volvimos muy tarde y estoy reventada.

—Jo, es que ya te podría haber dado fiesta el tío este, él no viene con todo el morro y tú aquí sin comerlo ni beberlo a pringar.

Mientras Nadia seguía con su teoría que en realidad Martí nos necesitaba en las conferencias porque le daba pereza tomar apuntes y no entendía inglés me he girado hacia el despacho de Martí para comprobar, a través de las paredes acristaladas, que seguía vacío.

—Buenos días, chicas.

Nadia y yo nos hemos sobresaltado. Parece que nuestra ración diaria de críticas a Mr. Gomini le había invocado, y ha aparecido por el pasillo de forma sigilosa, murmurando ese “buenos días” desganado.

—Buenos días Martí —Se ha apresurado a saludar Nadia, seguramente esperando que no hubiese escuchado sus últimas palabras sobre lo “trabajador” que le parecía el señor Camps.

Yo he fijado la vista en el ordenador y él ha pasado de largo por mi mesa. Parece que los dos hemos decidido seguir la estrategia de ignorar al otro descaradamente hasta que se nos olvide que hemos matado —accidentalmente. Yo no dejo de repetírtelo por si alguien en algún momento alguien se encuentra con este diario —a alguien y que su cadáver ha desaparecido misteriosamente.

—Abbs, tía, acompáñame a por el café, ¡ya!

He temido que esa impaciencia de Nadia estuviese motivada por algo raro que hubiese visto entre nosotros dos, y que quisiera convertir nuestro rutinario paseo hasta la máquina del café en un interrogatorio de tercer grado. Así que, sin que sirva de precedente, casi me he alegrado al escuchar la voz estridente de Jimena:

—¡Abril! Nada, sólo venía a decirte que no preocupes por la reunión de *status* de las nueve y media que te las saltado, ¡he ido yo! Te he pasado el acta por email, no hay mucha novedad.

Me ha guiñado el ojo y ha girado sobre sus talones, haciendo balancear los pliegues de su minifalda azul marino.

Vale. Que conste que he dicho “casi”.

Nadia me ha mirado arqueando las cejas y yo le he respondido con una mueca de asco. Jimena es nuestra becaria y, por lo poco que habrás podido intuir, nos cae bastante mal. Que ahora pensarás que yo soy una borde y una envidiosa de la vida y que cualquiera que no me siga la corriente o que sea un poco más guapa, más joven, más delgada que yo ya me cae mal. Y que, en el fondo, este es el diario que relata el descenso a los infiernos de una psicópata incurable, pero te prometo, querido diario, que mi odio hacia la becaria está más justificado que un texto de word.

De verdad. ¿O es que no lo ves? Que ha tenido toda la santa mañana para venir a decirme que había ido ella a la reunión y justo ha tenido que decírmelo cuando Martí estaba a una distancia suficientemente conveniente como para poder escuchar toda su repelencia.

En serio, diario. Mira Nadia, es muy guapa y tiene todas las habilidades sociales de las que yo carezco, y encima la tía se escaquea habitualmente de su trabajo y me deja sus marrones a mí. ¿Y la odio? No, porque es majísima y porque soy una chica feminista que cree en el valor de la sororidad y que ve a sus congéneres como cómplices y compañeras de la lucha anti-patriarcal, y no como las enemigas que el relato social te ha hecho pensar que son.

Así que no tiene nada que ver, que Jimena sea una monada con una melena rubia resplandeciente o que tenga un armario repleto de ropa de marca que haga lo que haga siempre combina entre sí: El motivo de mi aversión hacia ella reside en sus aires de pequeña diva de la oficina y en que tiene más pavo que una familia norteamericana por acción de gracias.

Nadia se ha levantado, así que no me ha quedado más remedio que seguirla por el pasillo y someterme a su interrogatorio.

—Es que ya no la trago tía, cualquier día se la suelto —me ha empezado a decir mientras jugueteaba con la tarjeta de empleado que colgaba de su cuello —¿De qué coño va? Es que en serio, no se puede ser tan repelente.

—Ya... Es que encima no sé que se piensa. Hola, chata, sí, he llegado tarde, Martí me dijo que no hacía falta que fuera al status

—Pues no te lo pierdas, el miércoles viene y me pregunta que dónde estás. Yo aún no había visto tu whats con lo de Londres, así que le dije que ni idea, que a lo mejor tenías hora en el médico o algo. Total, que la veo cogiendo el teléfono y pongo la oreja: Va la muy pava y llama a Martí para decirle que aún no has llegado, y que se si sabía algo de ti.

Una oleada de rabia se ha removido en mi interior. ¿Pero es que será

zorra? Bueno, no, porque los zorros son animales adorables, suaves y peluditos que viven tranquilos en el bosque sin joder a nadie. Llamarle zorra sería dedicarle un cumplido que no se merece, ni ella ni sus patas raquílicas de bicho palo.

Sí, ya me imagino lo que piensas, querido diario. Lo mismo que a veces me insinúan mis amigas, que el problema es que yo soy una envidiosa y que me pongo en el peor de los escenarios, que en realidad Jimena es un amor y que sólo estaba preocupada porque su tutora de prácticas no había ido ese día a trabajar.

¡MENTIRA! Tanto Nadia como yo la conocemos bien, y esa llamada alarmada solo era ella y su repelente actitud de niña mimada intentando dejarme en evidencia delante nuestro jefe —del cual, según creen mis ansias cotilleosas, está colada, porque es que son tal para cual los dos.

Sinceramente, no escribo lo suficientemente bien como para poder encapsular en palabras toda la desidia que me provoca y todo lo estúpida que es.

“Uy, Abril” —insertar voz de quinceañera irritante aquí —“he estado revisando el informe que hiciste y la verdad que está muy bien, ¿eh? Pero yo añadiría varios puntos... He hecho todos los cambios que visto que podía hacer y lo he enviado a Martí”

“Abril, no te preocupes, que ya me encargo yo del evento de la crema antiarrugas. Ya he hecho la reunión con la agencia esta mañana, sorry que como has llegado tarde” —elevación sutil de la voz hacia el despacho de Martí —“no te he avisado. Pero tranqui que está todo bajo control” —Despliegue descomunal de sonrisa y guiño de ojo.

“Abril, esta mañana he ido a hablar con Martí y los dos creemos que lo más conveniente es que a evento de París vaya yo”.

¿Tú crees que una becaria me debería hablar así? Vale, me alegra saber que estamos de acuerdo, ni tú, ni yo y ni siquiera Paquita, mi vecina del cuarto, que está un poco ciega y no muy allá, creemos que esto sea una actitud normal.

Ah, no, pero espera. Que me olvidaba. Que evidentemente hay un reducto en el mundo, llamado Skinophillia, en el que las cosas surrealistas y delirantes tienen cabida. Y, ¿a qué no adivinarías nunca quién es el principal principal instigador de todo?

Efectiviwonderly, nuestro añorado Mr. Flequi vuelve a ser el epicentro de la acción.

Ya habrás visto a lo largo de todo el relato que soy una persona apocada y poco asertiva, pero la llegada de Jimena fue capaz de revolucionar mi amilanada pasividad habitual.

—¿Qué tal, Jimena? —Se lo había preguntado más retóricamente que otra cosa, mientras me sentaba en la silla cómoda del despacho multifunción 10. Tuvimos esa reunión cuando ella llevaba apenas dos meses en la empresa. La había citado allí después de ver en el programa de contabilidad una factura de cifras astronómicas, adjuntada a un presupuesto aprobado con su firma redondeada, de trazo firme. JIMENA MOTA-VILLANÉS DE MASCONDE WILLOW. Así, todo junto y agolpado, formando un largo registro incriminatorio. No le di tiempo a que me respondiese —Básicamente quería repasar contigo un tema de una factura que me han llegado hoy, porque me parece muy raro... ¿Tú aprobaste algún presupuesto del evento interno del reafirmante?

—¿El reafirmante? —Pareció vacilar un poco, pero su aplomo descarado salió a relucir en cuanto recuperó la compostura —Sí, lo aprobé porque ya estaba todo claro y controlado, y la agencia me llamó diciéndome que era urgente. Y como tú aún no habías llegado...

—A ver, Jimena —Intenté reunir toda la paz interior disponible en la meditación sincronizada de cuarenta monjes budistas y reprimí los chillidos que me salía de dentro proferirle. Me pasé las manos por el pelo para concentrarme y encontrar palabras educadas con las que decirle que era una puta incompetente de la vida y que más valía que aprovecharse esta experiencia de prácticas, porque parecía que único para lo que servía en su vida era para bajar al local de abajo de su casa a que le limasen las uñas —Tan claro y controlado no estaba. Has aprobado un presu muy alto, para este evento no tenemos ni la mitad de lo que has firmado.

—Pero yo me miré el *excel* que...

—Es que da igual lo que mires, Jimena. Que las que llevamos los proyectos somos Nadia y yo, y por eso no puedes actuar por tu cuenta sin decir nada a nadie —Me pareció ver un tintineo acuoso en sus ojos y me decidí a relajar el tono. Calma, Abril, calma. Profesionalidad y reproche sereno ante todo —Mira, puede que este malentendido se deba a que Nadia y yo no hemos sido suficientemente claras al explicarte los procesos. Agradecemos mucho esta actitud tan proactiva que tienes, pero debemos tener claros nuestros roles: La gestora del proyecto soy yo, y cualquier cosa que se apruebe y cualquier reunión que se haga tiene que pasar por mis manos para que no haya este tipo

de confusiones, ¿me entiendes?

Vi como Jimena asintió con un poco de desgana y proseguí con el discurso, que tanto había ensayado durante la noche delante del espejo:

—Quien tiene la responsabilidad sobre todos los temas de los eventos soy yo. Si algo sale mal, si algo se retrasa, va a ser mi culpa, así que no tienes que preocuparte por nada más que por que lo que yo te delegue. Siento que haya habido un malentendido, pero tú no puedes tomar tus propias decisiones en estos temas, sobretodo cuando no tienes aún el calibre regulado para poder determinar lo que es urgente y lo que no. El día del presu llegué sólo media hora, nos podríamos haber esperando perfectamente.

—Bueno, ya, es que no sabía...

—Y en todo caso, no entiendo porqué me quitaste de la copia, y porqué no me dijiste nada. Estaba a la espera que Martí me aprobase el concepto evento y tu ya te has avanzado a producir cosas pasándote con creces del presupuesto. Tranquila, no pasa nada, aún estaremos a tiempo de reaccionar, pero esta tarde nos tendremos que reunir con Martí a ver.

—Vale —me dijo con la clara intención de poner punto final a esa conversación.

Había salido de esa sala con sensación de autorealización. Bien, Abril, te había costado mucho decidirte a comentárselo pero habías quedado como la persona profesional y responsable que eras. Te habías convertido en la tutora de prácticas definitiva: firme, pero compasiva y dulce, con el tono de voz perfecto y las palabras con el matiz adecuado. Jimena hoy se llevaría el palo, pero pronto se acordaría de ese día como el día en el que una figura de autoridad le enseñó, inspiró y motivó.

JA. Espera que puede que no haya imprimido suficiente carga irónica a ese JA. ¡¡¡JAAA!!! Pobre chica pardilla e ingenua que eres, Abril.

Esa sensación de satisfacción profesional de aquel día me duró sólo apenas una hora, justo hasta el momento en que Martí me envió un email para pedirme que fuese a su despacho. Oh, claro señor Camps, no se rebaje usted a recorrer los diez metros de separan su despacho de mi mesa y hábleme por email.

Me apoyé en el quicio de la puerta y le pregunté que si le iba bien ahora sentarnos para hablar de lo que fuese que quería hablar.

—Pasa y cierra la puerta por favor —Ese tono y esa petición me helaron la sangre. Seguí mi política habitual de ponerme en lo peor y empecé a redactar mentalmente una carta de presentación para futuras empresas de

trabajo.

Entré y me senté en la silla que había en frente de su mesa, en el borde y con la espalda tensa.

—¿Es por lo de la presentación del comité? —Logré articular con un hilo de voz tartamudeante

—No —me respondió serio, y dejó de mirar el ordenador para mirarme a mí —¿Se puede saber qué le has dicho a Jimena?

Putá ~~zorra desgraciada~~—Nota para mí: Buscar un animal que no tenga nada de mono y adorable para referirme a ese engendro.

Propuesta 1: ¿dragón de comodo?

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Aprobó un presupuesto que se nos iba totalmente de lo previsto, porque ella decidió que era urgentísimo aprobarlo, a pesar de que es el del reafirmante, quedan cinco meses. Me quitó de la copia de todos los emails y ha organizado dos reuniones con la agencia sin decir nada. Evidentemente he tenido que recordarle cómo van los procesos.

—¿Y llamarla inútil y decirle que ella no pinta nada en este departamento te parece una buena forma de recordárselo?

Joder, es que lo recuerdo y me hierva la sangre.

Propuesta 2: Cruce de cucaracha y serpiente. La cucapiente.

O serpiracha. A confirmar.

—Martí, sinceramente con lo que ha hecho sería motivo suficiente para decirle eso. Pero te prometo que he sido profesional y en ningún momento le he dicho nada así. Solo que todo tiene que pasar por mí y por Nadia, e incluso por ti, y que somos nosotras las que nos vamos a responsabilizar de cualquier error.

Martí arqueó las cejas y me miró de forma cuestionadora.

—Martí, en serio, mi gran problema en la vida es que no se imponerme a la gente. ¿Tú crees que le hubiese dicho eso?

Se pasó la mano por la frente mientras suspiraba resignado.

—¿Y Nadia?

—No le he dicho nada, la reunión la hemos tenido sólo Jimena y yo.

—Me ha llamado llorando... —dijo mientras iba haciendo movimientos de negación con la cabeza- No sé, se lo ha tomado a mal, la chica. Tendrás que pedirle perdón.

Me quedé tan conmocionada que estuve procesando aquello durante lo que

me parecieron varios minutos.

—Martí, me sabe mal si ha habido un malentendido, pero en ningún momento le he faltado al respeto y reprocharle algo estaba más que justificado.

—Bueno Abril, pero si a la chica le ha sentado mal pues vas y le dices que lo sientes. —Volvió a mirar distraído hacia el ordenador, pero supongo que de vio de reojo mi cara de desconcierto y decidió ser tan magnánimo como para darme una explicación coherente a todo aquello —No sé si lo sabes, pero Jimena está aquí porque hemos tenido muy buenas recomendaciones de ella.

Le miré inquisitiva, aunque de forma no intencionada, pero estaba intentando entender quién diablos iba a hablar bien de esa

Propuesta 3: Merluza despellejada

—La recomendaron desde el Comité.

Traducción simultánea lenguaje diplomático de jefe estúpido —idioma de la gente normal: Está más enchufada que mi cargador del móvil.

Uy, ¡que ya se me ha pasado la hora de comer! ¡Me voy pitando, te escribo luego!

CAPÍTULO 15

SÁBADO 14 de abril, 20:16 PM:

Querido diario que cualquiera que leyese pensaría que es una larga carta en la que relato todos los motivos que me llevaron al suicidio:

Gggg, ayer fue un día largo.

Creo que antes de dejarme llevar por el bucle de porqué odio a Jimena, la Propuesta 4

Araña patilarga / tarántula

Te estaba contando que Nadia y yo estábamos en la máquina de café, y a punto de explicarte que mis temores sobre el interrogatorio se confirmaron cuando la leche aguada de mi capuchino se estaba escurriendo entre la espuma del café.

—Tía, ¿os pasó algo en Londres a ti y a Martí?

Como ya había empezado a prever que eso podía ser un tema de conversa tenía una respuesta preparada, así que la empecé a soltar de forma mecánica.

—No tía, ¿qué va a pasar? Como mucho el aburrimiento mortal de la cena del jueves, macho. ¿Te puedes creer que me arruinó una cita de Tinder?

Le empecé a contar toda la historia. Bueno, toda la historia que había customizado especialmente para ella: Una pizca de critiqueo a nuestro jefe para empatizar rápido, un detalle jugoso sobre lo que le hubiese hecho a mi semental de Tinder para captar su atención, la descripción exhaustiva de la carta del japonés para ir derivando la conversa poco a poco hacia la oferta gastronómica de Barcelona, y una última mención casual al hecho de que Martí me insinuó que la cuenta no la pagaba Skinophilia para que no tuviese la sensación de que quería zanjar el tema rápido.

Ahí se acababa la historia que le podía contar. Un cóctel perfecto que debería haberle hecho olvidar el no-saludo cargado de tensión que nos habíamos profesado Martí y yo esta mañana.

Y parece que lo estaba consiguiendo y había logrado encaminar la conversa hacia el importante truco de Nadia para conseguir que la clara del huevo frito le quedase crujiente al tiempo que la yema líquida. Pero una presencia tras mi espalda rompió toda la base estructural de mi plan maestro.

—Abril —me atraganté con mi capuchino templado cuando escuché mi

nombre pronunciado con su voz —Tenemos reunión a las cinco, ¿vale?

—Aham —es todo lo que logré articular a modo de asentimiento.

Nadia y yo nos quedamos allí plantadas, sin saber como retomar nuestra conversación. El expreso de Martí salía de la máquina, en un chorrillo ridículo y con zumbido atronador que nos permitía amortiguar, con alivio, el silencio tenso del que Martí parecía estar siempre acompañado.

—Hasta luego chicas

—Hasta luego —Lo dijimos prácticamente al unísono, viendo como él ya iba pasillo abajo con su café amargo entre las manos.

—Buah tía, buah tía —Nadia ni miró fijamente y se fue hacia la ventada, con la intención de que la siguiese. Fui hasta allí, resignada, intuyendo que el momento de la hora de la conversación honesta había llegado por fin. —Em... ¿Me puedes decir que no ha pasado lo que yo creo que ha pasado?

—Pues... no sé, ¿qué ha pasado? —Jugué una de mis mejores bazas, la de hacerme la tonta que no se ha enterado de nada. Y sí, ya sé lo que estarás pensando. “Pues claro que que es tu mejor baza, porque hasta ahora no es que hayas demostrado ser muy lista, precisamente”. Gracias diario.

—Por el amor de Dios, Abril, dime que estas apariencias me están engañando.

—¿Pero de qué hablas Nadia?

—Te has tirado a Mr. Gomini.

No era una pregunta. No lo estaba cuestionando. El rojo encendido de mis mejillas era tan delator que Nadia ni siquiera se lo estaba planteando. Era una afirmación categórica, como si tuviese poderes psíquicos y hubiese podido leerme la mente y visualizarlo. Yo contra la pared, sin bragas. Martí contra mí, sin reparos.

—¿Pero que coño dices? —Intenté imitar el sonido de una carcajada jocosa y casual —¿Qué has desayunado esta mañana? ¿ En que momento te ha podido parecer que yo en alg ú n plano espacio temporal ser í a capaz de tocar a este t í o? Es que ni con un palo a distancia- seguí riendo, al tiempo que hacía una mueca de asco.

La mirada inquisitiva de Nadia me escrutaba y sentí que el tiempo se paralizaba. Frunció el ceño, desconfiada, y me empezó a exponer todo su razonamiento empírico mientras se atusaba su melena rizada y castaña, como hace siempre que está concentrada en algo.

—No lo sé. Dime tú.

—Pero que quieres que te diga tía, ¡tú estás mal! Es que mira, no me hagas

ni pensarlo que me recreas imágenes mentales que no quiero tener

—No sé, hoy ni os habéis mirado por la mañana.

—Ah, sí, claro, porque el resto de días me saluda con efusividad, y me trae el desayuno a la mesa después de bailarme la canción que ha compuesto exclusivamente para mí, “Buenos días Abbs”:

—Os habéis evitado. Lo noto. Y tú estás muy roja tía, es que no podrás disimular nunca nada en tu vida —Nota mental: Comprar maquillaje anti-rojeces.

—Pues yo que sé tía, será que los dos estamos reventados de ayer.

—Y que es lo que os cansó tanto, ¿eh pillina? Si al final en las conferencias tú estabas sentada. Dime, dime, ¿qué fue? ¿Vuestros cuerpos sudorosos y desnudos practicando ejercicio toda la noche sin parar?

En otro contexto —en uno en el que no hubiese muerto una persona y no corriese el peligro de ir a la cárcel —me hubiese gustado ver su cara si le respondo que sí, que habían sido nuestros cuerpos sudorosos recubiertos con papel film y guantes de látex arrastrando a un señor de más de cien kilos por una moqueta poco deslizante.

Pero creo que aún no estamos en este punto de confis con mi querida compañera de curro.

—Ay por favor Nadia, voy a vomitar.

—Oh dios mío, aún estarás embarazada y todo.

—¡Nadia joder! Que no, que vomito del asco que me da con sólo imaginarme, grrr —hice aspavientos con las manos para hacer ver que aleaba esas recreaciones de mi mente —de verdad que no sé que se te pasado por la cabeza.

—Fuisteis a cenar juntos.

—Sí, bueno, se me acopló, me hizo pagar y fue un absoluto coñazo.

—Pero bebiste vino, me has dicho...

Se puso la mano en el mentón y me miró pensativa, dando vueltas a mi alrededor. Siguió con sus cavilaciones, como si fuese Sherlock Holmes enfrascado en un monólogo deductivo.

—Y ya sabemos todos lo que te pasa cuando bebes.

—Por favor Nadia, ¿pero acaso me ves capaz de emborracharme en una cena con mi jefe? Soy mucho más profesional que todo esto.

—Ahm... Espera, sí, disculpe señorita profesionalidad personificada ¿me permite recordarle el caso Pau?

Ya estamos con el “caso Pau”. Verás, apreciado diario. Antes he tenido

que acabar muy abruptamente todo el tema de Jimena porque tenía una reunión. Y puede que me hubiese dejado algo por contarte. Y puede que lo haya hecho expresamente. Así que puede que haya retomado el hilo de la historia sin contarte la pequeña minucia que en el departamento (Nadia y yo, vamos) se conoce como “el caso Pau”.

Es una historia de se cuenta rápido, pero que a mí se me atraganta porque cada vez que de alguna forma u otro la recuerdo el arrepentimiento se clava en mi dignidad con dagas impregnadas de vergüenza ajena (hacia la mí misma del pasado).

Pau era nuestro antiguo becario, y tanto Nadia como yo estábamos encantadas con él. Era todo lo contrario a Jimena y vale, puede que no fuese el chico más avisado de la oficina- no, no lo era, te lo confirmo -, pero era solícito y muy majo. No por nada consiguió un férreo proceso de selección de múltiples etapas:

—La verdad es que no habla muy bien inglés... —Le dije a Nadia en cuanto se acabó la entrevista.

—No, pero... es como muy majo, ¿no?

—SÚPER majo.

Las dos le seguíamos mirando de reojo desde la puerta transparente del pasillo, viendo como se revolvía el pelo, nervioso, mientras esperaba el ascensor y se ajustaba el asa de la mochila al hombro.

—Yo creo que este tipo de espíritu joven y fresco le puede ir bien al departamento.

—Oh, y tanto —Me reafirmó Nadia.

—Y parece proactivo. Y seguro que tiene habilidad para trabajar en equipo.

—Uy sí, yo trabajaría en equipo con él.

Vimos desde nuestro escondite, detrás del helecho, como se abrían las puertas del ascensor. Pau se giró hacia nosotras y se despidió con la mano y una sonrisa arrebatadora antes de entrar.

Nadia y yo aleteamos nuestras manos para devolverle el gesto, haciendo ver que el hecho de estuviésemos agachadas detrás de una planta era plenamente casual.

—Pues... Tenemos nuevo becario, ¿no? —Creo que Nadia planteó esta pregunta con una intención meramente retórica.

—Sí, no sé...El chico de ayer tenía un máster en márketing digital —Recordé, intentando que al menos hubiese un mínimo debate en la contratación

de nuestro becario.

—Bueno, pero... tía, no sé, organizamos eventos, tampoco es muy relevante lo del digital.

—Ya...

—Y me transmitió pocas ganas de querer trabajar aquí.

—Pues... ¿contratado?

—¡Contratado!

Nadie y yo volvimos a nuestras mesas, dejando una estela de risas nerviosas tras nuestros pasos.

—Espera, Nadia —le dije justo cuando ella estaba cogiendo el teléfono para llamar a recursos humanos. Me miró intrigada —Tenemos que ser profesionales. Estamos contratando a Pau porque es un chico con entusiasmo y mucha proactividad.

—Claro.

—Y le vamos a contratar para que nos ayude con el trabajo extra del departamento. No para nada más.

—Claro...

—No te lo puedes intentar ligar, Nadia. Sería un abuso de tu posición de autoridad.

Me hizo una mueca decepcionada, pero las dos llegamos a un acuerdo: Éramos chicas adultas y responsables llevando un departamento mano a mano, y Pau podría ser una encarnación terrestre de Adonis, pero nosotras no sucumbiríamos a la tentación carnal porque ser profesionales era nuestra prioridad.

Y no, antes de que te vayas a adelantarte a juzgarme con tus ínfulas de diario sabelotodo repelente déjame decirte que no, que en ningún momento contratamos a Pau por el simple hecho de que fuese guapísimo y estuviese muy bueno. El chico tenía una vitalidad infecciosa y muchas ganas de aprender, y eso fue lo que único que influyó en nuestro criterio de selección. De verdad. Que sí diario, en serio.

Nadia y yo conseguimos ser fieles nuestra promesa secreta. Pau era un objeto de deseo pasivo que nos traía el café cada mañana y justificaba nuestra buena elección con mucha predisposición a hacernos las presentaciones de *power point* y a reservarnos las salas de las reuniones.

Todo fluyó con perfecta normalidad y cero acoso sexual hasta que llegó la cena de verano del año pasado.

Nuevamente, diario, no quiero que pienses que yo soy el tipo de persona

que se atrevería a beber más de la cuenta durante una cena de empresa. ¡Para nada! Aunque puede que sí sea el tipo de persona que bebe antes de llegar a la cena de empresa porque ha quedado con unas amigas para tomar algo y ha pensado que tres cañas no se le iban a subir y que, en todo caso, ya le habrían bajado para las nueve. Pero que resulta que no.

Total, no hace falta entrar en detalles y al final del día creo que todos podríamos estar de acuerdo en que durante la cena me comporté genial, encorsetada por la tensión que me producía el hecho de saber que estaba borracha en un contexto laboral. El problema, supongo, llegó después, cuando todos los jefazos se fueron y el resto nos quedamos tomando algo, mucho más distendidos.

El rastro memorístico que tengo de esa noche está entelado, y por la mañana mis recuerdos estaban agazapados detrás de mi migraña resacosa, así que al día siguiente llegué a la oficina sin imaginarme el trago por el que íbamos a pasar.

La primera bronca de Mr. Camps.

Por aquel entonces Martí era un recién llegado a Skinophillia: Nadia y yo habíamos estado llevando solas el departamento durante varios meses, y tras una larga búsqueda por fin habían logrado encontrar el perfil que solicitaban para el puesto de “International launch events manager”*. Nos llamó a Nadia y a mi a su despacho y las dos entramos, ingenuamente, con una actitud relajada.

—Tenemos que buscar un nuevo becario —dijo después de un largo suspiro —¿Sabéis porqué?

Nos miramos entre nosotras con la incógnita pendiendo en la densidad del ambiente que la mirada severa de Martí había conseguido recrear.

—¿No? ¿Ninguna idea? Venga va, animaos. Por un Martí punto, por qué motivo creéis que alguien dejaría unas prácticas en una de las empresas más relevantes del sector, del país.

Creo que ese fue el momento exacto en el que le empecé a odiar.

—¿Porque su sueldo no era nada relevante...? —Me atreví a aventurar. Piensa que en aquellos entonces Martí aún no había confirmado toda su estupidez, así que pensaba que sí que habría un pequeño margen para una broma simpaticona. Pero supongo que él no lo debió ver así, porque cerró la libreta con un golpe seco para manifestar su enfado. Nadia me dio un codazo suave y me incorporé en la silla, poniéndome más recta, y me reajusté las gafas en el puente para demostrarle a Martí que yo también me tomaba ese asunto de forma muy seria.

—No es momento para bromas, Abril. Los de recursos humanos me han llamado esta mañana. Resulta que ayer por la noche el pobre chico se sintió muy violentado, por no decir acosado sexualmente, y que prefiere no volver a trabajar en Skinophillia.

Creo que por más escenarios hipotéticos que hubiésemos planteado, nada nos habría acercado a pensar que Pau no quería trabajar con nosotras porque se había sentido acosado. Dios mío, ¿pero qué habíamos hecho aquella la noche?

Noté como una rojez delatora, abrasante, teñía mis mejillas, mi cara, mis manos y miré hacia la ventana mientras Martí seguía con un discurso que nos hundía, más aún, en las entrañas de la vergüenza.

—Ha dicho que no va a presentar cargos, pero que Pau haya decidido ser benevolente en este tema no os va a librar. Os habéis aprovechado de un chico que era prácticamente menor de edad...

—Bueno, a ver, que tiene veintidós, tampoco es que...

—Ni veintidós ni veintitrés, Nadia. Como si tiene treinta. El quid de la cuestión es que ayer decidisteis comprometer la integridad y la confianza del departamento y acosar a un becario, hasta el punto de que ahora el chico ya no quiere trabajar aquí. ¡Bravo! Bra-vo. —empezó a dar palmadas irónicas, desincronizadas —Mis más sinceras felicitaciones, par de depredadoras sexuales.

Yo estuve a punto de decirle que a ver, que tampoco era cuestión de faltarnos al respeto y qué quién era él para juzgar nuestra sexualidad sin ninguna prueba al respecto, pero entonces en un flash producido por la resaca despegándose de mis recuerdos me proyectó la imagen de Nadia metiendo a Pau en un armario oscuro.

—Vais a ir un curso de RRHH sobre la prevención del acoso sexual en el ambiente laboral, y podéis estar bien seguras de que el próximo estudiante en prácticas va a estar bajo mi estricta supervisión y protección.

Ahora entenderás, amado diario, por qué a pesar de saber que Jimena es una niña de papá que ha ido a parar a nuestro departamento por obra y gracia de algún pez gordo, nuestro agudo sentimiento de culpabilidad nos obligó a quedarnos calladas y acatar la decisión de Martí con resignación.

Nadia y yo salimos de aquella reunión abatidas, y plenamente conscientes de que las bases de nuestro odio hacia Martí se acababan de cimentar.

—Pero tía es que no entiendo, si Pau estaba muy por la labor también, ¿a qué viene lo del acoso? Si casi que empezó él la tontería —Me dijo en cuanto

estuvimos a recaudo de los oídos juzgadores de Martí.

—Ah, ¿pero que te acuerdas?! Tía, Nadia, ilumíname, ¿yo estaba? Sólo sé que empezamos a hacer unas rondas de chupitos... Y no sé, algo de un armario.

—Mira tu móvil.

Le miré arqueando las cejas con desconcierto, pero ella se limitó a repetir más autoritaria:

—Mira tu móvil, Abbs.

Lo saqué del bolsillo y lo desbloquéé.

—Galería. —me indicó, concisa.

Le di al icono de la flor multicolor sabiendo que seguramente no estaba preparada para ver lo que esas imágenes borrosas estaban a punto de ilustrarme. El recorrido rápido a través del carrete acabó de despertar los recuerdos étlicos de la noche anterior.

Tres manos brindando con vasos ridículamente minúsculos, rebosantes de lo que supongo que sería Jägger. Un video en bucle de Nadia bebiéndose el chupito de un sólo trago. Pau guiñando a la cámara, con su sonrisa seductora. Una foto disimulada de Antonia la de administración bailando encima de la barra del bar, con la corbata de Mario el de IT en la cabeza. Un video en el que salía yo haciendo el baile de la silla con el taburete de la barra.

—Ay madre.

Entraría en detalles, pero créeme, querido pobre confesionario de batallitas vengonzantes, no quieres saberlo. No quieres saber que todos me hicieron un corro y que yo me empecé a espatarrarme encima de un taburete con el poco ritmo de un hipopótamo enajenado y una canción de Britney Spears sonando de fondo. Pero te lo cuento, venciendo todas mis vergüenzas y pocas ganas de enfrentarme a las locuras de la Abril del pasado, porque creo que es necesario para que entiendas el desarrollo de la historia. El final de mi espectáculo desencadenó un frenético retumbo de aplausos histéricos, y Antonia la de admin bajó de la barra para relevarme en la pista, desatando el furor de la audiencia. Mi baile penoso le había dado una idea a Pau, por lo que parece, y Nadia me llamó para que no me lo perdiera. Dejaré que las fotos que vi aquella mañana expliquen el resto por si solas:

Pau entrando en la habitación que hacía las veces de guardarropa. Video en bucle de Pau tirando a Nadia sobre una silla. Foto desde la silla de Nadia en la que yo le desabrochaba la camisa a Pau. Video en bucle de Pau morreándome. Superzoom con efecto drama de yo y Pau dándonos el lote.

Selfie de Nadia sobre la silla, con los ojos muy abiertos y una mueca de sorpresa fingida, señalándonos a mí y a Pau, al fondo, liándonos sobre el suelo.

—Ay madre del amor hermoso. —le volvía a repetir, incrédula.

Video de Pau haciéndole un baile *sexy* a Nadia, que estaba sobre la silla. Video en bucle de Nadia bajándole los pantalones a Pau. Selfie de Nadia y yo, con Pau asomando por un lado, subido sobre la silla y en calzoncillos. Video en que el Nadia y yo nos besamos —claramente con lengua —mientras Pau grita desatado algo como “¡¡¡Wuuu, tengo las mejores jefaaas de Skinofiliuuuus!!!”.

—Ay madre.

—Tía, que si enseñamos esto quedará claramente demostrado que no fue acoso. ¿O qué? —sugirió Nadia.

—¿En serio me estás diciendo que prefieres enseñarle a Martí todo esto que ir al cursillo coñazo de RRHH?

—Sí, puede que sí sea mejor...

Seguimos pasando las imágenes de la galería.

Video en bucle de Nadia y yo subiéndonos el vestido para enseñarle las bragas al objetivo. Foto de Nadia y Pau enrollándose. Super zoom con efecto TV de Nadia metiendo sus manos dentro de los calzoncillos de Pau. Selfie mío en la pista de baile, señalando con expresión divertida a Mario y Antonia, que se estaban liando en un rincón. Selfie mío con el taxista que me llevó a casa después de la fiesta.

—¿Y? ¿Y qué más pasó? ¿Te tiraste a Pau? —Le dije un poco decepcionada de que las fotos se hubiesen acabado me quedase sin saber el final de la historia.

—Qué va tía. Si justo después de la última foto no sé si le pasó la taja o qué, pero se vistió y dijo que iba tirando, que era tarde, y que ya nos veíamos mañana. ¿Sabes qué? Creo que el chico está acomplejado porque la tiene pequeña, por que por lo que pude palpar no había ahí mucho que coger... Pero eso, que cuando vio que la cosa que la cosa iba a mayores se achantó y se las piró.

—Pues vaya...

Menos mal. Menos mal que Pau había sido el que había decidido poner el punto de cordura al asunto, o aquel día hubiese llegado a trabajar intentando ignorar que había hecho un trío con mi mejor amiga del trabajo y el becario.

Nadia y yo volvimos al pasillo mientras decidíamos borrar las fotos y

videos del móvil después guardarlas en una carpeta muy secreta y cifrada, por que nunca se sabe. Le escribimos un what's pidiéndole disculpas, con muchos emojis de carita triste, pero nunca nos contestó.

Y así es cómo concluyó “el caso Pau”.

Te dejo que me muero de hambre, ¡ nos “vemos” pronto!

Sabiendo que hoy te cae un poco peor se despide,

Abril.

*Que te podrá parecer que así tantas palabras inglesas juntas denotan mucha importancia y una alta responsabilidad, pero por lo que hemos podido comprobar hasta ahora su cargo también se podría llamar “Señor que se acaricia sus partes íntimas sobre el sillón de cuero del despacho”.

CAPÍTULO 16

SÁBADO 14 de Abril, 22:42 PM:

Querida libreta que seguramente sería más feliz si la usasen para tomar apuntes de reuniones aburridas:

¡Ya vuelvo a estar aquí! Sí, sí, chico, ya sé, lo siento, soy una pesada absoluta y te gustaría poder descansar de mí, ni que sea por una noche.

Sorry not sorry, hoy no hacen nada bueno en la TV, así que no he encontrado un plan mejor que seguir recreándome en mis miserias.

Retomo de nuevo el hilo del discurso acosador de Nadia:

—Bueno, bueno, a ver, ¡ya estamos con el caso Pau! Si tú también estabas ahí, es más: fuiste la instigadora de todo.

—Ya, pero ya he presenciado, y me has contado, muchas historias en las que el desenlace siempre es el mismo: Te turras a la mínima y le empiezas a tirar la caña al primero que se cruza.

—Eso no es verdad.

—¡Pero si me la has tirado hasta a mí, tía!

—Bueno, pero es que me estás acusando de haberme liado con Martí, y eso son palabras mayores.

—Va, va, ahora hazte todo lo digna que quieras pero un día me confesaste que te gustaba.

—¿Gustarme, a mí? Mira Nadia, esto me está pareciendo ya una absoluta falta de respeto.

—Que me dijiste que te lo querías tirar porque te recordaba a Draco Malfoy.

—Oh, por supuesto, porque yo soy el tipo de persona que se enamora de un personaje de ficción y luego en cuanto ve a alguien parecido en la vida real espera poder cumplir sus fantasías litero-sexuales.

Holi, diario. ¿Quieres saber un dato más sobre mí? Sí, soy el tipo de persona que se enamora de un personaje de ficción y que luego en cuanto ve a alguien parecido en la vida real espera poder cumplir sus fantasías litero-sexuales.

—Abril, tía, a mí no me engañas, algo ha pasado.

—Vale, vale, te lo cuento. Pero no digas nada. ¡Ni mú! Te lo cuento ahora

y nos olvidamos para siempre jamás porque estoy mortificada de la vergüenza.

—¡¡¡Uuuuh, cuenta, cuenta, cuenta!!! Oh dios mío, osea que es verdad, ¿habéis follado?

—Tía, ¡no!

—¡Cuenta, cuenta!

Le indiqué con la cabeza que debíamos ir a un lugar más tranquilo, y abrimos la puerta que llevaba a las escaleras. Como todo el mundo iba en ascensor era el lugar más íntimo que podías encontrar en las oficinas de Skinophillia.

—Pues a ver —Nadia me miraba expectante, como un niño rogándote con la mirada que le expliques por décimo quinta vez su cuento preferido —Ni una palabra a nadie, ¿eh?

—Que no, que no, a nadie, ni a Walter, te lo juro —breve aclaración: Walter es su gato.

—Vale. A ver que en verdad tampoco es que sea nada súper fuerte. Digamos que en la cena estaba tan aburrida y tan tensa que me dijepues va, Abbs, tómate una copita que no te va a hacer ningún daño y así a ver si con un poco de suerte el tío este deja de ser tan muermo.

—Osea que acabaste ahí todo ciega.

—A ver, que ciega tampoco. Achispadilla.

—Claro, claro. Achispadilla. Como cuando intentaste meter al hámster de Petra la de expansión en la secadora.

No preguntes, diario. Larga historia.

Sólo te diré que la Abril borracha se compadeció mucho de haberle tirado una copa encima a Pelusillas, y le preocupó que estuviese mojado, a ver si se resfriaba el pobre.

Y no haré más declaraciones al respecto.

—Bueno, con el punto. Total, que volvíamos al hotel después del rollo que te contaba de la cuenta y cuando estábamos en el ascensor... Yo que sé tía, es que no sé en qué pensé. Si es que te prometo que a mí Martí me pone cero, menos que un besugo agónico boqueando, que es que ya ni me recuerda a Draco ni nada, solo era una coña por lo de la gomina.

—Ajá. Claro, Abbs, tú imagínate que te creo. Sigue contando, va.

—Pues eso tía, que no sé. Él estaba ahí, y yo estaba ahí... Iba a ser una noche larga y aburrida y que sé yo, el sushi me había sentado mal. Total, que se me gira y me dice “Abril, deberíamos...”.

—¡¡¡Wuuuuu!!! —Si hubiese tenido un bol de palomitas a mano Nadia me

hubiese tirado unas cuantas, presa de la emoción.

—No, no, calla, calla. Que no hay nada que celebrar. Pues eso, que se me nubló el juicio y la Abril borracha tomó el control de la Abril sensata, y no sé porqué me imaginé que después del “deberíamos” sólo podía ir una propuesta indecente así que...

—¿Así que qué? —Nadia no parecería entender la alta necesidad de una pausa dramática en aquel punto de la narración. Era imprescindible. Para que yo me preparase para el terreno de vergüenza y escarnio público en el que estaba a punto de adentrarme.

—Así que me abalancé sobre él así como un poco y le comí los morros.

—Oh-mai-gat. —la conmoción que supuso que estaba experimentando no le dejó decir mucho más.

—Tal cual lo oyes.

—¡Abril!

—Sí, sí. Así fue. Que hasta le intenté meter hasta la lengua y todo, pero no estaba receptivo.

—Bueno... Bueno-bueno-bueno con la Abril que parecía tonta.

—Sí, y ya puedes comprobar con creces que lo soy.

—No hombre, no. Pero no te quedes ahí. ¿Qué pasó? ¿Que pasó? Fuisteis a su habitación y te empotró pero bien, ¿a que sí? —Me decía esto mientras subía y bajaba las cejas muy rápido.

—No tía. Gracias a dios me rechazó.

—¿Pero qué dices?

—Que sí, llega a pasar algo y ahora estaría redactando mi carta de dimisión. O la de suicidio.

—¿Pero que cómo que te rechazó?

—Pues me dijo que lo que en realidad teníamos que hacer era el resumen de las conferencias, y nada. Yo me quedé ahí muriéndome por dentro, y hasta un poco por fuera, de la vergüenza, y cada uno se fue a su habitación.

Estuve toda la mañana aguantando las risitas de Nadia.

—Pss, pss, ¡Abbs! —Me dijo una de las veces, mientras se asomaba por el ordenador.

—Quééé —era la quinta vez que lo hacía, así que estaba empezando a perder la gracia

—Creo que tú y yo deberíamos... —y estallaba a carcajadas ella sola mientras iba haciendo gestos de besuquear con sus morritos de gansa.

Pero al final fue un precio razonable a pagar para quitarme de encima sus

preguntas y sospechas. Una historia tan jugosa —y además verdadera, porque recordemos todos una vez más que lo del rechazo es algo que pasó —hizo las delicias de las ansias cotilleosas de mi compañera, y le pareció una justificación más que plausible a sobre porque Martí y yo estábamos tan raros esta mañana.

Aplacada la principal amenaza del día me he podido relajar: Ya sólo me quedaba un último obstáculo que sortear.

—Hola, ¿nos reunimos al final? —Le pregunté a Martí, asomándome por la puerta entreabierta de su despacho.

—Sí, claro, pasa, pasa.

Volví a mirar hacia mi mesa para acabar de confirmar que Nadia hubiese plegado ya, porque creo que por hoy ya había tenido suficiente ración de mofas y risitas ahogadas. El departamento estaba tan despejado como cabría esperar de un viernes por la tarde, así se me pudo sentar tranquila en frente de la mesa de Martí.

—Mira —Giró la pantalla de su ordenador hacia mí y tardé algunos segundos en centrar la vista en lo que me quería enseñar.

Era un mail de comunicación interna. “CAMBIOS ORGANIZATIVOS ABRIL”

Por un momento un destello fugaz de mi mente ha pensado que era el email en que se iba a comunicar mi ascenso. Pero suerte que mantuve mi boquita cerrada, porque pronto caí en cuenta que eran los cambios que había habido en la estructura de la empresa durante del mes de Abril. Chica lista.

No ha habido mucho movimiento este mes. Paco Arcanza jubilado; damos la bienvenida a los nuevos integrantes del departamento de consultoría; Martin Rickory, Bettina Glatz, Tomás Tejado y Betsie Stevens han dejado de trabajar para la empresa; Herr Workenhaf incorporará a sus responsabilidades la gestión del área de *brand strategy*, para integrar mejor el posicionamiento de la marca con las acciones de *customer experience*.

Me llevó unos segundos entenderlo.

—Era lo que llevaba Werkert —dije para darle a entender a Martí que pillaba lo que me quería enseñar.

—Sí, el departamento de *brand strategy*

—¿Qué quiere decir esto? ¿Que ya se sabe? ¿ Que no ha ido un día a trabajar y no le han podido localizar y directamente ya le han traspasado todo el departamento a otro señor?

—Sigue leyendo —me señaló el ordenador con la cabeza, muy serio.

“A su vez, el hasta ahora global head of brand strategy Andrew Werkert promociona, asumiendo el cargo de regional CEO en la filial de Widuchowa”.

—¿Dónde coño está Widuchowa y por qué tenemos una filial ahí? —Mi curiosidad salió a avasallar a Martí con esa pregunta agresiva, aunque sabía esa no es la principal incógnita de este acertijo turbio —¿Qué quiere decir esto?

—No lo sé...

—Entonces... ¡Está vivo! Es la única explicación que se me ocurre. Es la única forma de que desapareciese del armario y que haya tenido tiempo de hacer méritos para que le promocionen a CEO local.

—Yo es lo primero que he pensado... Pero lo estuvimos comprobando mucho, Abril, no tenía pulso, no tenía latido. Si hasta casi vimos como entraba en rigor mortis, joder.

—Catalepsia. —Afirmé, categórica.

—¿Qué?

—Podría ser catalepsia. En la edad media pasaba un montón, la gente parecía que la palmaba porque no tenían signos vitales, así que los enterraban y al cabo de dos semanas —silencio dramático. Mirada intensa. Golpe sorpresivo sobre la mesa. —¡BAM! Resulta que estaban vivos. De hecho, siglos más tarde se abrieron algunos ataúdes y pudieron ver que había señales de arañazos.

—Joder, que mal rollo.

—Pues eso. Es lo más lógico.

Martí volvió a girar la pantalla hacia su lado de mesa, mientras contemplaba un punto fijo de su libreta, pensativo.

—Nada de lo que ha pasado es lógico.

Míralo aquí el licenciado en filosofía avanzada. Ahí todo intenso, reflexionando como si fuese del círculo íntimo de Sócrates.

—¿Y no podrías hablar con alguno de tus amiguinchis de las altas esferas, a ver si saben algo?

—¿Amiguinchis de las las esferas?

—Bueno, ya me entiendes. En las reuniones estas de jefazos que tenéis.

—Ya, ya, sí, intentaré indagar.

—Yo también intentaré hacer averiguaciones. La semana que viene volvemos a comentarlo.

—¿Se puede saber dónde quieres meter la pezuña? Recuerda el plan Abril.

—Tranquilo, seré discreta —le dije mientras me levantaba, dando por

finalizada nuestra reunión —pero creo que ya no hay plan, Martí. No desde que Werkert ha resucitado como CEO de Wichuga, o como sea. Lo siento, pero a partir de ahora sólo voy a seguir un plan: el mío.

Que me hubiese quedado todo muy digno y muy épico todo si no hubiese sido porque al girarme di un golpe con la libreta que sujetaba a la pecera que tiene Martí encima de su mesa.

—Ay dios, ¡Tormenta!

Así que en vez de dejar mi resolución de seguir mi propio plan pendiendo en el aire con un eco de determinación y seguridad, resonándole a Martí, acabé precipitándome a intentar a cazar al escurridizo y agonizante Tormenta para dejarle en un sitio acuoso y seguro mientras volvía a rellenar la pecera. Mi querido jefe, mientras tanto, se revistió el suelo con *kleenex* preguntándose muchas cosas:

—¿Quién te ha dado permiso para ponerle nombre a mi pez? —Quiero pensar que a pesar de su tono poco jocoso me lo preguntó con sorna

—Bueno, no sé, es que alguna vez le he cambiado el agua y quieras o no pues le tienes que llamar de alguna forma mientras lo intentas coger...

—JODER Abril, ¿no se te ha ocurrido otro sitio para meterlo, que tenías que dejarlo en el depósito de la *Nespresso*?

En mi defensa diré que es lo único que pude hacer para salvar la vida del pequeño y naranjoso Tormenta.

Me despediré por hoy, querido diario. Más vale que descanse porque me esperan unos días de intensa investigación policial.

Siempre tuya (muy a tu pesar, lo sé),

Abril.

CAPÍTULO 17

DOMINGO 16 de Abril, 20:03 PM:

Hola querido diario,

Espera. Inciso. Debería empezar a asumir que tú no eres un ente con capacidad analítica propia. Habíamos quedado en que eres una simple libreta que venía con la VOGUE de marzo y que, precisamente por ello, puedo desahogarme en tus páginas, sin que nadie me juzgue.

Así que aquí viene la pregunta filosófica: ¿A quién le estoy hablando, en realidad? ¿A mi yo del futuro? Pues entonces lo único que deseo, querida Abril del 2036, es que te puedas reír de todo esto. Y que te rías desde tu casa, claro, no desde una institución mental.

Acabada la introducción, te empiezo a contar el día de hoy. Que ya ves, ha sido un sábado perezoso enredado entre las sábanas de mi cama y los cojines mullidos del sofá, así que pensaba que no tendría nada que explicarte porque es un poco vergonzoso abrirte para escribir:

Querido diario. Hoy me he puesto la alarma a las ocho para poder pararla y volverme a dormir. Me he acabado despertando a las doce, y he decido aprovechar la mañana para ponerme al día con el libro de Dovstoievski me estoy leyendo, pero no sé que ha pasado que de repente estaba viendo episodios repetidos de Sexo en Nueva York. He hecho espaguetis para mí —y para toda la comunidad de vecinos, pero benditos sean los *tuppers* —y he dormido una siesta de tres horas.

Por suerte el equipo A me ha dicho de quedar para cenar, así que tengo algo mejor que contarte.

Ah, claro, que aún no te he hablado de ellas. El nombre con que el nos llamamos fue un alarde de mi agudo ingenio al darme cuenta un día de que todos nuestros nombres empezaban por A. Sí, ya sé, ya sé, soy un genio creativo, no hace falta que me lo repitas.

Amanda y Ariadna me esperaban en la terraza de nuestro italiano preferido. Las he visto de lejos, mientras salía apresurada de las escaleras del metro, pero las reconocería incluso si no hubiese llevado lentillas definiendo mis cinco dioptrías.

Ariadna siempre se sentaba en el borde de la silla, encoervada, y llevaba

su cascada de pelo rubio y sedoso recogido en su sempiterno moño de opositora agobiada. Amanda estaba de cara a mí, fumando con un gesto pretendidamente sofisticado y mirando fijamente el móvil.

—¡Holaaaa! —Las saludé con la respiración entrecortada, para que fuesen conscientes que había llegado corriendo.

—Abril tía, siempre igual, que eres la que más cerca vive y la que más tarde llegado —Me dijo Amanda a modo de bienvenida.

—Jo, ya, pero es que me he tenido que poner con una cosa del curro...

Ver “Me pido ese vestido” podría ser considerado curro. Al final del día organizo eventos, nunca sabes de dónde puede surgir la inspiración.

—Bueno chicas, ¿qué tal la semana?

—Poca cosa... Yo estudiando ocho horas al día, como siempre. Hoy el primer día que salgo de casa, ¿os lo podéis creer? —Ariadna estudió derecho y desde que acabó la carrera se ha estado preparando las oposiciones para jueza. La pobre ya lleva dos convocatorias en las que se ha quedado a las puertas, pero creo que es cuestión de tiempo que lo consiga. Tiene toda la fuerza de voluntad del mundo —puede que incluso se haya quedado con la mía, que hace tiempo que la di por perdida —y no va a desistir.

—Yo tengo algo que contaros... Ay, ¿preparadas, chicas?

Ariadna y yo miramos a Amanda expectantes.

—¡¡Ya tengo el vestido!!

Aplaudí y vitoreé haciéndome la emocionada para intentar transmitirle a Amanda que me hacía mucha ilusión y que no me volviese a acusar de ser una insensible que infravaloraba sus ambiciones vitales. Es que a ver, ahora a lo mejor piensas que soy una mala amiga pero no, de verdad. Nuevamente necesito asentar la premisa de que Amanda es una de mis mejor amigas desde secundaria, y me encanta, es genial, la quiero mucho.

PERO desde que Jaime le pidió matrimonio y empezó a organizar su boda se ha convertido en una plasta de la vida que sólo sabe hablar de tipos de bizcochos, tules, chifones y la infinita gradación de la escala de blancos:

—Porque tenía una banda así como de crepé en la cintura pero era incómodo, ¿sabéis? Entonces le dije que si no podía ser algo que tuviese *georgette*, que es más ligero, aunque fuese así como en el talle más abajo. ¿Sabéis, no? Y me dice: ¿Cómo ves el de encaje? Y yo en plan: Pues no me lo había planteado, porque según qué parece el tapete que ponía mi abuela en la mesilla de la tele. Y la vendedora: Espera que te probamos algo. Y yo como cero convencida, la verdad, pero vino con uno que lo veo y digo: Ummm, va a

ser que no. Que tenía escote barco y a mí eso me hace espaldas, y encaje en la cintura, como super raro. Y la tía ahí pesada: prueba, prueba. Y me lo pruebo. ¡Y flipé! Tuve esa sensación, ¿sabéis? La de "Oh-dios-mío, es este". Era ese, chicas. Chifón delicado en el borde la falda de tul, encaje en las mangas, en un detalle muy discreto de la espalda. Y vais a flipar... Yo tampoco me lo creo, pero... ¡escote de crepé!

¿Porqué? ¿Cuál de sus neuronas ha podido llegar a la conclusión de que esos detalles nos podrían parecer interesantes? ¿Crepé? Yo el único crepe que conozco está relleno de dulce de leche y es infinitamente más interesante que sus bucles nupciales repetitivos.

Amanda lleva monopolizando nuestras conversaciones desde que estas versaban sobre los regalos de la revista Bravo y nuestras primeras experiencias con la menstruación, pero creo que antes no nos dábamos cuenta porque siempre eran anécdotas interesantes u observaciones incisivas sobre la gente que nos hacían desternillar.

La personalidad arrolladora y dominante de Amanda siempre nos había absorbido por completo. Ariadna, insegura y sosegada, dejándose llevar por la admiración que sentía. Yo, servicial e introvertida, siguiéndole siempre la corriente para no quisiera dejar de ser mi amiga y dejarme sin un vínculo al que pertenecer. Nosotras, creciendo y madurando juntas, pero replicando las dinámicas de siempre a fuerza de rutina y costumbre.

Hubo un tiempo en el que me hubiese parecido descabellado que Amanda fuese a ser la primera en pasar por el altar. Los años que estuve con Félix coincidieron con su época de soltería exacerbada, y cada vez que mi relación estable salía a coalición de algún modo u otro empezaba su discurso. Un discurso que yo intentaba ignorar, pero que poco a poco iba calando en mi, como un día a la intemperie mientras cae lluvia suave, pero continua,

“Hay que ver, Abril, ahora que es tu mejor momento para conocer a todos los tíos que quieras vas y te encierras en una relación así. Que yo si eres feliz no digo nada, ¿eh? Pero no sé, ¿tú eres feliz? Bueno que yo esto te lo digo como amiga. Que yo como amiga tuya lo que veo es que no sé, si te quieres atar ya a una persona y perderte cosas por pasar tiempo con ella es tu cosa”.

Y en una pequeña parte de mi latía un atisbo de incertidumbre. Y envidiaba, un poco en secreto, la soltería despreocupada de Amanda. Sus noches de desenfreno con personas a las que acababa de conocer —y a las que nunca continuaba conociendo—, sus planes improvisados y sus fines de semana sin compromisos familiares (políticos).

Y, como si el recorrido de nuestras vidas fuese irónicamente paralelo, ella conoció a Jaime la misma noche en la que yo descubrí lo difícil que era meter dos años de vida compartida en tres cajas de cartón destartaladas. Y de pronto fui yo quien se recontró con la inquietud de que empiece un fin de semana que no has planificado de antemano, la soledad por las tardes en un sofá que aún huele a nuevo, a pasillo de Ikea y el vacío —figurado y literal —de tener más espacio en el armario, más estantes en la librería y menos platos por fregar.

Y, mientras tanto, Amanda empezó a saber lo que era tener un contrapeso confortante en el colchón, alguien con quien ver series con una afición casi religiosa, y una presencia relajante que encontrar en casa después de haber tenido un día de mierda.

Así que de algún modo nuestros roles cambiaron, por los discursitos de Amanda no.

“Es que hay que ver Abbs, después de siete años de relación y lo tiras todo por la borda por tener dudas... No sé, es normal tener dudas. Pero bueno, que yo esto te lo digo como amiga, que no soporto verte por aquí lamentándote por los rincones y no sé tía, yo con Félix te veía bien”.

Pero bueno, ya dejo darte el coñazo, diario, porque me estoy poniendo más intensa que Jaime con sus poemitas.

El prometido de Amanda ~~dice~~ que es escritor porque tiene una cuenta de *Twitter* en la que pone frasecitas punzantes y románticonas, con la determinada ambición de que se conviertan en el *caption* perfecto de las fotos de Instagram de toda adolescente atormentada de manual.

Mira, que te pongo aquí mi preferido:

Desearía que fueses

pero no eres

todo lo que

quiero

eres

tú

La publicación de ese ~~listado de palabras~~ poema fue prácticamente la confirmación oficial de su relación con Amanda, porque el día que lo escribió ella nos nos envió un mensaje al grupo de *whats* para convocar una reunión de urgencia.

—¡¡¡Chicas, chicas, chicas!!! —Nos recibió con un grito histérico, haciendo aspavientos en la terraza del bar en la que habíamos quedado aquel día —Es oficial. Creo que es oficial. Osea, me muero. ¡Que me ha dicho que

me quiere! ¿Qué hago, cómo le respondo a esto?

—Pero a ver, ¿dices que es por un poema? ¿Te lo ha dedicado? —Le pregunté para intentar entender de dónde venía tanta excitación agitada.

—A ver, no me lo ha dicho explícitamente, pero yo creo que está claro que es para mí, porque ayer me dijo que iba a publicar en Twitter el “poema definitivo”, ¿para que me lo dice si no es para que yo entre, y lo vea, y me dé por aludida?

—Porque simplemente iba a publicar el poema definitivo y te lo comenté como si te hubiese dicho que esa noche iba a hacer la pechuga de pollo rebozado definitiva

—¿Qué insinúas Abbs? ¿Que no me quiere o qué?

—No, no, ¡qué va! Solo me extraña porque no acabo de entender el poema y no me parece que sea una declaración tan obvia. Yo me quedaría como muy igual.

—Pues a ver tía, es que está claro, qué pasa, ¿que no tienes capacidad de comprensión lectora? ¿Ari tú qué crees...?

—Yo es que no sé... No soy mucho de leer, ya sabes. Pero tampoco lo acabo de entender.

Nos congregamos alrededor del móvil de Amanda, con la cuenta de @unpoetadespeinado abierta, intentando deducir qué quería decir la composición lírica de Jaime.

—A ver, es que dice “me gustaría que fueses, pero no eres”. Yo eso me lo tomaría como que la persona a la que le dedica el poema le falta algo.

—Pero luego dice “todo lo que quiero eres tú”

—O no. ¿Es que los espacios estos cómo se leen? Yo me lo tomaría como cosas separadas. Quiero. Eres. Tú. No tiene porqué ir junto.

—Yo creo que sí.

—Vale, pues si va junto también tienes que coger lo del principio. “No eres todo lo que quiero. Eres Tú”. Es que macho, ¿le cobran por puntuar o qué?

No sé si llegamos a algún tipo de conclusión aquella noche, pero ese poema despertó en Amanda la necesidad de un compromiso claro y por escrito, así que empezó a enviar señales sutiles a Jaime hasta que le acabó redactando un *tweet* que ella misma supervisó y dio por válido:

Mi luz

Mi sol

Mi lugar donde refugiarme

cuando
no hay
ni luz
ni sol
solo tú
y tu luz
y tu sol
y yo solo
pero contigo
y tu luz

Amanda nos lo leyó sin poder contener las lágrimas de la emoción, así que preferí dejar el tema ahí y no comentar el poco sentido que tenía, lo poco que rimaba y lo muy poco que aquello me parecía un poema. Es que de verdad sigo sin entenderlo, ahora al tío le van a publicar un libro, y sinceramente que creo que cosas así las podría escribir hasta una cobaya si le dejás tiempo y un tour guiado de dos horas por *Tumblr*.

Oh Jaime,
tú,
con tu pelo rizado y largo de hippie
bohemio
de dos días sin duchar
y tus versos
anacrónicos
sin rima
ni asonante
ni consonante
te tiras a mi
amiga
por delante,
~~por detrás,~~
y no sé qué
le das
para que vea en ti
a su futuro
marido
a tu perilla
sexy

a tu lista de palabras
y espacios
aleatorios
poesía.

Pero bueno, ya está, ya paro. Me reservo los comentarios sobre lo que opino de la calidad literaria de lo que escribe Jaime porque a estas alturas ya te has podido hacer una idea y porque quitando sus ínfulas de artista decimonónico el chaval es majó.

Y además, que ya me he ido por las ramas y yo te estaba contando nuestra cena de ayer por la noche:

—Lo que estoy perdida con el velo, porque aún no sé si llevaré recogido o el pelo suelto y claro, eso es determinante.

Ariadna y yo asentimos con la cabeza, dándole a entender que sí, el asunto del peinado era de importancia capital y no nos gustaría estar en esa crítica situación de no tener el velo escogido a apenas tres meses de la boda.

Por suerte el camarero apareció para tomar nota, y pudimos aprovechar la confusión para cambiar de tema.

—Bueno qué, ¿un vinito no? —Amanda es de esas personas que llaman “vinito” a cascarse media botella entera de rosado, pero supongo que referirse a semejante ingesta como “vinito” le hace sentirse en paz consigo y con su dieta preboda.

—Sí, sí, guay. ¿Y así qué tal llevas las opos, Ari? ¿Sabes algo ya de la próxima convocatoria?

—No, aún no...Prfff, no sé tías. No sé si esto tiene sentido, ya tengo casi treinta tacos y llevo casi media vida encerrada estudiando, me lo estoy perdiendo todo y si al final nada...

—No, hombre, Ari, ¡no decaigas! Si ya casi lo tienes, a la tercera va a ir la vencida fijo, y estás super preparada.

—Sí, yo y diez mil personas más que quedarán por delante en la lista.

Ariadna estaba a punto de sumirse en su bucle existencialista y depresivo, así que había llegado el momento de hacer LA pregunta.

Verás, querido diario, quedé para cenar con mis amigas porque me apetecía mucho verlas y ponerme al día de sus vidas, pero también por otro motivo un poco más oculto, un poco más personal.

Tal y como te avancé el viernestodo el tema de Werkert me ha dejado demasiado desconcertada, no me puedo quedar de brazos cruzados. Ha empezado mi investigación. Por que ahora empieza mi recorrido en el mundo

de las

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #1

La investigadora será capaz de llevar a caso sus descubrimientos de una forma sutil y casual, sin dejar ninguna estela de sospecha sobre cuál es el verdadero cometido de sus acciones.

—Bueno, pero tú eres más lista que esos diez mil. Mira, va, ya verás, pregunta test rápida: En el hipotético caso de que alguien abriese una puerta y matase a alguien sin querer, solo porque el canto de la puerta se le ha clavado en la cabeza, ¿qué sería, homicidio involuntario? ¿Cuánto te puede caer por eso?

Discreción es mi segundo nombre, decían.

—Tía, Abs, pero qué te ha dado, ¿qué tipo de pregunta es esa? No creo que eso le salga en las opos, ¿a qué no, Ari?

—Pues... No lo sé. —De pronto Ari entró como en trance, y empezó a recitar de forma mecánica —Artículo 142, punto número 1: El que por imprudencia grave causare la muerte de otro, será castigado, como reo de homicidio imprudente, con la pena de prisión de uno a cuatro años. Si el homicidio imprudente se hubiera cometido utilizando...

—Ostis Ari, no veas tía —Amanda la interrumpió con palmadas pausadas de admiración, dejándome con la intriga absoluta de cuáles eran los condicionantes y en qué medida aumentaban la pena de cárcel. Abrí las notas de mi móvil y apunté “artículo 142” para buscarlo en la intimidad de mi hogar mientras pensaba en la forma de seguir aprovechándome en los conocimientos profesionales de mis amigas.

—No sé, es que lo vi el otro día en un capítulo de un programa de estos de criminales y me quedé con la intriga —fue la forma rápida que encontré de justificarme.

—Bueno ¿y tú qué, Abril? ¿Cómo te fue por Londres con tu jefe?

Debatí conmigo misma hasta qué punto les iba a contar. Cómo empezar a introducirles el tema y cómo plantear que la imagen de yo besando a mi jefe en el ascensor había sido un acto consecuente, reflexionado, surgido de una persona madura y con la cabeza asentada.

—Pues resulta que casi me lo tiro.

Pero había estado acumulando tanta tensión y sabía tan poco por dónde empezar que las palabras borbotearon en mi boca antes que en mi mente, supurando el final de la historia antes de haber podido recrear el contexto.

—¿Perdona? —Amanda me miraba con los ojos muy abiertos, sujetando su vinito en copa de veinte centímetros de diámetro.

—Bueno a ver, que no es lo que parece... Os cuento.

Estaba dispuesta a empezar por las mortíferas conferencias, para encadenarlo con el porqué de mi experiencia internacional con Tinder y cómo la presencia de mi jefe en el Lobby truncó todos mis planes, pero la atención de mi amiga se desvió de pronto.

—Ay pero mira quién ha venido, ¡pero qué mono...! —Amanda se levantó de la silla de golpe y fue corriendo a abrazar a Jaime.

Ariadna y yo nos miramos un poco desconcertadas. La parejita feliz volvió hacia nuestra mesa cogida de la mano y mirándose de forma acaramelada. Jaime cogió una silla vacía de la mesa de al lado y se sentó prácticamente pegado a Amanda.

—¿Qué tal, chicas? —Su amplia sonrisa de escritor frustrado se desplegó todo lo posible, haciendo que sus relucientes carillas nuevas rompiesen el aire severo de su barba espesa.

—Bieeeeeen —Musitamos Ari y yo al unísono, como un coro de cabras mansas.

—Ay pobrín, que ya no puede pasar ni un día sin mí —Amanda parecía muy segura de decir aquello, pero yo no pude evitar preguntarme qué grado exacto de manipulación le había tenido que ejercer para convencer a Jaime de que se pasase por nuestro encuentro.

—¿Qué tal, Jaime? —Le pregunté para quedar como una amiga maja a la que no le importaba en absoluto que el churri de su amiga interrumpiese justo en el momento en el que iba a contar la anécdota más trascendental de los últimos meses —Ya nos ha dicho Amy que vas a publicar un libro, ¡enhorabuena! Aunque bueno, era cuestión de tiempo que alguien se fijase en tus poemas, es que son una pasada.

A veces sí que sé mentir un poco.

—¡Sí, gracias! —Miró hacia abajo para hacerse el humilde abrumado, y dejó que Amanda diese palmaditas a su cabeza, intoxicada de orgullo — Bueno, no creas, me ha costado, ¿eh? Porque había recibido muchas ofertas para publicar un recopilatorio de poemas, pero yo quería ir más allá... Al final por suerte he podido convencer a uno de los editores.

—Ah, ¡vaya! Entonces de qué va a ser el libro, ¿una novela?

—Bueno, yo diría más bien que va a ser un diario vital en formato de prosa poética, pero no quiero ponerle etiquetas, ¿sabes? Lo que importa es que

será un relato descarnado e íntimo.

—Aaah... —Asintió Ariadna, y a mí me pareció intuir que estaba se había quedado tan igual como yo, así que no nos quedaba más remedio que enmascarar nuestra estupefacción de admiración.

El camarero trajo los platos y el silencio que se generó de pronto recordó a Amanda que había un tema de retomar.

—Ah, ¡por cierto! Jaime, Abril nos estaba contando que se ha tirado a su jefe en un viaje de empresa.

Claro. Por supuesto Amanda, no te preocupes, que la mejor forma de empezar a intimar con tu futuro marido, es detallarle cómo mi jefe me bajó las bragas antes de llegar a la habitación mientras yo le metía la lengua hasta la campanilla.

Así que escatimé bastante y la versión de la historia para mis amigas acabó siendo un parco beso en el ascensor y uno un poco más pasional contra la puerta de la habitación, que yo acabé cortando en pro de mi profesionalidad. Me hubiese gustado contarlo como si fuese un relato descarnado e íntimo de los de Jaime, para poder desahogarme del todo las emociones que aún se enrocaban en los nervios de mi estómago, pero esa presencia extraña y la necesidad de atiborrarme con mis espaguetis carbonara me hicieron ir al grano y preservar mi imagen con el máximo de dignidad posible.

—Vaya historias Abril, si es que lo que no te pase a ti...- Ariadna iba negando con la cabeza. HA. Pues si supiese.

—Bueno, bueno, Abs, que si tienes que traer un +1 a la boda me descuarjeringas las mesas, ¿eh?

—¡Qué va, qué va! Si ya os digo que ni me gusta ni nada, que fue un poco la locura transitoria de la copita extra de vino y que mira, no sé. Pero que nada, yo nunca me liaría con un jefe.

—A ver, liarte te has liado.

—Ya me entiendes, que eso fue un beso tonto y no cuenta, a liarme-liarme me refería.

—Ay chica, qué fina nos has salido tú ahora, ¿ahora follar es liarse-liarse?

Di el tema por zanjado tirándole un trozo de *focaccia* a Amanda y cambiando de tema para conseguir desviar los derroteros de esa conversa hacia asuntos laborales.

—No, en serio, que mejor que entre Camps y yo no pase nada porque no es que sea el mejor de los jefes, eso ya lo sabéis vosotras. Últimamente estoy

teniendo unos días bastante chungos, tío. ¿Sabéis esas semanas que de pronto todo empiezan a ser trabas y cosas que no salen cómo tu habías pensado?

Porque necesita de nuevo un pretexto para seguir con mis

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #2

A medida que la investigadora avanza por el sendero de la investigación criminal se encuentra con fuentes eficaces que aclararán todas sus dudas e, incluso, le podrán revelar datos adicionales que sean claves para acercarse a la resolución del caso.

—Ay sí, ¡a mí me lo dirás! —Estuve a punto de sonreír cuándo vi que Amanda me respondía y todo iba según lo previsto. La parte positiva de tener una amiga egocéntrica que sólo sabe hablar sobre sí misma era que no tardabas en aprender a pulsar con delicadeza las teclas exactas para encaminarla hacia lo que tú querías escuchar. Quejas en bucle sobre el trabajo: Uno de sus temas preferidos —Mira, justo esta semana me la he pasado de guardias, estoy...

—Ah, ya... Sí, ya, tú con más razón, evidentemente en tu sector aún debe ser más duro, hay vidas que dependen de ti. ¿Fuiste tú quien me contó que tenías una paciente que se murió pero que luego resultó que estaba viva?

—Abbs tía, ¿tú te has tomado hoy bien la medicación?

—Pues no sé, me sonaba esa historia, y eres mi única amiga doctora... ¿Pero puede pasar, eso? ¿Que alguien parezca que está como muerto total pero que luego resulte que despierte?

—Abril, que soy ginecóloga tía. Mira, chica, deja de ver ya tanto “crímenes imperfectos” que te nos estás volviendo más rarita de lo que ya eras. —Se levantó de la silla y cogió su bolso de mano —Bueno chiquis, Jamie y yo vamos a ir tirando ya que mañana tenemos la quinta ronda del catering y hay que ir a Girona.

Entró del restaurante a pedir la cuenta, así que di por perdida toda mi oportunidad de descubrir si el hecho que Mr. Werkerman estuviese vivo y coleando era una opción.

Siempre hago coña con Amy y Ari sobre que yo soy la amiga inútil del grupo, la que no les podría aportar ningún tipo de utilidad práctica en el mundo real. Ariadna siempre nos podrá dar asesoramiento legal cuando tengamos alguna consulta, y Amanda es el recurso perfecto para cuando mis ataques de hipocondría agudizan. Pues mirad, chicas, ¿de qué me servís ahora que os necesito, eh? ¿De qué? Quedaros con vuestras leyes y con vuestras

nociones de medicina práctica para vosotras y no compartáis información relevante con los demás, fuera caso que yo pueda descubrir qué es todo esto que ha pasado en Londres y cuáles pueden ser sus nefastas consecuencias y poder empezar a dormir tranquila por las noches.

GRACIAS. GRACIAS. Desde aquí mi más sincero gracias, chicas. Ya me pediréis algún día que os haga un excel detallando todo vuestro presupuesto anual, o que os haga una presentación *power point* sobre localizaciones ordenadas por precio y proximidad.

El futuro matrimonio se fue de la mano a coger un taxi, y Ari y yo nos encaminamos hacia el metro, sabiendo que por fin habíamos encontrado el momento perfecto para hablar de lo que llevábamos posponiendo desde hacía semanas.

—Tía, la despedida —Sentí como si me hubiese leído el pensamiento, había estado a punto de recordarle lo mismo, y casi que con las mismas palabras.

—¡Yaaaa! ¿Tú crees que vamos tarde? —Ari y yo nos miramos con consternación. Amanda había ido dejando pistas, a través de su manipulación emocional, sobre lo importante que era tener una despedida de soltera perfecta. Nosotras habíamos dado por sentado que nos iba a tocar ser las responsables de todo el tinglado, pero habíamos ido procrastinando con la organización por la pereza que nos daba establecer contacto con las amigas de la uni de Amanda.

—Sí, tía. Que no quedan ni tres meses, ¿qué hacemos?

—Bueno, a ver, que no cunda el pánico. Piensa que yo me dedico a esto. He estado pensando... ¿y si le organizamos un viaje, tía? Así en plan petit comité, sólo nosotras. Y con la excusa del viaje le decimos que es que queríamos algo íntimo para que no quedase una cosa vulgar.

—Ah, sí, sí, por ahí lo veo bien. Que los planes más glamourosos sólo se pueden hacer con menos de cuatro personas.

—¡Claro, claro! Es que paso de hablar y tragar a Patricia —Creo que las dos nos recorrió un escalofrío al pensar en esa chica repelente y sus ínfulas de organizadora de eventos perfeccionista —Se nos metería en todo y acabaríamos todas con una polla en la cabeza. Y luego encima la culpa nos la llevaríamos nosotras por tener el cargo oficial de organizadoras.

—¿Y cuándo vamos? Van a quedar pocos findes en los que coincidamos, y sinceramente Abbs no sé si me puedo saltar un finde entero de estudio.

—¡Tú tranqui, que yo lo organizo todo! El viernes que viene quedamos,

espero tener todos los detalles para entonces. Y no te preocupes, un finde es un finde, ¿qué podría pasar? Si ya te sabes toda la constitución de memoria tía. A ver, vamos a probarlo, recítame otra vez el artículo 142.

Desafortunadamente Ari vio pasar un bus que la dejaba más cerca que el metro y se fue corriendo a intentar alcanzarlo.

Así que por ahorate dejo, querido diario: Tengo que buscar que más dice el artículo 142.

CAPÍTULO 18

MARTES 17 de Abril, 22:40 PM:

Querido recopilatorio de pistas reveladoras que ayudará a los policías que investiguen mi suicidio en extrañas circunstancias,

Holi diario. ¿Qué tal todo? Creo que nunca había estado tantos días sin hablarte. ¿Me has echado de menos? Seguro que sí. Al final te vas a acabar acostumbrando y todo a mis dramas vitales y no vas a poder pasar sin tu ración diaria de qué-ridiculez-ha-hecho-Abril-hoy.

Pues disculpa, querido amigo inanimado, pero he estado bastante ocupada intentando seguir adelante con mi investigación paralela para descubrir qué diablos ha pasado con Werkert.

—Y qué, ¿has llegado a alguna revelación determinante? —te preguntarás, debatiéndote entre la curiosidad y el hastío desesperado.

Sinceramente, no sé si tengo clara la respuesta. Te cuento para que saques tú tus propias conclusiones:

Ayer por la mañana llegué a la oficina a las siete para poder empezar con mis pequeñas pesquisas. Bueno, a ver, tú eres mi diario, mi confesor más íntimo. A ti no tengo por qué mentirte. Esa era la idea de la Abril despierta a las doce de la noche, pero la Abril durmiente que entreabrió un ojo a las seis menos cuarto de la mañana resultó discrepar bastante con mi brillante propuesta, así que acabé llegando a las nueve y cuarto.

Pero este pequeño contratiempo no ha sido suficiente para parar los pies de mi arrolladora y determinada investigación.

Paso 1: Definir las incógnitas. Se trata de una formulación con lógica matemática, si no defines el problema no tendrás datos para encontrar la solución. Así que hay que desglosar todo el surrealismo que hemos vivido en los últimos días en preguntas concretas:

—¿Qué hacía Mr. Werkert en mi habitación?

—¿Cómo logró entrar?

~~¿Porqué durante una turbia milésima de segundo me quise tirar a mi jefe?~~

—¿QUIÉN SE LLEVÓ EL CADÁVER?

—¿Realmente era un cadáver?

Paso 2: Establecer hipótesis para, seguidamente, llevar a cabo una

demostración empírica que permita corroborarlas o descartarlas.

a) Mr. Werkert se alojaba en el mismo hotel y se confundió de habitación

valoración: Hipótesis a) descartada. Un jefazo supremo como Mr. Werkert no se quedaría a dormir en un hotel de dos estrellas disfrazado de hotel de tres.

b) Mr. Werkert se confundió de habitación, en realidad quería ir a la de otra persona. Su amante, ¿tal vez? Una visita sorpresa planeada a última hora, un impulso cuando ya estaba en el taxi de regreso a su casa, de vuelta hacia los brazos de su mujer. “Gire a la izquierda, mejor”, le podría haber dicho al conductor mientras miraba la foto de perfil de la chica que él pensaba que estaba en la 512. La noche aún podía dar más de sí.

c) Mr. Werkert se pensaba que esa habitación estaba vacía pero reservada por Skinophillia y entró para llevar a cabo alguna perversión. O simplemente ver la tele por cable gratis. O escaquearse un rato de la presión de ser el *brand strategy manager*. Una habitación en la que ser simplemente Andrew Werkert, de Southhampton, el chico pelirrojo con una peca en el labio superior izquierdo que se ponía como un cangrejo radioactivo en cuanto el más mínimo rayo de sol acariciaba su piel nívea.

d) Mr. Werkert sabía que yo me alojaba en esa habitación, y entró para pedirme, o contarme, algo.

Decidí descartar la opción d) porque sólo de pensarlo el nudo que ya parece haberse hecho crónico en mi garganta se vuelve a tensar.

Pero abrir la ventana de la posibilidad las habitaciones equivocadas me dio una idea, así que pude proceder a seguir descubriendo las

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #3

Cada vez que la investigadora decide asumir una identidad secreta para poder descubrir nuevas indicaciones sobre el caso sus interlocutores aceptan su versión de la historia sin cuestionar nada.

Me metí en la sala de reuniones 3, esperando que nadie la tuviese reservada, y descolgué el teléfono para llamar al hotel”.

—Sunny Meadows Hotel, buenos días —Esto obviamente me lo dan dijeron en inglés, pero solo faltaría que empiece a mezclar idiomas para que te acabes de hacer el lío total sobre los acontecimientos de mi vida.

—¡Buenos días! ¿Qué tal? Os llamo para hacer una consulta. Soy la responsable de eventos corporativos de Skinophillia, contratamos los

servicios del hotel para alojar a varios empleados para unas conferencias que tuvieron lugar la semana pasada.

—Ahá —La recepcionista asintió sin mucha simpatía, pero dándome a entender que se acordaba de nuestro evento.

—Verá, me gustaría confirmar la distribución de las habitaciones que se reservaron. Tenemos previsto enviar un obsequio de agradecimiento y necesitamos confirmar los empleados que finalmente asistieron.

—Ahá. ¿Su nombre?

Me quedé en blanco. No me esperaba ese tipo de pregunta, con lo que no me había dado tiempo a planear una identidad falsa. Estaba claro que no podía decir mi nombre, más valía no dejar rastro por si a-saber-quién se acababa enterando de mis pinitos como investigadora profesional.

—April Woods.

Y el Oscar al mejor y más original desarrollo de personaje es para...

—¿April Woods?

—Sí, April Woods.

¡Abril Bosco!

—Lo siento, pero no le podemos dar esta información.

—¿Porqué no? Necesitamos enviar los obsequios y las notas de agradecimiento, no podré hacerlo si no sé quien hizo el *check-in*.

—Lo sentimos mucho, pero no podemos compartir esa información con usted, sólo con la responsable de eventos

—Yo soy la responsable de eventos corporativos.

—Su nombre no es el que tenemos en la reserva.

—Ah, ¿no? Qué raro, ¿cuál tenéis?

—Lo siento, pero no estamos autorizados para revelar esta información. Espero haberla podido ayudar, ¡que tenga un buen día!

Y me colgó. ¿Pero es que será borde la tía? ¿Tanto le costaba pasarme un triste *excel* con los *check-ins* que se habían hecho los días del evento?

Tuve que plantearme una nueva estrategia. Y se me ocurrió, pero requería muchas llamadas.

Odio hablar por teléfono con desconocidos. Ya sé, diario, seguramente es una más de las neuras que denotan mis pocas capacidades para relacionarme en sociedad, y que no te sorprende, pero no sé. ¿No te parece raro? Un email es rápido, directo, te deja tiempo para pensar y reflexionar, y contestar con el tono exacto y las palabras adecuadas, y te puedes refugiar en la seguridad que te aporta la impersonalidad de las firmas preestablecidas y tu nombre

precediendo la arroba. Martí es de esos que siempre están “Tú llama, llama”. “Bueno es que me ha dicho que estaría reunido y...” “Llama, llama”.

Grrr. En llamas te prendería yo a ti.

O no.

O mejor.

A las un rebaño de llamas, te tiraría. Para que te escupan en el estúpido flequillo.

Total, a lo que iba: Al final tuve que hacer bastantes llamadas. A la recepcionista, para que me confirmase el número de las oficinas centrales en Reino Unido. A la recepcionista de la central, para que me pasase con la ejecutiva de eventos corporativos. A la ejecutiva de eventos corporativos, a la que hice ver que llamaba para pedirle si tenían algún tipo de guía con directrices sobre cómo organizar un evento porque claro, nosotros normalmente gestionábamos los eventos para empresas y prensa, y justo ahora había salido un proyecto de evento para empleados y queríamos hacerlo siguiendo todas las premisas de la central. La chica se quedó un poco descolocada, y la entendía, la verdad. En Skinophilia no hay guías de estilo. Nada queda por escrito y todo va sobre la marcha, de forma aleatoria y según el criterio de cada jefe regional. La vi muy apurada intentando justificarme porque no me podía pasar ninguna información.

—Pues es que como los eventos corporativos los organizamos desde la central y no... Bueno tal vez te podría pasar algunas fotos, pero...

—Ah, sí, ¡la fotos me irían genial! Que si no hay nada definido, no te preocupes, ¿eh? Era sólo para ver si había algún proceso o algo. ¿Es que sabes qué? Soy nueva, acabo de llegar y la chica que me tenía que formar se ha puesto de baja, y mi responsable está de vacaciones. Como no sabía a quién preguntar...

—Sí, claro, no pasa nada, para eso estamos.

—La semana pasada estuve en las conferencias. Súper bien, ¿eh? Fue todo muy guay, ¿las organizasteis vosotros?

—Oh, sí, bueno yo llevo los eventos corporativos internacionales, lo hizo el equipo de locales.

Joder stia puta con la maldita gestión micro-departamental. Cualquier día se colará una mosca en la oficina y le crearán un departamento propio. Y la harán jefa de sección.

—Ah, sí, ¡creo que hablé con ella! Linda Walsh, ¿puede ser?

—Eh... No, no conozco a ninguna Linda.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo se llama la responsable de eventos corporativos? Mira que juraría que hablé con ella.

—¡Ah! Es Martha.

—¿Martha? Ay pues no me suena... ¿El apellido?

—Eh... Fearther

BINGO.

—Ah, ¡claro! Mrs. Fearther.... Sí, sí. Vale pues mil gracias, ¿eh?

—¿Entonces quieres que te pase las fotos?

—Las fotos... Sí, claro, ¡por supuesto!

—Vale, ¿me das tu email?

—Sí, mira apunta: Es gggg grrrr —empecé a emitir sonidos guturales y entrecortados con mi voz —Ay, vaya, no te escucho creo que... gggr crusshh gggg, ¿me oyes? Creo que pierdo la...

Colgué de golpe el teléfono. Dios mío, menudo subidón de adrenalina. Tenía el nombre. Tenía el nombre. Volví a probar suerte con el Sunny Meadows y escuché la señal del teléfono con impaciencia. Piiiip. Piiiip. Piiiip.

—Sunny Meadows Hotel, buenos días. ¿En qué podría ayudarle?

Distinguí esa voz irritante que sintetizaba las sílabas en un tono rápido y nervioso, encapsulándolas en un acento británico prácticamente incomprensible.

—Buenos días. —Intenté hacer que mi voz sonase más parca, más grave. Más de como si fuese una jefaza- Hace un momento os ha llamado mi compañera April Woods.

—Ah, sí, hola April.

—No, no soy April, soy...

—Pues hablas igual que ella y tienes el mismo acento.

Una persona ágil y con recursos intelectuales le hubiese reprochado a la recepcionista que quién era ella para decir que quién era yo. Que yo era Martha Fearther, la responsable de eventos corporativos locales, y que quería saber en ese mismo momento qué empleados de Skinophillia habían hecho el *check-in* entre los días 10 y 11 de Abril.

Pero también supe reconocer a tiempo que había pocas posibilidades de que alguien llamado April Woods tuviese ese leve rastro de acento español, a pesar de intentar fingir una pronunciación flemática de las palabras. Así que colgué resignada, sin decir nada más.

Exasperante. Durante unos minutos había creído que al menos tenía un hilo que podía empezar a descoser a indagar. Pero seguía teniendo lo mismo que

antes: Un sentimiento de culpabilidad pesado, un abismo de incertidumbre, ninguna respuesta.

—Abril, joder, ¿dónde estabas? Por qué te encierras en esta sala, ¿acaso piensas que te puedes escaquear del del trabajo? Vamos, hay reunión de equipo.

Y un jefe gilipollas.

—Para tu información, Martí —empecé a decirle mientras le perseguía por el pasillo —Estaba haciendo investigaciones. De cosas. Cosas secretas. Ya me entiendes.

—¿En horas de trabajo?

—Bueno es que no querrás que deje rastro en mi móvil por lo que pueda pasar...

—Mira Abril, más trabajar en lo que hay que trabajar y menos jugar a la inspectora Gadget. Te compras una gabardina en las rebajas del Zara, si quieres, y te dejas de jueguecitos, Miss Marple.

¿Entiendes ahora que en ningún contexto ni universo paralelo yo estaría interesada en haber metido mi lengua en la boca de este señor?!

—Nadia, Jimena —Vociferó en cuanto llegamos a nuestra área, haciéndoles un gesto de acercamiento con la mano —En mi despacho ya, hay reu de equipo.

Vaya, vaya. Parece que alguien había tenido un encuentro intenso con la directora de márketing y no estaba de humor.

Entré al despacho de Martí directamente, sin pasar por mi mesa, y me desplomé sobre la silla de en frente de su mesa.

—Martí —Jimena asomó su cabeza, su melena sedosa, por el linde de la puerta, con cara de consternación —Yo ahora tenía lo de los focus, pero si quieres no...

—Ah, no. Tranquila, es igual. Ve, ve, no pasa nada.

Una parte de mí envidió ~~más de lo habitual~~ mucho a Jimena. Además de llevarse las palabras almibaradas de mi jefe, se podía librar de la reunión y de su mal humor, y todo por irse a probar unas cremitas y unos sérums. Por lo que tengo entendido, los *focus group* se empezaron hacer para detectar las nuevas tendencias de consumo de las nuevas generaciones, y más o menos una vez por semana citan a los becarios en el laboratorio para que prueben los productos y comenten sus opiniones al respecto.

¿Que si me siento ofendida por que no me inviten a mí, a una jovencuela y consumidora milenial en potencia, a unas reuniones cuyo objetivo es conocer

al público joven?

Prefiero no hacer declaraciones al respecto. Así como tampoco las haré sobre lo que pensé —y lo que hubiese escrito en ti, si hubieses estado —el día que Márquez el de producto me dio una muestra de crema antiarrugas.

Todo esto te lo cuento porque desemboca en el hecho de que Nadia y yo acabamos solas en frente de Martí. Y sin la figura de la enchufada de Jimena en la sala, Mr. Flequi no tenía ningún tipo de necesidad de moderar sus palabras coléricas con encantos e hipocresías:

—Fonts me acaba de echar la bronca, y todo por culpa vuestra.

Oh, claro, porque en ningún punto de tu contrato se indica que supervisar lo que hacemos nosotras sea TU ÚNICO PUTO TRABAJO.

—Resulta que el año pasado nos pasamos del presupuesto y hay que compensarlo con el de este. Tenemos bastante menos para los tres eventos que quedan.

Nadia y yo intentamos justificarnos haciéndole saber por qué nos habíamos pasado: Él mismo se había dedicado a pedirnos cambios que incrementaban de forma significativa los costes. Y no nos olvidemos del evento que aprobó Jimena ella sola sin consultar a nadie.

—Bueno, a ver, chicas, vale calma. Creo que deberíamos...

Nadia estalló a carcajadas. Las intentó contener en cuando Martí le dirigió una mirada asesina, pero me dio una suave patada con el pie para recordarme que la anécdota de Martí y yo en el ascensor no se le había olvidado, y no se le iba a olvidar. Nota para mí: No contarle mis experiencias íntimas NUNCA MÁS.

Salí de la reunión bastante agobiada porque me esperaban bastantes horas extra por delante para poder cuadrar el desastre de contabilidad creativa de Martí, así que casi se me olvidó que antes de todo aquello yo estaba enfrascada en una misión.

Y que tal vez, ahora, después de dos largas horas de reunión, había acabado por fin el turno de mi amiga recepcionista.

—Sunny Meadows hotel, ¿en qué podríamos ayudarle? —Voz masculina. Voz masculina. Voz masculina. Vale, en el fondo no me había preparado para ella. Mis pensamientos más derrotistas eran los que habían intentado prever los derroteros que tomaría esta nueva llamada, y yo contaba con que volviese a coger el teléfono la voz estridente de miss recepción, a la que me imaginaba, no se por qué, con una rebeca de punto de angora, collar de perlas y zapatos negro de tacón bajo. Pero me había saludado una voz varonil, con un sutil deje

de pronunciación francesa, así que aún tenían oportunidades.

—Buenas tardes. Soy Martha Fearther, del departamento de eventos corporativos locales de Skinophillia. —Tono frío, sever —Verá, necesitamos recibir el listado de los empleados que hicieron el *check-in* en las habitaciones reservadas para las conferencias. Les tenemos que enviar obsequios y un informe con información relevante sobre la empresa.

—Vale, muy bien de acuerdo. Se lo enviaré ahora mismo al email.

Oh dios mío. ¡Había colado! ¡Había colado! Estaba tan alucinada de estar a punto de conseguir la información que apenas había caído en que habría un último inconveniente que sortear.

—¡Espere, espere! ¿ Podría enviarlo al email de mi compañera? Yo estoy fuera de la oficina en un viaje de negocios en... un sitio sin cobertura y es ella quien lo tendrá que gestionar.

—Eh... vale, sería tan amable de facilitarme la dirección del correo electrónico.

—¡Por supuesto! Mira es: A de alcohol, B de Bourbon, O de Oh my god, S de Sobrio, C de Champagne, y O de Oh my got otra vez. ¿Lo tienes? Vale, arroba skinophillia con dos "l" .es.

Ya sé lo que estarás pensando, diario. Yo que sé. No te creas que me paso el día deletreando palabras en inglés como para tener un surtido digno que usar de referencia.

—.es?

—Sí, punto .es.

Por suerte el chico no se planteó nada sobre el correo de la filial española de mi supuesta compañera y me dijo que ya lo tenía. Me despedí de él con demasiado énfasis, pero es que no podía contener toda la adrenalina en mí.

Tenía la lista. Podría saber quién más estaba allí aquella noche, quién podría ser la persona a quien Mr. Werkert estaba buscando en realidad.

Volví corriendo hasta mi sitio. Mi mano temblaba encima de ratón. Iniciar sesión. Clic. Nombre de usuario: abosco.eventos. Contraseña: OsoPanda28. Outlook. Clic, clic. Enviar y recibir. Clic, clic.

No estaba. No estaba. Mierda, me habría equivocado con el deletreo. O él. Maldito recepcionista. Espera. Estaba, estaba, me acaba de llegar. Remitente: reception@sunnymeadowslnd.com. Asunto: Skinophillia check in list.

Archivos adjuntos: Un *excel* que tenía los nombres que había estado esperando durante el día del hoy. Clic clic. Había llegado el momento. Había llegado el momento de seguir experimentando con las

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #4

Cuando la investigadora por fin tiene en sus manos las pruebas más relevantes, las que le ayudarán a ir un paso más allá en la investigación y convertir sus sospechas e hipótesis en hechos probados y certezas, se pone a inmediato a estudiarlas y analizarlas, invirtiendo todo su tiempo y dedicación en ellas.

—¡Abril! —Me incorporé en la silla de un respingo al escuchar mi nombre. Minimicé el documento y me giré hacia Eva, la de producto, que pasaba de largo por mi mesa con una libreta en la mano —¿Qué no vienes a la reu de las antiarrugas?

Jo, con tanta tensión generada por el tema del listado se me había olvidado por completo que estar tarde teníamos la reunión más importante de las pastillas antiarrugas.

Cerré la sesión del ordenador con mucho pesar, cogí mi portátil y rogué a Eva que me esperase mientras caminaba a saltitos por el pasillo para poder darle alcance.

Y menuda reunión de mierda. Lo que se suponía que tenía que ser un *status* rápido para ver en qué punto del proyecto estamos se ha acabado convirtiendo en un debate interminable sobre todos y cada uno de los puntos que había que tocar. Estábamos ante uno de los nuevos productos malditos de Skinophillia: A la fórmula final del producto aún le quedan algunos ajustes, nos hemos quedado con un presupuesto bastante reducido para los eventos de lanzamiento, Fonts aún no había dado la aprobación al nombre y había rumores que la competencia estaba desarrollando un producto similar. Buf, perezón, Creo que todo apunta a que estos meses van a ser bastante intensos... Nunca más le vuelvo a hacer un favor laboral a Nadia. Asistí a la reunión inicial porque ella estaba de vacaciones y para cuando volvió no sé cómo se lo montó que me endosó a mí todo el desarrollo del proyecto. Bueno, sí que lo sé: “Ay, Abs, ¿ por qué no lo llevas tú? Que este proyecto es de los más importantes y a mí me da palo esta responsabilidad, además que tú dominas mucho más este tipo de eventos” Y yo, que soy imbécil, y me ego, que a veces se deja llevar por las adulaciones baratas cometimos el error de cambiarle este proyecto por el del sérum iluminador, que actualmente fluye como un río caudaloso sin problemas ni restricciones presupuestarias.

Así pues, mis indagaciones se tuvieron que posponer hasta prácticamente la hora de plegar. Volví a sentarme en mi silla con un entusiasmo desmedido y

tecleé mi contraseña voraz, dispuesta a sumergirme en el listado de huéspedes del Sunny Meadows.

—Joder tía, qué energía —Nadia estaba cogiendo el bolso con prisa, supongo que no quería regalar un minuto de su preciado tiempo a nuestra amada empresa —¿Qué no has visto qué hora es? Son las pírte ya menos cuarto, y queda sólo un minuto para que sean las que-te-jodan-skinophillia menos diez.

—Ya... Calla, calla, he estado toda la tarde liada con las pastillas antiarrugas. ¿Qué buen cambio hicimos, eh, so listilla de pacotilla?

—Lo siento —Esbozó un amago de carcajada que indicaba claramente que no lo sentía para nada —¿Entonces no te espero no?

—Qué va, tira, tira, que tengo para largo.

El resonar de los tacones de Nadia alejándose hacia el ascensor ha sido la confirmación final: estaba yo sola en el departamento. El momento de Abril Holmes acababa de llegar.

Abrí el adjunto que me había pasado el chico del hotel. Click click. Intenté contener la impaciencia que me corroía, pero el documento se cargaba con la lentitud pasmosa habitual, así que empecé a roerme las uñas, conteniendo mi tensión.

Vale, ya estaba. Doce filas con información a procesar. Hora de entrada, salida, nombre, habitación.

Lo he impreso para poderlo seguir analizando, te lo pego aquí.

NAME	CHECK IN	CHECK OUT	ROOM
Tosca, Francesca	11:56, Tue 10	15:43 Thu 12	6
Mazetti, Federico	8:29, Wed 11	17:15, Thu 12	6
Glatz, Bettina	20:20, Tue 10	12:40, Wed 11	5
Brulé, Jean Louise	9:00, Wed 11	18:46, Thu 12	5
Leonoré, Sophie	18:09, Tue 10	20:40, Wed 11	6
Gearlo, James	18:16, Tue 10	20:30, Wed 11	5
Camps, Martí	16:22, Wed 11	14:47, Thu 12	5
Bosco, Abril	16:30, Wed 11	14:45, Thu 12	5
Polzovka, Anke	9:30, Wed 11	12:26, Thu 12	6

Müller, Sven	9:36, Wed 11	12:42, Thu 12	5
Wolska, Maciej	9:39, Wed 11	12:31, Thu 12	5
Huges, Mark	20:46, Tue 11	17:30, Wed 11	6

Primer dato: Como ya había intuido, Mr. Werkert no estaba alojado en ese hotel,

Empecé a plantearme qué habitaciones podrían ser fácilmente confundiibles con la mía. La de arriba, supongo. 611.

La del lado. 513 era la de Martí, así que la 515, ¿tal vez? O la de en frente? Juraría que la que estaba justo en frente de la mía era la 512.

Vale. Eso cercaba la cantidad de nombres a investigar. Sólo Tres.

Francesca Tosca, Jean Louise Brulé y Maciej Wolska. Los busqué a todos en el directorio de los emails de empresa para ver sus cargos, pero mis expectativas detectivescas se frustraron en cuanto vi que ninguno de ellos tenía una relación directa, al menos a nivel laboral, con Werkert. Francesca es de la filial italiana y por lo que he podido entender está en el departamento de administración, el señor Brulé es director de la sección de compras internacionales en la filial de Bélgica, y Maciej —que creo que era el polaco fisgón que tenía a mi lado en las conferencias —está en el área de gestión y seguimiento de proyectos de IT en la filial de Polonia —la de Varsovia, ni siquiera me ha dado el pequeño aliciente de que esté en la recién descubierta filial de Widuchuwa o cómo sea que se llame ese pueblucho remoto.

Decidí intentar saber un poco mas de la trayectoria del pobre Andrew Werkert y me fui a una de las salas de informática para espiarlo el perfil de Linkedin. Andrew Werkert Skinophillia Linkedin. El primer resultado de mi búsqueda en google tenía pinta de coincidir con los datos laborales de mi difunto (¿o no?) amigo pelirrojo. Y sí, era su perfil. Una foto lo coronaba y tenía la típica información pretenciosa, pero no me ha revelado muchos más detalles que el largo tiempo —doce años —que llevaba en Skinophillia.

Pues eso es todo lo que he logrado averiguar hoy: Nada.

Así que se despide, sabiendo que nunca podrá cumplir las “Leyes no escritas de la investigación criminal paralela”,

Abbs.

CAPÍTULO 19

MIÉRCOLES 18 de abril, 00:26 PM:

Estimado espacio para mis reflexiones insomnes:

Albricias. Por todos los gatitos peluditos y estrujables del universo.

Acabo de tener una revelación. Una de esas que aparecen en las

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #5

Cuando el protagonista está llegando al punto álgido de la investigación, logra dar con la primera pista sólida que le encamina de forma irrefrenable hacia la resolución del caso gracias a un destello espontáneo de brillantez que detona en su mente todas las respuestas.

No quiero pensar mal. Porque no quiero. Creo en el karma y esas cosas. Bueno, a veces. Pero hay aún hay una hipótesis sobre la mesa que no se me había ocurrido considerar. Había descartado muy rápido que la habitación 513 pudiese estar implicada de algún modo en toda esta trama turbia. La habitación de Martí. Hasta ahora no me había planteado nada porque Martí me parece simplemente un jefe tan incompetente que llamarle mediocre sería un sobrevalorarlo. Pero si conociese a Werkert, si supiese que era factible que ese señor le estuviese esperando en su habitación, si nuestro pequeño y casual infortunio se hubiese convertido en su tabla flotante de salvación en un mar de corrupción y engaños en el que se había aventurado a bucear...

No sé. No lo sé. Ay, querido diario, ¿por qué? Si apenas un par de semanas atrás te hubiese contado mis preocupaciones más asfixiantes, seguramente te habría hablado sobre mi investigación respecto a cuál era el *tupper* que causaba aquel olor a podredumbre en mi nevera (*Spoiler alert*: Resultó ser un último trozo de sucedáneo de *foie* que se quedó resguardado tras las hojas de una lechuga algo tullida).

Si hace solo un mes me hubieses preguntado por mi historial delictivo, como mucho te habría podido contar que ni siquiera he quebrantado la ley aún, que sólo lo estaba planeando —he estado consultando en Google “no hago declaración renta a deber qué pasa”

Y ahora me estoy planteando que mi jefe sea un psicópata. Pero no el tipo de psicópata que ya había confirmado que era (de los que se despiertan a las

seis de la mañana para salir a correr, de los que se olvidan de comer porque tienen “mucho trabajo”, de los que se untan el pelo con gomina de forma voluntaria). Sinó uno de los verdad. De los que se cargaban a un tío y fingían no conocerle de nada. De los que obligaban a su ~~súbdita~~ compañera de trabajo a ocultar las pruebas de un crimen porque una investigación inicial ya podría desvelar una vinculación, un móvil. De los que tienen “un tío” al que llamar cuando las cosas se han torcido, para que venga y haga desaparecer un cadáver enclastado en el armario.

Ay, no sé. ¿Podría ser? En su momento me parecería que estaba tan horrorizado como yo. Pero una cosa no quitaba la otra. Su muerte accidental le podría haber sorprendido tanto como a mí, pero que él tuviese alguna historia oculta con Werkert podría explicar muchas cosas. Su aversión a acudir a la policía, su predisposición a encubrir el crimen, su plan. “Sigue el plan, Abril”. “Tenemos que seguir el plan”. “Sobretudo, recuerda el plan”.

Al final del día, ¿qué sabía yo de Martí? Apenas nada. No sabía mucho más ahora que cuando vi una figura recortada en la puerta de un despacho que hasta ese momento había estado vacío.

—Nadia, Abril —Nos llamó Fonts el día que nos lo presentó. Nos acercamos y pude empezar a fijarme en los detalles. Postura erguida, manos en los bolsillos. Traje gris impecablemente planchado, camisa azul sin corbata y mocasines negros. La ralla al lado, marcada con precisión, y pelo lacio amansado bajo una turgente capa de gomina.- Os presento a Martí Camps. Se va a incorporar al departamento de eventos de lanzamiento producto como *manager*.

—Yo soy Nadia, bienvenido. —Le extendió la mano atusándose su coleta de rizos castaños.

—Encantado.

—Abril Bosco —atiné a decir algo aturdida mientras le daba la mano. Apretón firme, tacto humedecido por el sudor. —Un placer.

—Chicas, os lo robo un rato que le tengo que presentar a toda la santa empresa, pero ahora mismo volvemos y nos ponemos todos al día, ¿vale?

Y Martí y ella se fueron pasillo abajo, seguramente hacia a administración, mientras yo me sentaba desconcertada en mi silla.

—¿Qué pasa tía? Que te ha dado un flús, o algo. ¿Que te gusta el jefe nuevo o qué?

—¿Qué?

—Abril, tía, te ha dado fuerte, que estás *in love* o qué con el mister

Gomini este.

—Alaaa, ¿qué dices? Nada, es que no nos habían dicho que fuese a venir nadie y no me esperaba que fuésemos a tener un jefe tan pronto, la verdad.

—Ya...

—Aunque bueno, ahora que lo comentas se parece así como un poco a Draco Malfoy, ¿no?

Y solté una carcajada socarrona. Como si yo en ese momento fuese una chica normal que se toma la vida de forma relajada. Como si estuviese de humor para putas bromas de mierda. Como si la sangre no me estuviese hirviendo por dentro, azuzada por el calor de la rabia, de la más absoluta incomprensión.

Bueno, diario. Supongo que ya llevamos un tiempcito juntos y puedo seguir mostrándote esas facetas ocultas que me guardo sólo para mí. Bienvenido a otro capítulo algo oscuro de mi vida. Un capítulo que te ayudará a complementar un poco el razonamiento de mi odio —hasta ahora ya más que justificado —hacia Martí.

Y es que ese puto puesto era mío. Era para mí. Era yo quién tenía que ser la maldita futura jefa del departamento de eventos de lanzamiento de producto. Era yo quién llevaba meses, prácticamente años, asumiendo más proyectos de los que tocaban, trabajando hasta las nueve de la noche, rompiéndome la cabeza con la redacción esmerada de los informes, presentando los resultados, repartiendo las tareas del departamento entre Nadia y Pau. Era yo quién llevaba un año con ataques de ansiedad, era yo quien había heredado legítimamente el puesto cuando Encarna me dejó tirada aquí.

Te resumo un poco mi currículum para que puedas tener todos los antecedentes necesarios y constates conmigo que yo no tendría porqué estar reportándole a un señor que a lo sumo tiene cinco años más que yo, y que se sacó la carrera de ADE porque iba a conjunto con sus veranos en Menorca, vestido con bermudas y náuticos, y los hombros abrigados por una repelente rebeca de punto.

A riesgo de parecer dramática, te lo empezaré a introducir contándote que creo nunca me había sentido tan perdida en la vida como el momento en el que me di cuenta de que por fin tenía aquello por lo que había estado esforzándome toda mi vida. Bueno, no lo tenía así en físico porque me refiero al título de Periodismo y resulta que a pesar de las tasas de hay que pagar obtener la firmita oficial requiere un par de años, mes arriba mes abajo. Bueno, y a ver, esforzar aquello que dices que había estado noches sin dormir

y al borde del ataque de ansiedad pues debo decir que tampoco había sido un agónico encierro en un campo de concentración.

Pero ya me entiendas. Deja que me tome estas licencias literarias para reforzar un poco la carga nostálgica de mi relato.

Lo pensé mientras regresaba a casa en el primer tren, volviendo de la fiesta de final de curso. De final de carrera. Y mientras jugueteaba con mis zapatos de tacón, colocados en la silla de al lado, pensé en la puta mierda de resaca que iba a tener cuando me despertara. Que joder, qué mierda. Que ya casi podía paladear el sabor a colilla consumida con el que me levantaría, el amago de una arcada controlada a tiempo, la garganta reseca. El dolor intermitente de cabeza, los polvos de un sobre de ibuprofeno disueltos en agua, el vacío de mi barriga revuelta.

Pero que importaba, me dije. Si ya no tenía un motivo por el cual necesitar aprovechar el día. Siempre había habido algo. Algo de lo que estar a la espera. En el fondo, hasta aquel momento, el curso inercial de la vida había sido un poco el Martí que me susurraba al oído. “Sigue el plan, sigue el plan” “Pss, pss, Abril, sigue el plan”. Estudia en la ESO porque luego vendrá bachillerato y querrás estar preparada. Sigue el plan Abril, y aplícate con el latín, que te va a servir de mucho en la vida, y saca buena nota en Selectividad. Que luego cuando encuentres el único trabajo por el cual quieran pagarte podrás aprovechar todos tus conocimientos de esa lengua indoeuropea muerta y articular con tu voz melódica por el interfono: Una doble de hamburguesa, hamburguesa, hamburguesae.

Pero tu sigue el plan, y preocúpate de que seis exámenes concentrados en dos días sean determinantes para la nota que dictaminará si puedes cumplir tus sueños. O no. Sigue el plan Abril, y sé feliz pensando que por fin harás lo que te gusta y que has logrado encaminar tus pasos hacia el trabajo que siempre habías querido.

No te desvíes y recuerda, sigue en plan, y quédate en esa carrera, aunque pienses que no sirves, porque total, ya llevas la mitad, y te aterrorizaría reconocer que has acabado odiando lo que pensabas que era tu vocación, porque significaría que el camino a seguir que habías trazado de forma tan clara se ha truncado de forma irreversible.

Así que sigue el plan, y bájate de ese tren madrugador, con los tacones en la mano, y mira como se aleja el convoy por las vías. Porque esta noche has celebrado que ya no tienes nada que esperar, que ya se han agotado todas las directrices del plan. Sigue el plan y recuerda esta noche, aunque se acabará

enturbiando con un velo de nostalgia cuando evoques esa pista de baile llena, eufórica, bailando al mismo son, el de las promesas por cumplir.

Jo, perdón diario, que estoy con el intenso subido. Luego me río yo de Jaime.

Ais, pobre Abril veinteañera, ¿verdad? Ella ahí, con sus dudas e incertidumbres, y su no saber qué iba a hacer con la vida

Una hostia le daba yo bien dada. De esas con la mano bien abierta.

Por si te has leído el párrafo anterior en diagonal, aburrido por mi arranque de intensidad literaria, te hago un resumen rápido: Fue una época chungu.

Sobretudo porque yo era bastante imbécil y decidí convertir esa incertidumbre vital en un vaso lleno de agua en el que ahogarme junto con todos mis dramas pero bueno, tampoco quiero juzgar de más a la pobre Abril de pasado que ya suficiente tuvo. Pasé por varios puestos prácticas no remuneradas, y a cuál más lamentable. Por suerte he sabido camuflarlo bien en mi currículum, bajo nombres largos y en inglés:

Lo que digo en las entrevistas

Puesto: Editorial Team Executive Assistant

Empresa: The Coolhaunted. Lifestyle, fashion & beyond —multimedia content creation

Finalización de la relación de trabajo: Se acabó el contrato de prácticas y quise seguir explorando nuevos horizontes profesionales para tener experiencia en otras ramas de la creación periodística.

Lo que pasó de verdad

Puesto: Llevadora de cafés senior y paseadora de perros junior del equipo de redacción.

Empresa: Web gestionada por tres personas (la CEO, su hermana y su novio)

Finalización de la relación laboral: Nadie me avisó de que la correa de Pulgoso estaba rota. NADIE. Nadie me dijo que Pulgoso era muy cariñoso con los desconocidos y que le encantaba salir corriendo para jugar con ellos. Y, en especial, nadie me había advertido que justamente Pulgoso era el perro del principal financiador de todo aquel tinglado —el padre de la CEO, todo quedaba en familia*.

*Puntualizar que ningún animal resulto herido durante la ejecución de este trabajo y que lo acabaron encontrando. Una semana después y a 600 kilómetros de distancia, pero necesito que sepas que Pulgoso estuvo muy bien

cuidado durante todo ese tiempo.

Lo que digo en las entrevistas

Puesto: Content Curator Supervisor

Empresa: Start-up puntera en el sector informático

Finalización de la relación de laboral: Aquel trabajo se me había llegado a dar también que tenía miedo de acabar encasillada en mi zona de confort, así que decidí buscar nuevos retos laborales para seguir aprendiendo.

Lo que pasó de verdad

Puesto: Revisión de los comentarios negativos en las redes sociales que gestionaba la empresa para compilarlos todos en un excel y pasarlos a mi jefe, para que decidiese si los borraban o no.

Empresa: Creo que aquello ni siquiera estaba constituido como empresa. Eran cuatro amigos que se dedicaban montar webs para empresas pequeñas, y la sede estaba en el piso de la abuela de uno de los componentes.

Finalización de la relación de trabajo: ¿Te he explicado ya que la abuela vivía aún en ese piso? ¿Y que no tenía ni idea de que su nieto había montado una empresa en la habitación de invitados? Normalmente se pasaba la mañana viendo el canal de novelas y no se enteraba de mucho, pero un día interrumpieron la programación habitual y decidió salir de los confines de su brasero. Entró en la cocina y, pensando que era una intrusa, me clavó una aguja de ganchillo en el brazo. Me dijeron que les sabía mal echarme, pero que no podían arriesgarse a tener a alguien allí sin seguro.

Después de aquellas experiencias nefastas había decidido renunciar al mundo corporativo y empezar a ver las potenciales ventajas de ser cajera de supermercado. Al final del día era un sitio donde podría aplicar mis conocimientos —en la carrera habíamos trabajado bastante la locución en radio, así que estaba plenamente capacitada para poder recitar en el altavoz, con dicción perfecta: “Atención estimados clientes, estamos encantados de informarles de nuestra oferta de peras: Dos euros el quilo. Dos euros el quilo, oferta en peras. ¡No la dejen escapar!”.

Hasta que Sandra, una de mis amigas de la uni, me llamó. La acababan de aceptar en un master en Londres, por lo que tenía que dejar su puesto de prácticas en la agencia de relaciones públicas y eventos, y le habían preguntado si conocía a alguien que pudiese estar interesado en aquel puesto. ¡Y cómo no estar! Pagaban trescientos euros al mes por una jornada completa y ofrecían multitud de beneficios sociales, tales como la posibilidad de comerte tu *tupper* en la cocina de la empresa y estar en un entorno de continuo

aprendizaje.

Así que finalmente pude conseguir lo que me gusta denominar “mi primer trabajo de verdad”. Sí, pagaban una miseria. Sí, tardaba 3 horas en llegar desde casa de mis padres y sí, mi jornada habitual era de unas diez horas diarias, pero por fin me sentía plenamente integrada en el mundo de los adultos, y estaba rodeada de gente más o menos competente e involucrada en proyectos guays e interesantes.

Iba a trabajar emocionada, y me sentía una pequeña ejecutiva de *Wall Street* cada vez que me enfundaba en un vestido de tubo y cargaba con el maletín de mi portátil en el tren. Tardé un año y medio en darme cuenta de que nadie me estaba haciendo ningún favor, y que ya llegado el momento de dejar de ver aquello como el juego de las oficinitas. Empecé a buscar otras cosas, creyendo que ahora que por fin tenía experiencia y el aval de una agencia más o menos conocida sería relativamente fácil encontrar un trabajo de verdad-verdad, pero mi esperanza se fue evaporando con entrevistas grupales que se equiparaban fácilmente con la mecánica de los juegos del hambre y procesos de selección de nunca llegaban a la etapa final.

Acabé optando por el último recurso que tenía en mente, que era hacerme valer ante mi jefa y reclamarle lo que me correspondía. Yo pensaba que me iban a decir que lo sentían, pero que no era posible subirme el sueldo, y que aquello me pondría en una encrucijada que no sabría resolver. Pero, contra todo pronóstico, me dijo que claro, que me entendía, y que había llegado el momento de subirme el sueldo y asignarme una cuenta a mi sola.

Por fin. Por fin había accedido al mercado laboral de forma plena. Ser una eterna becaria habían sido los preliminares. Esto era la acción real. Tenía un contrato de los verdad, por obra y servicio, y una firma en el email que enunciaba mi cargo de persona adulta. “Abril Bosco, ejecutiva de cuentas Junior”. Estaba tan agradecida que me quedaba a hacer horas extra por voluntad propia, como si el incremento de sueldo —a ochocientos treinta euros —me pareciese demasiado y lo intentase justificar de algún modo. No tardaría a ver todo aquello desde otra perspectiva.

Me habían asignado la cuenta de eventos de Skinophillia, y yo me sentía indigna de semejante responsabilidad. ¡Era Skinophillia! La marca en la que había confiado el tratamiento de mis primeros brotes de acné, la que poblaba las estanterías de mi baño. Pensaba que me la habían dado a mí porque me veían capacitada para gestionar una marca de semejantes dimensiones, y porque mi inmaculada piel les daba a entender tenía mucha afinidad con las

rutinas de belleza. Pero evidentemente no fue así, porque tengo poros congestionados y ataques de rosacea, y porque la bocazas de Rosa me desveló que aquello que me habían ofrecido era un caramelo envenenado.

—¡Abril, que eres la nueva cuentas de Skinophillia! —Me dijo un día mientras me estaba haciendo un café en la cocina. La miré sonriente y estuve a punto de hablarle de mi ascenso como si estuviese haciendo un discurso de aceptación del Oscar —¡Poobreee! Pero bueno, tu tranqui, que a la que entre alguien nuevo le endosamos el marrón y te escaqueas de la cuenta maldita.- Soltó una carcajada que sonó al cacareo de una gallina en celo.- Ya verás tú la Encarnita cómo se pondrá cuando se entere de que le han vuelto a cambiar a la cuentas.

Y esa fue la primera vez escuché hablar de Encarna Magallanes. Nadie sabía como era posible que alguien así hubiese llegado a un puesto de mando intermedio en una empresa como Skinophillia. Posiblemente sus mecanismos de supervivencia laboral eran similares al metabolismo de las cucarachas. Nadie sabía por qué, pero ellas eran las únicas que tras las grandes hecatombes —una guerra nuclear, una reestructuración de la junta directiva — emergían de un rincón, encogidas, pero con las patitas tersas y la determinación impresa en sus ojitos negros.

La conocí en mi primera vista a las oficinas de Skinophillia, y sólo necesité ver su mirada escrutadora para caer en cuenta de que por más que hubiese intentado autoengañarme, convenciéndome de que Rosa era una cotilla envidiosa que me quería poner presión, la fama de Encarnita estaba justificada. Las palabras “cuenta maldita” bailotearon por mi cabeza en cuanto escuché sus primeras palabras.

—¿Tú eres la nueva? —Me inquirió antes si siquiera de ofrecerme un sitio en la sala de reuniones donde estábamos.

—¡Sí! Soy Abril Bosco, encantada —Me acerqué con una sonrisa a darle la mano, pero mi nueva clienta no hizo ningún amago de despegar sus dedos de encima de la mesa. —¿Qué tal?

—Pues mal. ¿Cómo voy a estar? Que me cambiáis la persona cada dos meses y ahora van y me ponen a un bebé al cargo.

Ya intuía algo, pero en ese momento acabé de entender por qué de pronto a mi jefa le había surgido un “imprevisto innegociable” cuando le dije que teníamos reunión en Skinophillia.

—Vaya, ¡me lo tomaré como un cumplido! ¿Sabes por qué debe ser? Uso la hidratante antiarrugas de Skinophillia cada día. ¿Pero sabes qué? Tengo casi

veintiséis y varios años de experiencia, así que estoy plenamente capacitada para gestionar esto contigo. Dime, Encarna, ¿tú qué necesitas? ¿Qué es lo que esperas de nuestra agencia?

Es lo que se me ocurrió que le podría haber dicho horas después, mientras me martirizaba repasando mentalmente una y otra vez mi humillante primera toma de contacto. En realidad, todo lo que pude articular fue un “tengo que ir al baño” balbuceante. Me fui de la sala y estuve más de diez minutos llorando en el pasillo porque ni siquiera fui capaz de encontrar el lavabo en aquel enjambre de zonas abiertas y salas de reunión.

A pesar de todo Encarna y yo fuimos forjando poco a poco una tóxica relación de amor-odio que determinaría mi futuro laboral. Hasta ahora la agencia le había asignado a personas que llevaban varias cuentas a la vez, así que lidiar con las locuras de Encarna siempre había sido la última de las prioridades. Yo solo tenía Skinophillia a cargo, y en cuanto mi directora de cuentas se lo comunicó y le dijo que este cambio había sido para poder darle a su empresa toda la atención que se merecía, Encarna relajó un poco su mueca de disgusto y empezó a probar a ver qué tal iba eso de tener a alguien a su entera disposición todo el día.

Y le empezó a gustar. Me adoptó como la secretaria que creía que merecía —pero no tenía —y empezó a citarme prácticamente cada día en las oficinas de Skinophillia. Le tomaba apuntes a las reuniones a las que tenía que ir, iba incluso a sus reuniones con Fonts para presentarle los informes, le iba a buscar el bocadillo del desayuno a la cafetería, e incluso me peleaba con personas de otros departamentos para que me cediesen sus salas de reunión. Tuve que hacer de azafata en uno de los eventos porque se le había olvidado que había que contratarlas, ir a buscar a su madre al aeropuerto, enviarle emails subidos de tono a su ligue, disfrazarme de mascota del equipo de fútbol de su sobrino y una infinidad más de tareas que claramente escapaban de los servicios que Skinophillia contrataba a mi agencia.

Viví inmersa en aquel círculo interminable de esclavitud, pensando que nunca nadie me lo agradecería, pero un día mi jefa de la agencia me citó en su despacho. Que estaban muy contentos conmigo y como había conseguido que su cliente más problemático dejase de llamar al CEO cada dos por tres para quejarse, y que ahora que iba a entrar una cuenta importante en la agencia creían que yo era la persona más indicada para gestionarla.

Por fin. Por fin. Un poco de reconocimiento. Estaba casi más emocionada por aquella noticia que por si me hubiesen aumentado el sueldo. Después de

tantos meses encerrada en aquella cuenta maldita, finalmente alguien me reconocía un poco de mérito. Por fin una autoridad me ratificaba que yo servía para eso y merecía el sueldo que cobraba. Por fin llegaba el giro argumental que iba a convertir mi vida en un derroche de éxito y glamour.

Y entonces —te preguntarás, curioso —¿qué derroteros te llevaron de nuevo a las grises oficinas de la empresa de cosméticos?

¡JA! El giro que esperaba llegó, pero en vez de ser uno de esos giros de las novelas de comedia romántica fue un giro de una novela de terror. A penas una semana después mi jefa me volvió a convocar para una reunión en la que pensaba que me empezarían a introducir la estrategia del nuevo cliente, y las responsabilidades que tendría de ahora en adelante.

—Verás, Abril, tal y como ya te hemos dicho estamos muy contentos contigo. Pero por motivos que escapan de nuestro control, y muy a nuestro pesar, vamos a tener que prescindir de tu talento.

Por más que le rogué y le supliqué, no me supieron dar más justificación a por qué de pronto me despedían. Me despedían. Me parecería inexplicable. Pero la explicación me estaba esperando fuera de la oficina. Con su pelo corto, tono cobrizo de peluquería de barrio. Y sus ojos negros, agrandados por esas gafas de montura invisible.

—Abril, mi bebé, ven aquí —Sí. Nuestra relación se había vuelto un poco rara. Encarna me estrechó entre sus brazos huesudos y me empezó a acariciar la cabeza —No pasa nada. No pasa nada. Ahora por fin podremos estar juntas.

En cuanto Encarna se enteró de que me iban a asignar a otra cuenta, amenazó con cancelar su contrato con mi agencia. Les exigió que me echasen para que así yo pudiese incorporarme a su equipo en Skinophillia. Y a mi agencia le pareció una negociación más que razonable.

Y yo, en vez de ver aquello como un acto de persona desequilibrada y aprovechar la ocasión para cambiar de sector y descubrir nuevas metas laborales, me emocioné con que Encarna, la clienta maldita, estuviese tan contenta conmigo como para ejercer ese tipo de presión, así que me dejé abrazar, por ella, por sus huesudos brazos, por las condiciones mejoradas de mi contrato indefinido como “events executive”.

Unos meses más tarde, Encarna decidió tomarse unos años sabáticos y se fue. De un día para otro, dejando sólo un escueto email de despedida:

Abril,

Me piro unos años, vamos a probar a ver qué tal nos va con Charlie, así que me mudo con él a Miami.

PD: Los presupuestos del último año no cuadran, ya te lo miras, ¿vale?
Ciao, bebé!

E.

Bueno, creo que te mereces una disculpa por semejante digresión. Pero todo esto te lo contaba para que entiendas que cuando Martí llegó a ocupar el cargo de jefe de departamento, era yo la que había estado arreglando todo el desbarajuste que dejó la gestión de Encarna, y quien estuvo llevando sola todas las tareas del departamento hasta que Nadia, que hasta entonces había estado de becaria en el departamento de producto, entró a asistirme.

Una parte de mí sabe que debería haber ido a hablar con Fonts, pero si había decidido contratar a alguien externo para dirigir el departamento no había sido porque no supiese de mi existencia. Llevaba casi dos años reportándole todo lo que hacíamos en el departamento, eso sólo significaba que no me consideraba capaz de liderar un equipo, y que no me quedaba mas remedio que odiar a Martí en silencio y llorar de rabia por las noches.

CAPÍTULO 20

DOMINGO 22 de abril, 23:22 PM:

Estimado dietario de mis pequeñas pesquisas policiales,

Holi. Imagínate que pongo un tono especialmente meloso y dulzón. Perdón, diario. Siento haberte dejado abandonado todo este tiempo. Te habrás aburrido un poco, ¿verdad? O tal vez te habrás sentido aliviado al no tener que aguantar mis dramas.

En todo caso, debo serte sincera y reconocer que te he estado evitando. Ah, míralo, ahora ya estás más intrigado, ¿eh?

Pues lo siento, falsa alarma. La verdad es que esta última semana estaba pasando sin que hubiese nada destacable, hasta que el viernes me llegó una convocatoria de reunión de parte de Martí. La invitación emergió del margen derecho de mi pantalla, anunciando que a las cinco tenía una cita en el despacho de mi jefe, a la cual se había aventurado a llamar “Reunión Secreta”.

—¿Martí? —Llamé a la puerta acristalada de su despacho

—Pasa, pasa.

—Era por lo de la reunión de esta tarde. —le dije mientras cerraba la puerta y me acercaba hasta su mesa.

—¿No te va bien?

—No, sí... Aunque bueno, las próximas las podríamos poner en horario laboral, ¿no?

—Bueno, es que preferiría no levantar sospechas.

—Ya... Bueno, de hecho eso es lo que te quería decir. Tienes la agenda pública, cualquiera que te la mire va a ver que hoy a las cinco tienes una “reunión secreta” conmigo.

—Ah, bueno...

El muy lerdo no tenía ni idea de eso. ¿Si es que ves, querido diario? No sé por qué diantres debería aguantar tener un jefe que no sabe ni convocar una triste reunión. Le ayudé a cambiar el título a “reunión antiarrugas” y volví a volcarme en mis tareas —las cuales, podrían o no podrían incluir mirar las últimas actualizaciones de VOGUE y cuchichear con Nadia el último rumor que nos había llegado, fresco y directo desde el departamento de administración.

Al mediodía aproveché para llamar a Ari, porque en teoría teníamos que quedar para lo de la despedida, pero todo apuntaba a que la tarde se me iba a complicar.

—Holi holi Ari, ¿qué tal? —Aprisioné el teléfono contra mi oreja y mi hombro para poder ir picoteando mi ensalada envasada mientras hablábamos.

—Pues nada aquí, sigo con el temario... Un palo tía, no sé, yo cada día lo veo menos claro.

—Que no, so tonti, ya verás que todo irá bien.

—Bueno... ¿Tú qué tal?

—Prrf, harta de todo también. El imbécil de mi jefe me ha puesto una reunión por la tarde, por eso te llamaba, no creo que pueda quedar hoy para lo de la despedida.

—Ah bueno ¡no pasa nada ! Si ya me bien, que el lunes tengo revisión y aún tengo mil temas por ver. Pero tendremos que organizarlo en breves o Amanda nos va a matar.

—Sí, sí, tú tranqui, ¡yo este finde lo dejo todo hecho!

Dediqué parte de mi tarde a filtrar destinos europeos por precio y a buscar planes alternativos de despedida de soltera. En cuanto el recordatorio de la reunión empezó a parpadear en mi pantalla le di un último repaso a la presentación y me encaminé hacia el despacho de Martí.

—Hola. ¿Nos reunimos ahora, al final?

—Sí, claro, pasa, pasa.

Me senté en la silla y di unos golpecitos a la pecera de Tormenta, para saludarle. Vino a recibirme con mucho más entusiasmo del que tenía su dueño.

—Pues cuando quieras —me dijo mientras seguía tecleando en el ordenador. A saber, ni que responda muchos mails el tío. Seguro que me ignoraba deliberadamente solo para hacerse el interesante.

—Ah... Vale. Te he enviado una presentación al email.

Martí giró finalmente la cara para mirarme con un tono bastante inquisitivo.

—¿Has hecho un *power point* de esto?

—Bueno, a ver, que tampoco es nada, pero hay una tabla que quiero que veas.

—Abril, tenemos mucho trabajo estos días, no podemos estar perdiendo el tiempo en hacer presentaciones de cualquier cosa absurda que me tengas que explicar. No quiero volver a tener que proyectar cinco diapositivas sobre por qué necesitas cogerte tres semanas en Agosto.

—Pero es que...

El golpe de la puerta abriéndose de golpe nos sobresaltó a los dos.

—Hola Martí, Abril —Era Jimena. Pensaba que ya había plegado, ¿se puede saber dónde se había estado escondiendo? —He visto que teníais reunión, puedo quedarme a tomaros las notas, si queréis.

—No hace falta Jimena, vete a casa. —Le dijo Martí, conciliador pero con un pequeño deje de cabreo. ¡Ajá! Por fin empezaba a ver tanto como yo todos los signos de una repelencia anunciada.

—No, en serio, que no me importa.

—Jimena, vete ya. Este proyecto del que tenemos que hablar lo lleva Abril sola, y no hace falta que nadie tome apuntes.

Nuestra becaria se fue un poco abatida, murmurando un “buen finde” mientras cerraba la puerta. Esperamos a que se colgase su bolso de marca y cuatro de mis sueldos mensuales y se fuese para reanudar nuestra conversación.

—Joder, qué pesadita es a veces.

—Te lo dije —le canturreé.

—Bueno, tu mejor no hables de becarios. A ver, a lo que íbamos. Ven aquí y miramos la presentación.

—Que la he hecho fuera del horario laboral y que es nada, eh, que ha sido copiar y pegar —Le iba argumentando mientras arrastraba la silla hacia su lado de la mesa. Me senté junto a él y vi como se cargaba el documento.

—Ostia Abril, que has puesto fotos y todo —Se quejó cuando vio la foto de perfil de LinkedIn de un sonriente Mr. Werkert presidiendo la portada de mi creación.

—A ver, no sé, quedaba luego todo muy soso.

—Luego lo borras de todos sitios, ¿eh?

—Que sí hombre, sí, no te preocupes.

Pasó la diapositiva y apareció la tabla de *check-ins* y *check-outs* que me había pasado el hotel.

—He estado pensando que uno de los primeros puntos a resolver es qué diantres hacía Werkert en mi habitación. Y mi principal hipótesis es que se equivocó de habitación o algo. Está claro que yo... nosotros no éramos quien él esperaba encontrar, o eso quiero pensar. Este cuadro son los datos de todos los *check-in* que se hicieron en las habitaciones que había reservado Skinophillia.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Tengo mis métodos. Pero puedes estar tranquilo, nadie puede relacionarme con esta investigación.

Miré a Martí mientras escrutaba el cuadro. Quería estar pendiente de sus reacciones, de sus opiniones, para ver si cualquiera de ellas delataba algún atisbo de culpabilidad, algo que me permitiese refrendar de algún modo mi segunda hipótesis.

—Joder Abril, claro. ¡Joder! Bettina Glatz.

¿Eh?

Me acerqué más a él para mirar el cuadro.

Joder. Joder. Joder. Es que luego digo, pero yo soy bastante poco avispada también. Llevaba una semana mirando ese cuadro en mis ratos muertos, repasando todos los nombres e intentado cuadrar las horas de entrada y salida, pero mi nula inteligencia me había impedido ver que la maldita Bettina Glatz había hecho el *check-in* en la misma habitación que yo. Me podía imaginar a mi última neurona superviviente, entrando en mi cerebro, andando torpemente y sujetando su peso con unas muletas y un dossier en la mano. “Abril, creo que —tos seca interrumpiendo la celebración —lo tenemos, ¡lo tenemos!” “Oh, venga, cállate so carroza”, le habría replicado mi gen vago “Abril, no te distraigas, que ya vamos tarde para tu segunda siesta de la tarde”. Eres imbécil Abbs.

—Claro, es evidente. Bettina —Creo que respondí con suficiente rapidez como para que Martí no se diese cuenta de que era él quien acababa de relacionar aquella revelación. Proseguí, reuniendo todo la determinación posible como para aparentar que era la detective que había resuelto el caso y exponiendo todas las deducciones que había conseguido hacer. —Bettina Glatz. Era una chica de... Espera, mejor te lo enseño.

Me acerqué un poco más a Martí para llegar al teclado y buscar el nombre de Bettina en el directorio de la empresa.

—De Ödenburg, Alemania. Pero estaba haciendo unas prácticas en la central en Londres. Departamento de desarrollo creativo de marca. Si el organigrama es similar al de nuestra filial, Werkert era su responsable.

Aún me estaba recomponiendo del impacto que me suponía haber hecho semeando descubrimiento cuando me acordé de algo más.

—Martí, Martí. —le zarandeeé un poco el brazo, estaba demasiado emocionada como para pensar que aquel contacto iba a hacer a encender un fulgor rojo mis mejillas- Busca aquel email de cambios organizativos de Abril.

Tecleó con parsimonia y los dos esperamos, mirando fijamente la pantalla mientras los resultados de su búsqueda se cargaban.

—Martin Rickory, Bettina Glatz, Tomás Tejado y Betsie Stevens han dejado de trabajar para la empresa. —Leí en voz alta.

—Vaya casualidad.

—¿En serio crees que es una casualidad?

—No, la verdad.

—Voy a intentar contactar a Bettina.

—No sé, Abril, ¿para qué? No sé que más podemos sacar de todo esto. Como mucho puede que él estuviese en tu habitación esperando a Bettina porque, yo que sé, estaban liados, o ella le tenía que poner al día de alguna reunión. Pero no podremos saber que más hay detrás de todo esto.

—¿Cómo que no? Hay muchas incógnitas, Martí. ¿Por qué Bettina se fue antes? Ni siquiera llegó a ir a alguna conferencia. ¿Por qué se fue de pronto? ¿Y sin avisar a su jefe? ¿Y porqué su jefe se metió en su habitación? ¿La acosaba, tal vez?

—No lo sé, Abril —me respondió Martí con tono cansado —Y no lo sabremos. Lo mejor es que nos olvidemos de todo y sigamos como si nada.

—Oh, perdona, disculpe usted que no pueda olvidar que matamos a alguien, manipulamos su cadaver para, luego, pederlo.

Me levanté y arrastré la silla hasta el otro lado de la mesa, dando por finalizada aquella sesión de puesta en común.

—Bueno, si descubres algo más de lo de Bettina me dices.

—Vale. Lo mismo digo. ¿Volvemos a quedar la semana que viene?

—Sí. Pero no hace falta que hagas *power points* ni nada.

—Adiós Tormenta —le dije a mi amigo acuático dando golpecitos al cristal de su pecera —Dile a tu compañero de despacho que es un soso y que puede estar tranquilo, no le haré más *power points*. Ah, y que te cambie el agua, pobrecito mío. ¡Buen finde Camps!

Salí del despacho de Martí, arrepintiéndome de haber dicho semejante chorrada. Seguramente le he confirmado lo que ya él se barruntaba desde hacía tiempo: que soy una desequilibrada mental y que estoy en Skinophillia porque sirvo para desgravar a la empresa. Pero bueno, él verá. Yo pienso que él es gilipollas y tan incompetente que puede que incluso de clases particulares para entrenarse, así que empate.

Y realmente poca más tengo que contarte... Si, ya lo sé, te habías acostumbrado a ver en tus páginas la vida de una criminal a la fuga y a tener tu

ración diaria de Abril rebelde. Siento haberte generado esas expectativas y que ahora descubres que la intensidad mi vida normal es equiparable a la de una jubilada que veranea en Bernidorm (¿a quién pretendo engañar? Que más quisiera yo que ser una jubilada en Benidorm).

Tal vez lo más destacable de este fin de semana sea que he ido a casa de mis padres. Hace prácticamente un año que me independicé y todavía no me habitúo a llamar lo que aún considero mi hogar como “casa de mis padres”. Pero la habitación decorada en tonos rosas que había albergado los dramas de mi adolescencia se ha convertido en un espacio multifuncional que hace las veces de vestidor y gimnasio, así que supongo que me lo puedo tomar como indirecta decorativa de que esa casa a partir de ahora irá siempre acompañada del complemento “de mis padres”.

—Abril, ¡cuánto tiempo! Pero benditos los ojos que te ven, ya sé que no tienes tiempo para venir a ver a tus pobres padres, pero hace meses que no pasabas por aquí, hay que ver, ¡que nos tienes aquí abandonados!

Es lo poco que pude llegar a escuchar de su saludo en cuanto entré por la puerta, porque me estrujó en un abrazo asfixiante que aturdió mis sentidos y no pude seguir oyendo sus reproches. Iba a decirle que en realidad ni siquiera habían pasado dos semanas, pero me dejé acoger por sus brazos y su olor a sofrito con ajo y a hogar, aspirándolo para intentar apaciguar mi necesidad de derruirme en pedacitos y ser consolada con sus caricias suaves.

Normalmente intento pasarme, como mínimo, una vez por semana —por que les quiero mucho muchísimo y les echo bastante de menos. Que sí, diario. De verdad. ¿Lo de los *tuppers* de mi nevera? Bueno, eso es secundario. En serio —así que en parte es normal que tengan la sensación de que hacía bastante que no iba por allí. Y vale que estos días he estado algo más liada de lo normal, pero para ser sincera debería reconocerte que lo había estado evitando un poco también. Sabía que si hubiese ido nada más llegar de Londres había muchas posibilidades de acabar confesándoles que me había cargado a un tío justo cuando estaba punto de tirarme a mi jefe. Y supongo que eso no es el tipo de cosas que quieres que tus padres sepan. No me imagino a mi padre diciendo “Carmen, que este mes la paga extra la ponemos en la cuenta de la universidad de la niña, que se tiene que licenciar para poder triscarse a su jefe en los viajes de empresa”.

Pude escabullirme del abrazo mullido de mi madre e ir corriendo al lavabo con la excusa de que no podía aguantarme más. Me senté sobre la taza y expiré e inspiré profundamente. Necesitaba estar preparada para sus miradas

ilusionadas cuando me preguntasen que qué tal en el trabajo, para no dejarme llevar por la corriente del mar de confianza balsámica que iban a generar en un momento en torno al plato de macarrones calientes.

Llevaba dos semanas mintiendo y entretejiendo el relato de lo que había pasado con retazos de mentiras. Con Nadia tenía que ser la pobre borracha arrepentida que se había insinuado a su jefe, a pesar de odiarle, y que había sido rechazada por él. Con mis amigas la cosa había ido un poco más lejos, había sido un poco más pasional, pero también se había acabado todo entre el ascensor y la puerta de mi habitación. Y Martí, que era la única persona con la que me podría haber desahogado contando la historia completa, había decidido seguir un plan que implicaba amortiguar toda la verdad.

Y es agotador. Estar constantemente pensando en qué puedes decir y qué no, hasta qué punto de la historia has llegado con cada persona, ver cuál fue la última puntada de verdad que diste para no tirar del hilo y echarlo todo a perder con mi vocación de boca-chancla profesional.

Así que en el fondo llevaba tiempo temiendo que ver a mis padres despertase en mí a la niña desolada que solo se quería acurrucar en un rincón del sofá y contarles toda la historia llorando inconsolablemente. Pero claramente aquello no era una opción, porque incluso me puedo imaginar qué diría mi madre si se enterase de todo lo que había pasado:

“¡Hay que ver, Abril! Mírala, Paco, que dice la niña que estuvieron limpiando la escena del crimen. ¿Que vas a limpiar tú una escena del crimen, si aún no has aprendido ni cómo se limpia un bidé? Que como la hayas dejado igual que la encimera de tu cocina te digo yo que esto lo resuelven antes que en un capítulo de CSI”.

“¿Pero cómo que liándote con tu jefe? ¿Pero a ver, que sois novios o algo?”

“Por favor Paco, que la niña ha matado a un señor, ¿quieres dejar lo del jefe de lado? A ver Abril, lo importante: ¿No usarías lejía en la moqueta, no?”

“Pensábamos que te habíamos educado bien, Abril. Que habíamos invertido en tu educación y que eso serviría de algo. ¿Y para qué, tanto dinero en cursos del nivel profident este del inglés si no has sido capaz de aprender la lección más importante de todas? Cuantas veces te habremos dicho que donde tengas la olla no metas la...”

“Ay... —suspiro resignado— ¡con lo majo que era Félix...!”

—¿Abril?

—Sí, papi ya salgo. —Hice una última inspiración y giré el pomo,

dispuesta a dejar de lado mis victimismos infantiles. Era una mujer hecha y derecha, fuerte y determinada, e iba a afrontar mis decisiones en la vida como la persona adulta que era.

—¡Papiiiii!

—¡Palomiiiiita!

Bueno. Podía empezar a ser adulta después de que mi padre me diese un abrazo de oso, tampoco había prisa.

Mi madre me agasajó con un despliegue de cosas empanadas y fritas que empezaron a calmar toda mi ansiedad acumulada, y me hicieron preguntarme por qué no abandonaba mi intento de vivir como un personaje de “Sexo en Nueva York” y volvía a mi refugio paterno.

—Oye Abril, que tiré lo que quedaba en tu armario, ¿eh? Que total, si a estas alturas no te lo has llevado ya es porque no lo querías, ¿no? Es que vamos a tirar el tabique para hacer el vestidor mucho más grande. ¡Ya verás que chulo va a quedar!

Vale, puede que no sea una decisión que dependa de mí.

Seguramente mi madre intuyó mi cara de decepción —a pesar de que mis carrillos atiborrados de croquetas ayudasen en gran medida a disimular la expresión de mi rostro.

—Que tú si un día quieres volver, coges y te vuelves, ¿eh? Que aquí hay sitio para todos y en el cuartito de Rufus te montamos una cama y tan apañado todo cariño.

La conversa siguió discurriendo sobre cotilleos banales que la verdad, no creo que te importen pequeño nuevo amigo, tales como la nueva teoría sobre porqué los vecinos del cuarto B se separaron o los posibles turbios motivos por los cuales el tío no va a asistir al cumple de la abuela. Uno a uno fuimos desgastando todos nuestros posibles temas de conversación, hasta que sólo quedó por llegar que el que había intentado evitar durante toda la comida:

—Bueno Abril, ¿y el trabajo qué tal? ¿Cómo te fue por Londres, que no nos has dicho nada?

—La verdad que poco más que lo conté por teléfono... bien, la verdad. Un poco aburrido.

—Que me encontré a la Mari Paz en la carnicería el otro día y me preguntó por ti y yo, pues mírala, ahí está en Londres, viajando por el mundo porque es eventis manager o algo así...

La verdad es que mi trabajo no es fácil de entender de primeras, e introducir a lo que me dedico suele requerir que exponga toda la estructura

jerárquica de la empresa y desvele el confidencial proceso que seguimos para llevar a cabo el lanzamiento de un producto. Pero mi madre es la persona que mejor ha sintetizado todas mis funciones en un sólo cargo:

—Bueno, pues las cosas del *marketing* y eso que haces tú.

—Eran unas conferencias para todos los de la empresa, sobre los nuevos productos que va a haber y tal.

—¿Y con Martí que tal?

Casi sentí como la croqueta que estaba engullendo se encallaba en mi garganta.

—Pues nada, muy cordial todo, pero sigue siendo un imbécil.

—Es que yo no sé como no te pusieron a ti, con lo lista que es mi niña.

Mis padres ya estaban al tanto de que despotricar sobre lo mediocre que es Martí es una de las aficiones, así que aquella frase fue como un detonador que me permitieron apretar para implosionar todo el estrés que llevaba acumulado esta semana.

—¿A que sí? Es que no lo entiendo, ¿de quién es familia este hombre para que lo hayan puesto ahí? Es que no sabe hacer nada, papis, le tuve que hacer yo lo del *check-in* del vuelo porque el tío no se aclaraba, y el otro día me dice “Ay, Abril, haz este informe”, y luego resulta que era un documento que tenía que presentar a la directora de *marketing*, ¡y se lo hice todo yo! Y ahora seguro que Fonts piensa que Martí estuvo trabajando en eso, ¡pero es que fui yo! Es que por no saber no sabe ni cómo va el programa del email, tiene todas las reuniones en abierto y puedo ver con quién se reúne en todo momento, y el otro día dijo que iba a un encuentro con directivos y le miro la agenda y tenía “Torneo Pádel” apuntado y...

Oh, dios. Oh, DIOS. Diario. Me acabo de acordar de algo. Acabo de tener uno de esos destellos de brillantez que tienen los detectives en las investigaciones criminales paralelas. Te dejo, voy a dormir. Mañana necesito estar despejada para hacer todas las comprobaciones.

CAPÍTULO 21

LUNES 23 de abril, 20:45 PM:

Estimada recopilación de datos inconexos que necesito para resolver un crimen que yo misma he cometido,

¿Qué tal, diario? Ayer te dejé con la intriga, ¿verdad? Así que supongo que ahora esperas que venga con novedades jugosas y explicaciones adicionales que te puedan aclarar algo. Pues no lo sé, la verdad. No sé si he descubierto algo que pueda aportar algo de luz a todo el entramado criminal en el que estoy imbuida, pero al menos he podido comprobar que el recuerdo que me golpeó ayer mientras te contaba qué tal había ido la comida con mis padres estaba basado en algo cierto.

Tal era mi ansiedad por confirmar lo que se me había ocurrido la noche anterior que he llegado a la oficina antes de las ocho. Pensaba que podría empezar a indagar por las entrañas de mi ordenador envuelta en el confortable silencio de una oficina a solas, pero en la zona del departamento he notado el inconfundible olor floral a perfume de doscientos euros el mililitro.

—Ay, ¡qué susto, Abril! ¿Qué haces aquí tan pronto? —Jimena ha aparecido por el pasillo con su café humeante y su melena brillante, y su ropa impolutamente planchada, y su cara de recién licenciada fresca y descansada, como si no se hubiese tenido que levantar a las seis y media de la mañana para hacerse las ondas con plancha y sus *tuppers* sanos de cosas vegetales con aguacate.

—Quería avanzar trabajo. ¿Y tú?

—Yo también.

Ha soltado una risita adorable y se ha sentado en su silla, sin que el impecable almidonado de su falda lápiz se resintiese lo más mínimo.

“Yi timbién”, he murmurado para mis adentros intentando recrear una versión aún más pánfila de la tonalidad aguda de su voz. Me dirás qué tanto trabajo de más puede tener esta chica si soy yo quien le delega las tareas, así que sé perfectamente que no es para tanto. Pero claro, queda muy bien ser la primera que llega a la oficina, y enviar todos los emails a Martí antes de la hora de entrada oficial, para que quede un registro físico y palpable de su repelencia entrenada.

A ver, que es hablar de Jimena y me voy por donde no toca. A lo que íbamos: Que yo tenía razón. Aquello que le explicaba a mi madre es algo que me he habituado a hacer muy a menudo. Martí es muy de decir que se va a una reunión y desaparecer de la oficina durante tres horas, así que desde que descubrí que el muy cazurro tenía las reuniones del Outlook en abierto empecé a espionajear sus compromisos laborales. Y así fue como Nadia y yo descubrimos que los “reunión con la junta directiva” era en realidad llevar el coche al mecánico, la “conference call con el equipo de Marketing internacional” una celebración temprana de “cumple Pablo” o la “revisión anual de presupuestos con Fonts” un “reservar laser tag cumple tomás, urgente”. Y ayer, mientras te intentaba reproducir la indignación con la que se lo había dicho a mi madre, me acordé de aquel martes que se escaqueó para ir a jugar a pádel. Me pareció raro que se fuese tan pronto, porque al consultar su calendario vi que el partido de pádel lo tenía a partir de las cinco y media, y por que se solían ir a un recinto que estaba cerca del polígono, así no acabé de entender porqué se iba casi dos horas antes de su cita deportiva. En su momento Nadia y yo estuvimos conspirando que seguramente había quedado con algún ligue, y nos preguntamos si la habría conocido a través de Tinder o si en sus encuentros románticos duplicaba la dosis de gomina para asegurar que su pelo rubio rígido seguiría intacto durante la fogosidad del acto.

Pero lo que me extrañó especialmente de aquel día fue Martí se las había pirado con su funda de pala de padel al hombro y las llaves de su BMW en la mano, pero que en principio sí que tenía una reunión real a la que atender a esa hora.

Es lo que recordé ayer. Y lo que he constado hoy.

El miércoles 28 de marzo, Martí tenía un evento a las cuatro menos cuarto. Media hora encajonada, resaltando en azul entre las celdas del calendario, solapada con una reunión global de seguimiento de proyecto y dejándole sólo diez minutos de margen para correr hacia la pista de padel indoor.

“Call con Andrew Werkert”.

CAPÍTULO 22

SÁBADO 28 de abril, 07:45 AM:

Estimada libreta en la voy a seguir plasmando mis dramas vitales mientras voy rumbo a Berlín:

Oh dios. Oh dios. Santo cielo. Virgen santa.

No, puedes estar tranquilo diario, por ahora no he sentido la llamada vocacional de ponerme los hábitos y consagrarme al señor. Pero qué quieres, pasé toda mi etapa de escolarización obligatoria en colegios católicos así que sólo puedo expresar toda la consternación que siento ahora mismo a través de santiguaciones e invocaciones religiosas.

¿Por dónde empiezo? La verdad que no lo sé, querido diario, todo lo que me queda por contarte son cosas que han salido mal. Sí, ya sé, ya sé, en lo que poco que llevamos de relación ya te contado cómo me he intentado tirar a mi jefe y cómo matamos —homicida-involuntariamente —a un señor, pero sigo sin saber como contarte esto y seguir mirándote a la cara. Bueno, ya sé que no tienes cara, es una expresión retórica, ya me entiendes. Pero supongo que empezar por el principio será la opción para ir sobre seguro. Nos remontamos, entonces, a ayer por la mañana. Ocho y cuarto, en plena madrugada, la hora óptima para salir de casa si quieres llegar puntual al polígono que alberga las oficinas de Skinophilia. Tenía una reunión de las pastillas antiarrugas a primera hora, así que no me iban a servir las excusas de que había habido un accidente en la autopista o el aparcamiento se había llenado misteriosamente y había tenido que hacer una excursión de cinco kilómetros para llegar, por lo que decidí comportarme como la persona adulta que se supone que soy y saltarme el desayuno para poder salir de casa a tiempo.

Me encaminé hasta el coche sintiéndome realizada y haciendo un repaso de mental de todo lo que tenía que llevar: Informe para la reunión, vestido de largura recatada, *tupper* con macarrones para comer rápido en la oficina. Presentación de *power point* sobre los pocos nuevos datos que había podido obtener del caso Werkert para mi reunión de estatus con Martí. Perfecto, todo listo. Gafas de repuesto por si tenía algún incidente con las lentillas, móvil, cargador del móvil, llaves de casa, laves del coche... ¿Llaves del coche?

Tuve que volver a casa maldiciendo mi carácter despistado, porque no

estaban en mi bolso. Pero tampoco estaban en el platito de las llaves. Ni sobre la mesa del comedor, ni en el mueble de la entrada. Ni en mi otro bolso, ni en los pantalones que llevé puestos el día anterior, ni en el armario. Ni siquiera en la nevera —yo que sé diario, ya no sabía donde más mirar.

Conclusión: Había perdido las llaves del coche. El día que tenía una reunión importante nada más llegar. Salí de casa resignada e imaginándome a Murphy como un ente abstracto y cruel, mirándome desde algún rincón carcajeándose mientras se atiborraba a palomitas con mantequilla.

Después de una hora y media, dos transbordos, tres tipos diferentes de transporte público y una llamada avergonzada a Martí conseguí llegar a los confines de Mordor, también conocidos como la filial de Skinophillia.

Mi plan para aquella mañana era esconderme tras la pantalla del ordenador y aprobar sigilosamente facturas, ajena al ajetreo estresado que suele haber a final de mes. Pero en cuanto llegué a nuestra área supe que aquello no iba a ser posible. Parecía que un espiral de caos y destrucción se había adueñado del departamento de eventos y que, en una broma irónica del destino, nuestros infortunios se habían conjurado para estallar todos el mismo día.

La primera señal fue no escuchar a Jimena retrayéndome un “Abril no te preocupes, que ya he ido yo a la reunión...”. Pero la ignoré, porque al fin y al cabo no estaba en su sitio así que tenía sentido que no hubiese aparecido todavía con su paso apresurado y su sonrisa meliflua, impostando una falsa candidez.

—Joder, Abril. Joder, Joder. —Me saludó Nadia, revolviéndose el pelo. Ahí ya sí me he temido lo peor. Nadia se estresa mucho con todos sus acontecimientos vitales, excepto con el trabajo. La oficina podría estar ardiendo que ella seguiría recostada contra la máquina de café, apurando su taza sin impacientarse.

—¿Qué pasa?

—Prrrf... Acaban de avanzar el lanzamiento del sérum iluminador. Y ha venido Fonts con el rollo de que lo necesitan todo para hoy: La fecha del evento, los costes... Es que no sé ni por donde empezar, Abril —se volvió a atusar el pelo- ¡no lo sé!

—A ver, tranquila, no te agobies antes de hora, Nadia. Vamos a mirarlo todo con calma. ¿Qué info necesitas para hoy? Entiendo que es solo una aproximación. Vamos a ver qué se puede conseguir, y lo que no lo hablamos con Martí y que se aclare él con Fonts.

—Vale, yo... Jimena, ¿ya has acabado el focus?

Nadia se dio cuenta que Jimena acababa de llegar a su mesa, y supongo que estaba a punto de morirse del alborozo de la alegría (por primera vez y sin que sirva de precedente), pensando que podría delegarle buena parte del trabajo que le acababa de caer encima. Pero a penas le ha dado tiempo a hacerle la lista de tareas urgentes, un gimoteo lloroso procedente de nuestra becaria nos ha sorprendido a las dos.

—No, es que... Ya no... No voy a ir más a los focus. —estaba siendo incluso doloroso ver como Jimena intentaba aguantar el llanto —Dicen que no les entro en el *target* y que mis valoraciones no les sirven y... y...

Se llevó las manos a la cara y Nadia y yo nos miramos sin saber cómo reaccionar. Jimena es un blanco fácil al que odiar y guardar rencor, porque su inmaculada perfección te permite criticarla sin concesiones, sin que el sentimiento de culpabilidad te invada al recordar sus defectos de persona humana y traumas de infancia. Ver su faceta tierna de niña insegura y desamparada me encogió un poco el corazoncito.

Nos acercamos lentamente, como quien intenta aproximarse a un gatito callejero y salvaje y la intentamos consolar un poco como hemos pudimos.

—Bueno Jimena, no te preocupes. —le di golpecitos suaves en el brazo para acompañar el discurso con algún tipo de acercamiento cariñoso- no te lo tomes como algo personal. Que al final la mayoría de cremas que probáis son antiacné y tal, y si tu no tienes pues es verdad que no les puedes servir porque es que ya no necesitas nada adicional para tener la piel perfecta.

Y así nos encontró Martí cuando llegó de su reunión, congregadas en el rincón de la mesa de Jimena.

—Vaya chicas que pasa hoy, que se os ha sincronizado la...

Le escrutamos con una mirada amazante y él tomó inmediatamente la sabia decisión de rectificar y no decir lo que pensaba que iba a decir.

—La mala suerte.

—Pues sí, Martí. Sí, será eso. —le respondió Nadia secamente mientras se atusaba su melena castaña.

El resto del día transcurrió con esa sensación de ajeteo nervioso que hacía aletear una sensación de inseguridad en mi estómago. Las horas fueron pasando con la banda sonora de los suspiros agobiados de Nadia resonando de fondo, así que me sentí bastante aliviada cuando por fin se escuché el sonido metálico del botón apagando el foco de su mesa.

—Me las piro. —Se puso el bolso al hombro y acabó de apagar el

ordenador —Qué día de mierda Abbs, en serio.

—¿Qué te ha dicho Martí?

—Pues nada, ¿que me va a decir? Hay veces que le cuesta hasta saber qué hora es, como para saber cómo gestionar esto. Abbs porfa... ¿me ayudarás? — Los ojos verdes de Nadia me miraban suplicantes, como un cachorrito perdido en la niebla. Así que aunque en el fondo sabía que esa petición de ayuda se traduciría en más trabajo para mi, no pude negarme.

—Claro, tonti. Tu ahora vete tranquila a disfrutar del finde.

—Sí, bueno, ya ves... ¿Oye, y tú que? ¡Pásalo genial por Berlín, tía!

Ah claro, que aún no te he dado los detalles. ¡Sorpresa! ¡Estamos yendo a Berlín! Aterrizaremos en unas dos horas así que más me valdría que en vez de explicarte cosas que sé que tampoco te importan demasiado me ponga a planear actividades de despedida de soltera. Tal y como ya te podrás imaginar, hemos decido cederle bastante margen a la improvisación —para dejar fluir al destino y dejar que nos sorprenda, no porque seamos unas malas amigas —y, a pesar de que he logrado convencer a Ari de lo contrario, no tengo mucho más plan más allá de estos billetes de avión. Los encontré por casualidad el miércoles, cuando abrí sin querer un mail acosador de una web de reservas de viaje. Berlín última hora, cuarenta euros idea y vuelta. Era tan perfecto que me tuve que contener para poder llamar a Ari sin emitir balidos de emoción:

—Lo tengo, tía, lo tengo. ¡Es genial! Acabo de ver vuelos super baratos a Berlín, este finde. El destino se ha puesto de nuestro lado.

—Ostis, ¿este finde ya?

—Es que tampoco nos quedan muchos más... Y además es justo este que está la oferta.

—La verdad que Berlín estaría guay, con la historia del Erasmus...

—¡Claro! Podemos hacer una temática rollo “regresión a tu época de soltería”, y hacer los planes que hacía en el Erasmus pero un poco actualizado.

—Ah, sí, ¡Estaría muy bien!! Jo, pero a ver qué se nos ocurre, que yo esta semana estoy a tope con el temario.

—Tranqui, yo me encargo. Tú sólo hazme la transfe que el resto estará todo planeado.

Y una vez más: Gracias, Abril de pasado. La Abril del presente y la Abril del futuro te estaremos eternamente agradecidas. Qué haríamos sin tus falsas promesas y tus expectativas optimistas sobre tu capacidad de organización. Chapó, un aplauso sincronizado solo para ti.

Todo lo que me ha dado tiempo a planear ha sido el “rapto” de Amanda,

pero si ni siquiera eso ha salido bien, o si no ahora no tendría que estar sentada de lado, evitando que mi nalga derecha se apoye en el asiento para no sentir un dolor punzante e infernal. Pero no avancemos acontecimientos que me desvíe del tema. Antes de llegar a explicarte la odisea de cómo hemos conseguido embarcar en este avión tengo que contarte todo lo que pasó ayer. Por más que me cueste.

Así que a lo que íbamos: Cuando Nadia se fue y me cercioré de que no quedaba nadie más por la zona de nuestro departamento me acerqué hasta el despacho de Martí y llamé a su puerta con un par de golpes. Me hizo un gesto afirmativo y entré.

—¿Nos reunimos ahora?

—Sí, claro. Ven.

Me senté en frente de él y me miró expectante.

—¿Tenemos alguna novedad?

—Pues la verdad es que no he conseguido averiguar mucho sobre Bettina.

Le hice a Martí un resumen rápido de mis pesquisas. Había llamado a Recursos Humanos de la central para pedir si me podían dar el teléfono de Bettina. Les dije que me acababa de enterar que se había ido de la empresa y que ella y yo éramos bastante amigas, pero que como estábamos habituadas a hablar por mail o teléfono de la empresa no tenía su contacto. Evidentemente no sirvió de nada, porque la chica me dijo muy amablemente que no podían revelar los datos personales de los empleados, que esperaba que lo entendiera. Intenté contactar también con una de sus compañeras de departamento, alegando que hacía días que intentaba contactarle para una consultas sobre creatividad en eventos de producto.

—Me dijo lo que ya sabemos, que Bettina se había ido hacía una semana. Intenté sonsacarle algo más de información, en plan que uy, que no sabía nada y que cómo podía ser, y ella en plan que tampoco se lo imaginaba porque fue bastante imprevisto, pero parece ser que había decidido de un día para otro quiso volver a Alemania y, atención Martí, porque aquí viene el dato interesante: Se fue sin avisar. Tenía que ir a las conferencias de la estrategia anual, pero el jueves por la tarde envió un mail a su jefe diciendo que había decidido dejar la empresa y que le sabía muy mal, pero que le había surgido la oportunidad de irse de inmediato. ¿No te parece demasiada coincidencia?

—Sí, la verdad es que... es raro. Pero sigo sin saber que tendría que ver esto de Bettina con que el cuerpo de Werkert desapareciese de pronto.

—Ya... es lo que intentaré seguir investigando.

Un silencio extraño pendió entre nosotros, y el chapoteo de Tormenta en su pecera de plástico me hizo retomar los últimos datos que se me había pasado contarle a Martí.

—La he buscado en LinkedIn, Facebook e Instagram, pero nada. O al menos que yo haya sido capaz de encontrar.

—Vale, bien.

—¿Nos vemos la semana que viene? Intentaré hacer alguna averiguación adicional.

—Sí, aunque yo ya no sé si hay mucho más que podamos saber de esto...

—Bueno, intentémoslo.

Me levanté dispuesta a intentar llevar a cabo, finalmente, una salida triunfal y exitosa, pero me paré en seco al escuchar la propuesta de Martí.

—Bueno, espera, que te acerco a casa si quieres.

—¿Cómo?

—Hoy has venido en tren, ¿no?

—Ah, sí.

—Pues ya te dejo yo en casa.

—Ah. Vale.

Ah. Vale. Asentimiento afirmativo. ¿Qué le hubiese podido decir, sino? “Oh, gracias por la propuesta Martí, pero preferiría meterme en la bañera con un quilo de langostas vivas, sin las pinzas atadas, a pasar más de dos minutos contigo y un silencio desagradable en un coche”. “Aprecio tu bienintencionada oferta, pero me apetecería más volver tranquilamente en un cómodo trayecto de tres horas de transporte público a estar pensando que esas manos que conducen el volante estuvieron introduciéndose en mis partes íntimas de señorita”.

Le acompañé al *parking* pensando en posibles temas de conversa que pudiesen mantenernos distendidos y alejados de nuestros temas de conversación más recurrentes, tales como “por qué un muerto desaparecería de un armario” o “por qué no me contaste que tenías planeada una *call* con el señor al que matamos involuntariamente mientras, oh, inciso, nos dábamos el lote contra la puerta de mi habitación del hotel”.

Seguí preguntándome si me atrevería a sacar el tema en algún momento mientras me sentaba sobre el asiento de cuero frío de su BMW. Sin duda estar en encerrada en un coche que él mismo conducía no era el mejor de los escenarios para preguntarle si era un psicópata. Así que decidí mirar por la ventana y no iniciar ninguna conversación sin sentirme culpable, avalada por

el volumen demasiado alto de la música.

Hablamos más bien poco. Le dije mi dirección, comentamos por encima el momento de estrés de Nadia, hicimos un estatus rápido sobre cómo iba el proyecto de las pastillas antiarrugas y, en cuanto me quise dar cuenta, ya estábamos en frente de la puerta blanca del número quince.

—Oh, no hace falta que aparques, ya me bajo aquí mismo.

—No, bueno, sí, es que voy a subir.

No se me ocurrió ninguna palabra para expresar mi desconcierto, pero creo que la expresión acongojada de mi cara habló por ella sola, porque Martí se apresuró a justificar:

—Solo un momento. Nada, cinco minutos. Es que yo he descubierto algo del tema por mi lado, pero me ha parecido demasiado serio como para comentarlo en la oficina. Así que mejor si lo podemos ver en privado.

Volví a asentir y me bajé del coche, al tiempo que él, movida por la curiosidad de lo que tenía que contarme, pero también cohibida por el recuerdo de haberme dejado las bragas de ayer abandonadas sobre el suelo del baño.

Subí las escaleras casi con dificultad, avanzando por los peldaños a pasos lánguidos. Apenas había tolerado la media hora de trayecto de la ofi hasta mi casa con él, y eso que en el coche habría tenido la oportunidad de abrir la puerta y rodar hasta la cuneta en un croqueta acrobática y veloz. Y ahora estábamos a punto de entrar a mi casa, de tenerlo sentado en el sofá de mi comedor minúsculo, con vistas perfectas a la vajilla acumulada sobre el fregadero. Cinco cenas, cuatro desayunos y tres preparaciones de *tupper*: Una cantidad de menaje de cocina que podría equipararse fácilmente con el ajuar de la boda de mi madre.

Seguí intentando postergar el momento, rebuscando las llaves de casa en el bolso con pasmosidad. Justo cuando las sacaba vi el reflejo tornasolado de la purpurina del llavero con forma de unicornio en el que tengo las llaves del coche. Estupendo, Abbs. ¿En serio esta mañana en ningún momento se me había ocurrido mirar en el bolso? Introduje la llave de casa en la cerradura y empecé a girarla, fustigándome a mí misma con que si no fuese tan sumamente torpe y despistada ahora no tendría a Martí en la puerta de mi dulce pero desordenado hogar.

Le hice pasar a la entradita y avancé hasta el comedor a paso acelerado, cerrando la puerta de mi habitación de golpe para que no viese que, a causa de un fenómeno físico que no aún no alcanzo a entender pero que seguramente

daría para varios doctorados, la ropa atestaba el suelo de baldosas hidráulicas.

—Qué pisín más mono. —Me aduló, ya sentado sobre mi sofá bi-plaza.

—Gracias. —No dejaba de sentir el tintineo repelente de ese diminutivo. Pisín. Claro, disculpe señor mister Gomini, que no pueda permitirme un ático en pleno centro con la cuantiosa miseria que me paga.

—Bueno, pues lo que te quería comentar. —Cogió su maletín del suelo, lo abrió y sacó una carpeta de cartón azul —Me he suscrito a varios diarios ingleses, un poco para ver si se comentaba algo.

Abrió la carpeta sobre mi mesilla de centro y yo, que me había quedado de pie frente a la tele, fui a sentarme a su lado en el sofá para poder ver de cerca todos los recortes de periódico que había guardado Martí.

Los retazos de papel grisáceo que había desplegados sobre mi mesa eran un compendio de diferentes estilos periodísticos y tipografías. Pero todos tenían algo en común. Habían sido noticias secundarias, replegadas en los márgenes para equilibrar el peso de contenidos en sección de sucesos. La fuente pequeña, los caracteres limitados y la imprecisión de los adjetivos llevaban de forma inequívoca una clara conclusión: Nadie le había dado demasiada importancia al descubrimiento del cadáver de Andrew Werkert.

Noté la mirada de Martí mientras yo paseaba mis dedos por aquel mural de (malas) noticias. Cada palabra que leía golpeaba mis entrañas con un amago de náusea. “Cadáver encontrado en un coche calcinado”, “Coche quemado con cadáver dentro”, “El hombre, de identidad desconocida, presentaba quemaduras de tercer grado que, según ha apuntado el equipo forense, fueron las causantes de la muerte. De acuerdo con los análisis realizados, se perfila a la víctima como un hombre corpulento, de metro ochenta, y pelirrojo. Las principales hipótesis policiales apuntan a una pelea entre bandas”.

Miré a Martí con consternación. Y no hizo falta que lo comentásemos mucho más en detalle. Los dos sabíamos que era demasiada casualidad. Un cadáver encontrado con las características físicas de Werkert. A dos calles de nuestro hotel. El día después de que Martí y yo le hubiésemos matado.

—¿Pero entonces, lo de Widuchowa?

—No sé —me respondió Martí —Tal vez era algo que ya estaba planeado de antes, y enviaron el correo el jueves pero porque aún no sabían que Martí no se iba a poder hacer cargo de aquella posición.

Me dejé caer sobre el respaldo del sofá, con la mirada perdida en aquella

hemeroteca improvisada que nos recordaba, con cada titular resaltado en negrita, que era verdad. Que habíamos matado a alguien. La promoción de Werkert a la filial de Widuchowa había sido un cojín de mentiras cómodas de creer que había podido amortiguar mi sentimiento de culpabilidad. Es verdad que habíamos comprobado que no tenía pulso y que habíamos podido tantear los efectos del *rigor mortis* cuando embutíamos su cadáver en el armario. Pero aquel ascenso, aquel email era la esperanza que podías inyectar en tu sentimiento de culpa para hacerlos desvanecer si eras lo suficientemente crédula, lo suficientemente ingenua, el tipo de persona que podría ser una hija bastarda de Mr. Wonderful y Ned Flanders.

—Osea que debe estar muerto. Muerto de verdad.

—Sí.

—O... O piénsalo, Martí. O podría ser casualidad. Al final del día, ¿cuántos pelirrojos puede haber en Reino Unido? Casi todos los que existen vienen de allí.

—Abril —Martí también se recostó sobre el respaldo —Puedes pensar en todas las hipótesis que quieras, pero en el fondo lo sabes. Sea o no sea él el de los recortes, dudo mucho que Werkert despertara dentro del armario y decidiese volver a su casa por su propio pie.

Suspiré profundamente, como queriendo darle la razón con mis ademanes depresivos. Caí en cuenta en el superficial hecho de que no le había ofrecido a mí (auto) invitado ni un triste vaso de agua, así que decidí jugar a la buena anfitriona para distraerme aplacar el nudo de mi garganta.

—¿Quieres tomar algo?

Me levanté y me encaminé hasta mi cocina americana, desde donde vi a Martí encogerse de hombros. Así que decidí ser proactiva, tanto que le gusta a él:

—A ver, tengo... —Una fiambarrera con contenido indeterminado, una lata de coca-cola abierta y medio limón —Tengo que ir a hacer la compra, la verdad. Si te apetece bajo ahora al super, o pido algo...

—Pizza estaría bien.

Me quedé anonada. Yo le estaba haciendo aquel ofrecimiento desde una perspectiva meramente retórica. No quería quedar como una persona mal educada que ni siquiera tenía un vaso de agua fría que ofrecer. Y el tío estaba ya dando por sentado que tenía que proporcionarle cena.

Llamé mi pizzeria de confianza desde el fijo, mucho menos molesta de lo que me gustaría reconocer. Al fin y al cabo aquel no era un buen momento para

estar sola, y Martí era única persona con la podía compartir mis sentimientos de culpa.

—Vale, pues una barbacoa y la carbonara. Sí, sí, masa fina. Ah, ¿para beber? —Tapé el auricular del teléfono y miré a mi jefe inquisitiva.

—Pues algún vinito, ¿no? —Me respondió él desde el sofá. Lo sopesé.

Quitó la mano del auricular y le confirmé a mi interlocutor:

—Para beber una botella de vino. Sí, sí, tinto va bien. Ah, ¿de medio? Bueno, pues dos o tres. Tal vez mejor cuatro.

Así que ya puedes empezar a imaginarte, querido diario, que existe una remota posibilidad de que la noche no acabase del todo bien.

CAPÍTULO 22

SÁBADO 28 de abril, 23:52 PM:

Hola de nuevo querido diario,

No sé si en el mundo de los diarios existen las bodas o algún otro tipo de ritual maquiavélico para restregar por la cara tu amor al resto de sociedad no-emparejada, pero si es así y necesitas organizar una despedida de soltera magistral y memorable, creo que estoy plenamente autorizada para ofrecerte mis consejos:

1. Deja que sea otra mejor amiga la que tome la iniciativa. Asiente a todo y deja que la organización del evento vaya fluyendo por sí sola.

2. Quédate en un rincón y ármate con toda tu discreción. Nadie tiene porqué darse cuenta de que tú estás ahí. Ni siquiera la novia.

3. A ser posible, escabulle de aquellas actividades que más vergüenza te produzcan. Acude sólo a la cena, haciendo una aparición triunfal, heroica —“He hecho todo lo posible para estar aquí hoy, y me he podido fugar del viaje de trabajo...”.

Hasta ahora había sido un método infalible. Un plan sin fisuras que me había librado de luchas encarnizadas sobre colchones hinchables, desfiles en bañadores conjuntados por el centro de la ciudad y sobretodo, sobretodo, ~~pollas en la cabeza~~ accesorios capilares complementados con réplicas a escala de órganos reproductores masculinos.

Bueno, va, Abril, actitud positiva, que no hemos viajado hasta el corazón de la vieja Europa para atrincherarnos en el lavabo y revolcarnos en tus dramas —aunque eso sea justo lo que estoy haciendo ahora. Aún queda mucha despedida por delante. Y, al fin y al cabo, tampoco está siendo todo tan despropósito. A ver, hagamos balance de daños:

¿He acabado con una polla en la cabeza?

No.

¿Habría preferido hacerlo?

SIN DUDA ALGUNA.

Y una vez más, querido diario, y a riesgo de que vuelvas a tomarme por una persona aburrida, permíteme que desarrolle mi respuesta para que puedas entenderme mejor:

Podríamos remontarnos a esta mañana, cuando hemos ido a “secuestrar” a Amanda. Yo, como la organizadora de eventos previsor y profesional que soy, ya lo había pactado todo con Jaime: El *timing* había sido perfecto, porque justo este finde él tiene una presentación de su futuro libro en Madrid. Le había dicho a Amanda que no hiciese planes porque quería que fuese con él, iba a ser la primera y era muy importante para él que su futura esposa pudiese presenciar el despertar de su personalidad literaria en público —son las palabras que me imagino que usó, porque el chico es majo, pero un poco chapas.

Amanda aceptó encantada y no ha sospechado nada hasta que esta mañana ha oído el inquietante chirrido de una puerta entreabriéndose. Jaime nos ha abierto sigilosamente en cuanto ha leído mi *what's App* y, después de cruzarnos una sonrisa silenciosa, hemos avanzando por el rellano del piso de Amy mientras la presión de unas medias de 30 DEN me oprimía la nariz y desdibujaba mis facciones.

—Ostia Abril, no veo ni torta.

—Sshh...

—Que a mí me has dado unos leotardos tía, esto se hace con medias de estas transparentes.

—SSHHT tía, que la despertarás. —Mientras yo intentaba silenciarla con una actitud digna de una profesional soviética del espionaje, Ari se ha enclastado contra el quicio de la puerta del baño.

—¿¿Ari, estás bien?? Le he ayudado a levantarse las medias hasta la frente y me he alarmado al ver que le estaba sangrando la nariz. He entrado al lavabo y he cogido papel para intentar detener ese caudal sanguinolento e incensante que ya estaba resbalando por la barbilla de Ariadna.

—Joder tía, estate quieta que te pongo el pinchi este de papel —Ariadna no dejaba de toquetearse la nariz, y con todo el piso a oscuras y la media sofocante en la cabeza yo no atinaba a encontrar sus fosas nasales

—Que me la he roto, Abbs, me he roto la nariz fijo.

—Que no hombre, no, que esto es una venita tonta.

He empezado desenrollar hacia arriba la media que cubría mi cabeza porque he notado que me estaba quedando si circulación, cuando un chillido agudo ha ensordecido los suspiros quejicosos de Ari.

—¡¡¡Jaimeeee, llama a la policíaaaaaa!!!

Acto y seguido, un dolor punzante ha astillado todos los nervios de mis glúteos, y me ha hecho caer prácticamente en plancha al suelo.

—¿Qué pasa, qué pasa?! —Jaime ha venido corriendo y ha encendido la luz del pasillo para que todos pudiésemos ver con claridad qué estaba pasando y de donde salían tantos alaridos.

Lo primero que he visto ha sido a Amanda, envuelta en su bata de raso rosa y sosteniendo una raqueta entre las manos. Las dimensiones de la pala encajaban perfectamente con la zona afectada de mi glúteo, pero no explicaban que tantas punzadas calambrosas estuviesen centelleando, ardientes.

—¿Pero qué coño hacéis aquí?

Sólo queda un mes y medio para su boda, así que entiendo que la respuesta a aquella pregunta tenía una lógica tan aplastante que podría haber triturado a una ballena azul, pero imagino que así a primera vista le habrá costado relacionar el concepto de despedida de soltera con una tullida comprimida por una media en la cabeza y alguien que tenía medio rollo de papel del váter incrustado en la nariz.

—¡Sopresa, Amy! Venimos a raptarte, hoy es tu despedida. Ay, ¿pero qué dices? ¿En serio? —Yo he hecho el amargo de levantarme para ir hacia ella y seguir adelante con la parodia del secuestro, para que viese que sí, que íbamos en serio, y que no me había levantado a las putas cuatro de la mañana para sacar a ventilar mis medias sucias por su comedor. Pero no he podido levantarme sin que el suplicio materializado volviese a recorrer mis tonificadas posaderas.

—¿Pero con qué me has dado, so bestia?

—Pues que quieres tía, si escucho ruidos raros de madrugada pues me he armado con lo primero que he visto.

—¿Y a santo de qué tienes una raqueta al lado de la cama?

—Bueno es que es el caza mosquitos.

—¿Está electrificada?

—Chica pues no haberte colado en csa, yo qué quieres que te diga.

—A ver, a lo que íbamos —he dicho mientras sacaba un pañuelo del bolsillo de mi chaqueta —¿Estás oficialmente secuestrada!

Ari y yo hemos intentado taparle los ojos con el pañuelo pero Amanda se ha zafado de nuestras intenciones raptoras con un manotazo.

—¡Chicas! Jo, que me sabe súper mal, pero es que justo este finde nos íbamos a Madrid con Jaime...

—No, cariñito, ¡tranqui! Está todo acordado con ellas, ¡yo también estaba en el ajo!

—Pero es tu presentación... Es un momento transcendental para tu carrera,

es la primera vez que puedes abrir tus emociones en canal a tu público...

Podía escuchar en aquella frase todas y cada unas de las palabras con las que Jaime almibaraba sus poemas y discursos.

—No, no pasa nada, te lo dije para que picaras y no hicieses planes, pero que es un eventito con los de la editorial, es una chorrada.

La verdad es que Amanda no parecía muy convencida, y ha remoloneado un poco antes de vestirse y arrastrar con desgana la maleta que le había preparado Jaime.

—Que de verdad que si es súper importante para ti... —Sólo le ha faltado agarrarse a la puerta y llorar un poco evitar que la condujésemos hasta su despedida de soltera. Por suerte Jaime nos ha ayudado bastante, y tras una eterna y acaramelada despedida y varias reafirmaciones más de que aquello de la presentación no era algo tan importante, Amanda ha aceptado que le vendásemos los ojos y la llevásemos hacia un destino incierto.

—¿A dónde vamos?

—Aaah... —le he respondido en tono cantarín, mientras acaba de guiarla para que se sentase en el asiento trasero de mi coche —Es sorpresa, para algo te hemos vendado los ojos muahaha.

Me he sentado en el asiento del conductor y he arrancado, y he cruzado con Ari una mirada de preocupación. Aquello no empezaba bien. Pensábamos que habíamos entendido todas las señales que nos había enviado, y que quería una despedida por todo lo alto. Y las señales de Amanda nunca eran sutiles. “Bueno chicas, parece que mis días de soltería se están acabando, no sé, tal vez habría que celebrarlo”, “Creo que tengo TODOS los fines de abril ocupados, si queréis hacer un plan así como guay avisadme con tiempo, ¿eh?” “Ay, chicas, mirad, me he hecho un tablón de Pinterest para ideas de la boda y hay un apartado de despedidas de soltera, por si os interesa”.

¿Tal vez sospechaba que la cosa estaba poco planificada y se había enfadado porque no le habíamos dado suficiente importancia a su día? ¿O empezaba a ver que no habíamos invitado a ninguna de sus compañeras de la uni y estaba sufriendo porque en las fotos de Instagram de la despedida parecería que no tenía amigas? Me he incorporado a la autopista, en dirección hacia el aeropuerto, pensando que tal vez la mejor opción sería salir por la salida más próxima y no seguir adelante con el viaje, que estaba destinado a ser un despropósito ya desde la planificación oficial. Pero Ariadna parecía dispuesta a no dejar que el mal humor matutino se adueñase de nuestra despedida:

—Abbs, pon el CD de finde de chicas.

—Ay sí, ¡dale al play, que está puesto!

Ariadna ha estado toqueteando la radio, pero no ha sonado nada. Estupendo. Sin aquel CD que había grabado hará unos cinco años para nuestro primer viaje juntas, todo lo que iba a sonar en ese coche era chasquido del cambio de marchas cuando no apretaba bien el embrague.

—Pues a lo mejor lo habré dejado en la guantera, busca a ver.

—A ver... —Ari ha abierto la guantera y ha sacado varios papeles y carpetas que había dentro —Nada, tía.

—Pues qué raro... Me lo dejaría por el maletero cuando lo llevé al taller, qué chasco.

He mirado por el retrovisor y he visto a Amanda acurrucada contra la ventana, así que he decidido sacar algún tema jugoso para acabar de calibrar hasta qué grado de mal humor había llegado su carácter ese día.

—Bueno, Ari, cuéntanos, ¿qué tal con Fer? ¿Os vais a ver este año al final o qué?

—Pues ni idea... Igual que siempre, la verdad. De momento hasta que no pasen las opos hemos quedado que nada de nada.

Pensarás que mi historial amoroso es sórdido y complicado, pero quizás eso es porque aún no te he introducido el caso de Ariadna como agravio comparativo. Fer es un chico de Murcia que conoció un foro de oposiciones. Se intercambiaron los móviles para poder comentar dudas y apuntes de una forma más directa y acogedora, y los mensajes esporádicos de ánimo y las sesiones de estudio por Skype conjunta acabaron desembocando en una pasional historia de amor a distancia. Llevan prácticamente un año saliendo juntos, pero como los dos están volcados en sus oposiciones todavía no han podido encontrar el momento para conocerse. Además de no tener mucho tiempo libre ni mucho dinero que poder invertir en desplazamientos, los dos habían llegado a la conclusión de que si se conocen estarían tan distraídos que nunca más podrían volver pasar ocho horas seguidas recitando el código civil.

—Pero cada día estoy más enamorada, la verdad —ha acabado reconociendo con una sonrisa tontorróna.

He vuelto a mirar por el retrovisor. Vale, la cosa era grave. Una cosa era que estuviese ahí atrás, de morros, de brazos cruzados y sin hablarnos, y otra muy diferente era que no sucumbiese a la tentación de meterse en la conversación que estaba teniendo con Ari para volverle a insistir en que cómo podía ser que hubiese enamorado de su cibernovio si ni siquiera lo había

podido “catar”. Que Amanda se siguiese manteniendo estoica ante ese tema ha disparado todas mis alarmas, así que he decidido atajar la situación de la forma más diplomática posible:

—¿Amy, te encuentras bien? Pensábamos que te haría ilusión una despedida sorpresa, pero si quieres ya lo dejamos para otro momento...

He visto por el espejo como se quitaba la cinta de los ojos, y se desabrochaba cinturón para poder acercarse al hueco que había entre mi asiento y el de Ariadna y empezar a lamentarse, cerca de nuestros oídos.

—Jo tías, no, que no quiero que penséis que no me hace ilusión porque estoy súper contentar de que hayáis planeado algo así sorpresa y secreto pero es que NECESITABA ir a Madrid con Jaime.

—Bueno Amy, que si quieres damos media vuelta, ¿eh? —La ha intentado calmar Ariadna, con el registro más aterciopelado de su voz —Pero piensa que en tres semanas os casáis y os vais a ir de viaje casi un mes, vas a tener todo el tiempo del mundo para verle...

—Que no tías, que no es eso... Es que tío, va a ir con la editora esa, y no me fío nada de nada, creo que se trae un rollo muy raro con él.

—Pero Amanda, tía, que os vais a casar en nada, a estas alturas no te puedes montar semejantes pelis.

—Que no, que no, ¡que tengo indicios muy sólidos! Que se pasan todo el día hablando por Whats, y el en plan “ay sorry, is qui is pir mi libri”, que joder no lo ha publicado y ya hasta los cojones estoy del puto libro. Y la tía esta el otro día vino a cenar a casa y se pasó todo el rato elogiando a Jaime, que si “ay, Jaime que es que tú le pones palabras a la poesía, Jaime que tienes una sensibilidad sobrecogedora, que ay Jaime que se me ha erizado toda la piel leyéndote”.

Hubiese querido interrumpir su monólogo para intentar ponerle el punto de cordura y hacerle ver que la relación de Jaime con su editora era, por lo que contaba, plenamente profesional. Pero ya conocía a Amanda demasiado bien como para saber que no eran palabras de consuelo y raciocinio lo que necesitaba, sino un apoyo incondicional a sus teorías conspiratorias. He cogido la salida del aeropuerto dispuesta a escuchar todas sus sospechas hasta el final.

—Que ya sé yo lo que quería decir en realidad: “Ay Jaime, que se me erizan los pezones con sólo verte”.

—A ver, Amanda —se ha atrevido a decir Ari —que si es su editora es normal que le guste como escribe, por algo será ella quien le va a ayudar a

publicar.

—Pero es que es imposible que le guste tanto —Ha enfatizado ese tanto, que ha sonado como un golpe seco sobre la mesa —que a ver, que aquí todas hemos leído a Jaime y podemos ser sinceras: Si tienes más de quince años, su poesía es una mierda. Que es que ni rima, ni nada, y pone ahí espacios sin venir a cuento.

He querido girarme hacia ella y decirle con un alivio alegre que gracias, gracias por haberlo reconocido y haber abierto la veda de las críticas a la calidad literaria de los textos su futuro marido. Pero he tenido la suficiente sensatez como para quedarme callada mientras ella seguía elucubrando:

—Que no tías, en serio. Que la tía está ahí pico pala y estoy segura que se lo quiere tirar en cuanto yo me de la vuelta. Y ahora, gracias a esta preciosa coincidencia, esta noche van a estar los dos acurrucaditos en el mismo hotel mientras yo estoy despidiéndome de una soltería que ahora no sé si voy a dejar atrás.

Hemos llegado al *parking* de larga estancia, y mi breve intercambio con el chico del aparcamiento ha pausado la acelerada perorata de mi amiga despechada, así que en cuanto he vuelto a arrancar he aprovechado para decir algo que la hiciese bajar al terreno de las personas sensatas que basan sus decisiones en estudios empíricamente contrastados:

—Pero a ver, Amanda, es que no tiene sentido lo que dices.... ¡Que os vais a casar! Vale, no sé de qué palo va la editora, así que en si se lo quiere tirar o no no me voy a meter, pero por mucho que intente seducirlo Jaime está colado por ti.

—Sí, bueno, como si eso importase algo.

Estaba tan ocupada intentando encajar mi coche tamaño *scalextrix* entre dos vehículos mastodónticos que sobresalían de las líneas blancas que no he acabado de entender a qué se refería Amanda, pero la verdad es que ahora mismo sigo sin entenderla. Sin entenderlo. Y lo he seguido pensando mientras la veía delante de mi, carreteando su maleta azul turquesa. Amanda, que es una bandada torrencial de seguridad sobrecogedora, que llega y te amilana sólo con las primeras notas de olor de su perfume y su sonrisa seductora. Que en realidad no es tan guapa, ni tan simpática, pero que no eres capaz de verlo porque su melena, teñida de un rubio muy convincente, tiene una caída sedosa e hipnótica que no puedes dejar de mirar mientras te habla con ese tono amigable, pero autoritario, que te hace asentir a todo por más que no quieras. Me costaba creer que alguien con ese encanto natural y esa confianza férrea

pudiese tener dudas sobre la fidelidad de su prometido.

—¿Bueno qué, me vais a decir ya dónde vamos?

—AH NO, chica —le he dicho mientras le animaba a que nos siguiese a mi y a Ari hacia el control de seguridad —¿qué parte de “es una sorpresa” aún no has entendido? Ponte la venda de los ojos otra vez.

—Sí hombre, voy a ir yo con ese trapo por el aeropuerto, qué vergüenza.

—Amy tía, que es tu despedida, que pases un poco de vergüenza es lo mínimo que deberíamos sacar de este fin de semana.

Ya te he avanzado en ocasiones anteriores que Amanda es muy de decidir por nosotras, y nosotras muy de ceder voluntariosamente a todos sus caprichos, así que al final ha sido ella quien nos ha acabado guiando por la terminal, buscando la puerta que nos permitiría despegar rumbo a Berlin Schoenefeld.

CAPÍTULO 23

DOMINGO 29 de abril, 02:46 PM:

Hola otra vez...!

He intentado irme a dormir porque si no mañana por la mañana (técnicamente hoy) estaré reventada pero no he podido conciliar el sueño.

¿Por qué? —te preguntarás, diario, tu que siempre eres testigo de cómo me derrumbo en los confortantes brazos de Morfeo (es la forma lírica de recordar que a menudo babeo sobre tus páginas)?

Para darte todos los detalles debería empezar, de nuevo, por el principio, que se remonta a ayer por la mañana:

Después de un vuelo somnoliento y con alguna que otra turbulencia ligera, el cielo de Berlín nos ha recibido más gris y templado que el de Barcelona. De hecho, lo primero que he pensado al lograr escurrirme por el estrecho pasillo del avión ha sido que al final había hecho bien en meter ese jersey peludito y cálido en la maleta, porque seguro que por la noche iba a necesitar una buena capa de lana sintética.

Así que te puedes imaginar la ansiedad que me ha embargado al ver pasar la cinta giratoria vacía, una vez más, sin rastro de mi maleta de cabina. Gracias a los dramas vitales de Amanda y la pachorra de Ariadna comprando su desayuno vegano por fascículos en hasta cuatro tiendas diferentes del aeropuerto hemos llegado un pelín tarde a la cola de embarque, justo en el momento en el que habían constatado que ya no quedaba espacio en la cabina y nos han obligado a embarcar las maletas.

—Bueno Abril —me ha intentado consolar Amanda cuando el señor del aeropuerto nos ha confirmado que no quedaba ningún bulto procedente de Barcelona en la trastienda —que sólo vamos a estar un día y medio. Y que seguro que llevas un muda extra en la mochila.

Le dediqué una sonrisa ladeada para camuflar mi sentimiento de devastación, y asentí distraídamente mientras el peso de la mochila a mi espalda me recordaba que todo lo que tenía por segunda muda era un disfraz peludo de unicornio que había comprado a ultima hora para tener algo ridículo con lo que avergonzar a la homenajead.

Pasado este primer percance, el día transcurrió con cierta normalidad,

sobretudo teniendo en cuenta las malas expectativas que había dibujado que catastrofismo de las primeras horas. Recorrimos un trayecto de unas dos horas en metro hasta llegar al apartamento que había reservado en *AirBnB* — después de mi experiencia con la hostelería británica entenderás que prefiera la agradable inquietud de no saber si habrá toallas y agua caliente en la casa que te ha alquilado un desconocido- y, después de dejar las maletas, empezamos con nuestro tour nostálgico guiado.

—Nos remontamos a siete años atrás —empecé a entonar mientras íbamos merodeando sin rumbo por una zona boscosa del Tiergarten —A cuando Amanda era una joven estudiante de medicina que había decidido que el área metropolitana de Barcelona se le había quedado corta en cuanto a variedad del surtido de maromos disponibles. —Esquivé una ramita que Amanda me había intentado tirar. No le gustaba recordar que la razón que la había empujado a forjar su expediente académico en tierras teutonas se llamaba Joan y no había respondido ninguno de sus setenta mensajes, dos mensajes privados en Facebook ni cuarenta y dos llamadas perdidas. Así que decidió explorar confines más lejanos y con lenguas mucho más incompresibles, porque así se aseguraba que sus próximas conquistas serían altas, rubias y, sobretudo, poco habladoras.

Nos paramos delante de un lago y abrí la mochila para sacar una banda satinada de color rosa.

—Hoy nos hemos reunido aquí...

—Bueno, me habéis traído un poco obligada.

—¡Shhht! —La hice callar mientras alzaba de forma solemne la cinta — Nos hemos reunido aquí para redescubrir los primeros pasos de a Amanda soltera y despedirla tal y como se merece. Porque lamento mucho decir que esa Amanda alocada y pendonzuela...

—¿Eeeh, pero de qué vas?

—Que esa Amanda alocada y MUY pendonzuela ha fallecido. A partir de ahora, solo nos quedará su legado, en forma de anécdotas sobre sus épicas aventuras berlinesas. Hagamos un minuto de silencio por la Amanda soltera.

Las tres bajamos la cabeza.

—Pero a dónde vamos a...

—!Shhht, Amanda! Minuto de silencio, hemos dicho.

Sin la reverberación de nuestras voces, los grititos de unos niños jugando a pelota resonaron con más intensidad. Estuve mirando una fijamente una hoja que arrastraba el viento, pensando en que es lo próximo que iba a decir,

porque ese discurso estaba siendo tan improvisado como todo el resto del viaje.

—Y, como la mejor forma de recordar a un fallecido es hablando de él, es voy a contar un poco más sobre nuestra difunta amiga, la Amanda soltera. — Me acerqué a mi amiga y le coloqué la cinta de “la novia más cachonda”, cruzando en diagonal por su chaqueta de piel marrón.

—Abril no pienso ir con esto.

—Va, ¡no seas sosa! Si aquí nadie entiende lo que pone. Sigamos. Todo empezó aquí. —señalé el estanque que teníamos a nuestras espaldas. —Fue el primer recoveco de Berlín en que el que Amanda descubrió las ventajas de ser una digna solterona.

Por suerte tengo buena memoria para las cosas irrelevantes —no tanto para las cosas vitales, tales como apagar los fogones a gas de la cocina o recordar si he cerrado o no el coche—, así que podía ordenar, de forma cronológica y creo que incluso alfabética, todos y y cada uno de los ligues del Erasmus de Amanda. Incluso podría evocar el tono de sus emails: algo errático, cuando estaba tan colada por Johannes que apenas atinaba a concordar las frases; vigorosamente apasionado, el día que la capacidad amorosa de Fred le nubló los sentidos e incluso aburrido, en la época en que la que Sven la hastiaba con sus disertaciones sobre las diferentes interpretaciones de las novelas de Kafka —ya ves, parece que este de los literatos intensos ya se ha convertido en un patrón en el currículum romántico de mi amiga.

Así que pude ir trazando un recorrido por el mapa de los recuerdos de Amanda: En el estanque del Tiergarten se había cruzado con un chico checo de melenita larga y cobriza, que estaba buscando un móvil entre dos arbustos remojados por el agua. Amanda se acercó, y cuando entendió por señas qué era lo que estaba haciendo aquel chico, le ayudó a buscarlo. No lo encontraron, pero entre los dos pudieron chapurrear suficientes palabras en inglés como para compartir conversación en una cafetería y dejar fluir un nuevo idioma con el que los dos se entendían perfectamente (me refiero a que follaron, por si mi construcción retórica ha sido demasiado sutil). A la mañana siguiente Amanda despertó reconfortada sobre su cama, que aún le parecía la de una desconocida, porque las sábanas recién compradas, de un color liso demasiado adulto, estaban ásperas y no olían a suavizante. El imaginario romántico de Amanda probablemente pensó que aquel era el comienzo del nuevo acto de su vida, y que iba a ser similar a “Antes del amanecer”, y que

aquel encuentro fortuito iba a ser el inicio inconcluso de su historia de amor.

Lamentablemente estaba un poco equivocada, ya que el checo se había ido de su casa sin dejar ni rastro —ni de él ni del móvil de Amanda. El chico había encontrado una forma de reemplazar el dispositivo que se le había escurrido entre los dedos mientras corría por el Tiergarten, pero nosotras seguimos teniendo la teoría de que todo aquello fue un movimiento meditado del Karma. Con el iPhone de Amanda y el checo, desaparecieron también los contactos de todos los ligues que habían mantenido su soltería en un estado de coma inducido, entre relaciones intermitentes y rupturas imprecisas.

—¡Y así es como nació la Amanda soltera! —Concluyó Ari cuando acabamos de recordar aquella época. Como era bastante larga y nos gustaba recrearnos en los detalles, para aquel punto de la historia ya habíamos llegado a la puerta de Brandenburgo, así que paramos un rato para dejarnos sobrecoger por aquella obra arquitectónica, intentando ignorar los rebaños de turistas que iban persiguiendo paraguas alzados y palos de selfie con expresión desorientada.

—Gracias chicas. Me alegro de que este fin de me hayáis organizado esto. —Dijo Amanda con una sonrisa ladeada mientras se sentaba en el suelo —En verdad me habéis librado de una buena. La presentación esta habrá sido un santo coñazo.

—Claro, Amy, ¿si es que qué podría ser mejor plan? Nosotras, la ciudad que te convirtió en la mujer que eres hoy, y los recuerdos de lo que pasó, y los planes de lo que está por venir... No necesitas mucho más en vida para darte cuenta de qu...

—¿Pero será CERDA? —La voz alterada de Amanda interrumpió mis reflexiones sobre nuestro profundo vínculo —Mírala, mírala la tía, mírala cómo se arrima.

Intentamos despegar a Amanda de los stories de la editora de su futuro marido, pero no quiso ceder, así que tuvimos que recurrir a medidas drásticas. Ariadna le pudo robar el móvil en un ágil movimiento y la obligamos a emprender la marcha por su ruta de la nostalgia soltera con el móvil requisado.

—Pero que es solo un segundo, que no es por Jaime ni nada, que es sólo para enviarle un what's a mi madre que...

—NO. —Afirmamos Ari y yo al unísono, categóricas, como unos buenos progenitores sincronizados.

—Es que no lo entiendo, Amy. —Prosiguió mi amiga letrada —tú nunca

has sido celosa... Más bien al contrario, mira con Javi, si el tío te la estaba pegando fijo y tú no lo querías ver, a todo le encontrabas una justificación, tipo “¡Ay, no seais paranoicas chicas, que es su prima...!”.

—Ya... pero es que no lo entendéis. Antes si un tío me era infiel pues era en plan: Mira chico, tú verás. Cuando te descubra lo pasará fatal, pero mira, *ciao* y otro clavo me sacará tu clavo. Pero esto es diferente. Me voy a casar. Jaime va a ser para siempre mi primer prometido, mi primer marido. Es algo serio. Y además que las invitaciones de la boda ya están enviadas y todo ya pagado, sería un percal.

—Bueno, la cuestión es que no tienes motivos para estar celosa. Jaime está en un viaje de trabajo, punto. Y te quiere tía, si no se casaría contigo, que con lo pesada que eres a veces macho...

—¡¡Abril!!

Seguimos yendo a todos esos lugares que habían plagado los emails del exilio amoroso de Amanda, como a ella le gustaba llamar a su experiencia Erasmus. Mientras estuvo en Berlín Ari y yo no pudimos coincidir para ir a visitarla: ella estaba enclaustrada, estudiando para los exámenes de final de carrera, y yo había encontrado unas prácticas en un canal de televisión local en las suplía mi nula capacidad profesional con mucho entusiasmo y horas extras. Pero Amy había materializado tan bien esos lugares con sus descripciones que casi nos pareció que ya habíamos estado allí. El puesto de *noodles* para llevar de la estación de Alexander Platz donde comimos había sido la arteria vertebradora de la dieta germana de Amanda, y el punto de encuentro principal de muchos planes. Recorrimos el East Side Gallery y nos hicimos fotos delante del su mural preferido, y acabamos viendo como el sol caía por detrás de la noria del parque de atracciones abandonado, que había sido el enclave de sus retiros espirituales cuando algo la agobiaba.

—Amy, tienes que saber que no sólo hemos venido aquí porque sea un sitio super chachi e instagrameable —le anuncié mientras abría mi mochila — sino porque sabemos que es aquí donde venías a aclararte las ideas cuando tenías que tomar una decisión importante. Y ahora tenemos algo que decidir.

Amanda nos miró integrada, y creo que incluso con un atisbo de terror en su mirada. Se recolocó la cinta de “novia cachonda” en un ademán nervioso y susurró un “qué” expectante.

—Qué hacemos con las cenizas de la Amanda soltera —Le expuse mientras le balanceaba una bolsa de congelar delante de su mirada atónita — Yo voto por tirarlas al Spree, pero también las podríamos esparcir aquí, cerca

de la noria.

Nadie respondió, así que lo interpreté como que no tenían preferencias y me acerqué a la orilla del río.

—Abril, no se yo, eh... La purpurina contamina que te cagas —me digo Ari, siempre dispuesta a martirizar mi conciencia ecológica.

Yo agité la bolsita y los copos de purpurina fucsia bailotearon parpadeantes. Me encogí de hombros y empecé a vaciarla en el río.

—Bueno, es solo un poquito. No creo que vaya a morir ningún pez por un poquito de brilli-brilli.

—La ley sobre vertimiento de residuos tóxicos dice que...

Pero una bandada de destellos iridiscentes acalló a Ariadna, y a todas nosotras. Una corriente de aire imprevista cambió la trayectoria de la purpurina, así que en vez de caer sobre las aguas del Spree, se nos pegó en la cara e incluso nos entró en los ojos.

—!!Abril!!

Nos sentamos en el S-Bahn intentando disimular que, gracias a mi maravillosa idea, nos habíamos convertido en unos pequeños gusiluces —o en *influencers* recién salidas de un festival.

Cuando a penas quedaban un par de paradas para llegar a Friedischstrasse saqué una diadema de mi mochila y le cubrí los ojos a Amanda.

—¿Tías, pero que hacéis?

—Va, déjanos darte una sorpresa, aunque sea solo una, que al final te has acabado haciendo un auto-spoiler de todos los planes de la despedida. Vamos a cenar a un sitio muy guay, ya verás.

Ari y yo flanqueamos a nuestra princesa prometida para ayudarla a bajar al andén, y la fuimos guiando por las calles de Kreuzberg, mientras ella nos seguía insegura, un poco a tientas. Cuando finalmente encontré el local que habíamos estado buscando empujé un poquito a mi amiga para instarla a subir el escalón y entramos en el que sabía que había sido su restaurante preferido. Pero al entrar unas las luces fosforescentes del interior me cegaron y me costó entender por qué. Amy siempre se sentía irremediabilmente atraída por todos los lugares que suspiraban un aura de modernidad y sofisticación. Nos había mencionado el “Tannenbaum” tantas veces, y con tanto entusiasmo, que yo sólo lo podía imaginármelo como un espacio conceptual decorado con muebles de inspiración nórdica y en el que te servían comida minimalista sobre un lienzo de cerámica.

Pero fuimos avanzando por el pasillo estrecho de un local que en el

vocabulario de Amanda estaría catalogado, como mínimo, como antro, y ni siquiera de forma irónica y gentrificada. Las mesas y las sillas eran de un color de nogal tosco, que contrastaba con el blanco desgastado de las baldosas de la pared. Uno de los camareros nos indicó, ladeando la cabeza, en qué mesa nos podíamos sentar y nos paramos en aquella mesa, la que estaba pegada a la ventana y tenía un mantel moteado con manchas difuminadas. Ari me miraba con cara de preocupación, y yo asentí, como diciéndole “Ya tía, tendría que haberme asegurado de que este era el “Tannenbaum” al que se refería Amanda, porque seguro que he cogido el primero que ha aparecido en Google y ahora nos va a matar”. Así que estaba intentando decidir si nos íbamos de allí susurrando un “Enchuldigung” sonriente o si optábamos por la vía más diplomática y nos sentábamos, y en cuanto Amy se quitase la venda y se escandalizase, le decíamos que todo había sido una broma inocente y fingíamos una llamada que nos hacía ir corriendo a otro lugar.

—Bueno, qué, ¿nos sentamos o es que es un sitio de estos modernos de comer de pie? —Dijo Amanda mientras se quitaba la venda. Mi mandíbula se quedó un poco desencajada, con aquel “Noooo” que había estado a punto de salir atragantado. Pero ahora ya era demasiado tarde, mi pañuelo amarillo estaba sobre la mesa y la expresión de terror de Amanda me hizo presagiar lo peor.

—Qué-coño-hacemos-aquí. —Escupió cada palabra de aquella frase muy poco a poco, y muy bajito.

—Pues... no sé —risa histérica. Hice un movimiento nervioso y me cayó el bolso al suelo, así que le empecé a dar explicaciones por debajo de la mesa —Queríamos llevarte al Tannenbaum pero supongo que este no es tu Tannenbaum y ...

—¿Amanda?

Todas dirigimos nuestra vista hacia aquella voz masculina que había llamado a mi amiga desde la barra. Era un chico de más o menos nuestra edad, moreno, alto y con barba. Se acercó a nuestra mesa mirando fijamente a Amanda.

—¿Qué tal Amanda? ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces aquí?

—Eh... Hola Luís. Mira, aquí.

—¡Hemos venido a la celebrar su despedida de soltera! —Canturreó Ariadna, supongo que para rellenar el mutismo que había sobrecogido a Amanda de pronto, y también porque tantos años encerrada entre constituciones han mermado un poco sus capacidades sociales y no era capaz

de ver lo que la expresión incómoda de Amanda estaba indicando, con luces de neón y alarmas de emergencia: El tal Luís era la última persona a la que hubiese querido ver en su despedida.

El chico sonrió y le puso un poco al día de su situación vital —sí, seguía en el restaurante y no, por ahora no tenía pensando volver-. Nos tomó nota y esperamos a que nos trajese las bebidas con un silencio sepulcral merodeando por los tintineos de copas y el silbido crujiente de la freidora.

Te puedo contar poco más de la cena porque fue un intercambio parco de comentarios sobre lo que se nos iba a repetir aquel Currywurst y el frío que hacía en ese maldito país. Amanda se levantó y nos dijo que iba fuera a llamar a Jaime, que fuésemos pagando y que nos esperaba allí.

Ariadna y yo pedimos la cuenta al compañero de Luís, del que no habíamos vuelto a verastro. Le dedicamos una sonrisa culpable por habernos dejado el plato a medio comer y salimos con prisas a buscar a nuestra impredecible amiga.

La vislumbramos en la esquina de la calle, toqueteando nerviosamente su teléfono.

—¿Ah, ya estáis? Vamos al apartamento. —Sentenció. Y enfiló el rumbo hacia nuestro hogar temporal con paso nervioso.

Cuando ya habíamos recorrido una manzana en silencio me decidí a preguntarle que qué diablos le había pasado, pero ella se me avanzó, frenando en seco y girándose hacia nosotras.

—¿Cuántos restaurantes hay en esta puta ciudad? —Nos miró fijamente y Ari y yo no cruzamos una mirada perpleja —No, en serio, ¿cuántos?

—Ehm... Pues...

—Siete mil doscientos. Lo acabo de buscar en el puto Tripadvisor. Así que contad encima los que no deben estar. Siete mil doscientos jodidos restaurantes y me tenéis que llevar al único que no podía volver a pisar en mi puta vida. Y con la puta cinta. Joder. Ostia puta ya.

Amanda parece educada y fina de lejos, pero en realidad tiene alma de adolescente atormentada.

—Bueno Amanda, mira, lo siento, es que nos hablabas tanto de este restaurante que pensábamos que era tu preferido, perdón... ¿Pero nos vas a contar por qué no lo podías volver a pisar?

Amanda soltó un bufido y se sentó en el escalón de un portal.

—Es una laaarga historia.

—Bueno, no tenemos prisa. —Dijo Ariadna sentándose a su lado

Amy se sacó la cinta de novia cachonda lentamente y la guardó en el bolso, mientras volvía a resoplar.

—Vale. A ver. Todo el rollo de la muerte de la Amanda soltera, toda esa pantomima que... ¿Que estaba super bien eh, chicas? De verdad, me lo he pasado super bien y he recordado viejos tiempos. Pero que todo ha sido una patraña porque nunca hubo una Amanda soltera.

Yo también me senté en el portal para poder estar a su altura y procesar lo que estábamos descubriendo en aquel momento.

—Nunca, no... —Hubo un amago de sollozo por parte de Amy, pero siguió hablando con voz firme —No pude estar sola. Lo intenté, de verdad, toda la historia del Erasmus era en el fondo solo para alejarme de mis relaciones tóxicas, la idea era no tener nada serio. Una noche y ya. ¡Y ya! Y esa era la idea. Hasta que apareció el puto checo de los cojones. Al día siguiente de todo lo que pasó intenté ir a poner una denuncia a la comisaría, pero no tenía puta idea de alemán, así que antes de llegar acabé pensando que era ridículo ir ahí a contar que había dejado entrar a un desconocido a mi casa y que me había robado el móvil, y que era super urgente recuperarlo porque ahí tenía el número del capullo de Joan y aún tenía muchas cosas que decirle. Total, que a medio camino me arrepentí y entré en el primer bar que encontré porque tenía que ir al baño y conectarme con el portátil al wifi para explicaros todo mi drama. Así que entré ahí —dijo señalando en la dirección de la que veníamos, hacia el “Tannenbaum” —y me atendió él. Luís. Yo ese día estaba muy sensible y me puse a llorar cuando me dijo que no tenían wifi, y no se cómo descubrimos que los dos éramos de Barcelona y empezamos a hablar. El había venido de Erasmus también, dos años antes que yo, pero se empezó a rallar con la uni y lo dejó y se puso a trabajar en el bar para acabar el semestre. Bueno, no sé, la cosa es que estuvimos ahí hablando un montón de rato y una cosa llevó a otra y... No sé tías, cuando me quise dar cuenta ya estábamos viviendo juntos.

—¿Pero qué dices tía? ¿Por qué no nos habías contado nada?

—Ay, y yo qué sé —suspiró Amanda —al principio no era nada serio, y no os dije nada para que no os alarmaseis, porque seguramente me hubieseis dicho que si era muy pronto para volver a enzarzarme en una relación, que si necesitaba un respiro entre tío y tío para dejar de meterme en relaciones tóxicas, bla-bla-bla. No sé qué deciros, pero es que creo que no me hubieseis entendido, estabais tan pesadas con aquello de celebrar a la Amanda soltera... Pero bueno, la cosa es que aquello no iba a durar. Pero no sé muy bien qué

pasó, y de repente ya no era tan poco serio, ni tan temporal, y no sé. Me pareció demasiado tarde para decir “Hola, he conocido a un chico. Sí, sí, nada un par de citas sólo. Pero bueno, que mañana me mudo con él y que nos vamos a casar”.

—!¿Que qué?! —Preguntó Ari, casi atragantándose con esa exclamación. Agradecí que ella fuese capaz de verbalizar nuestra incompreensión, porque yo me había quedado prácticamente muda del impacto.

—Me pidió que nos casásemos —Reconoció Amanda en un sollozo ahogado.

Uf. Empezaba a entender perfectamente porque el Tannenbaum había sido el peor sitio posible para celebrar esa despedida de soltera. Qué oportuna Abril. Qué oportuna. Un aplauso sincronizado para mi, por favor.

—Vaya. Vaya. ¿Y qué paso? ¿Le dijiste que no y volviste del Erasmus?

Amanda me miro como un cervatillo descarriado, e intensificó su llanto.

—Noo... —se sorbió la nariz y se llevó las manos a la cara, así que me costó bastante oír las explicaciones que nos daba —Le dije que sí. Y me compré un vestido y planificamos la luna de miel. Y llevaba el anillo a todos lados. Hasta que un día me agobié porque no sé, esa no era la boda que yo quería, y no sé si era la vida que yo quería. Y me volví.

Ari y yo le acariciamos la espalda, sin acabar de saber muy bien cómo podíamos consolarla. Amanda empezó a tiritar.

—Bueno, Amanda, no pasa nada. La gente tiene dudas y siempre estás en todo tu derecho de replantearte las cosas. Seguro que Luis lo entendió todo cuando se lo contaste, parece un chico majo.

Mi amiga empezó a berrear mientras se convulsionaba entre sollozo y sollozo.

—Que sí, hombre —Ari salió a mi rescate para ratificar mis palabras y hacer entender a Amanda que aquello no era tan grave como sus pretensiones dramáticas le querían hacer creer. —Mira, que el chico te ha venido a hablar súper mono, eso es que no te guarda rencor. Que al final no te puede decir nada por haberle dicho que no tenías las cosas claras.

—Ya, pero es que puede que —sorbimiento de mocos —puede que... — sollozo agudo —Puede que no se lo dijese.

—A ver, Amy, desarrolla porque no sé si estamos entendiendo lo que estamos entendiendo.

—Yo... Yo estaba muy enamorada de Luis. Mucho. Hasta las trancas. Cada vez que hablaba con él me dejaba ensimismada y atontada. Al principio pensé

que era el hombre de mi vida. Pero es que no lo era. Éramos muy diferentes. Mucho. Yo querría haber hecho una boda por todo lo alto, como la de ahora, con un vestido con crepé y doscientos invitados, y barra de chuches y damas de honor, y un número musical sorpresa organizado por mis amigos. Pero Luís no era así, él es como muy hippie... Decía que no hacía falta gastarse una fortuna para comprometernos. Iba a ser una boda super sencilla, con sólo dos testigos y unas birras de celebración en el Tannenbaum. Y luego nos íbamos a ir a Zimbabue en plan mochilero de luna de miel. Éramos polos opuestos, no nos compenetrábamos, nunca hubiese funcionado. Así que llegó el día. Y no tenía nada claro. Y me puse el vestido y me subí al taxi para ir al ayuntamiento. Pero no sé. No sé que pasó que al final me di la vuelta, hice las maletas y me fui hacia al aeropuerto. Le envié un What's a Luís, pero no se envió porque justo luego puse el modo avión y ya no le llegó hasta que aterricé en España. Había estado esperándome más de tres horas. Y ay, no sé... Es que ni siquiera le devolví el anillo.

Ari y yo mirábamos a Amanda como si de pronto se hubiese convertido en un velociraptor. En un velociraptor que se había comido a nuestra amiga, la chica segura, despreocupada, la que te decía las cosas a la cara sin cortarse y sin preocuparse por que te pudieses sentir ofendida.

—Bueno... Podrías aprovechar esta ocasión para devolvérselo. A lo mejor todo esto ha sido cosa del destino para que puedas arreglarlo todo con Luís y casarte con Jaime con la conciencia tranquila —le sugirió Ariadna, supongo que buscando un consuelo que darle a nuestra amiga. Pero por lo que parece no funcionó, porque sus labios empezaron a tiritar de forma incontrolada para, finalmente, abrirse y dejar escapar un sollozo espasmódico, seguido de un lloro chirriante.

—Es que... Es que... Es que lo vendí por Wallapop.

Decidimos que era el momento de dar el tema por zanjado con un consenso silencioso y retomamos la marcha hacia el apartamento. Los suspiros ahogados de Amanda fueron poniendo un ritmo acompasado a la base monótona de nuestros pasos y acompañó mis pensamientos por ese tramo de calles vacías de Berlín.

Iba mirando el aleteo ligero del vuelo de su vestido azul, y recordé que era el mismo con el que me la había encontrado esperándome en el aeropuerto, sentada sobre su maleta. Me había llamado cuando aterrizó para decirme que había tenido que volver de improviso porque le acababa de salir una oferta de trabajo en España, y que si la podía ir a buscar, porfa, porque todo había ido

tan rápido que ni siquiera había caído en que sus padres estaban de vacaciones aquella semana.

La verdad es que me sorprendió verla así, con una leve pincelada de rímel acentuando sus ojeras y su esponjosa masa de pelo enredada en una coleta deshecha. Aquella Amanda tan poco postproducida debería haber hecho saltar todas mis alarmas, pero supongo que lo atribuí a que su etapa de Erasmus había sido una época de introspección y noches salvajes, y el maquillaje corrido y esa especie de moño despeinado era algo que iba a juego con su nueva vida de mujer aventurera. Así que nos abrazamos y no le pregunté nada. Ni un como estás, ni un porqué has vuelto tan pronto, ni un todo bien Amanda. Me dejé avasallar por sus justificaciones, que sonaban tan naturales y razonables que me limité a ir dándole respuestas prediseñadas que siguiesen incentivando su conversa:

—Y claro es que no voy a decir que no a una oferta de trabajo así.

—No tía, claro que no.

—Pero bueno, que no veas la ansiedad que me ha dado todo, que yo ahí en plan “¿me dais una semana?” y ellos “bueno la incorporación tendría que ser inmediata”. Así que al final me dije, pues va, Amanda, te vuelves y ya lo irás apañando todo. Y nada, me he hecho la maleta esta madrugada porque justo al mediodía encontré un vuelo super bien de precio, que si no me hubiese esperado al menos al finde. Pero digo, pues mejor volver ahora aunque sea un poco estrés que tener que dejarme luego una pasta. Yo que sé, es que fijo que me he dejado algo en el piso, pero bueno, como aún tengo que hablar con el casero y todo...

—Ah, bueno tía, tranqui, que mientras te hayas traído móvil, cartera y unas bragas limpias, ya sabes que el resto tiene solución.

—Sí, no, si con lo que he traído ya me da para dos semanas como mínimo. Bueno tía, ¡¿y tú qué?! ¡Enhorabuena señora licenciada! ¿Qué se siente al estar graduada?

—Ansiedad y angustia vital.

—Anda, ¡no seas pánfila! No vas a tardar nada en encontrar algo, ya verás.

—No sé que decirte... El otro día fui a una entrevista y había como siete candidatos más esperando allí. La tía de recursos nos dijo que no tenía tiempo de hacernos entrevistas personales a todos y nos lo hizo así en plan focus group, fue horrible.

—Bueno, tú *relax*. Y si no pues coges y te vas fuera, en Berlín hay mogollón de movimiento tía. Mira, una amiga de mi compi de piso hizo

periodismo también y ya estaba trabajando en el departamento de comunicación de una empresa. Lo que tienes que plantearte es si tiene sentido que te hayas metido ya en una relación tan seria a estas alturas, Abbs. ¿Que no te lo digo por Félix, eh? Que es muy majó. Te lo digo en plan bien, que no sé si me entiendes, pero yo estos meses he estado soltera y me he dado cuenta de que soy mucho más libre y que tomo todas las decisiones pensando única y exclusivamente en mí.

Sé que no lo decía con mala intención. Y sé que aquello no fue lo que acabó resquebrajando mis sentimientos por Félix, pero aún así ahora no podía evitar mirar a Amanda, avanzando con su paso acelerado por las las calles de Berlín, y pensar que se había convertido en una completa desconocida. Ahora resulta que aquella época dorada de soltera empedernida había sido una absoluta farsa, y que la aversión a las parejitas felices con la que volvió radicaba en que se había fugado de su propia boda, sencilla y por lo civil.

—¿Era aquí no?

Había estado tan enfrascada en recordar aquella época que no me había dado cuenta de que ya habíamos llegado a nuestro apartamento. Abrí el bolso para sacar las llaves y tanteé por dentro del cuero negro, en el bolsillito interior, donde recordaba haberlas puesto. Oh-Oh. Bueno, que no cunda el pánico. Debajo de la cartera. En ese bolsillo lateral un poco más estrecho. En el hueco que dejaba para los kleenex.

—¿Abbs, las tenías tú no, las llaves?

—Sí, sí, claro.

Bolsillo izquierdo. Bolsillo derecho. Dentro del sujetador, por si acaso.

—¿Abril no las habrás perdido?

—¡No hombre, no!

Necesitaba ganar tiempo. Arañar un par de minutos más para seguir buscando las llaves. Tenían que estar allí, joder. Así que tuve que improvisar.

—¡Uuuh, mirad, me acaba de llegar un mensaje! —Desbloquéé el móvil e hice ver que toqueteaba la pantalla —“Si tu en la casa quieres entrar, primero me deberás encontrar. Estate atento a la primera pista o no lo encontrarás aunque seas muy lista. Busca tras lo verde e indaga sobre lo gris, debajo de las baldosas o donde el perro se hace pis”.

Mis amigas me miraban con cara de incomprensión, así que me vi obligada a darles más indicaciones sobre lo que aquel mensaje quería decir.

—¡Parece que vamos a tener que hacer un *roomscape*...!

—Abril, gracias por organizarlo, pero de verdad, lo único que quiero

ahora es irme a dormir.

—¡Va, Amy! Solo un poquito. Lo resolveremos rápido.

Entornó los ojos con desidia, pero pareció reaccionar a mi petición. Al fin y al cabo Amanda era una gran aficionada de los juegos de escape y no iba a dejar pasar la oportunidad de resolver uno de mis enigmas. Se puso a rebuscar entre los setos y Ari la siguió entre bostezos.

—Yo voy a mirar por ahí detrás a ver si encuentro lo gris.

—Pero si lo has organizado tu, so cafre, ¿hay que ir ahí?

—No, no, ¡no sé! Yo busco por si las moscas. —Les repliqué ya refugiada en la esquina. Me agaché, volqué todo el contenido de mi bolso en el suelo y encendí la linterna. Cartera, céntimos desperdigados, tampax, pañuelos usados, seis pintalabios, cargador del móvil, llaves de mi casa, llaves del coche, pasaporte y un libro.

Ni rastro de las llaves del apartamento. ¿Me las habría dejado dentro, tal vez? No, porque recordaba claramente haber cerrado la puerta: Habíamos comentado entre todas que era curioso que hubiese que dar hasta seis vueltas a la cerradura. Empecé a procesar qué opciones tenía, pero te avanzo algo: Confesar que había perdido las llaves no me parecía una de ellas. Acababa de llevar a Amanda al sitio en el que menos querría estar el día de su despedida, y Ariadna es un adorable gremlin que siempre está calmado y sereno, excepto cuando intentas interrumpir su perfecto y entrenado ciclo de sueño de opositora. Estábamos en una zona en la que no pasaba ningún taxi, y tampoco habíamos visto ningún hotel alrededor. Me iban a matar. No estaba preparada para confesarles que aquella noche tendríamos que dormir a la intemperie.

—Abbs tía, que estamos espesas, no encontramos nada. Va, vamos.

Metí todos mis bártulos de nuevo en el bolso de un solo zarpazo, así que para cuando llegaron a donde estaba me encontraron con una sonrisa desbordante y el bolso colgado del hombro.

—¡Esperad! Que me ha llegado un nuevo SMS —Pretendía tenerlas entretenidas suficiente rato como para hacer una búsqueda rápida de hoteles cercanos y poderles dar la mala noticia con un buen abanico de soluciones entre las que poder escoger.

—A ver con que nos sales ahora.

Hice ver que abría la aplicación de mensajes y empecé a rimar sobre la marcha:

—“Soy lo que la verdad empaña, lo que el gato araña, el portal de tus secretos, lo que se esconde tras los setos”.

—Eso no tiene puto sentido.

—Va, pensad un poquito, ¡yo creo que lo tenéis al caer...!

En aquel momento un haz de lucidez eclosionó en mi mente. Abril, a veces eres un pequeño genio, me dije. Acababa de encontrar la solución perfecta para que aquel par no se enfureciesen. Podía llamar a un taxi y decirles que todo había sido una broma bromosa. Que como se habían llegado a pensar que yo llevaría a Amanda, que es todo un derroche de glamour y pretensión, a un apartamento. Que en realidad aquello había sido un pretexto, y que había encargado a una limusina que nos llevase a nuestro hotel cinco estrellas pero que se había retrasado y por eso había intentado hacer tiempo con lo del *roomscape*. Era un plan perfecto. Tal vez sólo estaba el pequeño inconveniente de tener nuestras maletas encerradas en aquel piso inaccesible, pero podía hacer ver que ya había hecho que las enviaran al hotel y luego, una vez allí, hacerme la sorprendida. Y ya me encargaría mañana. Y a lo mejor incluso podría encontrar pijamas horteras a juego.

—Joder, ¿es la verja?

Miré a Amanda algo confundida, saliendo del ensimismamiento en el que me había sumido la elucubración de mi plan magistral.

—Decía no sé qué de un portal, que está tras los setos, y además es gris. ¡Es la verja!

Miré hacia el bloque de edificios. Maldita sea. Aquellos versos los había ido haciendo de forma aleatoria según rimaba, y resulta que podía encajar con la verja de la entrada.

Antes de llegar al portal había un patio, coqueto y recogido, con plantitas decorando los rincones, y protegido por una verja de hierro. Durante el día había estado abierta, así que prácticamente ni me había fijado, pero la chica del apartamento nos había dicho que la cerraban a partir de las diez y que se abría con la llave redonda.

Ví a Ari toquetear las barras férreas del portalón.

—Pues por aquí no hay nada. ¿A lo mejor está por arriba?

Las tres inclinamos nuestros cuellos para ver las puntas de la parte superior de la valla, que se erigían majestuosas, retorciéndose sobre sí para crear una espiral perfecta de hierro forjado. Debía medir unos dos metros y medio, así que consideré que tal vez había llegado el momento de detener aquella farsa y confesar que era un desastre, como persona y como encubridora de crímenes.

—Puede ser. —Dije canturreando en un tono misterioso. Al parecer mi

cerebro había decidido sincerarse, pero mi boca creyó que aún había un poco de opciones de ganar tiempo y llamar a un taxi mientras una de mis amigas se jugaba la vida trepando por una valla.

—Pues subes tú, chata, que eres la que ha liado todo esto.

Miré a Amanda aterrorizada. Ahora sí que iba a tener que asumirlo: definitivamente había llegado el momento de decirles la verdad y desatar y resistir su furia. Si me comprometía a pagarles el hotel la broma me saldría cara, pero no podrían enfadarse conmigo.

Te prometo y perjuro que eso es lo que estaba pensando. Y lo que estaba dispuesta a hacer. Así que no sé cómo explicarte por qué la siguiente escena que te tengo que relatar es que Ari me estaba empujando el culo hacia arriba mientras mis manos sudorosas se aferraban a los barrotes.

—Chicas es que yo...

—Va, Abril, que parece que te pese el culo. Pon la pierna ahí en el hueco. Que no, que ahí a la izquierda.

—Pero es que os iba a decir que...

—Ahora la izquierda, ¡la izquierda!

Mi mano empezó a resbalar así que la subí a la barra superior, y aproveché también para impulsarme y subir la pierna derecha.

—¿Ves algo?

Subí también la izquierda y me incorporé poco a poco, temblando, para echar un vistazo a los barrotes de la verja. Cosa que era estúpida, porque ya sabía perfectamente que no había nada y que había estado poniendo mi vértigo a prueba por culpa de mi propia estupidez.

—No...

—Mira por detrás a ver.

Subí hasta la siguiente barra, la última horizontal que tramaba aquel portalón, e hice ver que miraba por la parte posterior para seguir llevando a cabo mi paripé con la suficiente convicción.

Justo estaba pensando en la gracilidad con la que había conseguido escalar aquella verja cuando una música atronadora me asustó e hizo que me desequilibrara. Sentí el impulso de la gravedad aturdir mis sentidos y el tejido sintético de mi vestido resquebrajarse en dos.

—¿Abril, Abril, estás bien? —Ari empezó a vociferar desde el otro lado de la verja, mientras escuchaba el murmullo de la voz de Amanda hablando por teléfono.

—Sí... —Lo dije para no preocuparla, pero en aquel momento estaba

convencida de que me había roto la pierna y varias articulaciones que no atinaba ni a determinar.

—Vale. Vale. Gracias. Nos vemos ahora. —Amanda colgó el teléfono y se acercó —¿Abril, estás viva?

—Creo que sí...

—Pues pronto dejarás de estarlo, so desgraciada. Era Luís. Que se han encontrado unas llaves en el restaurante, en la mesa donde hemos comido, y que si por casualidad eran nuestras. Así que ahora vendrá a traerlas.

En aquel momento di las gracias por haberme caído hacia el interior del recinto. Aquel hierro macizo que se interponía entre Amanda y yo iba a ser mi salvación, porque estaba tan alterada que habría podido despellejarme si no hubiese sido porque dudo que quisiese mancillar su manicura semi permanente.

Así que nada. Este es el breve resumen de por qué habría preferido una reunión multitudinaria en la que pasar desapercibida, con una polla en la cabeza y un tutú rosa en la cintura. Y de por qué no tengo ropa que ponerme mañana, y de por qué estoy escribiéndote desde un lavabo a las tres de la mañana. Ah, espera, que puede que la respuesta a esto aún no te la haya concretado. Resulta que Luís y Amy se están reencontrando amatoriamente en la habitación que se suponía que íbamos a compartir.

Así que nada, se despide con amor, habiendo contribuido a un adulterio a un mes de la boda,

Abril.

CAPÍTULO 24

LUNES 30 de abril, 14:18 PM:

Imagina, querido diario, que te levantas un lunes por la mañana, perezosa e incapaz de abrir los ojos, con ese regusto a resaca que dejan unas pocas horas de sueño mal dormidas. Pero el despertador suena, y la vida sigue, y una reunión te espera, y este mes ya te cogiste la baja un día por gastroenteritis por lo que ya no tienes margen para recurrir al comodín del me-encuentro-mal.

Así que te pones la falda más planchada que has podido encontrar en el armario e intentas peinar el alboroto en el que se ha convertido tu media melena castaña, que está tan reseca y enredada que si un águila americana la viese de lejos se plantearía convertirla en su nido base, pero acabaría desechando la idea porque nadie querría criar a sus polluelos en un entorno tan árido.

Y cuando ya has hecho todo el tiempo posible paseando la cuchara en el cuenco de cereales, y los crispis ya están reblandecidos, admites que ya no te queda otro remedio, tienes que salir de casa. Que asúmelo, no va a llegar esa llamada informando de que ha habido un amago de incendio en la oficina y que no podrás ir a trabajar hasta que no concluyan las investigaciones. Ni va a caer esa nevada feroz e inmediata que tiña las carreteras con una pátina espesa de hielo y riesgo que te den un justificante perfecto para quedarte en casa.

Así que te resignas y sales. Y bajas al *parking* tanteando el llavero entre tus manos, y recordando de forma inevitable lo que pasó aquel día que lo diste por perdido.

Y enciendes la radio para intentar ahogar tus pensamientos y te dispones a hacer esos veintisiete coma seis kilómetros de carretera sinuosa que separan tu casa del polígono. Y la inercia es de nuevo flagelo que te hace cabalgar por la rutina: Aparca —pasa el control de seguridad —ficha —llama al ascensor —vuelve a comprobar que has fichado porque lo has hecho de forma tan mecánica que ya no te acuerdas si has puesto tu codiguito —recorre el pasillo —enciende el ordenador —saluda efusiva a tus compañeros —dale un sorbo a ese café aguado.

Imagina, querido diario, que ya has sobrevivido a media mañana y que desenvuelves tu bocata del desayuno pensando que en parece que te has salido

con la tuya. Y que justo cuando empiezas a relajarte y tienes la boca llena de una mezcla pastosa de pan bimbo y lomo embuchado, lo escuchas a tu espalda:

—¡Bosco! A mi despacho. Ya.

Y giras sobre tu silla de oficina. Y le ves. Entrando en su despacho como un vendaval furioso. Te ha llamado por el apellido. Y eso no es buena señal.

Así que te levantas lentamente y te tragas ese último bocado apresurado con dificultad. Y avanzas casi de puntillas. Y entras. Y os miráis.

—¿Me llamabas, Martí?

Ves como se deja caer sobre la silla y se lleva las manos a la cabeza. Parece enfadado. Empiezas a pensar en qué vas a decir, y no sabes si adelantarte y empezar a razonar por qué aquello fue cosa de los dos y no se le puede echar la culpa a nadie. Pero entonces habla él.

—Abril... Es que no sé ni cómo preguntártelo. Porque es la última cosa que me imaginaba que iba a tener que preguntarte hoy. La cosa que creía que jamás le tendría que preguntar a un empleado

Pausa dramática.

—Me gustaría, de todo corazón, que la respuesta a mi siguiente cuestión sea que no. De verdad que espero y deseo que tengas una explicación medianamente razonable para todo esto.

Y estás ahí, anonadada, sin saber qué va a pasar. Sintiendo que te has metido tu sola en un enjambre sin salida.

Imagina, querido diario, que es lunes por la mañana y que las primeras palabras que cruzas con el chico que te has tirado este último fin de semana vienen precedidas de la siguiente pregunta:

—¿Te has intentado puto colar en la filiar de Widuchowa disfrazada de jodido unicornio?

Imaginas bien, querido diario. Aún tengo muchas cosas que contarte.

CAPÍTULO 25

LUNES 30 DE abril, 20:34

Ya no hay marcha atrás. Sé que no puedo seguir posponiéndolo, que el objetivo de que tú estuvieses presente en mi vida era poder desentrañar y descomponer todos los problemas que me atormentan y que contribuyen a inflar mis niveles de ansiedad.

Así que allá vamos. Que te lo que cuente no hará más real lo que ha pasado porque YA es real. Ya ha pasado.

Bueno, querido diario, hoy te enfrentas a una decisión muy compleja. Ya has podido ver que tengo en mi haber dos anécdotas bastante jugosas que contarte.

Una incluye indicios de criminalidad, revelaciones sobre el caso Werkert y un disfraz de unicornio.

La otra contiene escenas *sexy-time*. Con mi jefe. Y recién estrenado cómplice criminal.

¿Por dónde prefieres que empiece?

Si es que no sé por qué pregunto, ya sé que eres un pequeño amasijo de páginas viciosillas.

Pues va, empecemos por lo que he estado evitando contarte durante más tiempo. ¿Por dónde empezar? Tal vez para introducirte esta escena de mi patética existencia deba remontarme a hace mucho más tiempo que el pasado viernes.

¿Te he hablado alguna vez de mi primera vez? Ya, claro, habíamos quedado en que este era el diario de una mujer adulta, cosmopolita, sofisticada y profesional, y no el de una adolescente pardilla que sale de su burbuja de nimiedades dramatizadas y empieza a entender por fin los sinsabores de la vida. Pero en fin. Todo lo que tienes que saber es que se llamaba Benja y que aquello de pronto pareció convertirse en el set de rodaje de la escena de la recogida para ir baile de “Carrie”. Pero no hemos venido aquí para hablar de cómo vi la sangre y los últimos vestigios de mi inocencia escurrirse por las fibras de mis sábanas de Hello Kitty.

Todo esto te lo cuento para hablarte de que hay muchas primeras veces. La primera vez que lo hiciste en un sitio público, la primera vez que lo hiciste

con ese alguien especial, la primera vez que lo hiciste con una persona diferente después de haber estado seis años con ese alguien especial, la primera vez que acabas en urgencias después del encuentro apasionado — larga historia.

La primera vez que lo haces con un compañero de trabajo. Que es tu jefe. Que es tu cómplice criminal.

Y permítame, diario, informarte de que he conseguido encontrar un término que me permita describir nuestro encuentro romántico con mayor precisión.

La semana pasada fue la primera vez que perdí la virgindad. Y puede que para poder relatarte todos los detalles deba retomar de nuevos las:

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 8:

El entorno ideal. La primera vez que tenéis un encuentro viene precedido de una cita muy agradable, en la que ha predominado un clima espontáneo, un ambiente cándido, pero sensual, y la voluntad de compartir reflexiones vitales sobre el amor y el significado real de la vida.

—Dicen que los cadáveres se hinchan al cabo de poco, por los gases que genera el cuerpo, y eso. Y si otra opción... ¿Y si otra opción fuese que el cadáver de Werkert se hinchó tanto, tanto que reventó y luego por eso no lo vimos en el armario? ¿Porque se había desintegrado en pequeñas partículas viscosas, pero mínimas, y nuestra sorpresa nos impidió ver que había restos de órganos copando el armario?

—Abril, por favor, déjalo ya, que estamos cenando, joder. —Martí se quiso hacer el indignado pero no paró de mascar el queso que se extendía, flexible, entre la pizza y sus dentelladas —No le des más vueltas. El tío estaba muerto, ¿tú no viste esa palidez? Y que joder, se nos cayó dos veces mientras lo intentábamos meterlo en el armario, se hubiese despertado, o algo. ¿Y tú crees que no nos habrían cobrado fianza si hubiesen descubierto que había un trozo de pulmón palpitando sobre la caja fuerte?

—¿Entonces cuál es tu teoría? Yo te estoy aportando datos científicos y contrastados.

—¿Por quién, por tus capítulos de Crímenes imperfectos?

—Di lo que quieras, pero están súper bien documentados.

Aproveché aquel silencio para llenar mi copa de vino y me prometí a mi misma parar ahí. Dos copas, lo justo y necesario para mantener una conversación distendida sin caer presa de un ataque de ansiedad pero seguir fiel a mis principios y mantener mi dignidad intacta.

—Pues ya me dirás señor Holmes, ¿cuál es tu teoría?

—Alguien entró y se lo llevó. Sin más.

—¿Cómo que sin más? Hay mucho más. Quién se lo llevó, por qué, cómo sabía que Wekert estaba ahí y por qué querría encubrirnos... Hay demasiados “más” con esta teoría.

—Bueno, pues alguien entró y se lo llevó. Con más. Pero es que nunca vas a saberlo Abril.

—¿Pero no te gustaría? ¿Saberlo? Al final el proceso deductivo va de esto, ir pensando más allá hasta dar con una solución plausible.

—Ah, porque que el cadáver haya explotado es una solución perfectamente plausible.

—Es una hipótesis.

Martí esbozó una mueca que no supe si interpretar como una sonrisa o como una expresión de asco y siguió royendo el último borde de pizza que quedaba.

—Mi teoría es que a lo mejor fue la tal Bettina —Dijo recostándose en el sofá, ya atiborrado de trozos de pizza que me correspondían legalmente a mí y que zampó él porque no es capaz de salir de su espiral de egoísmo.

—¿Bettina?

—Mirándolo desde un punto de vista objetivo, es la única persona que podría haber entrado en la habitación sin forzar la puerta. Que vale, hizo el *check-out*, pero yo que sé, podría haber pedido una tarjeta adicional y luego sólo devolver una. A lo mejor había quedado con Werkert por la noche, y ya tenía previsto matarle. Porque el tío era un jefe de mierda, o la acosaba, o la chantajeaba con algo. A saber. La cuestión: Hizo el *check-out* pronto para tener la coartada perfecta. Y pensó que como todo el equipo de Skinophillia ya había llegado, esa habitación quedaría libre y citó al Werkert allí. Pero con lo que no contaba era con que había un pequeño impedimento en su plan. Una chica de la filial de Barcelona que se había emperrado en ir a comprar algo de comer antes de ir al hotel porque estaba “al borde del desmayo y a punto desfallecer”.

—Perdona, pero este reproche no te lo voy a consentir. No me dejaste margen para desayunar. —Martí parecía ser inmune a mis justificaciones y siguió con su exposición deductiva.

—Con toda la historia de que saliste de aquel súper por la puerta de atrás y te perdiste llegamos casi tres cuartos de hora más tarde de lo previsto. Seguro que Bettina tenía contacto con el departamento de organización de

eventos, no le hubiese costado saber a qué hora tenía que salir de hotel para que no entrase nadie más. Pero aquella habitación seguiría reservada para Skinophillia, así que era el plan perfecto. Total, que encontró la manera de quedarse dos tarjetas. La primera se la dio a Werkert, y le citó allí. Werkert fue, pensando que Bettina querría hablar, o pedir un ascenso, o echar un polvo, lo que fuese que se traían entre manos esos dos. La cosa es que el tío fue. Y entró y vio que había ropa de tía y estaba todo muy desordenado, pero puede que Bettina también fuese un desastre como tú.

Le tiré una patata chip para protestar, pero no apunté bien y se cayó detrás del sofá.

—Así que no sospechó nada. Y el tío estaba ahí, esperando a que llegase. Escucha un ruido en la puerta y decide ponerse detrás para darle una sorpresa. En plan “Eh, Bettina, que te pensabas que no iba a venir pero mira, estoy aquí. ¡Menudo susto, eh?”. Y se agachó. Y se pegó a la pared. Y entonces, PLAMBA, zasca, al tío se le incrusta el pico de la puerta y la diña. Luego tú y yo montamos todo el tinglado y, por suerte, Bettina no llega hasta bastante después. Se lo ha estado repensando, no veía algo claro. Pero al final se decide y se encamina hasta su antigua habitación. Abre la puerta sigilosamente, esperando que Werkert esté dormido y así sea todo más fácil. Pero se queda de piedra. Porque no le ve. Y entonces piensa “Claro, Betti, chata, si es que llegas tres horas más tarde”. Y se va a ir, resignada. Pero justo está llegando a la puerta que ve una mancha se sangre justo detrás. Y entonces se fija que hay otra en el armario. Y lo abre. Y le ve. Y claro, la piba flipa, porque ella ya contaba con matarle, pero una cosa es pensarlo y otra es verlo. Y entonces se asusta y se para a pensar. Que joder, no sabe qué ha pasado, pero cuando se lo encuentren todo lo que van a saber es que esa era su habitación. Y que la recepcionista la había visto entrar. Y seguro que había cámaras. Y cómo iba a justificar que volviese a un hotel del que ya había hecho *check-out*. A las tres o a las cuatro de la mañana. Y que hubiese un cadáver en su armario. Así que tuvo que pensar un plan. Necesitaba sacar a Werkert de aquella habitación.

Me acomodé en el sofá para apoyar la cabeza sobre uno de los cojines y miré a Martí mientras procesaba todo su razonamiento. Estaba sorprendida. Evidentemente aquel desarrollo tenía muchos cabos sueltos, pero era una teoría que podía encajar en todo aquel entramado de piezas desiguales. Bettina, a quien sólo me había podido imaginar como una víctima que de alguna forma se había sentido amenazada por Werkert. Pero aquel giro de los

acontecimientos se podía ceñir con coherencia a aquella narrativa. Esta nueva teoría de Martí también explicaría que se hubiese ido del hotel tan temprano, y que hubiese dejado la empresa sin prácticamente avisar.

—Podría tener sentido... ¿Pero cómo podría alguien como Bettina llevarse el cuerpo de allí? Ya has visto la foto en la intranet, tenía pinta de menudita... Y además, a ti y a mi ya nos costó cargarle, y solo lo movimos dos metros, a lo sumo.

—No sé, no me he puesto a pensar en los detalles.

Me incorporé para darle un sorbo más a la copa de vino. Necesitaba algún ánimo adicional para decidirme a sacar el tema que tenía pendiente desde que había entrado en aquel despacho: Preguntarle porqué había tenido programada una conferencia con Werkert.

—Pero si tengo que darte alguna hipótesis —dijo de pronto, animado, y girándose hacia mi —Te diría que una maleta grande. Y algún tipo de sierra quirúrgica. Y arrastrado a través del pasillo, a trozos, sin levantar sospechas.

Arqueé las cejas y asentí con admiración. Si al final resulta que Martí es un psicópata de los verdad creo que no me sorprendería. Este chico tiene un alto potencial de criminalidad. Estuve debatiendo internamente si debía aprovechar que estábamos hablando de aquellos acontecimientos para sacarle el tema de su reunión con Werkert, pero decidí que era mejor guardarme aquel as en la manga. Esa era una información que solo sabía yo, y que tal vez me iría bien tener más adelante. Cuando empezase la negociación de los bonos y subidas de sueldo de junio, por ejemplo.

—Me alegra ver que no soy la única loca que piensa en teorías y suposiciones. Quién me iba a decir que ibas a acabar siendo la única persona en el mundo que podría entenderme.

Me giré para mirarle con una sonrisa socarrona, pero creo que se fue convirtiendo en una expresión soterrada de terror en cuanto me di cuenta de lo que le estaba diciendo. Que él era la única persona en el mundo que podía entenderme.

Mis pensamientos y elucubraciones paranoicas se dispararon acelerados. Qué iba a pensar. Decirle aquello, sumado a mi intento de acoso sexual en el ascensor podía disparar todas sus alarmas. Y si se pensaba que me gustaba, o algo. Y creía que estaba loca y que me había obsesionado con él, y ahora estaba convencida de que el hecho que nos uniese un crimen nos convertía en almas gemelas eternas.

Quise arreglarlo y pensar en algo que decirle que le hiciese ver que

aquella frase iba en coña, y que estaba única y exclusivamente relacionada con el tema de que él era la única persona del mundo con la que podía compartir mis tormentos de homicida involuntaria.

Imagino que hubo una reunión de emergencia entre mis últimas neuronas supervivientes:

—Abril, tranquila, calma —habría dicho la responsable, entrando por la puerta asiéndose todavía a su muleta recubierta con cinta aislante —Ahora te vas a reír y, sin hacer contacto visual, dile que claro, que es la única persona con la que puedes hablar sobre el crimen porque aún estás siguiendo el plan. Y luego cambias de tema y ya esta, seguro que él ni siquiera está pensando en que lo que hayas dicho sea nada raro. Quítale importancia y ya estará.

—¡Esperad!

Puedo visualizar a la neurona intoxicada por aquella última copa de vino tinto y portadora de la carga genética que me predispone a la ansiedad, entrando en escena de un portazo y con una libreta en la mano.

—Esperad, chicas. Creo que lo tengo todo controlado. Dime, neurona empollona, ¿tu realmente piensas que eso va a ser suficiente? Claro que no va a ser suficiente. Acaba de decir que es la única persona en el mundo, ¡en el mundo! que la entiende. Esto nos deja en una posición muy vulnerable. Cree que estás enamorada de él Abril. Lo cree de verdad. ¿Y como no lo va a creer? Te recuerdo que fuiste tú quien lo empezó todo. Pero tengo un plan - diría, dando golpecitos a la libreta —Tengo un plan.

Y de aquel debate surgió la antesala a otra de las

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 9:

En artículos anteriores de este listado ya hemos podido comprobar que la chica normal pero irresistiblemente atractiva tiene un don para la dialéctica. Es por eso que el acto afectivo sexual que están a punto de emprender viene precedido de un momento en el que parece formarse una tensión por problemas de pasado, pero gracias a que la chica normal y locuaz es capaz de decir las palabras apropiadas que mejor encartan en esa situación, y que hacen que el entorno íntimo y romántico vuelva de pronto a su cauce.

—Bueno, pero hay que ver la parte positiva. Al final del día tenemos que dar las gracias por que haya muerto un hombre, porque sino no quiero ni pensar en lo que habría podido pasar, ¿qué horror, no? Pobre Werkert, que me sabe super mal, pero nos queda el consuelo de que murió por una buena causa.

Adelante diario. Te dejo. Puedes levantarte, aplaudirme con sarcasmo y

llevarte las manos a la cabeza pensando en las cotas de estupidez que he llegado a alcanzar yo solita sin ayuda de nadie. Es para estar orgulloso de mí.

Desplegué una sonrisa forzada y miré de soslayo a Martí, buscando una contestación cómplice que nos permitiese cambiar de tema rápido. Pero no parecía estar por la labor.

—¿En serio me estás diciendo que prefieres haber matado a alguien? —me dijo, muy serio.

—A ver, que era un decir... Pero hubiese sido raro. No sé, ¿cómo nos hubiésemos mirado a la cara al día siguiente?

—De la misma forma que nos miramos el día después de que me hubiese quedado en calzoncillos delante de ti para que me envolvieses en papel film y pudiésemos cargar un cadáver sin dejar huellas.

—Ya. Visto así...

Los dos nos quedamos mirando a la tele apoyados contra el respaldo. Rebusqué el mando entre las costuras del sofá y encendí la tele, para romper aquel silencio tenso que se erguía entre nosotros recordándome que no tenía ningún tipo de capacidad para relacionarme en sociedad.

Y no se muy bien como darle un contexto racional a lo que dije a continuación. Supongo que volvió a ser mi neurona tarada, entrando a escena de nuevo:

—Vale, chicas, reunión importante. Balance de daños: Es posible que nos hayamos precipitado un poco. Abril, te necesito en forma, necesito todo tu potencial creativo aquí. Tienes que tener chispa, tienes que ser ingeniosa. Necesitamos dar macha atrás, pero de forma sibilina, que no parezca que nos queremos retraer del todo lo que hemos dicho. Sutileza, Abril, apréndete bien esta palabra porque a partir de ahora va a ser tu segundo nombre.

Esa era mi intención. De verdad. Decirle algo gracioso, que rompiese el hielo y le hiciese olvidar aquel comentario desafortunado. Así que reposicioné sobre los cojines para girarme y mirarle.

—Visto así tal vez sí que hubiese sido mejor que me la metieses hasta el fondo.

Ya lo sé. Ya lo sé. Todo lo que sientas que me tienes que decir ya lo he pensado yo antes. Ya. No sé, diario. No sé. No sé qué razón me motivó a decir semejante barbaridad. Bueno, sé que cuando era un bebé me resbalé de los brazos de mi padre sin querer y me di un golpe en la cabeza. Puede que eso sea lo que lo explique todo.

El caso es que lo dije. Mientras le miraba fijamente. Y mordía el borde de

mi copa de vino. Y esta vez ni siquiera tengo el alcohol como excusa férrea a la que asirme con la misma fuerza que me agarraría a la barra del metro tras un frenazo brusco. No me permite refugiarme en su efecto amnésico y atolondrador para darme un explicación razonable y contextual a por qué acabé mirando a mi jefe desde el borde de mi cama, boca arriba y con los pies esposados por mis bragas —que esta vez eran, por suerte, de un negro llano y aburrido.

Supongo que mi frase lo catalizó todo. Martí creería, obviamente, que me estaba insinuando y se acercó a mí. Y me empezó a besar. Y yo le correspondí mientras mis pocas neuronas supervivientes inundaban mi cabeza con voces dubitativas y preocupadas. Para que te hagas una idea:

La neurona responsable: Abril, abril, abri. ¿Qué haces, qué haces, qué haces? No era esto lo que te había dicho, no era el plan.

La neurona achispada: ¡Wuhuuuu! ¡Ni tan mal ha ido la cosa al final, aúpa ahí, diosa del sexo!

La neurona egocéntrica: Te está besando. Te está besando. Te está besando. A ti. El tío buenorro este. Algo ni que sea un poco le tienes que gustar.

Al tiempo que la neurona de la ansiedad por el futuro iba cavilando: Abril, que el lunes va a seguir siendo tu jefe. T ú crees que el refranero popular incluiría un dicho sobre lo que estás haciendo ahora mismo si no fuese porque realmente no es nada recomendable...!

Pero creo que, a pesar de que yo estaba siguiendo la corriente a mis neuronas más alocadas y Martí ya estaba sin camiseta y yo desparramada sobre el sofá, quien se imponía a las demás era la neurona insegura. Era como si me estuviese susurrando sus paranoias y divagaciones a la oreja, mientras el peso del cuerpo de Martí sobre el mío me intentaba anclar a la realidad subida de tono.

Qué haces. Abril, qué haces. Es tu jefe. Es el señor que tiene que rellenar una evaluación sobre tu desempeño profesional. La persona que decidirá tus subidas de sueldo y que te ayudará a trazar tu plan de desarrollo. Así que piénsalo un poco antes de precipitarte y dejar que tu vida se condicione en sólo cuestión de segundos, los que tardas en bajar la cremallera de la bragueta de su pantalón. Pero supongo que ya es demasiado tarde: Tu lengua está en su boca y viceversa, y tus uñas se clavan de forma intermitente en su espalda, y tu sujetador cuelga de una de las sillas, así que ya no debes llevarlo puesto. Que te está viendo las tetas Abril. Que está viendo que todo es un engaño y el escote que a veces se insinúa a través de tus camisas es gracias a un relleno

tan contundente que te permitiría salir ilesa de una caída seis pisos. Pero bueno, parece no importarle. Sino no te estaría lamiendo los pezones. ¿Sabes que luego le vas a ver en la cantina rechupeteando las uvas esas que coge siempre de postre y vas a estar pensando en esto? Te vas a acordar de cómo te bajaba las bragas con una lentitud tortuosa. En cada reunión, en cada saludo de buenos días que intentéis cruzar con normalidad, cómo si no hubiese pasado nada. Piénsalo bien antes de levantarte y llevarle hasta tu habitación Abbs. Que te conoces, y ya no va a haber marcha atrás. Y que la tienes hecha un cristo, joder. Vale, vale, no me hagas caso, tu verás. ¿Quieres mancillar tu cama y que cada noche antes de dormir puedas sentir que estás recostada sobre el rastro de los fluidos de tu jefe? Adelante. Bueno, vale, la cosa se pone seria. Esto no va a quedar en un magreo adolescente. ¿Lo estás viendo, verdad? Imagino que no hará falta que te recuerde que mas vale que uses protección, que ya tienes una edad. Que ya sería el colmo que aparezcas por la oficina embarazada. Que hay muchos días que no te acuerdas de hacerte tu propia cena, cómo te vas a hacer cargo de un bebé. Pero a lo que íbamos: ¿Estás segura, Abril? Sí, claro, ya sé que quieres. Yo también. Pero piensa un poco más allá de este calentón momentáneo. ¿Tú te acuerdas de cómo iba esto? Que si te pones a contar a lo mejor ya hace un año que no te acuestas con nadie. Que nos tienes a todas aquí a dos velas y parece que hayas hecho un voto de castidad, hija. Y ya sabes eso que dicen, que hacer el amor es como ir en bici, que no se olvida, pero tu tienes una cicatriz de cuando intentaste subirte a una el verano pasado porque no te acordabas ni de cómo girar los pedales. Que a lo mejor resulta que vuelves a ser virgen, y que una cohorte de gitanas te podría cantar el yeli yeli mientras te tiran peladillas. ¿Y si no entra? El chico no calza mal. Vale, va a entrar, va a entrar. Que no cunda el pánico, tú relájate. Piensa en cosas relajantes. Relax. Pandas achuchables. ¿Porqué coño piensas en pandas, tú crees que ahora es momento de pensar en pandas, joder? Vale, guay, ha entrado sin problemas. Uy, vaya, ya casi no recordabas lo que era esto. Te agarra los mulos para coger más impulso. Me pregunto si notará la textura esponjosa de tus piernas poco firmes, si se estará diciendo que ganas mucho con la ropa puesta. Si el roce de tu pubis mal depilado contra el suyo le suscita la sensación de acariciar un kiwi a contrapelo. Te tendrías que haber puesto lentillas. Ahora cinco dioptrías te entelan la visión de su cara, y sólo te puedes imaginar la expresión que debe estar haciendo por el recital de jadeos entrecortados que suspira. ¿Y qué cara debes estar poniendo tu? Que estas abajo. Seguro que se te ve papada, como cuando se te abre por error la cámara

frontal. Y estás roja. Estira un poco el cuello. Así, así. Que no se vea papada. Joder, mira el helechito, que lo tienes ahí desde dos meses sin regar. Pero no pienses en helechitos. No, helechitos no. Piensa en dioses nórdicos que te la están metiendo mientras se cogen del cabezal para darse más impulso. PANDAS.

Y supongo que es así en como te lo podría resumir un poco todo. Tal vez he obviado, por el bien de mi salud mental, el momento en el que yo me puse arriba y el estallido de su orgasmo se sincronizó con mi alarido de dolor, porque me un tirón me recorrió el muslo cuando estaba en pleno apogeo de crearme una amazona experimentada.

Así que nada, diario. Hasta aquí el relato de cómo decidí sacrificar mi profesionalidad, mi paz interior, y de como acabé sumergida en una conversación que estaba claramente guiada de arrepentimiento.

—¿Ha sido claramente mejor que matar a alguien, no? —Me dijo Martí, socarrón, cuando volvía del lavabo. Me reí mientras asentía con la cabeza y abrí un cajón para buscar mi pijama. Creo que ya te he avanzado que yo soy relativamente nueva en esto de las relaciones casuales. ¿Cómo tocaba proceder ahora? ¿Me ponía mi pijama con dibujitos de alpacas sonrientes o me resignaba a pasar frío para seguir estando sexy en un conjunto de lencería de encaje? Opté por la opción intermedia de ponerme una camiseta interior negra y me volví a meter en la cama, preguntándome si el tío no había tenido suficiente con autoinvitarse a cenar, porque ahora parecía bastante dispuesto a seguir ocupando mi cama.

Los dos nos quedamos en silencio, removiéndonos incómodos sobre mi colchón de un metro cincuenta. Y creo que es un buen momento para volver a hablar de

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 10:

Cuando después de un apasionado encuentro fogoso y ardiente con su objeto de deseo, el protagonista y la chica normal pero reconvertida en una diosa del sexo que tiene el kamasutra interiorizado y la flexibilidad de una gimnasta rusa tienen una profunda conversación en la que comparten sus miedos más oscuros y sus sentimientos más profundos. Esta vez serán sus almas las que se desnuden al calor de nuevas sensaciones y perspectivas vitales.

—Está guay la luz que hace esta lámpara.

—¿Sí? Es de IKEA. Knubbig creo que se llama.

—Ah, guay. ¿Y va por piezas o ya te viene montada?

—Pues creo que sólo hay que montar dos piezas.

—Ah, así bien. Es que un día monté la estantería esa de los cojones, todo un finde perdido ahí intentando entender los putos nombres suecos y los dibujos de los cojones.

—Ya...

—¿Pues la apago ya? Yo creo que me iré a dormir ya.

—Sí, claro. Eh... Yo mañana madrugo bastante. A las cuatro o así, que me voy a Berlín a una despedida.

—¡Ah! Vale, vale. Sin problema, despiértame y me voy yo también cuando te levantes.

Así que la última vez que había visto a Martí, antes de entrar a su despacho el lunes, aún no había amanecido y no supimos cómo despedirnos en mi portal. Nos dimos un abrazo torpe y holgado y un beso mal apuntado se quedó pendiendo en el aire junto con mis ganas de llorar.

¿PORQUÉ ABRIL DEL PASADO, PORQUÉ ME HICISTE ESTO?

Te dejo, necesito abrirme un plan de ahorros para cubrir los gastos del psiquiatra que voy a necesitar para solventar esto.

Se despide con amor y arrepentimiento,

Abril.

CAPÍTULO 26

MIÉRCOLES 2 de mayo, 17:10 PM:

¿Qué tal, diario? Yo sigo hundida en mi pozo de miseria y vergüenza. Pero aún tengo muchos demonios de los que exorcizarme, así que creo que ya no puedo postergar más el momento. Debería seguir contándote la historia.

Tachado de la lista el punto de por qué te tiraste a tu jefe —bueno, sinceramente no hemos llegado a una conclusión clara del porqué. Yo misma sigo sin saberlo. Puede que la Abril pedante que quiere amortizar los créditos de psicología que cursó en la uni te diga que fue mi forma de buscar la validación como profesional que no me quiere dar en la oficina. La Abril soltera que protestaba por mi periodo de celibato te dirá que te dejes de historias y psicoanálisis, que todo lo que quería era echar un polvo.

Así que lo dejaremos en que lo que podemos tachar de la lista es el punto de cómo me tiré a mi jefe, y que por lo tanto ya sólo me quedaría pendiente explicarte el tema de mi pequeña excursión del domingo.

Tal y como recordarás, en capítulos anteriores...

—¿Te has intentado puto colar en la filiar de Widuchowa disfrazada de jodido unicornio?

Me quedé impasible. Mirándole atónita. Me había pasado toda la mañana temiendo nuestro reencuentro, porque era obvio que iba a ser incómodo. Que le iba a mirar e iba a pensar en su cara descompuesta, en el ruido ronco de su orgasmo y en sus movimientos espasmódico sobre mi cuerpo, y en las putas lámparas de IKEA. Yo pensaba que el plan iba a ser evitarnos a toda costa, hasta que la situación dejase de ser sostenible y empezase a explorar la opción de pedir un traslado de departamento. Así que su entrada estelar, aullando mi nombre y abriendo la puerta de su despacho con un estrépito me rompió los esquemas.

Me había acercado a él pensando que me iba a soltar algo relacionado con nuestro encuentro, algo tipo “Abril, sé que estás muy enamorada de mí, pero necesito que entiendas que nuestra relación es eminentemente profesional y que no puede volver a pasar. Y no porque sea tu jefe, con eso no habría problema: Es que no me gustó nada. Eres una sosa en la cama, y espero por el bien de todas tus posibles futuras parejas que consideres la opción de entrar

en una congregación monástica y seas célibe de por vida. Ah, y por cierto: Estás despedida”.

Un discurso así hubiese sido un golpe duro, pero asequible. Habría sabido cómo responder, le habría dado la razón, habría cogido mi bolso, el cactus de mi mesa y a Tormenta, para librarle de una vida sin cuidados ni cariño, y me hubiese ido a casa a buscar otro trabajo y herramientas de jardinería para abrir un socavón y enterrarme en él por el resto de mis días.

Pero aquella pregunta... Me re Coloqué las gafas sobre el tabique de la nariz y me concentré para sonar convincente.

—¿Widuchowa? ¿Unicornio? ¿Pero qué has desayunado hoy, chococrispies caducados? No acabo de entender de qué me hablas, pero está claro que la obvia respuesta tu pregunta es NO. —Sonreí para intentar dotar a mi respuesta de una ingenuidad adorable, pero creo que no había colado. Me había salido ese tono almibarado con el que hablo cuando miento, parecido al de las voces impostadas que doblan los realities americanos.

Martí se masajeó el entrecejo y suspiró de nuevo. Acto seguido cogió su iPad de Skinophillia y se puso a manosear la pantalla.

—Mira, no sé como explicártelo, así que mejor te le enseño.

Giró el iPad hacia mí y pulsó sobre el icono de reproducir. Hasta aquel momento no me había podido imaginar de dónde había sacado aquella historia. Pero tenía una fuente muy gráfica y grabada en alta resolución: En aquel video se veía como alguien que llevaba un mono peludo con una capucha que emulaba una cabeza de unicornio estaba intentando escurrirse por debajo de una alambrada. El entramado de rejas de la valla estaba rajado por la parte inferior de uno de los extremos, y el unicornio desconocido se estaba arrastrando por el suelo, ayudándose de los codos y las rodillas. Cuando la mitad de su cuerpo ya estaba dentro de el recinto parecía quedarse atascado, y empezaba a hacer una suerte de croqueta epiléptica. El video duraba unos cinco minutos, pero Martí fue avanzando la reproducción porque sólo hacían falta unos segundos para percibir toda la bochornosidad que emanaban esas imágenes.

—No sé qué clase de persona piensas que soy, pero es evidente que sea quien sea este unicornio desconocido, no soy yo.

—Vi como metías un disfraz igual que este en tu mochila.

—Sigue sin ser una prueba concluyente.

Martí volvió a toquetear el dispositivo.

—Y esto, ¿te parece una prueba suficientemente concluyente?

Había entrado a instagram. A mi instagram.@abrildramasmil había colgado un video en bucle en el que correteaba por los alrededores de un lago con un disfraz peludo de unicornio, con Amanda subida a coscoletas como si me estuviese cabalgando.

Y es por cosas como estas, querido diario, que tus cuentas de redes sociales deberían ser siempre privadas. Lección de vida.

¿Pero cómo iba a saber que a Martí se le ocurría entrar para hacer sus comprobaciones? Maldito sea el momento en el que le etiqueté en la foto de la cena de empresa. Aunque la cuestión más vital y más importante de todas era la de cómo diablos había llegado ese video a su alcance.

—Bueno, a esto le podríamos llamar indicio.

—Abril, joder, el plan, hay que seguir con el plan, ¿tú crees que esto ya se había acabado? Todo lo que te pedido es discreción, creo que no era tan difícil.

—Y no lo es. Creo que hasta ahora lo estado llevando todo bastante bien.

—Por el amor de dios Abril, te has ido a pasear por Polonia como si fueses un mi pequeño poni.

—¡Bueno pero mira, no se me ve la cara! Y, además, ya te he dicho que no es lo que parece. Te lo puedo explicar.

Sinceramente, aquello fue una burda mentira. ¿Podía explicárselo, realmente? Creo que no con todos los detalles y pormenores que implicaba esa historia.

No le conté, por ejemplo, que la noche del sábado me había quedado dormida en el lavabo, ni que me despertado a las seis de la mañana, cuando Amanda entró y me encontró sentada sobre el suelo, con la cabeza apoyada en el bidet.

—Abbs. Abbs, vámonos de aquí por favor. Necesito irme de esta maldita ciudad ya.

Me incorporé con el lado izquierdo del cuello completamente paralizado y la miré confundida. En aquel momento ni siquiera sabía dónde estaba, así que no alcancé a entender esa petición repentina de Amy.

Emití un gruñido de asentimiento y abrí el grifo para lavarme la cara y poder mirar a mi amiga sin que las lagañas me empañasen la visión.

—El vuelo sale a las once menos cuarto. De la noche. —Sabía que eso le iban a parecer demasiadas horas, pero contra antes lo supiese antes podríamos acabar con la escena dramática que nos aguardaba.

—¿Qué dices? Yo me tengo que ir ya, me tengo que ir ya. Lo pago yo pero

cojamos otro, me tengo que ir ya.

Yo cogí mi móvil mientras Amy seguía recitando aquella letanía. Hice una búsqueda rápida en la página de vuelos y me armé de valor para darle las malas noticias.

—Es el único vuelo que hay. Lo acabo de mirar, sólo había un par de vuelos más por la mañana y están llenos.

Amanda empezó a andar de un lado al otro del lavabo mientras seguía susurrando su cántico.

—Me tengo que ir. Me tengo que ir. Me tengo que ir.

Por un lado pensé que ya podría haber pensando eso mientras me usurpaban mi lado de la cama, pero ahora no valía la pena martirizarse. La única forma de compensar el ataque de nervios por el que estaba pasando Amanda era estar tan tranquila y relajada como si hubiese probado alguna droga dura y entendiese cuándo hay que respirar en las clases de yoga.

—A ver, Amanda. No sé que ha pasado, pero no te preocupes. No tenemos por qué quedarnos aquí. Podemos ir al aeropuerto.

—No, no, no. Al aeropuerto no. La última vez estuve tres horas esperando en aquel aeropuerto, y pensado, y... No, no puedo.

—Vale. No te preocupes, tendremos un plan —Creo que he pasado demasiado tiempo con Martí últimamente.

—¿Que no me preocupe? —me susurró —¿Que no te preocupe? ¿Cómo no me voy a preocupar?

—Imagino que ha pasado lo que me imagino que ha pasado.

No me acababa de atrever a sacar el tema porque no sabía cómo iba a reaccionar. Si preferiría que todas lo ignorásemos y actuásemos como si no hubiese pasado nada, o si empezaría a divagar sobre si cancelar la boda y qué hacer con las transferencias que ya les habían llegado.

—Pues no lo sé, ¿qué te imaginas?

—No sé, explícamelo. ¿Ha pasado algo con Luis?

Amanda se sentó sobre el váter y escondió la cabeza entre sus rodillas. Empezó a sollozar. Me acerqué y le acaricié el pelo con la cautela de quien intenta amansar un gato salvaje.

—Me lo he tirado Abbs, me lo he tirado —Me miró con los ojos rebosantes de lágrimas y siguió con su confesión en voz gangosa y bajita —Yo ayer diciendo de Jaime, y de la editora, y ahora voy y le pongo una cornamenta que es que podrá cortar el puto pastel con ella. No puedo Abril, no puedo ni pensarlo, pero es que no sé que me pasó

—Tsssh, tssssh —La intenté consolar como a un bebé insomne mientras pensaba en qué podía decir para calmarla —No te preocupes Amy. A ver, esto ahora vamos a hablarlo con calma cuando te sientas con fuerzas, pero por ahora intenta relajarte y pensar que nada de esto es tu culpa.

—Claro que no. Es TU culpa.

¿Que era mi culpa? ¿Mi culpa? Ya mandaría berenjenas que no sea capaz de conseguirme mis propios ligues pero que sea “mi culpa” que los demás follen gracias a mí.

—¿Mi culpa?

—Todo tu culpa. Me traes aquí, empiezas a restregarme por la cara toda la historia de amor que viví con Luís y me llevas a todos y cada uno de los sitios que marcaron nuestra relación, y no contenta con ello me llevas a ese bar roñoso y te dejas una excusa perfecta para que él vuelva aquí a embaucarme.

—¿Pero tú te estás oyendo? Amanda, siento muchísimo este cúmulo de infortunios que hemos vivido, pero sabes tan bien como yo que yo no podía saber nada de esto.

Amanda se volvió a refugiarse entre sus muslos, temblando por el llanto.

—Tienes razón, lo siento. Pero necesito que me entiendas Abbs. No podrás porque nunca has pasado por un momento tan duro y que te ponga tan a prueba. Nunca has hecho algo que prácticamente ha acabado con la vida de alguien, nunca te has sentido tan avergonzada de algo que querías morir, nunca te has acostado con la última persona con la que deberías acostarte sobre toda la faz terrestre.

Aquí me hubiese gustado interrumpirla y empezar a contarle la historia de cómo acabé literalmente con la vida de alguien y luego me acosté con la persona que me había ayudado a hacerlo. Pero supongo que aquel no era el momento para alzarme con el premio a vida más desgraciada, Amanda necesitaba dejar fluir su drama y revolcarse en el barro de sus miserias y lamentos como un cochinitillo disfrutón.

—Uy ya. Sé que no puedo entenderlo del todo. Pero te comprendo. No te martirices, Amy. Todos tenemos derecho a tener dudas y momentos de flaqueza.

Dejé que Amanda siguiese llorando mientras hacía una búsqueda rápida en el móvil. Era una locura. Lo era. Pero era pronto. Y había dormido mal. Así que no creo que nadie esté en el derecho de juzgarme. Yo sólo estaba siendo una buena amiga. Todo lo que me había pedido Amanda era que no podía estar ni una sola hora más en esa ciudad. Y de forma casualmente azarosa,

Widuchowa sólo estaba a dos horas en coche de Berlín. Y aún teníamos todo el día por delante.

CAPÍTULO 27

MIÉRCOLES 2 de mayo, 18:35 PM:

Querido diario al que he tenido que dejar por un breve espacio de tiempo para resolver una cuestión de importancia vital (mi merienda),

Y así fue como acabamos en un coche de alquiler, rumbo a Polonia a las ocho de la mañana. Para ser sinceros las chicas no sabían que íbamos a Polonia. De camino a la filial secreta de Skinophillia había unos lagos en los que hacer fotos de *influencer* experimentada y montar un precioso picnic. Al final las piezas del plan habían encajado de forma perfecta.

Es por aquí por donde empecé la versión de la historia para Martí. No tenía porqué saber más: Éramos un grupo de amigas que había decidido ir a pasar un bucólico día al lago. Y por nada del mundo yo podía imaginar que aquellos lagos estaban en un conveniente trayecto en dirección a Widuchowa. Ah, y lo del traje de unicornio también tenía una aclaración muy lógica.

—Se te había roto el vestido. —Pude intuir una entonación de pregunta en su repetición de mis últimas palabras. Sonaba bastante escéptico.

—Sí. Sé que suena extraño. Pero es que me tuve que colar por la verja para entrar al apartamento.

—Ahá.

—Porque se me cayeron las llaves en el bar.

—Vale.

—Y entonces hice ver como que había organizado un roomscape... A ver, es una larga historia, pero la cuestión: Tuve que escalar por una reja y me caí, con tan mala suerte que mi vestido se enganchó con uno de los barrotes y se rajó en dos. Quedó irreparable.

—Irreparable.

—Y recuerda que me habían perdido la maleta. Todo lo que llevaba era el disfraz que le queríamos poner a Amanda. Amanda es mi amiga la que se casa.

—Puntualicé, porque me daba la sensación de que no acababa de seguirme.

—¿Y tus amigas no te pudieron prestar algo de ropa?

—No creas que no contemplé todas las opciones antes de aventurarme a salir de casa con un pijama peludo. Claro que lo tuve en cuenta. Pero a Amy le había hecho la maleta su futuro marido, Jaime, que además de ser un intenso de

la vida no tiene puta idea de meteorología. No sé a dónde se pensó que íbamos, pero a parte de un jersey que metió por casualidad solo había cosas de encaje y satén. Y estábamos a diez grados. Y luego está Ari, pero esta súper delgadita, sus bragas a mi me podrían servir de diadema, para que te hagas una idea. Intenté meterme en sus pantalones, pero... no hubo manera. Así que solo me quedó una opción.

—Vestirte de unicornio.

—Exacto.

—Vale, pero no te desvíes del tema, eso era lo que menos me importaba. ¿Qué diablos hacías en Widuchowa?

—Me perdí.

—Oh, vaya, menuda casualidad.

—Los caminos por los que te lleva el destino son inescrutables.

Martí suspiró y pareció resignarse a tener que conformarse con aquella versión, así que le conté muy por encima que habíamos ido de excursión a un lago y que el *maps* perdió la señal justo en el crucial momento en el que teníamos que desviarnos. Íbamos perdidas, a la deriva por una carretera desconocida y de pronto, como una señal inesperada, una revelación *ex machina*, apareció un letrero en el lateral de la calzada en el que se indicaba con letra algo borrosa que estábamos sólo a treinta kilómetros de Widuchowa. Hubiese sido un error desaprovechar aquella oportunidad, estábamos tan cerca...

He de decir que había atado bien los cabos y mis amigas también creían que todo aquel asunto había tenido que ver con mi nulo sentido de la orientación.

—Abril, ¿y dónde dices que estaban esos lagos? —Me había preguntado Ariadna, haciendo estiramientos en el asiento del copiloto —Llevamos ya casi una hora y media...

—No creo que quede mucho. Pero a ver, que no estaban cerca, cerca. Pero en he leído que están muy bien.

—Bueno, de todas formas es prontísimo. Es que me dirás, vamos a estar allí a solas pastando con las vacas.

Un aullido entrecortado nos sobresaltó a las dos. Pensábamos que Amanda estaba durmiendo en los asientos traseros de aquel Opel alquilado, pero se había vuelto a despertar y estaba llorando desconsoladamente, con la cabeza apoyada en mi asiento.

—Amy estás...

—Es que has hablado de vacas, y las vacas tienen cuernos, y ahora Jaime va a...

Ari y yo nos cruzamos una mirada de preocupación. La mía sobre todo era a causa de pensar que no nos devolverían la fianza porque mi querida amiga estaba paseando todo un rastro mocosos por la tapicería.

—Y lo peor es que sigo con la mosca detrás de la oreja porque esta noche ni él ni su editora han colgado ningún *stories*. Me parece muy sospecho que tengas esta primera presentación y no te dignes a colgar nada.

—Bueno Amanda no te precipites... Además que si se han liado mejor, ¿no? Bueno no es que sea mejor, pero estarías empates y te sentirías menos culpable.

Mi filosofía no pareció suponerle ningún consuelo y siguió llorando, aunque esta vez apoyada contra la ventanilla para mi gran alivio. Ahora que ya estaba algo más despierta empezaba a cuestionar si había sido una buena idea encerrarme en un trayecto de dos horas en coche con una amiga psicótica con sentimientos de culpabilidad. Pero entonces vi aquel cartel, desconchado pero reluciente, indicando que estaba a apenas media hora de la filial secreta de mi empresa. Un cúmulo de nervios se empezó a agitar en mi interior, y apreté el pedal del gas sin poder contener mi ansiedad.

—Abbs, no quiero alarmarte, pero creo que esas señales están en polaco. Y creo que lo que hemos pasado no era un peaje, era una frontera.

—¡Qué fuerte chicas! Creo que nos hemos perdido un poco, pero mirad que casualidad que hay una filial de Skinophillia por aquí cerca. Si no os importa me acerco, nos queda de camino y me gustaría verla.

—¿Pero puedes ser más friki Abril? Que es finde joder, quien quiere saber algo del trabajo un finde. Yo le habré puestos los cuernos a mi prometido, pero me consuela saber que lo tuyo es peor chata.

Llegamos al polígono en el que según el Maps estaba la filial de Widuchowa. Era un paisaje desolado, en el que solo un edificio a medio construir a lo lejos denotaba algún indicio de población. El mapa del móvil me indicó que mi destino estaba a la izquierda, y miré a través de la ventanilla para ver aquel bloque gris de reminiscencias soviéticas.

Aparqué el coche en la acera y nos bajamos a estirar las piernas con un alivio exultante. Yo me acerqué a la supuesta filial de Widuchowa, que se erigía con aspecto de edificación abandonada detrás de una reja metálica.

“Putas rejas”, pensé. Claramente si el karma existe estaba intentando decirme, con un megáfono a volumen atronador, que todo aquel viaje había

sido un despropósito y que la falta de sueño me había llevado a tener una pésima idea.

—¿Quieres decir que esto es una sede de Skinophillia? —Amanda se me había acercado y miraba hacia el edificio bastante incrédula.

—Debería...

Recorrí la verja de un vistazo y vi que una parte de la esquina inferior izquierda estaba resquebrajada. Y tenía el tamaño suficiente para que un unicornio de tamaño adulto se infiltrase por ahí.

Martí siguió con su expresión impasible mientras yo le contaba todos los pormenores de cómo una una de mis peores enemigas, la voz repelente del GPS, me había arrastrado hasta Polonia.

—¿Y entonces qué? ¿Has descubierto algo al menos? ¿Qué hay en Widuchowa?

—Nada. ¡Esa es la cuestión! Me asomé a las ventanas, que haría como siglos que nadie las limpiaba, así que me costó distinguir algo, pero no había ordenadores, todo estaba arrasado. Está abandonado. El logo de Skinophillia estaba en la puerta, pero ya está, es lo único que haría intuir que ese sitio necesita un CEO regional. Es una tapadera Martí, estoy segura.

—Bueno, también puede ser que lo hayas visto sea el sótano, y que las oficinas estén arriba. Ya sabes que en algunas delegaciones no hay mucho presupuesto para decorar. La nuestra sin ir más lejos es un antro.

—Ahora eres tú el que se intenta autoengañar. Aquí hay algo turbio, Martí. Y tiene que ver con esta empresa.

Martí giró un par de veces sobre su silla, pensativo.

—¿De dónde has sacado el vídeo, a todo esto?

—Lo han enviado a todo el personal directivo de Skinophillia. Nos has pedido reforzar la confidencialidad de todos los proyectos. Sospechan que esta intrusión podría ser de algún grupo de activistas, en plan para protestar contra los cosméticos que usan productos químicos y tal. Borra ya el video de tu cuenta para que nadie ate cabos.

Asentí mientras tanteaba sobre la silla de al lado para coger mi móvil. Bien pensado. Debo reconocerle que a veces tiene momentos brillantes. Lástima que ninguno de ellos esté directamente relacionado con el trabajo que le pagan por hacer.

—Es que a quién se le ocurre... —Volvió a retomar el tema, susurrando mientras hacía negaciones con la cabeza.

—Pues a alguien que está muy preocupada y que está intentando averiguar

qué diablos pasa aquí. Disculpa que no todos podamos ser estatuas de hielo impasibles.

—No sé si te has dado cuenta de que a mí es un tema que también me preocupa. Pero creo que no hace falta recorrer dos mil kilómetros para seguir infringiendo leyes.

—Sí, ¿te importa? ¿De verdad te importa? ¿O lo único que te importa es que nadie descubra que te has cargado a alguien? ¿Por qué aquella insistencia en ocultarlo, Martí? ¿Motivos ocultos, tal vez?

—¿Pero de qué coño hablas ahora?

Ups. Tal vez había precipitado las cosas. Tal y como había acordado contigo yo me estaba guardando aquella información para cuando surgiese algún tipo de oportunidad laboral a la que me pudiese aproximar haciendo un sutil y juguetón chantaje. Pero aquella continua actitud juzgadora. Aquel tonito que usaba al hablar, como si el fuese un adulto sensato y responsable regañando a una niña de cuatro años por haber hecho una trastada. Necesitaba hacerle ver que yo también sabía subirme a ese pedestal y mirarle desde arriba.

—No lo sé Martí, supongo que tú sí que lo sabrás mejor que yo. Tú conocías a Werkert. Ibas a tener una videoconferencia con él el miércoles 28 de marzo a las cuatro menos cuarto.

—¿Qué dices?

—Compruébalo tú mismo, ya te he dicho muchas veces que te dejas las reuniones en abierto. 28 de marzo. A las cinco.

Martí se apresuró a consultar su calendario de Outlook, mordiéndose el labio. Me quise remover del alborozo sobre la silla. Estaba preocupado. Normalmente siempre era yo la que acababa las reuniones cabizbaja y complaciente, ahogando la razón que sentía que tenía entre disculpas y asentimientos.

Porque era mi jefe. Alguien en aquella jerarquía corporativa había decidido que él estaba más capacitado que yo para tomar las decisiones. Bueno, y también porque yo soy un poco pardilla, y ya hemos visto varias veces que la asertividad no es una de mis virtudes.

Pero ahora le podía mirar por encima de mis hombros rectos, demasiado anchos para mi gusto, y sonreír con sorna mientras él iba moviendo el ratón del ordenador a ritmo frenético. En aquel asunto no era mi jefe. Era mi cómplice criminal, y compartíamos el mismo grado de pesar y culpa. E incluso yo podía permitirme sentir un poco por encima, a nivel moral.

—Pues ni idea. No me acordaba que era con él. Su secretaria me llamó poco después para cancelarla.

Escruté su expresión para ver si podía detectar si estaba mintiendo. La verdad es que parecía sorprendido. Le notaba confuso.

—¿Y de qué ibais a hablar?

—¡Y yo que sé!

—¿O sea que un jefe de la central te propone hacer una llamada y no sabes qué es lo que quiere comentarte? ¿No te comes la cabeza pensando en si te van a echar la bronca porque la has liado en algo, o si te van a echar, o si yo que sé?

—¿Todo eso es lo que piensas si te citan para hablar con alguien?

Preferí encogerme de hombros y quedarme en silencio para no tener que reconocerle de forma tácita que sí, que cualquier tipo de alteración de la rutina podía suponer un catalizador de sentimientos negativos que dejaran al descubierto mi inseguridad y mis ansiedades.

—A ver, algo sí que sabía. Se está trabajando en un *rebranding* y por lo que me comentó su secretaria estaba hablando con diferentes áreas y filiales para ver cuáles son todos los elementos de la identidad corporativa que hay que tener en cuenta. Pero vamos, que ni caí en que era Werkert. Y me la canceló poco después así que se me acabó yendo de la cabeza por completo. Y no sé a qué vienen estas acusaciones. ¿Crees que es necesario que te vuelva a recordar por culpa de quién empezó todo?

Volví a encogerme de hombros porque no quería darle ninguna excusa para que volviese a sacar el tema que llevaba evitando toda la mañana. Así que desvié la vista hacia la ventana y reuní todo el valor posible para poder llevar la conversación hacia los derroteros que a mi me interesaban. Había llegado el momento de poner en práctica todo lo que aprendí en aquel cursillo de negociación avanzada.

—Me tienes que inscribir en el programa de jóvenes talentos con alto potencial.

—¿Qué?

—Tengo que entrar en ese programa. Ya sabes, el de detección de jóvenes con altas capacidades.

—Pero para eso tienes que ser joven, como el propio nombre indica.

Había salido satisfecha de aquel cursillo. De verdad. Con mi libreta plagada de apuntes en buena caligrafía aferrada al pecho y mi certificado de asistencia listo para ser impreso y archivado. “El departamento de formación

y desarrollo de Skinophillia Labs acredita que la empleada Abril Bosco ha superado con éxito el cursillo de negociación avanzada, cuyo objetivo es dotar de herramientas para la gestión de las negociaciones y establecimiento de acuerdos con colaboradores externos”.

¿Cuáles eran las herramientas? Si te soy sincera no lo recuerdo muy bien. Las clases eran de tres a cuatro de la tarde y se hacían en la sala SKINO1, que no tiene ventanas y en la que solo va un fluorescente. Así que puede que combinase aquel aprendizaje con alguna que otra cabezadita y un arduo proceso de digestión.

Pero estoy bastante segura de que nadie habló de la técnica de mirar fijamente a tu oponente y tirarle un boli pilot punta fina sin tapón con la precisión de un tirador de dardos. Ni de la consecuencia que se derivaba de aquella exposición tan clara de tus argumentos: La punta del boli, húmeda, impregnada en tinta lila, impactando contra el globo ocular de tu compañero de negociaciones.

Sentí que todo empezaba a ir a cámara lenta. Mi impulso desenfrenado al escuchar que el hombre al que acababa de entregar mi viridignidad me llamaba vieja. El boli escapando de mis manos en un movimiento de muñeca seco y prácticamente reflejo. La sonrisa de Martí, desplegándose con sorna, riéndose de su propio chiste. Contrayéndose en cuanto vio un destello lila revolotear hacia su dirección. Un “perdón” que se empezaba a despegar con desespero de mis cuerdas vocales. Un impacto y un aullido. Martí cubriéndose la cara con las dos manos.

—Perdón-perdón-perdón-perdón-perdón-perdón —Me levanté y fui hacia el lado de la mesa de Martí —¿Estás bien? ¿Estás bien? Ay, de verdad que lo siento. No sé que ha pasado que se me ha escapado el boli. Lo siento. ¿Estás bien?

Él seguía cubriéndose la cara con las manos. Empecé a temer que la cosa hubiese sido más grave y que mi boli estuviese completamente hincado en su ojo.

—¿Martí? —Le tanteé la espalda con el dedo para asegurarme de que seguía vivo.

—¡Joder! —Masculló mientras se incorporaba —que era broma, ostia puta.

—Perdón. De verdad perdón, perdón. No sé como expresarte todo lo que lo siento.

—¿Qué pasa, que te has sacado un doctorado en cómo matar a gente de

forma accidental? —Iba a reprocharle que no se las diese de listo, que él también podía compartir título honoris causa conmigo en aquella materia. Pero justo mientras hablaba se quitó las manos de encima de los ojos y me quedé consternada.

—Martí, te acompaño a la enfermería. Lo siento mucho.

—No hace falta, puedo ir solo. Será más seguro.

Martí se encaminó hacia la puerta y yo le seguí como una comitiva silenciosa. Agradecí que ni Nadia ni Jimena estuviesen en su sitio, porque hubiese sido una larga historia explicar porqué nuestro jefe tenía el ojo derecho inyectado en sangre y la ceja teñida de lila.

—He dicho que puedo ir solo.

—Bueno, yo te acompaño. Que si te desmayas o algo... Mejor que esté.

—Mejor. Mejor dice. Si tendríamos que avisar al departamento de riesgos laborales para que inicien un proyecto sólo sobre ti y los peligros que implica trabajar a tu lado.

Que luego pensarás que yo a veces soy exagerada, pero no me dirás que este chico no es un *drama queen* de los intensitos.

Las puertas del ascensor se cerraron y me di cuenta de que yo sola me había puesto en una situación de alerta máxima. Me había puesto muy nerviosa entrar en el despacho de Martí, pero allí las cuatro paredes que nos encerraban eran de cristal y plenamente visibles desde un espacio de trabajo abierto. Ahora tenía que contener mi ansiedad en un metro cuadrado delimitado por paredes opacas.

—Que bueno, que era broma. Que yo pensaba que ese programa es para becarios, y eso.

—Es para gente joven con potencial de crecimiento. No especifican edad. Lo hacen en Londres, así que sería una oportunidad perfecta para ver qué tal están las cosas por la central.

—No sé si es buena idea, la verdad.

La chispa de rabia que había crepitado en su despacho y me había impulsado a lanzarle un boli eclosionó dentro de mí con una furia imparable. Esta vez no tenía nada en la mano con lo que mitigarla, así que la única forma que encontré de canalizar aquel sentimiento fue pulsando el botón de *stop* del ascensor con un golpe brusco. La mirada de desconcierto de Martí empezó a alertar a la neurona responsable y mansa, pero la Abril indignada se agitaba con ímpetu dentro de mí, dispuesta a aclarar las cosas:

—¿Por qué?

—Abril reinicia el ascensor, que ya sabes que no van muy bien, aún nos vamos a quedar aquí.

—No me cambies de tema. ¿Por qué, Martí? Dímelo. ¿Por qué no es una buena idea? ¿Crees que no tengo potencial?

—No, no es eso.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué es, entonces? ¿Por qué no es una buena idea? Llevo más de tres años esforzándome en todo, llevando el departamento. ¿Quién te crees que hacía de ti cuándo tú no estabas? ¿Quién ha estado detrás de todos los análisis de resultados que te han elevado al estrellato con Fonts? ¿Quién crees que es realmente imprescindible en este departamento?

—Es que precisamente es por esto por lo que no me atrevería a recomendarte.

—¿Porque soy imprescindible...?

Yo había estado hablando desde la rabia enquistada, pero en voz bajita, porque al final del día Martí con aquel ojo rojo era como un pitbull al acecho y me infundía respeto, así que aquella elevación del tono que hizo él me había cogido por sorpresa.

—¡No! Porque te crees imprescindible. Te paseas por la oficina con tus aires de pequeña marquesa indispensable. Conozco los valores de Skinophillia y con esa actitud nunca podrás encajar en algo que lleve la palabra talento.

Aquellas palabras taladraron mi orgullo, blando y esponjoso, con una broca del calibre 1/2". Me dejó anclada en mi sitio, en frente el espejo que había en el fondo del ascensor, así que pude verla emisión en directo de cómo la devastación descomponía mi rostro. Por un momento me había pensado que el verdadero motivo por el cual Martí nunca me valoraba era porque temía que me ascendiesen o me cambiasen de departamento y que, con ello, él perdiese al engranaje más engrasado de su equipo. Martí era un jefe incompetente, y eso lo sabía incluso él. No podría seguir manteniendo su farsa si no tenía un equipo sólido en el que camuflar toda su insolvencia. Podía vivir con aquello. Sabiendo que si no podía ir escalonando por el entramado corporativo era porque mi jefe me necesitaba allí. Pero que de pronto todo el desprecio a mi trabajo se basase en que tenía una mala actitud... Aquello era algo que se enredaba en el nudo de mi garganta, apretándolo aún más.

—¿Pero de qué aires hablas?

—Que te crees la última puta coca-cola de desierto Abril. Yo, como tu jefe, lo que espero de ti es que cumplas tus tareas bien, pero también que me ayudes un poco. Llego aquí el primer día, y todo lo que estoy esperando es que mi equipo me ponga al día, y me enseñe cómo va la empresa. Y en vez de eso lo que acabo teniendo es un constante “yo lo sé mejor”, una oportunidad tras otra para que levantes la mano como la niña repelente de primera fila para demostrar que tú eres la que sabe más. ¿Pues que quieres que te diga? Tienes potencial Abril, pero con esa actitud insubordinada nunca te valorarían.

Me estaba costando respirar. El nudo de mi garganta ya estaba estrangulado por todas y cada una de aquellas últimas palabras de Martí. No llores. No llores. No llores. Era todo lo en lo que podía pensar para no desmoronarme por completo dentro. No llores. No llores. No llores.

—Bueno de todas formas no sé que necesidad tienes de ir al programa. Ni que fueses a descubrir gran cosa Abril. Deja de jugar a la inspectora Gadget y pasemos página.

No llores. No llores. No llores.

El ascensor tembló en un traqueteo y la luz parpadeó con un zumbido. Se apagó, y decidí a aprovechar la oscuridad para confesar mis ambiciones.

—No es por lo de Werkert. Es porque necesito sentirme valorada, llevo aquí estancada casi tres años. Necesito un cambio. Y si no me inscribes por las buenas a lo mejor tengo que usar algo de información para que lo hagas a las malas.

Mi respiración se aceleró. Hasta donde yo sé en el curso de negociación tampoco me habían enseñado a optar por el chantaje como técnica infalible. No sé de dónde salió aquella Abril maquiavélica. Supongo que aquella conversa en el ascensor había sido el punto de inflexión definitivo: Si me quedaba allí nunca iba a avanzar, porque mi jefe creía que era una chica soberbia y repelente. Lo había visto tan claro. Yo era la Jimena de Martí. La vocecita repelente que se creía una sabelotodo, pero que en realidad no sabía nada. Cualquier ascenso o cambio de departamento dependía de él. Y él no se iba a atrever nunca a recomendar a alguien que se paseaba por el departamento con ínfulas, bolis voladores y precisos y antecedentes criminales. Así que estaba en una situación de todo o nada. Tan pronto como se abriesen las puertas de aquel ascensor iba a empezar a buscar ofertas de trabajo. Mi estancia de Skinophillia se acababa de convertir en una cuenta atrás, así que no tenía nada que perder. Podía permitirme ser todo lo insolente que quisiese con mi jefe. Lo peor que podría pasar es que me echasen con una

indemnización substancial.

—¿Está pasando lo que creo que está pasando? ¿Me estás amenazando?

—Tómalo como quieras. Yo solo he dicho que tengo mis recursos.

—¿Qué recursos? Hasta donde yo sé no es ilegal tener relaciones entre empleados.

—¿Pero qué tipo de persona crees que soy? ¿Acaso crees que tengo interés en que —me costaba encontrar palabras para definir lo que había pasado entre él y yo —“eso” se sepa? Por dios, ¡no!

—¿No?

—Tendría que dimitir. Fugarme del país incluso. Pasaría a ser “Abril, la que se tiró al jefe”. ¿Tu crees que podría vivir con esa reputación? Y Nadia, me mataría... Bueno se descojonaría de mí y luego me acusaría de alta traición.

—¿Pero Nadia que pinta en todo esto?

El fluorescente parpadeó varias veces y la luz se volvió a encender. Martí y yo nos habíamos ido acercando, y ver su cara de enfado y su ojo aún inyectado en sangre en un primer plano me hizo calibrar mis comentarios. El cobijo de la oscuridad me había envalentonado, y me había llevado a decir cosas de las que sabía que iba a acabar arrepintiéndome.

—Nada, cosas nuestras.

—Bueno ¿entonces me vas a decir qué información tienes sobre mí tan turbia y jugosa como para amenazarme?

Me obligué a no apartar la vista de sus ojos para que no viese que me sentía intimidada. Tenía que mantener mi semblante estoico y llevar aquella negociación hasta el final.

—Me refería a lo del *paddle*. Que nos has cancelado más de una reunión de *status* los martes y es porque tienes un torneo de *paddle*. Que lo tienes en la agenda para variar.

Martí soltó un bufido que se ahogó con el estruendo de la puerta, que se abrió hasta la mitad y se quedó encallada, abriéndose y cerrándose de forma intermitente. Mi jefe la sujetó justo cuando había vuelto a estar abierta hasta la mitad, y yo me escurrí hasta el exterior. Él salió justo detrás, y se encaminó hacia la enfermería. Yo tomé la dirección contraria y subí por las escaleras para volver al departamento.

¿Me había excedido? Toda esa extraña seguridad que me había invadido en el ascensor se desvaneció de golpe. ¿Y si me echaban? Mientras discutía con Martí la impotencia me había cegado ante la perspectiva que me esperaba

si me despedían. Tendría que volver a casa de mis padres. ¿Y cómo iba a justificar en mis futuras entrevistas que me hubiesen echado de una multinacional puntera? No quedaría bien decir que no, que es que me jefe me tenía manía por pequeñeces absurdas, tales como haber propiciado que matásemos a un hombre o haberle hincado un boli en el ojo apenas dos días después de haber intercambiado fluidos.

Aún seguía elucubrando con todo lo que podría ir mal en mi vida si dejaba de trabajar en Skinophillia cuando Martí subió de la enfermería.

—Vaya, hola capitán Garfio, ¿dónde has dejado el barco? —Alcé la vista después de escuchar aquel comentario de Nadia y tuve que hacer grandes esfuerzos para intentar contener una carcajada. A Martí le habían puesto un parche color carne en el ojo izquierdo.

Él pasó de largo, haciendo ver que no había escuchado el comentario de Nadia y que todavía conservaba toda la dignidad y el respeto.

Yo en seguida volví a fijar la mirada en el ordenador para hacer ver que estaba trabajando y que no tenía ningún motivo para despedir a la persona más aplicada del equipo, aunque en realidad tenía un documento de *word* minimizado en el que había estado actualizando mi currículum.

Tenía tanta tensión concentrada que incluso el aviso del nuevo email me hizo dar un respingo. Sobretudo al ver de quién era.

MARTÍ CAMPS

Y directamente estuve a punto de temblar cuándo lo abrí y leí lo que decía.

Bosco,

No hagas planes para las próximas semanas. Te he inscrito al programa de jóvenes talentos así que puede que tengas que ir a Londres.

Ya te voy diciendo,

M.

CAPÍTULO 27

MARTES 8 de mayo, 20:46 PM:

Holi diario. Casi una semana sin vernos. ¿Qué tal ha ido todo este tiempo? ¿Te has puesto al día con tu amigui el libro de la facultad que aún conservo en mi estantería y con el libro de cocina que me regaló mi madre de navidad esperando que en futuro pudiese vivir sin sus *tuppers* de croquetas y no morir de inanición? Espero que lo hayáis pasado bien. Yo por mi parte la verdad es que no tengo muchas novedades que contarte. Aún nadie me ha confirmado nada sobre el programa de jóvenes talentos así que sigo a la expectativa, rehuendo a Martí, que aún tiene que llevar el parche en el ojo, y dando pequeños retoques de ficción y exuberancia a mi curriculum, porque aún tengo sospechas de que aquel email podría ser una estratagema para tenerme tranquilita —y sin bolis a mano— hasta que encuentre la manera de despedirme de forma procedente.

¿Alguna actualización más en mi rutinaria y desastrosa vida?

Ah, sí, ¡me olvidaba! Yo también he estado haciendo nuevos amigos. Este mediodía, sin ir más lejos, he estado comiendo con Jimena. Y tú, con tu soberbia habitual, darás por supuesto que esta gran obra de caridad se ha debido a que Nadia comía con su amiga de producto y que Jimena y yo hemos coincidido en la cantina y ella tenía a su lado el único hueco despejado de esa sala atestada en hora punta. Y vale, puede ser. Pero había más. Ha habido motivos bienintencionados: He decido ser con Jimena la mentora que a mí me habría gustado tener.

—Ostis Jimena, qué pintaza. ¿Lo has hecho tú?

—No, la chica de casa...

—Tienes que preguntarle cómo le ha podido quedar así de jugoso. En serio, creo que esa salsa tiene la textura perfecta.

Bueno, al principio hemos tenido que hablar de los temas banales y mundanos que inspira el olor a fritanga del comedor, pero ya me entiendes. Lo importante era hacer un primer acercamiento. La cuestión es que la conversación que había tenido con Martí en el ascensor había resultado muy reveladora, y no sólo por el hecho de haber descubierto que la esencia de su odio hacia mí radicaba en que le parezco repelente, sino porque me hizo ver

que yo estaba aplucando su mismo patrón a Jimena. Como todo psicópata que sufre una perturbación mental en su camino hacia la madurez, yo estaba replicando todos y cada uno de los defectos de mi jefe con mi pobre becaria. La teoría que tengo al respecto es que mi subconsciente de alguna forma desentrañó cuáles eran los comportamientos de Martí y me obligó a imitarlos, creyendo que eso sería lo que me llevaría a mis objetivos profesionales. Es verdad que la chica es repelente, y un poco pavoncia, y que a veces va de lista, pero en el fondo solo es una pobre principiante intentando escalar la cima del desarrollo profesional que camufla sus inseguridades con determinación fingida. Como yo.

Así que he decidido ponerle fin a la Abril escéptica que no le delega tareas y que le corrige las faltas de los emails para ver si una actitud positiva por mi parte acaba con sus aires de superioridad y hacen que se convierta en la profesional que cualquier empresa ambicionaría tener en su plantilla.

—¿Y qué tal, cómo fue el finde?

—Bien... —Me ha respondido mientras masticaba un diminuto trozo de aquellos macarrones que tanto envidiaba —He estado por la costa, en la casa que mis abuelos tienen en la playa.

BINGO. Sinceramente no me esperaba que pudiese llegar a este punto rápido.

—¡Ah, qué guay! Oye, ¿y tus abuelos son de aquí? Porque tu segundo apellido...

—Ah, sí... Mi abuela materna sí, pero mi abuelo era de fuera. Pero vino aquí muy joven, así que casi como de aquí de toda la vida.

—Ala, qué guay. ¿Y de dónde es?

—De Polonia. Pero ya te digo, que casi nunca le escuché hablar en polaco la verdad.

RE-BINGO.

Ah, claro. Que aún estás aquí. Holi, diario. Vale, puede que antes haya mentido un poquito sobre mis motivaciones para hablar con Jimena. Que a ver, que lo de ser una buena mentora y tal sigue en pie. Pero verás. Es que he hecho un pequeño descubrimiento sobre el caso Werkert.

Mientras estoy a la espera de la resolución sobre si van a aprobar mi candidatura para el programa de jóvenes talentos he decidido empezar a tirar del único hilo conector que hemos encontrado por ahora: Skinophillia.

Estuve haciendo un recorrido rápido por Google a partir de los pocos datos que sabía. Skinophillia, Widuchowa. Según la web corporativa aquella

sede había abierto hace cinco años, así que era relativamente nueva. Era una filial anexa a la de Varsovia en la que se encontraban los departamentos de control de calidad y aprovisionamiento de materias primas. Aquella info ya la había buscado en cuanto descubrimos el nuevo cargo de Andrew Werkert, pero ahora tenía la certeza de que aquel sitio era un edificio fantasma. Y seguía sin cuadrarme que una filial en la que sólo había dos departamentos necesitase un CEO. Me descargué la memoria anual del año en que se inauguró para ver si se incluía algún detalle adicional sobre aquel nuevo edificio en un pueblo de nombre impronunciable. La mayoría de noticias eran titulares golosos para el departamento de comunicación corporativa, destinados a dejar un rastro immaculado de la empresa por las hemerotecas: Skinophillia aumenta sus beneficios brutos en un 30%, se acelera la expansión en America, compromiso de la empresa a dejar de experimentar con animales a escala global, premio a la crema reafirmante con mejor eficacia, aumento de la inversión de I+D,... Pero de todos aquellos avances informativos hubo uno que acaparó mi atención. “Skinophillia adquiere el 90% de las participaciones de la empresa Willow INC”.

Y de ahí el “BINGO”. Estuve tres días con un zumbido en la cabeza que me insistía en que había dos piezas que ahora encajaban, pero mi mente no lograba ver cómo rotarlas para hacerlas convergir. Hasta que BINGO. Jimena me envió un email y pude verlo claramente reflejado en la línea en negrita de mi bandeja de entrada. JIMENA MOTA-VILLANÉS DE MASCONDE WILLOW. Willow. Willow INC. Aquel año Skinophillia había comprado prácticamente la totalidad de una empresa de logística y gestión de stock. Cuya sede estaba en Polonia. Widuchowa, Polonia. Y que pertenecía al abuelo de Jimena.

Vale, sé que no es mucha más información. Y que la única cosa que hemos resultado es el porqué tengo que aguantar a la incompetente de Jimena todos y cada uno de los días de mi vida laboral sin un solo atisbo de queja. Supongo que el señor Abu de Jimena incluyó en la cláusula de venta que todos sus futuros vástagos tuviesen un puesto asegurado en la empresa. A saber. Cada vez voy viendo este caso como algo parecido a unos cascós que intentas desenredar, pero que por más que cruzas, deslías y entrelazas no eres capaz de desentrañar. Pero si algo tengo claro es que nada me parece ya una simple y llana casualidad.

CAPÍTULO 28

JUEVES 10 de mayo, 18:47 PM:

Oh dios mío, querido diario.

O cómo deberé acostumbrarme a decirlo a lo largo de las próximas semanas:

Oh my god, my little dear diary.

Me voy a Londres. Soy oficialmente parte del programa de jóvenes talentos de Sknophillia.

JUEVES 10 de mayo, 19:09 PM:

¿Y que me voy a llevar? Que es que por allí seguro que todavía hace frío. Pero ya no tanto. Y seguro que en Skinophilia son ta cutres que solo me van a incluir una maleta de mano en el vuelo. ¿Y cómo diablos meto preparación para tres semanas en la profundidad máxima de veinte centímetros de mi maleta?

JUEVES 10 de mayo, 19:18 PM:

En el fondo sigo preguntándome qué es lo que se considera un joven talento. ¿Yo soy un talento? No sabría decir cuál es mi gran virtud en este trabajo. Hacer excels bonitos y conseguir que los colores de las celdas combinen entre sí, supongo. Pero Martí nunca ha sabido apreciar que sea capaz de crear documentos estéticamente placenteros, y siempre me ha reprochado que pierda el tiempo en hacer tablas de presupuestos que podrían colgarse en el MoMa sin desentonar.

JUEVES 10 de mayo, 19:36 PM:

¿Y si resulta que no soy un joven talento —y lo digo por lo de talento, y no por lo de joven, que todos sabemos que aún me quedan ocho largos meses por delante antes de que tenga que cambiar de década -? Después de todo lo que le he insistido a Martí para que me inscriba en el programa sería muy lamentable que de pronto apareciese por la puerta del despacho una semana antes de lo previsto. Bueno si me echan antes de hora a lo mejor no se lo notifican a Martí. Y tengo días libres para cogerme unas bien merecidas vacaciones. Piénsalo, Abbs. Cancún. Nueva York tal vez.

JUEVES 10 de mayo, 20:42 PM:

Estoy tan inquieta que he sentido la necesidad vital de compartir mis

novedades y lamentos con alguien. He llamado a Amanda, camuflando mi búsqueda de desahogo de una sincera preocupación por la evolución de sus sentimientos de culpabilidad. Desde que volvimos de Berlín ha ido pasando por una diversidad de fases, incluyendo la de dejarlo todo y volver a rehacer su vida con su primer amor en el extranjero y la de contratar a un coro de mariachis para demostrarle su amor a Jaime en una cena romántica improvisada.

—Es que lo sé, Abbs. Lo sé. Me la está pegando con la editora pero es que fijo. Te lo prometo —Me ha dicho nada más empezar nuestra conversa telefónica.

Ahora está en la fase de autojustificación.

—Es que al final si lo hice, Abbs, es porque había algo dentro de mí que me decía que él me los iba a poner. Y mi orgullo subconsciente no me permitió dejarlo así. Fueron unos cuernos preventivos.

—¿Pero por qué lo dices? Tía si se emocionó un montón con los mariachis, que vi el stories. Está colado por ti, yo no veo nada raro con la editorial.

—Eso es porque no la conoces. El otro día fuimos a cenar. Una fresca, Abril. Una fresca. Bueno, que te hablo así de fino porque estoy en la sala de guardia, pero que vamos, que ya sabes tú. Una zorra como la copa de un pino de grande. Pero no de un pino de estos ridículos que hay en el montecillo. No, te hablo de la copa de pino ingente en las profundidades del bosque. Que si “ay Jaime, que cuando leo tu poesía siento que alguien me lee el alma”. Que le lee el alma dice la tía. Esta lo que quiere es que le lea los labios.

—Pero Aman...

—Que le coma el coño, vamos, por si no me habías entendido.

—Claro que te he entendido, so burra. Pero a ver, que ya sabes que en estos mundillos creativos son todos así muy intensos. Aquí lo que importa es que a ella le parecerá que le ha leído el alma, pero esos poemas los ha escrito pensando en ti.

—No sé yo, no sé yo. Es que eso no lo tengo yo tan claro. El otro día me encontré uno que ha estado revisando últimamente... Mira espera, que te lo leo, que le hice una foto. Mira, aquí. “Te culpo. Y mientras te miro tú estás. En la ventana. Y te culpo. Porque eres, y a la vez no. Y eso me duele. Y eso es mi culpa. Y te culpo a ti”. ¿Y bien? ¿Qué te parece? Esto grita cuernos a los cuatro vientos.

—A ver, Amy, ya sabes que yo no entiendo mucho de poesía... No sé, a mi

me parecen palabras aleatorias sin más.

—Joder, suerte que tú eras la de letras, macho...

—Ya, pero... ¡Ah por cierto! Tengo novedades laborales. He convencido a mi jefe el imbécil con gomina de que me apunte a un programa de desarrollo profesional... La semana que viene me voy a Londres.

—¿Te piensas perder mi boda? —Dí que sí Amanda, gracias por alegrarte tanto por mi y apoyarme en todos mis proyectos. Me ha parecido incluso divertido que ahora estuviese tan enfadada por la posibilidad de que no fuese a su boda, cuando la semana pasada nos había dicho que la iba a anular tres veces y había llegado a consultar por qué precio podría revender el vestido.

—¿Cómo me voy a perder tu boda? Solo son dos semanas. Estaré aquí para cuando te conviertas en la señora de Jaime Azcabán el poeta.

—Ah, pensaba. Pues tía ya he resuelto cómo voy a solventar el problema entre mi tía y las primas de mi madre. Habrá una mesa, así como muy guay de nogal todo, y redonda, y entonces a la Paqui la pongo en el lado izquierdo y luego cojo a las otras dos y...

He puesto el altavoz de teléfono y dejé que Amanda me fuese explicando todo el detalle exhaustivo de la planificación de mesas, mientras que iba buscando el tiempo que haría en Londres las próximas semanas y esbozaba mi lista de cosas que meter en la maleta.

Realmente no sé como he llegado a pensar que Amy sería la persona con la que desahogarse, si ella misma está sumida en un pozo de confusión y autoengaño. No podía plantearle como un drama vital el hecho que me llevasen a un programa de desarrollo que podría acabar catapultándome a un ascenso. Al menos no sin introducirle todo el contexto que convierte mi situación vital en la premisa de una peli merecedora del Oscar al mejor drama. Y tampoco era el momento de dar marcha atrás y empezar a contar que en realidad sí que me había tirado mi jefe y que él había malinterpretado que yo estaba usando como argumento para chantajearle. Ariadna estaba a una semana de una revisión importante con el tutor que se había buscado para la opos, así que me ha sabido mal atosigarla. Tendré que poder llevar mi sufrimiento con el hermetismo de uno de los tupperts buenos de mi madre y sobrevivirlo en silencio como una hemorroide publicitaria.

CAPÍTULO 29

LUNES 14 de mayo, 21:55 PM:

Estimado resumen de experiencias vitales que bien podrían justificar mi futuro suicidio,

¿Qué tal todo? En realidad, no hace tanto que no te escribo, pero siento que ya ha pasado una eternidad desde la última vez que te cerré para concentrarme en decidir qué iba a llevarme a Londres. Al final el departamento de viajes tuvo la benevolencia de añadirme una facturación, así que esta mañana he podido ir hasta la oficina carreteando una maleta de tamaño moderado:

—Pero Abril, ¿no te ibas dos semanas?

—Sí, ¿por? —Le he respondido a Nadia mientras rodeaba la impresora, para poder arrastrar mi equipaje hasta mi sitio sin muebles que obstaculizasen mi paso

—Parece que estás haciendo una mudanza al ártico. La tuya y de la una familia numerosa de un pueblo provinciano emigrando a un núcleo urbano en los sesenta.

—Ay, es que yo que sé. ¿Hará frío, calor? ¿La gente irá vestida más recatadamente que aquí? Necesito llevar conmigo todas las opciones. —Me he dejado caer sobre la silla, hastiada, y he asomado la cabeza por el lado izquierdo del monitor para seguir hablando con mi compañera. Ella me ha sonreído y me ha intentado infundir ánimos mientras se toqueteaba sus rizos castaños.

—Va, no le des tantas vueltas, si te va a ir genial, señora miss joven talento.

Le he devuelto la sonrisa sin estar del todo convencida de que fuese a tener razón. He inspirado hondo y he encendido el ordenador: Me esperaba un día intenso por delante. La verdad es que hoy hubiese preferido quedarme en casa para tener todo el tiempo necesario para asegurarme de que había cogido el pasaporte y desconectado la plancha. Para centrarme y recordarme que no tenía por qué arrepentirme de haberle insistido a Martí que me apuntase en aquel maldito programa. Para intentar decirme a mí misma que sí que estaba a la altura y que sí que era un “joven” talento, y que nadie tendría porqué

preguntarse cómo diablos aquella pobre pardilla española había llegado hasta ahí. Pero mi querido jefe necesitaba hacer una última reunión de *status* y claro, solo podía ser hoy. Así que había empezado la mañana correteando por la estación de tren con una maleta gigantesca y dudando de si habría apagado todos los fogones después de haberme hecho lo huevos revueltos del desayuno.

—Oye Abbs, ¿mantenme informada eh? Que seguro que en la central hay tíos potentorros, no como aquí, que nos morimos de pena. Quiero estar al tanto de todas tus aventuras británicas.

Nadia estaba casi más emocionada que yo con todo el asunto del programa. Y eso que cuando se lo había dicho me dio la sensación de que no le había sentado bien. El día que se lo comuniqué me miró con un cierto punto de rencor escondido en la mirada y fue susurrando reproches en voz bajita mientras hacía movimientos de negación con la cabeza.

—Qué fuerte me parece, Abril. Qué fuerte. Pensaba que éramos amigas. — Me había dicho unos minutos después de haberle contado la noticia, cuando parecía haberse recuperado un poco del choque inicial.

—Bueno, y lo somos. Es que no sé, Nadia. No te he dicho nada antes porque es que me lo acaba de decir Martí, yo pensaba que no iba a colar pero... No sé, lo siento, otra vez lo tendré en cuenta, tal vez te tendría que haberte comentado que lo quería solicitar.

—Pero a ver, Abbs, que pareces tonta. ¿Tú crees que a mi eso es lo que me importa? Yo paso del programa ese, que me daría un palo tener que estar todo el día hablando en inglés y tener que escuchar a los de la central, que es que no les entiendo, que parece que hablando con una zapatilla de estar por casa en la boca.

La miré algo desconcertada. Ella pareció entender mi necesidad de tener más explicaciones, pero se hizo de rogar y se puso a responder un email.

—¿Entonces, cuál es el problema? —Le pregunté mientras me asomaba, como siempre, por uno de los lados de mi pantalla de ordenador. Nadia seguía tecleando sin levantar la vista. —¿Nadia?

—Pues que es que está claro que definitivamente te has tirado a Martí. Y no me has contado nada. No te pedía tanto, ¿sabes? No necesito un video en alta definición, pero no sé, Abril, un contármelo, un poquito con detalles y saber si al final acabó despeinado o si la gomina no se le movió del sitio.

—¿Pero porqué vuelves con ese tema? ¿No te ha quedado claro que no le tocaría ni con guantes con forro polar?

—Abril, no tienes por qué engañarme. Últimamente estáis muy raros los dos, no sé tía, son cosas que se notan. Y a ver, no es ninguna novedad que no le caes especialmente bien. ¿Porqué aceptaría enviarte al programa, si eso sólo va a hacer que se le desmorone el departamento y tenga que trabajar más? No me cuadra nada, Abbs.

—Pues no lo sé. Tú misma lo has dicho, no le caigo bien, le parecerá una bendición divina que no le vaya a molestar en dos semanas. Y confía en que tú y Jimena me vais a poder suplir, y no sé, imagino que un poquito de compasión sí que tendrá. Te puedo prometer que fui insistente.

—¿Insistente? —Mi amiga arqueó las cejas, mirándome escéptica.

—Insistente en plan bien. En plan monja de clausura en un convento aislado. Si de todas formas ya sabes que él también me rechazó. Nada de lo que dices tiene sentido.

Al final le acabé explicando que había usado mi baza de los torneos de *paddle* de los martes para reorientar sus sospechas y volver a zambullirme en mis emails no leídos sin sentirme observada. Desde aquella conversación había tenido unas semanas sosegadas en las que nadie me acusó de haber procreado con mi jefe, así que no tenía por qué recordar en mi mente todas aquellas escenas de película porno de bajo presupuesto con giro argumental dramático.

No sé, por eso, que es lo que habrá pensado Nadia esta tarde. Es posible que toda mi armadura de indiferencia y castidad hacia Martí se haya deshecho cuando he sentido su voz a mi espalda:

—¡Bosco! —Me he girado bruscamente, porque pensaba que estaba reunido y me ha sorprendido escucharle tan cerca.

—Hola. —Por favor, pido un aplauso multitudinario sincronizado para poder celebrar mi capacidad dialéctica.

—¿Te ibas hoy? —Me ha preguntado mientras señalaba mi maleta.

—Sí. —Solo te he enviado dos email con estatus, un recordatorio a la agenda para tener una última reunión contigo y dejado un post-it pegado al monitor de la pantalla. Un aplauso sincronizado también para él por su picardía.

—¿A qué hora te vas?

—El vuelo sale a las ocho y cuarto. Iba a llamar ya al taxi, me iré en breves. Pero si quieres comentar algo del *status* creo que aún tendría unos quince minutos o así hasta que venga. Y si no te llamo.

Martí se ha quedado con una expresión algo dubitativa, pero ha irrumpido

su modo contemplativo de pronto.

—Te llevo.

—¿Qué?

—Venga, nos vamos ya que así hacemos el *status* por el camino. —Martí ya se estaba encaminando hacia el pasillo. —Venga Abril, que tengo reunión en una hora.

Me he levanto y he ido a coger la maleta.

—Es que estoy tan segura de que habéis follado, Abbs. Y no sé ni cuándo, ni cómo, ni sobretodo por qué. Prométeme que me lo contarás.

—Ala va, deja de elucubrar —Me he agachado para abrazarla y la he estrujado en un achuchón que contenía mis ganas de explicárselo todo con pelos y señales —Te echaré de menos.

—Y yo. Pero un de menos así soterrado con rencor porque no me has contado nada. Ya te vale tía.

—¡BOSCO! He visto a gente ir más rápido que tú, y creo recordar que eran tortugas tullidas en un tren regional.

He mirado a Nadia con exasperación y me he dispuesto a acarrear mi maleta para poder estar encerrada en un coche con mi jefe durante veinte kilómetros. Qué chachi. Nadia se ha seguido despidiendo desde la lejanía con la mano, mientras hacía algún que otro gesto obsceno, como simulando todo lo que se suponía que Martí y yo habíamos hecho y que yo no le había contado. Le he lanzado un beso al aire y he correteado para alcanzar a mi simpático responsable jerárquico, que iba susurrando alternativas para ejemplificar lo lenta que le parecía.

Hemos salido de la oficina en silencio mientras un cúmulo de nervios se empezaba a enredar en mi estómago. El recorrido hasta el *parking* junto a Martí me ha evocado un *dejà-vû* que no sabía si valorar de forma positivo.

Cuando hemos llegado a su coche ha abierto el maletero y ha cogido mi maleta.

—Joder —Se le ha escapado un quejido que evidenciaba que no corría mucho en sus infames torneos de *paddle*, pero ha conseguido encajar mi maleta sin que le flaqueasen los brazos —Qué pasa, ¿quieres tener la opción de esconder un cadáver si lo necesitas?

—Ja-Ja, Martí. Oh, un chiste sobre mi conducta semi criminal, que novedoso y chispeante —Me he preguntado si estaba sonando demasiado borde, pero estaba nerviosa y un poco harta de que siempre acabase recurriendo a la misma sorna con la que humillarme.

Nos hemos subido al coche y hemos estado haciendo un repaso superficial por todos los temas que dejaba pendientes. La verdad es que negaría reconocerlo en frente de un jurado popular, pero debo decir que se me ha hecho un poco corto. Y hemos llegado justo cuando ya me estaba acostumbrando al roce suave de los asientos de cuero calefactables y al sonido sordo de una emisora perdiéndose entre frecuencias.

—Bueno... Gracias Martí, por traerme.

—De nada, si ya ves, teníamos que hacer el *estatus* y...

—Ya. Pero lo podríamos haber hecho por teléfono y no sé, así mejor la verdad.

Martí ha inspirado hondo y se ha girado para mirar por su ventanilla mientras se pasaba la mano por la cabeza. No voy a hacer ninguna declaración sobre cómo le quedaba esa camisa blanca con tres botones desabrochados. Ha seguido mirando hacia fuera mientras me daba una última recomendación.

—Abril, ve con cuidado, ¿vale?

Me he quedado algo extrañada con ese consejo de madre que te mira desde el quicio de la puerta ajustándose la bata.

—Sí, claro. Que a ver, que son dos semanas y que voy a estar yendo del hotel a las oficinas y de las oficinas al hotel.

—Sí, justamente a eso me refiero. —Se ha vuelto a girar hacia mí y me ha puesto su mano tibia en el muslo. Puedo imaginar que el pigmento que ha teñido mi cara se podría equiparar con el de cuatro langostas en ebullición. He intentado ignorar el latido atronador de mi corazón para poder prestar toda la atención a sus palabras. —Que vas a estar mucho rato en Skinophillia. Puede que tengas razón. Puede que haya algo turbio en todo esto, y no sé si es una buena idea que vayas a ir a la central a hacer preguntas indiscretas.

—Yo no...

—Céntrate en el programa, por favor. No digas nada a nadie de Bettina, ni de Werkert. No sabes quién te va a estar escuchando, quién puede estar vigilándote. Podría ser la persona que metió a Werkert en un coche y lo calcinó en la calle de atrás. Sé prudente, por lo que más quieras.

—Sí, yo... Bueno, si alguien me calcina a mí tendrás por fin una excusa para contratar a alguien que me reemplace.

Sé que mi respuesta ha sido un poco absurda, pero es que me he quedado sin capacidad de reacción. Nunca había visto esa faceta paranoica de Martí, y me extrañaba. En ese momento he imaginado que era la excusa que se le ha ocurrido para convencerme de que no le deje en ridículo por la central. Al

final del día yo seguía siendo algo que le ponía en un compromiso, sobretodo si al final resultaba que no era ni joven ni un talento.

Él ha chasqueado la lengua mientras negaba con desaprobación, y se ha acercado a mí para darme un abrazo. Yo, no me hagas explicarte porqué, le he respondido con una caricia en su mejilla izquierda, y nos hemos acabado dando un beso extraño, con el freno de manos y el cambio de marchas como única distancia insalvable entre los dos.

—Te vamos a echar de menos. —Me ha acabado reconociendo con una media sonrisa cuando ya tenía cogida la manecilla de la puerta del coche.

—Y yo. —Le he sonreído tímidamente. Virgen santa Abril. Quién te ha visto y quién te ve. ¿Tengo que recordarte que ayer estabas escribiendo cartas de motivación para otras empresas? No dejes que una actitud paternalista acabe con tus ambiciones profesionales.

Al final he reunido la fuerza de voluntad necesaria para bajarme de ese coche y Martí ha vuelto a desplegar su surtido de suspiros y pequeños alaridos mientras bajaba mi maleta.

—Bueno pues... Voy dentro. Gracias, Martí. Por traerme y por inscribirme en el programa. Sé que te juegas cosas con esa recomendación. Haré todo lo posible porque nadie quede defraudado.

¿Pero de verdad, porqué tengo que ser TAN repelente en estos contextos?

—De nada. No me juego nada. Eres una apuesta segura, Abril.

Se me ha parado el corazón. Mi responsable superior directo estaba reconociendo, de forma explícita sin ningún tipo de coacción (creo) que yo era una apuesta segura para el departamento. Debería haber sabido que iba a pasar esto. Debería haberlo podido grabar para la posteridad, para ponérmelo a modo de meditación guiada antes de irme a dormir, para reproducirlo antes de nos reuniésemos para revisar una presentación. Para anexionarlo a mi currículum, para empezar a componer una canción. “Eres una apuesta segura Abril uh-oh-uh-oh yeah oh-uh-yeah oh apuesta segura aaah”.

—Oye, Abril.

—¿Sí?

Yo seguía ensimismada en mi mundo de reconocimientos profesionales positivos, así que no estaba del todo preparada para escuchar lo que me ha preguntado a continuación.

—Tú coincidiste con Encarna, ¿no?

—¿Encarna? ¿La que estaba antes que tú? —él ha asentido —Sí, claro. Fue mi jefa.

—El otro día estaba buscando unas facturas de hace unos años para un informe que le tengo que hacer a finanzas y me encontré esto. Léetelo ahora. Y ten cuidado.

Me ha tendido una libreta. De tapas de cuero marrón, y atadas con una cinta lila. La he reconocido al instante. Encarna siempre carreteaba su libreta por toda la oficina, a pesar de que nunca tomaba apuntes en la reuniones — porque para eso ya tenía a su pequeña esclava Abril. La he cogido de las manos de Martí y he acariciado la portada mientras un mal presentimiento empezaba a cabalgar por mis arterias.

Cuando Martí me ha abrazado en nuestra despedida final sólo podía escuchar mi corazón, impactando desbocado contra la mi caja torácica.

—Ten cuidado. Y pásatelo bien.

Cuando el coche de Martí ha arrancado yo seguía en la acera de en frente del edificio de la terminal, intentando procesar qué era aquel cuaderno que ahora tenía entre mis manos. Lo he abierto para empezar a hacerme una idea de cuál era el tipo de lectura que me iba a amenizar el vuelo.

“23 de junio de 2015,

No tengo tiempo para contar demasiado. Pero necesito dejarlo por escrito, por si acaso. Creo que hoy un coche me ha estado siguiendo hasta casa. Alguien de Skinophillia sabe que lo sé. Y no sé si voy a estar a salvo.”.

CAPÍTULO 30

LUNES 14 de mayo, 23:47 PM:

Holi de nuevo diario.

Ya estoy en el hotel que va a tener que convertirse en mi hogar durante las próximas dos semanas. Por suerte no es el Sunny Meadows, que imagino que quedaba demasiado lejos de la central, y la habitación es algo más grande y algo más acogedora. Pero siguen estando esas cortinas completamente opacas que se arrastran por el suelo. Un suelo recubierto de ese tipo de moqueta que me trae malos recuerdos, con las fibras desgastadas y enredadas, salvajes, entre pelusas y algún que otro cabello de inquilinos anteriores. Incluso la luz tenue de la lamparita *vintage* me recuerda al escenario en el que maté a mi primer hombre —que espero que último, de verdad te lo digo.

He estado repasando la agenda de Encarna durante todo el vuelo, y he hecho una segunda relectura en cuanto he llegado al hotel. Y no sé que pensar. El día que vi su email de despedida, rápido, escueto, no me había sorprendido mucho. Encajaba con el tipo de personalidad imprevisible y algo trastornada de Encarna. Hacía tiempo que me hablaba de aquel novio de Miami, y si hay alguien que tome una decisión trascendental y se vaya sin decir nada a nadie sería sin duda alguien como Encarna. Además, su edad era un absoluto misterio, pero siempre me había dado la impresión de que ya se podría haber jubilado lustros atrás. Así que no era descabellado. ¿Sabes qué es lo que me parecería descabellado? Que Encarna descubriese algo turbio de Skinophillia. Que Encarna, que siempre conseguía evadir de forma magistral cualquier responsabilidad o tarea, se hubiese puesto a investigar. Que Encarna no se hubiese ido a Miami con un mail de cuatro palabras como última despedida. Que aquel “Ciao, bebé” no lo hubiese escrito ella. Que le hubiese pasado algo. Lo mismo a Bettina. Que a Werkert.

Eso, para mí, sería lo verdaderamente descabellado. Y por eso creo que voy a necesitar leérmelo una vez más para asimilar todo lo que le contó Encarna a esa libreta. Era su letra: pequeña, aglomerada, agobiante, escrita con una presión que marcaba las palabras en la página siguiente. Todo lo que relataba era críptico e impreciso, pero pude deducir rápidamente que aquel cuaderno era una recopilación de todas las cosas extrañas que le habían estado

pasando a Encarna dentro de Skinophillia. La sensación de que un coche la seguía. Cuando le habían desaparecido documentos de su mesa. Alguien le robó un día el *tupper* de la nevera y sospechó que es que le estaban intentando envenenar la comida – ahora que lo pienso encaja perfectamente con la etapa en la que me hacía ir a buscarle bocadillos al catering. Se le borraban emails de forma misteriosa. Un día pensó que había perdido el móvil porque no lo encontraba en ningún sitio, pero al día siguiente estaba en cajón de debajo de su mesa, y ella no recordaba haberlo dejado allí. La verdad es que no sé que pensar. Si no tuviese el contexto de todo lo que ha pasado con Werkert pensaría que esas anotaciones eran simples divagaciones de una mujer al borde de de una demencia senil precoz que posiblemente estaba teniendo pensamientos paranoides debido a una adicción ligera a las pastillas para dormir. Pero no sé. Ahora pondría en duda todo lo que antes me parecería una certeza. Mírame, nada como estar a miles de kilómetros de casa para volverme toda una descartiana exacerbada.

He estado hablando de todo esto con Martí, que me ha dicho que lo llamase cuando llegase.

—Ey, hola. ¿Lo has leído? —Me ha preguntado nada más descolgar el teléfono.

—Nosotros tener a Abril secuestrada. —Le he respondido intentando imitar un poco logrado acento ruso. ¿Por qué? No lo sé, querido diario. Hay cosas en esta vida que no tienen límite. La fuerza del amor. Los gramos de droga que le dan al público de la ruleta de la suerte para que pueda estar tan motivado. La cantidad de comida que hace una madre los domingos. Mi sorprendente capacidad para ser cada día que pasa más gilipollas todavía.

—¿Pero tú estás imbécil?

—Ay, no sé Martí. Era broma. Es que has respondido así tan convencido de que era yo.

—No te jode, quién vas a ser si estoy llamando a tu número. Bueno, a ver, ¿te lo que has leído o qué?

—Sí, claro. Antes de coger el vuelo.

—¿Y qué, y qué?

—Pues... La verdad que no sé que decirte. Encarna era... Es que no sé ni cómo describirtela. Te lo podría resumir en que la tía se fue de un día para otra dejando todas las cuentas sin cuadrar

—Dímelo a mí...

—Bueno, pues eso, de un día para otro y dejándome sólo un email. Y no

me extrañó. Era una tía imprevisible, nunca sabías de qué humor iba a estar ni por dónde te iba a salir. Estaba un poco loca. Bueno, no te pienses que yo hablaría así de un jefe, ¿eh? Pero siendo sinceros más que un poco loca estaba completamente desequilibrada. Como para tener que medicarse así fuerte.

—Osea que crees que lo de la libreta son paranoias.

—Podría... Pero...

—¿Pero?

—Encarna era una persona que dedicaba el mínimo esfuerzo a todo. No se hubiese liado a llevar todo ese recuento en una libreta si no hubiese habido algo importante detrás. Y otra cosa que me chirriaría es que ella tenía super buena memoria. La tía era un desastre y todo era desorganización y caos... Pero se acordaba de TODO. Dónde estaban todos los informes, qué se había presentado y que no... Incluso un día que yo estaba buscando el bolso como una desesperada ella se acordó que no había entrado con él por la mañana. Y totalmente cierto: Me lo había dejado en el coche. Osea que si ella creía que su móvil había desaparecido me lo creo.

—Ya, no sé... Ya no sé que pensar.

Me he acabado de tumbar sobre la cama y me he girado hacia la ventana, sujetando aún el móvil sobre mi oreja.

—Está claro que algo ha pasado, Martí. No sé cómo de grave puede que sea, a lo mejor es algo tan chorra como que alguien de Skinophillia entró en la habitación, vio aquello y no quiso que el nombre de la empresa se asociara a nada turbio. Pero hay muchas cosas... No sé. Lo de Widuchowa, y todo. Nadie se tomaría tantas molestias.

—Bueno, en todo caso tú ve con cuidado. No te hagas la Jessica Fletcher, tienes que mantener un perfil bajo.

—Sí, tranquilo que no te voy a dejar en evidencia.

El ha emitido un murmullo de conformidad al otro lado de la línea y nos hemos quedado en silencio.

—¿Qué tal te ha ido hoy el día? —Me he sentido imbécil incluso antes de acabar la pregunta. ¿Con quién pensabas que estabas hablando, Abril? ¿Con tu novio de quinto de primaria?

—Bien. ¿Tú el vuelo qué tal?

—Pues ha habido turbulencias así que se me ha hecho un poco largo, la verdad. Pero bueno, bien.

—Guay. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Nada, estoy aquí sola en el hotel.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tumbada en la cama.

¿Crees eso que ha sonado sexual? No sé ni siquiera para que intento tener una segunda opinión de un objeto inanimado. Claramente ha sonado sexual. ¿Pero en qué estaba pensando? Te prometo que en nada pervertido. De verdad. Era solo una conversa ingenua entre jefe y subordinada.

—Vaya. ¿Y qué llevas puesto?

—Eh... Un pijama. De franela, así calentito, que aquí hace un frío que te mueres.

—¿Y no quieres quitártelo?

He colgado. A penas me definiendo en el sexo convencional, no sé qué es lo que pretendía Martí ni cómo sería capaz de salir con dignidad de un encuentro sexual telefónico.

Se despide, ridículamente tuya,
Abbs.

CAPÍTULO 31

MIÉRCOLES 16 de mayo, 21:23 PM:

¿Qué tal querido diario?

Disculpa que te haya tenido aquí olvidado durante todo un día, pero ayer llegué agotadísima y sin fuerzas para seguir psicoanalizándome. Y además que el primer día tampoco fue demasiado interesante. Pero bueno, yo te cuento, para que luego no creas que omito partes de mi vida. Que a ver, no creo que nunca hayas puesto esto en duda porque te he contado cosas que me dejan mucho en evidencia, y me gustaría creer que ya nada puede ir a peor.

Ayer empecé el día muy nerviosa. Imagina en que estado estaba que ni siquiera fui capaz de bajar a desayunar. Yo, renunciando a un bufet libre. A un bufet libre de desayunos pagado por la empresa. No es el tipo de persona que me siento orgullosa por ser. Pero a ahí me teníais, renunciando a unos gofres recién recalentados y rebuscando en mi maleta el vestido más serio y poco arrugado que pudiese encontrar. Encontré uno de tejido elástico que cumplía con todos los requisitos posibles del código de vestimenta corporativa más aburrido de la faz terrestre: Negro, con manga tres cuartos, sin escote, con la falda rozando mis rodillas y un cinturón ajustándolo a la cintura. Ayer no era el día para demostrar que cada mes me leo el Vogue con fervor devoto e intentar parecer una estilista recién salida de un *front row*. Era un día para aparentar ser madura, responsable y, sobretodo, joven y talentosa.

Llegué a las oficinas de Skinophillia maldiciendo haber decidido estrenar zapatos justo aquel día. Los escasos setecientos metros que separaban mi hotel de la central los había hecho a un paso tortuoso, con el roce desgarrador del zapato enquistándose en mi talón. Pero no era el momento para lamentaciones: Era el momento para parecer fresca y proactiva, joven y talentosa. Me adentré en el edificio y me dirigí a la recepcionista con una sonrisa abrumadora:

—¡Buenos días!

La tía no tardó nada en erigir un muro que la hizo inmune a mis encantos. Me levantó el índice, como para hacerme entender que me esperara, que ella estaba muy ocupada hablando con el alguien por el auricular que apretaba contra su oreja. Esperé pacientemente, aunque mirando el reloj preocupada. La sesión de bienvenida empezaba a las nueve, y yo había salido con un margen

bastante ajustado porque al final el hotel está muy cerca de las oficinas y no contaba con que la recepcionista estaría tan sumamente ocupada. Finalmente se giró hacia mí y me preguntó que a dónde iba. Me hizo una tarjeta de visitante sin apenas mirarme a la cara y me indicó con un gesto brusco de cabeza que tenía que subir las escaleras.

Estuve deambulando por la primera planta intentando divisar dónde estaba la sala dónde se suponía que nos habían citado, pero sin suerte. Un cuarto de hora después, tras haber preguntado a seis personas y subido y bajado varios pisos la acabé encontrando, girando a mano izquierda de un pasillo remoto.

Entré a sabiendas de que me estaba poniendo en evidencia casi antes de haber empezado el programa. Iba a ser difícil remontar el retraso, sólo me quedaba la esperanza de que al tutor le encantasen los tópicos y se pudiese regocijar sobre la impuntualidad española en la pausa del café.

—¡Hola... Eh, disculpad. ¿Es la sesión para jóvenes talentos?

Un señor calvo de unos cincuenta años estaba de pie en frente de un proyector, y cinco cabezas sentadas se había girado hacia mí.

—Los jóvenes talentos no llegan tarde. Sí, es aquí, puedes tomar asiento.

Avancé hacia las sillas de la primera fila en las que estaban sentados los demás intentando impostar un acento británico para murmurar todas las que excusa que ya había pensado por el camino:

—Oh, realmente lo siento muchísimo, de veras. La recepcionista estaba ocupada y no me ha podido indicar el camino, lo siento. No volverá a ocurrir.

Me senté en un extremo de la fila y pude ver de reojo que éramos cuatro chicos y dos chicas, contándome a mí.

—¿Señorita Bosco, imagino?

—Sí. Abril Bosco. Encantada —Sonreí, esperando destilar ingenuidad y que el señor calvo se apiadase de mí.

—Bien. Retomaré lo que les estaba contando a tus compañeros. Yo soy Charles Pecker, y seré vuestro tutor a lo largo de las próximas dos semanas. Todos los que estáis aquí habéis llegado hasta este programa porque vuestros jefes han considerado que estáis lo suficientemente capacitados para convertirlos en el futuro de esta empresa.

Aquí debo reconocerte que he desconectado un poco. Pensar en detalle sobre las motivaciones de mi jefe para recomendarme al programa despertó el recuerdo que los nervios de la mañana habían estado opacando: Mi querido jefe de pelo engominado había intentado mantener sexo telefónico conmigo y yo le había colgado después de fingir que perdía la conexión con un carraspeo

de garganta. Nuevamente necesito pedir a tus páginas que se levanten de la grada y aplaudan vitoreantes con todas sus fuerzas. Llevar prácticamente un año sin ligotearte a nadie. De pronto alguien se interesa en ti, y es tu jefe. Y tú solo sabes reaccionar como la pardilla adolescente que aún eres a pesar de que intentes jugar la partida en el tablero de los adultos, comprando ropa interior de encaje conjuntada e intentando entender qué es lo que te ahorras con la nueva tarifa del gas. ¿Qué habrá pensado Martí? A ver, que no es que me importe. Que al final es él quien decidió ser inapropiado. Pero yo pensaba que lo nuestro —y le llamo lo nuestro porque no sabría cómo catalogarlo —se iba quedar en aquella noche, en aquel recuerdo ensombrecido por la vergüenza, en aquella conversa somnolienta sobre mis lámparas de IKEA. No esperaba ningún tipo de continuidad, así que no me había preparado psicológicamente para ser ingeniosa, y sexy y espontánea. Y la pregunta más importante, Abril: ¿Tú querías? ¿De veras crees que a tu poca estabilidad emocional le convendría una relación de estira y afloja, de no-sé-qué-somos, de no-sé-qué-quiero con mi jefe? Y no pierdas la perspectiva, Abril: Le odias. Un poco menos, y más íntimamente. Vale, incluso puede que no sea odio. Pero le guardas un cierto rencor. Y sigue siendo un imbécil repeinado.

No sé qué diablos hago. Martí ha sido capaz de arruinarme hasta este momento. El encumbramiento definitivo, la empresa reconociendo mi talento, y mi juventud, y ni siquiera he sido capaz de concentrarme en todo lo que decía el señor calvo porque estaba demasiado preocupada, martirizándome por haber colgado una conversa incómoda.

Pero tampoco te creas, que llevo muchos años dominando el arte de la evasión controlada y a grandes rasgos sí que me quedé con lo que nos dijo. El señor calvo confía en nosotros porque somos la linterna que será capaz de guiar a la empresa en el túnel de innovación y transformación que nos conducirán al futuro —entenderás ahora que haya perdido un poco el hilo de la charla -, y a lo largo de las siguientes semanas tendremos seminarios impartidos por los jefazos de la central, a la vez que desarrollamos un proyecto en nuestra área de competencia, que tendremos que presentar cuando acabe el programa.

En la pausa para el café he conocido al resto de luciernaguillas que deberán intentar trazar un haz luminoso en el pozo de decepciones que es este ámbito laboral. Ha sido algo tenso, la verdad. Todos nos hemos ido presentando de forma muy sucinta mientras mascullábamos los crusanos oleosos del catering, y bajo la atenta mirada del señor calvo, que sólo ha

estado sorbeteando un café con un rictus muy serio. Giovanna es la otra chica viene del departamento de i+D de la filial de Italia, y luego hay dos chicos de la filial de Londres, uno que viene del departamento legal de París y Lukas, del departamento de administración y finanzas de Varsovia. Durante la corta franja de tiempo que ha pasado desde que ha dicho que era polaco hasta que ha especificado en la ciudad que estaba su filial he deseado secretamente que dijese que venía de Widuchowa. Supongo que una parte de mi aún espera que Werkert esté vivo y que su mayor pesar esté siendo tener que dirigir una oficina semi vacía en un punto perdido del mapa de Polonia. Pero imagino que no.

Hoy, que hemos tenido algo más de tiempo libre, he estado intentar encontrar algún rastro digital de Encarna. Sabía que me aventuraba en una misión difícil, mi antigua jefa no había sido muy aventajada con las tecnologías, pero tampoco perdía nada por hacer una búsqueda rápida en Google: Encarna Magallanes de Montero. Esperaba que el haberse mudado al otro lado del Atlántico le hubiese creado la necesidad de crearse un perfil en Facebook, pero sólo he encontrado una página de LinkedIn sin actualizar, un artículo del apartado corporativo de la web de Skinophillia en el que la mencionaban como una de las empleadas más longevas y una foto de ella con su asociación de vecinos.

He estado cotilleando el Facebook de la asociación para ver si veía alguna foto reciente de Encarna. No he logrado divisarla, pero sí he visto a alguien que me ha resultado muy familiar. Yo lo había conocido con la cara pecosa y un gracioso diastema, así que he tardado bastante en reconocerle ahora que tenía una barba espesa tapando gran parte de su cara y que los efectos de una cara ortodoncia quedaban patentes en una ancha sonrisa de dientes alineados. El sobrino de Encarna. Le había conocido porque mis responsabilidades cuando estaba en la agencia llegaron a incluir hacerle de canguro una noche de sábado y encarnar a la mascota de su equipo de básquet. Contando la de tiempo que ha pasado desde entonces calculo que ahora tendrá unos dieciséis o diecisiete años. Gracias a un arduo proceso deductivo he llegado a la conclusión de que no puede ser un adolescente creciendo en esta década sin tener una cuenta de Instagram. Y nuevamente: BINGO. No me ha costado mucho encontrar una cuenta con fotos de adolescente intenso mirando al horizonte. Le he escrito un mensaje recordándole que soy la chica que pasó un domingo de pleno Julio enfundada en un traje de pollo (el equipo del chaval estaba patrocinado por la pollería Mari Carmen), la que se desmayó a causa

de un golpe de calor, colándose y quedándose atascada entre dos filas de gradas. Supongo que es bastante factible que me recuerde. Le he preguntado que qué tal está y que si sabe algo de su tía, que me gustaría saber de ella y eso, así que me podía escribir de vuelta o llamarme al número de móvil que le dejaba a continuación.

Y así estoy ahora: Revisando mi buzón de mensajes directos cada dos minutos, y debatiéndome sobre si debería llamar a Martí o no para contarle mis (nulos) avances. ¿Le llamo? ¿O no le llamo? Es la duda vital que tendría Hamlet si viviera en este siglo de relaciones inetiquetables. Ojalá me pudieses responder, querido diario, y darme un consejo maduro y razonable sobre cómo gestionar esta situación.

Se despide con intenciones de irse a dormir, que mañana tiene que madrugar,

Abbs.

CAPÍTULO 32

MIÉRCOLES 16 de mayo, 22:16 PM:

Le llamo.

MIÉRCOLES 16 de mayo, 22:17 PM:

No, mejor no. Aguanta Abbs. Al final hoy tampoco ha pasado nada del otro mundo.

MIÉRCOLES 16 de mayo, 22:22 PM:

Bueno, va, le llamo que tampoco me cuesta nada y le pregunto por cómo van las cosas en la ofi, que así quedo como una persona responsable y adicta al trabajo.

MIÉRCOLES 16 de mayo, 22:34 PM:

Vaya, no me lo coge. Pues nada, voy a dormir. ¡Ahora sí que sí!

Buenas noches,

Abbs.

MIÉRCOLES 16 de mayo, 22:56 PM:

¿Tú crees que hay alguna posibilidad de que no me coja el teléfono porque le insinué que quería tener sexo telefónico y luego le colgué el teléfono con una excusa miserable?

Puede que esté demasiado ocupado redactando el formulario de despido que tiene que enviar a recursos humanos.

Por qué Abril. Por qué. Dónde tengas la olla, joder, ¿acaso no lo habías escuchado nunca?

MIÉRCOLES 16 de mayo, 23:12 PM:

BORRADOR DE CARTA DE MOTIVACIÓN 1

Estimada nueva empresa,

Me dirijo a ustedes para mostrarles mi interés en relación a la oferta publicada en el portal de empleo. Creo que sería el miembro que vuestro equipo necesita, ya que mis anteriores experiencias laborales me han estado preparando para esta increíble oportunidad. Durante mis casi tres años en Skinpohillia como ejecutiva de organización de eventos he podido aprender que no es satisfactorio mantener relaciones sexuales con los supervisores directos.

Ay que me llama. Me está llamando, me está llamando.

CAPÍTULO 33

MIÉRCOLES 16 de mayo, 23:38 PM:

No ha estado tan mal. Supongo que ha sido algo menos incómodo de lo que pensaba.

—Ey. ¿Me has llamado? ¿Ha pasado algo?

He intentado cavilar una excusa que justificase por qué estaba llamando a mi jefe a los once de la noche de un día entre semana.

—¡Ey! No, nada relevante... Nada, era sólo por ver qué tal, que como el otro día se cortó la conversa... —piensa, piensa, piensa Abril —Y para preguntarte si podrías buscar en el directorio de la empresa los contactos de Encarna. El teléfono, o algo. Es que he estado buscando sobre ella y de momento no he encontrado nada. Sólo el insta de su sobrino, y le he escrito, pero de aquí a que conteste a saber...

Gracias neurona de la mentira improvisada. Te mereces una encima extra de glucosa por haberme ayudado a no quedar como una acosadora delante de mi jefe.

—Vale. Ya miraré a ver.

—Vale, gracias. Y lo siento, no he caído que allí es una hora más y ya no son horas para llamar.

—No, si no pasa nada, es pronto. Bueno, ¿qué tal por allí? ¿Has podido corroborar si valió la pena clavarme un boli en el ojo?

—Qué exagerado, ¿me vas a guardar rencor durante el resto de tu vida? —No le he dejado contestar, prefiero vivir sin saber si esa pregunta tiene una respuesta afirmativa —De momento bien. Nos han estado hablando varios jefes de aquí de la central en plan para que sepamos como se gestiona Skinophillia a nivel de *management*. Y tédre que hacer un proyecto sobre algo de eventos o *brand experience*, no sé, yo creo que por ahora aún no te he dejado en evidencia.

—Vaya, qué record.

—JA-JA, qué incisivo, por favor esconde un poco el sarcasmo que me voy a chocar con él.

—Bueno, y fuera coñas ¿qué tal por ahí? ¿Has visto algo raro?

—Raro es todo. No sé, estar en un hotel tan igual al otro, y con la dichosa

moqueta esta con manchas... Ayer casi ni pegué ojo. Me iban pasando las imágenes de aquel día por la cabeza.

Sé que Martí no me estaba preguntando exactamente por eso, pero necesitaba contárselo a alguien. A él. Porque es la única persona a la que le puedo confesar que hay un homicidio que me sigue mordisqueando la consciencia.

—Ya... Intenta no pensar. O sea, a ver, que sé que luego es inevitable porque joder, es que lo que pasó es fuerte. Pero no fue nuestra culpa. Él estaba allí por algo, Abril. Algo que seguro que no era bueno, porque sino no estaría escondido detrás de la puerta en una habitación que no era la suya.

Las palabras de Martí han conectado los engranajes necesarios para hacerme ver cuál era la respuesta que había estado buscando. Como si de pronto hubiese entendido cuáles eran mis motivaciones para jugar el papel de la investigadora *amateur*. Y lo había hecho incluso antes de que yo lo hubiese podido descubrir. Al final toda esta necesidad de saber más de todo este entramado. No se debe solo a que yo sea una cotilla y que mi adicción a los programas de crímenes reales haya cimentado en mi la necesidad de jugar a los detectives. En todo esto hay algo más, y es la esperanza de vivir con esa tranquilidad de no ser culpable de nada algún día. Si en *Skinophillia* pasa algo, si Werkert estuvo metido en algo turbio, serán elementos que me ayuden a desdibujar al Werkert persona. Al Werkert padre, al Wertkert hermano, al Wekert hijo. Y que perfile en su lugar al Werkert villano. Maníaco, psicópata, retorcido. Al tipo de persona que no me importaría (tanto) haber matado.

Podría haber empezado a hablarle a Martí de esto y haber acabado sumida en un bucle de acusaciones autoinculpatorias y llantos, pero como no sé si estaba preparada para llegar a ese nivel de profundidad con él me he limitado a asentir y a decirle que intentaría no pensar. Y que adiós, que le llamaba pronto. Y que hasta mañana, que tuviese cuidado. Y he colgado y me he tumbado en la cama, mirando hacia ese techo manchado de motas de humedad y me he tapado con esas sábanas rígidas, almidonadas, que transpiran ese olor al lavado industrial que te recuerda que esta noche duermes sola en un hotel.

Bueno, por lo intensa que me he puesto creo que ya nos queda claro a los dos que tendría que irme a dormir. ¡Ahora sí que sí!

Buenas noches,

Abbs.

CAPÍTULO 34

SÁBADO 19 DE MAYO, 12:15 AM:

Vaya. Vaya. Vaya-vaya.

Ya sabes que mi nivel de persona intensita ha aumentado en las últimas semanas, así que permíteme que empiece debatiendo sobre cuestiones filosóficas.

¿Crees en el destino, pequeño amigo? ¿En que esos pequeños infortunios anecdóticos puedan ser simples y llanas casualidades? Una Abril más joven, más ingenua y cínica te hubiese dicho que no. Que a ver, que ella se lee el horóscopo y se alegra cuando pone que va a haber avances a nivel laboral o romántico. Porque podría tener cierta lógica que todos los piscis del mundo vayan a ser ascendidos la segunda quincena de octubre. Y que tampoco no está demás poder achacar que los gastos extra de la tarjeta de crédito de este mes no se deben a que haya recibido con un fervor religioso la nueva colección del Zara, sino que es porque mercurio está en retroceso, joder, que ya sabes como se pone Mercurio cuando está así algo retrógrado. Pero el destino, así con toda su connotación esotérica y determinante no existe. Tu suerte y tu camino vital te los construyes tú con tus decisiones y acciones. Y lo siento, chata, pero no va a haber nadie a quien puedas culpar. Ni haber nacido con ascendente Géminis ni el puto Mercurio en retroceso. Bueno, a la mala suerte si las cosas no te acaban de ir bien. Y tu falta de privilegios. Pero vamos, que ya me entiendes: No hay nada que haya pautado tu vida de antemano, ni las constelaciones, ni los posos del té ni el entramado de líneas de tus manos.

Pero a veces no se me ocurre a qué otra explicación recurrir. En días como el de ayer, por ejemplo.

Ya le he estado cogiendo el ritmo a esto de ser un joven talento y finalmente he podido cronometrar lo que tardo en ir del hotel a la oficina, así que ayer por la mañana pude calcular cómo llegar con suficiente margen de tiempo como para dejarme caer muy casualmente por el departamento de *marketing*. Si te soy sincera no sé que esperaba descubrir con esto. No creo que en el antiguo despacho de Werkert alguien hubiese escrito con letras deslumbrantes y rojas “Werkert ya no está aquí porque hicimos un complot para matarle”, o que en la que había sido la mesa de Bettina ahora hubiese un

cartelito predicando que ella estaba “ausente por alta traición corporativa”. Pero aún así yo fui a echar un ojo mientras hacía ver que buscaba despistada la máquina de cafés. Me asomé por la puerta que da acceso al área del departamento mientras mi café *latte* estaba siendo escupido de forma violenta por el conducto mugriento de la máquina. Vaya con la puntualidad inglesa: A esa hora sólo había llegado una chica, que estaba aporreando la impresora. Cómo la entiendo, yo también odio a ese dichoso engendro.

—*Can I help you?*

Una voz a mi espalda me sorprendió, y di un pequeño respingo.

—*No, thanks! I was just waiting for my coffee.*

Me apresuré a volver hacia la máquina para dejarle claro a aquel chico que no tenía ningún tipo de actitud sospechosa, que yo estaba en ese pasillo única y exclusivamente para poder degustar un café acuoso y requemado.

—¿Abril?

Me paré en seco. ¿Sabía mi nombre? Sabía mi nombre. ¿Por qué? ¿Acaso era alguien que me estaba investigando porque sabía que yo había matado a un jefe de mi propia empresa?

—Ostias, que fuerte. ¡Abril!

Fue todo lo que se me pasó por la cabeza en el transcurso de tiempo en el que levanté la vista para mirar a los ojos al chico que me estaba interpelando. Quién, quién, quién. ¿Quién podía saber con qué intenciones estaba yo en este programa?

—¿Pau?

Pau. Le recordarás de capítulos anteriores, tales como el de mi primera experiencia con el acoso sexual en ámbito laboral. Se acercó a abrazarme mientras yo seguía en estado catatónico. Pau. Que se había sentido tan incomodado y violentado que había tenido la necesidad de dimitir y denunciarnos a recursos humanos. Pau. Que no quería seguir trabajando en Skinophillia. Pau. Que tuvimos que ir a un cursillo que se organizó solo para Nadia y para mí y rellenar un cuadernillo con actividades sobre el consentimiento y la creación de espacios seguros en el ámbito laboral.

—Cuánto tiempo Abbie, ¡qué ganas tenía de verte!

Esa vergüenza desgarradora que siempre había estado latente hervía ahora y resquebrajaba mi interior. ¿Cómo diablos iba a poder mirarle a los ojos? El pobre se había sentido acosado y ahora estaba ahí, envolviéndome en un abrazo ceñido y reconfortante.

—Pau... Qué fuerte. No sabía nada de...

—¡Ya, Abbie...! Qué fuerte, claro, ¡es que no habíamos vuelto a hablar...! Al cambiarme al número inglés perdí los contactos que tenía en la SIM del otro. ¿Qué haces aquí? ¿Te han trasladado?

—No, ¡qué va! He venido al programa de jóvenes talentos.

—¡Ah, qué bien! ¿Y qué tal?

—Bien, ¡genial! A ver, de momento están siendo todo charlas coñazo de jefecillos que van de algo por la vida, pero sí, guay, estoy aprendiendo.

—Muy bien... Oye, me tengo que ir que llego tarde a una reunión, pero bájate luego y quedamos para cenar o algo, ¿no?

—¡Claro!

Pau entró en el departamento aleteando un último adiós con la mano y yo me quedé en ese pasillo, bebiéndome de un solo trago el café templado para intentar salir de mi estado de shock.

Al final me he pude convencer para ir hasta la sala de las conferencias, a pesar de que el bochorno seguía latiendo en mí como un corazón infartado.

Entré en la sala con todo el sigilo que logré reunir y murmuré mi ya habitual “sorry-sorry”. Mis compis talentosos ya ni siquiera parecen sorprendidos cuando llego algunos minutos tarde a las conferencias.

—¿Como se llama usted señorita? —Me preguntó el señor de pelo cano que nos hacía el discursito hoy.

—Abril. Abril Bosco.

—Muy bien. ¿Y de dónde viene?

—Ah... Del lavabo. Le ruego que me disculpe haber llegado tarde, pero es que he tenido una pequeña indisposición.

—No...

—Bueno es que hay bufet libre del hotel, ya sabe cómo son. Y claro yo...

—Me refería a que de qué departamento y delegación procede señora Bosco.

—¡Ah!

¿Me disculparías un breve segundo, estimado diario? Necesito ir a suicidarme un poco para poder lidiar con la vergüenza de ser tan boca chancas cómo yo.

El señor Knorrt, que creo que se llamaba así, nos dio una de las charlas más inspiradoras de lo que llevamos de programa, la verdad. Que lo verdaderamente importante para ser un buen jefe era asegurarte de que no perdías tu esencia, y de que hacías las cosas con pasión y entusiasmo ingenuo. A pesar de lo interesante que me estaba resultando tampoco pude acallar mis

pensamientos acusadores. Pau, Pau, Pau. El chico que dejó su trabajo por lo mucho que le había incomodado tu actitud. Mi consuelo en aquel momento fue que al menos nunca más tendría que verle a la cara. Y ahora resulta que seguía en la misma empresa y sin haber perdido un solo deje de su simpatía intimidante.

El señor acabó su charla recordándonos que podemos acudir a él siempre que tengamos una consulta y que cada mañana nos preguntemos a nosotros mismos si lo que vamos a hacer nos gusta y nos motiva. Me parece muy buen consejo como para desarrollar un libro de autoayuda, pero difícil de aplicar en mi vida real. Si me preguntase cada mañana que si lo que hago me gusta y me motiva acabaría arrullada en la cama otra vez, llorando sin consuelo bajo el nórdico.

Pero bueno, no empecemos con las digresiones: La cuestión es que el señor Knorrt cogió su maletín, nos dijo adiós y se fue para dejar paso al próximo ponente.

Me esperaba a otro señor de esos que tanto hemos estado viendo estos días. Melena salpicada de gris repeinada hacia la izquierda para disimular la calva incipiente, traje entallado oscuro, gesto aburrido. El prototipo.

—¡Hola chicos!

Me sorprendió ver que Pau entraba por la puerta. Ay dios. ¿Habría venido a saludarme? ¿A revelar que yo no podía ser un joven talento porque había tenido conductas inapropiadas con un subordinado? Tardé muy poco en descubrirlo.

—Bueno, espero que no estéis muy cansados. Me toca a mi, ¡intentaré hacerlo entretenido! Soy Pau Greu, manager del equipo de branding y eventos.

Pensé que me atragantaba con algo. Puede que fuese el orgullo lo que se me había enquistado. O puede que me hubiese quedado en un estado de shock tan profundo que me hubiese olvidado respirar. Sí, tal vez es lo que mejor podría describir lo que sentí al saber que Pau, mi becario, el chico al que habíamos contratado porque era guapo y majo, aquel que no era muy avisado y que chapurreaba un mal inglés, tenía ahora un cargo directivo. Podríamos decir que es el equivalente de Martí en la central. ¿Cómo diantres ha llegado a ese cargo? En sólo dos años. Sin saber inglés. Siendo un chico mediocre. Antes que yo.

—Abril, a ti ya te conozco un poquito, ¿así que qué te parece empezar tú con la presentación?

Aquella voz dirigiéndose a mí me sacó un poco de mis cavilaciones. Y me

quedé mirándole. Su pelo castaño, revuelto sólo en la zona del flequillo, en la justa medida para parecer solo un poco casual. Unos ojos verdes, y esa sonrisa traviesa con la que coronaba cualquier frase que decía. Era muy guapo. ¿Pero tanto como para conseguir un puesto solo por su físico? Vale que nosotras no le contratamos por sus habilidades intelectuales, pero joder, era para un puesto de becario. Sólo queríamos a alguien que entendiese cómo se encendía el proyector de la sala y que consiguiese encontrar salas de reunión libres. ¿Pero para un puesto de jefe? Bueno, vale que tenemos a Martí como claro ejemplo de que no hace falta ser un doctorando en física cuántica, pero aún así...

—¿Abril?

—Ah, sí, claro. ¡Hola! Pues bueno, tú ya lo sabes y vosotros ya lo sabéis pero... bueno, ahí vuelvo, os hago un pequeño recordatorio: Soy Abril Bosco y trabajo en el departamento de eventos de lanzamiento de productos de la filial de Barcelona.

—Ah, muy bien Abbie, ¿sigues allí con Nadia y Martí?

“Sigues”. Encajé aquellas palabras con una sonrisa forzada, como para mitigar el dolor con el que me golpearon el orgullo de forma descarnada. “Sigues, Abril. Sigues. Sigues estando estancada en el mismo puesto desde hace cuatro años. Un puesto que ni siquiera decidiste tener tú. Pero sigues”.

—Sí.

—¡Genial!

Se giró hacia el chico polaco para indicarle que él iba a ser el siguiente en la ronda de presentaciones y yo me di cuenta de que estaba apretando tanto el boli que la punta se había hincado entre dos hojas de mi libreta.

Pau nos habló de cómo él se había conseguido ganar el respecto de sus congéneres jefes a pesar de ser mucho más joven que ellos, y de qué tácticas se podían usar para tener confianza cuando estabas en una reunión multitudinaria. Le estuve mirando fijamente mientras gesticulaba con aquellos ademanes algo exagerados y se reía con unas carcajadas tan abiertas y limpias que sonaban falsas. Claro. Era eso. Era eso lo que él tenía. Una simpatía arrolladora y el inestimable don de caerle bien a todo el mundo. No como yo, que soy de esas que se quedan mirando desde una esquina, aunque sea imaginaria, esperando a que alguien tome la iniciativa.

Cuando se despidió la envidia más insana aún seguía nublando mis pensamientos, pero creo que supe fingir una sonrisa a tiempo.

—Abbie. Tenemos que ir a cenar o algo. ¿Hoy cómo lo tienes? —Me

preguntó justo cuando pasaba a mi altura, camino a la puerta.

—Eh... Bien, claro. Piensa que estoy aquí encerrada en un hotel, ¿no tengo nada que hacer!

—Estáis en este que está al lado de un indio, ¿no?

—Sí.

—Pues te paso a buscar por ahí. ¿A las ocho?

—Vale.

Me dedicó o una última sonrisa empalagosa antes de irse. Chasquis, si es que ni siquiera puedo odiarle, es adorable.

Después de una última conferencia mucho más tediosa que la de Pau fui a comer con el resto de jóvenes talentos. Normalmente vamos al restaurante de las oficinas de Skinophillia, pero ayer decidimos huir de la comida correosa y el olor a aceite recalentado y comimos en un italiano que está bastante cerca.

Todo iba bien y todo era delicioso: Mi *risotto* de setas tenía la cremosidad justa y una cantidad ingente de queso parmesano, pero creo que se me atragantó un poco cuando les escuché hablar del estado en el que tenían sus proyectos. Giovanna ya lo había acabado y había enviado una copia a su jefa para que se lo revisase, Dave, uno de los chicos de Londres, aún tiene que darle los últimos retoques a las conclusiones, pero es que estaba esperando a que uno de los jefes del departamento vuelva para hacer una entrevista y así poder incluirla. Pierre y John están a la espera de poder usar los laboratorios parahacer los experimentos que les permitan refrendar sus hipótesis, y Lukas ya lo ha entregado y todo porque decía que así se lo quitaba de encima.

Así que mientras discurría esta agradable conversa yo seguí comiendo mientras hacía gestos de asentimiento y corroboración. Sí, claro. Ahá, ahá. Por supuesto, contra antes mejor. No, claro, pensad que aún hay tiempo. Ya, sin duda alguna, mejor tenerlo hecho antes de este finde. Agradecí que todos estuviesen demasiado ocupados intentando relatar sus avances cómo para preguntarme a mí que cómo lo llevaba.

¿Me conoces ya lo suficiente?

Hagamos la prueba, test trivial: Si tuvieses que elegir una respuesta a “cómo lleva Abril su proyecto”, ¿cuál sería?:

a) Aún no tiene tema.

b) Hasta ayer no había caído en cuenta que esto del proyecto era una parte tan importante del programa.

c) Hasta ayer no había caído en cuenta de que se vino a Londres sin coger el portátil siquiera.

d) Todas las anteriores son correctas.

Creo que nadie aquí tiene dudas de qué opción habría que marcar, ¿verdad?

Me sentí una intrusa. Ellos era verdaderos talentos, gente aplicada y constante que estaba trabajando duro. Y yo, como siempre, había estado siendo alguien que se creía con derecho a algo, cuando todo lo que había demostrado es que se me da bien llegar tarde a las reuniones y abstraerme pensando en tonterías de quinceañera. Que si te has liado con tu jefe, que si hay que tienes envidias de un becario al que acosaste sexualmente. Que si ay que has matado a alguien y ahora te remuerde la conciencia. Bueno, ya, puede que esto no sea de quinceañera. A no ser que seas una quinceañera homicida. Pero ya me entiendes.

La sobremesa no se extendió mucho porque todos necesitaban ir a volcarse en sus proyectos, y en el camino hacia el hotel siguieron hablando de cómo habían citado la bibliografía y qué recursos audiovisuales iban a exponer el día de la presentación. Me despedí de ellos en el *lobby*, porque para llegar a mi habitación tenía que coger otro ascensor. Y lo hice con una sonrisa, como si la ansiedad no estuviese cabalgando con desesperación por mi sistema nervioso.

Vale, Abril, que no cunda el pánico —me intenté calmar a mí misma mientras avanzaba por el pasillo de la planta dieciséis —tienes todo un fin de semana por delante para centrarte en el proyecto. Y luego aún tendrás prácticamente una semana para acabarlo de pulir. Esta gente es una ansiosa, y que sus áreas de trabajo requieren que hagan experimentos y tal, pero tú puedes tenerlo todo ganado con una presentación bonita de *power point* y una exposición convincente. Empecé o a plantearme los posibles temas: La estrategia de comunicación definitiva para conquista a la generación millennial. Cómo convertir las presentaciones de producto a prensa en algo más experiencial. Estaba anotando todas las ideas en la libreta cuándo el móvil vibró a mi izquierda. Como necesito pocos estímulos para perder mi poca concentración me abalancé sobre él para ver si era Amanda con novedades sobre sus sentimientos de culpabilidad y boda o Martí intentando iniciar una conversación erótica por What's App.

Me sorprende que se me hubiese olvidado de que estaba a la espera de algo mucho más jugoso: El sobrino de Encarna. Cliqué sobre el icono de los mensajes privados con tanta voracidad que casi me temblaban las manos. @elpablo_yeah me había contestado y seguía activo. Pulsé sobre la respuesta

tan deprisa que la yema del dedo me seguía latiendo mientras leía su contestación.

“Hola. La tía Encarna está guay en Miami con su churri, muy tocha la casa que tiene allí.”

Ah, la locuacidad adolescente. Vaya. Así que mis teorías conspiratorias se acaban de escurrir como mis pelos atascándose por el desagüe de la ducha. Encarna estaba bien. Estaba guay. Con su churri, en Miami. Las pocas indagaciones con las que habíamos podido avanzar estos días volvían a ser un papel mojado en el que ya no había nada que leer. Nos tendremos que tomar el diario misterioso de Encarna como un destello más de su poca estabilidad mental. O...

No quiero pensarlo. No quiero que este tipo de cosas se me pasen por la cabeza, porque puede que sea una señal de que estoy incluso aún más loca de lo que pienso.

Pero... Bueno, no, no creo. Por un momento pensé que a lo mejor Martí sí que tenía algo extraño que ver con todo el tema de Werkert, y que sacó el tema de Encarna para desviar el foco de las sospechas que apuntan hacia él. Pero sería demasiado esfuerzo inventarse todo un diario. Y era la letra de Encarna, he vuelto a releerlo varias veces para acabar de cerciorarlo.

Estuve tanto tiempo divagando sobre las posibilidades de todo aquel entuerto que no me di cuenta de que ya había llegado casi la hora de mi cita con Pau. Intenté compensar en cansancio de mi cara con polvos de maquillaje y pintalabios rojo y conseguí encontrar un vestido medianamente sexy en mi maleta aún sin deshacer: Un vestido camisero con flores que me llega a la altura de las rodillas, pero que tiene una raja sutilmente larga que entre deja ver unas piernas decentes cuando me pongo tacones y voy depilada. Que volverás con tu actitud moralista y me dirás “Abril, habíamos quedado en que querías ser una persona profesional, a santo de qué te preocupas de que tu *outfit* sea sexy en una reunión que va a ser eminentemente laboral”. Bueno, ya. Soy contradictoria, y qué. Atrévete a juzgarme por querer sentirme un poco atractiva de ver en cuando, so mojigato.

Justo cuando iba a bajar a la entrada para esperarle allí me llamaron de recepción. Pau ya había llegado. Y allí abajo me esperaba, apoyado contra el mostrador de la recepción con su pose desenfadada y la cazadora en la mano. Le saludé y salimos del hotel después de darnos dos castos besos, mientras yo me iba preguntando si iba a poder llevar aquel encuentro con aplomo y dignidad. Hay una parte de mí que se quedó anclada en la adolescencia y

todavía me impone hablar con la gente que me parece arrebatadoramente atractiva. A lo mejor podría solventar el tema hablando sólo con monosílabos y mirando al suelo, pero tampoco acabé de entender a qué se debía este cambio. Cuando estábamos en Skinophillia hablaba con Pau sin ningún tipo de tensión, pero supongo que es porque al final del día era mi becario y esa relación de superioridad laboral me daba suficientes excusas como para dirigirme a él y contarle mi vida sin reparos. Pero ahora éramos sólo dos conocidos que estaban quedando para ponerse al día. Y que la última vez que se habían visto se había motivado la dimisión de uno de los dos por culpa de la actitud sexualmente acosadora del otro.

Pau tuvo la amabilidad de recordar mi poca afición a la comida sofisticada y que fusiona cosas con otras cosas que en principio no encajan y me llevó a un restaurante de hamburguesas en el que podías elegir todos los ingredientes de la tuya. Eso ya por si solo podría ser algo que me haga visualizarle en el altar mientras yo me acerco a paso lento y de la mano de mi padre vestida de blanco, pero es que encima el chico fue un encanto durante toda la velada. Estuvimos hablando de lo obvio, de cómo le iba la vida en Londres y de como seguía la mía en el departamento de eventos de Skinophillia, del tiempo y de qué ingredientes combinaban bien con la doble de vacuno. Ya con nuestros platos en la mesa y habiendo agotado ya los recursos dialécticos que ofrecía la carta del restaurante super que tenía que sacar el tema, por más que me costase. No me podía ir de aquella cena sin esclarecer el motivo por el cuál se había ido de Skinophillia.

—Oye, ¿y como surgió el tema de venirte aquí? Lo de Skinophillia fue todo tan así repentino... —Me pareció algo violento preguntarle si realmente se había sentido acosado, así que intenté encarar la conversa como si no nos hubiesen informado de nada.

—¡Ya...! Es que fue todo muy rápido. ¿Te acuerdas de la cena aquella de empresa de verano? Que a ver, te lo digo así en plan general, porque recordar con detalles ya me imagino que no, vaya pedal nos pillamos todos.

Asentí entre carcajadas mientras la vergüenza ajena hacia mi yo del pasado volvía a hacer una entrada triunfal en la antesala de mi conciencia.

—Pues justo al día siguiente me llaman de recursos humanos. Y yo cogí el teléfono acojonado porque tenía una resaca de la hostia y digo, mierda, que me he dormido y me están llamando para echarme o qué se yo... Pero me dicen que me han seleccionado para el programa de jóvenes talentos y que si me iba bien ir al día siguiente a Londres para empezar ya porque las sesiones

empezaban ya justo ese día.

Justo en aquel momento había estado masticando un trozo de hamburguesa con queso de cabra y rúcula. Noté como me costaba tragarlo y me tuve que esforzar para contener mi respiración y reconducirla a un ritmo normal. El programa de jóvenes talentos. El puto programa de jóvenes talentos al que me había costado tres años y dos coacciones acceder. Y a él le habían llamado cuando sólo llevaba unos tres meses en la empresa unificando presentaciones de *Power Point*.

—¡Ah, vaya...! ¿Pero tú lo habías solicitado o algo? Como no dijiste nada...

—¡No, yo si sabía que existía! Se ve que Martí me inscribió y mira, me cogieron.

—Ah, Martí. Claro.

Estaba apretando la mano con tanta fuerza que la servilleta que había estado sostenido acabó más arrugada que mi colada aquel día que se me olvidó tenderla. Durante una semana. Me di cuenta cuando el papel cedió y se me clavó la uña en la palma de la mano. Pau siguió hablando de cómo fueron sus primeros días en el programa, riéndose de que apenas sabía hablar inglés y de sus encontronazos con el señor calvo. Pero no le podía prestar atención: Yo por dentro estaba ardiendo. De rabia e incomprensión. Martí. Mar-tí. Y yo que había estado intentando todo este tiempo no ponerle duda. Y ahora ya no sabía qué pensar. ¿Qué nivel de sadismo en sangre tenía que tener para recomendar el becario a un programa que YO me merecía, y encima encubrir todo el tema con una denuncia por acoso sexual? Me temblaban las manos, y corté a Pau con la pregunta abrupta que hacía rato que me había estado rondando:

—¿Entonces no nos denunciaste a recursos humanos por acoso?

—¿Qué?

Suspiré profundamente como para intentar infundirme la energía necesaria para darletodas las explicaciones que tenían que venir a continuación.

—Martí nos dijo que... —Hice una pequeña pausa para acabarme la hamburguesa y plantearme por dónde era mejor empezar —¿Tú te acuerdas de lo que pasó aquella noche? Entre tú, Nadia y yo...

—Bueno, lo tengo un poco borroso, pero claro, sí, no me podría olvidar de algo así —Él tenía la copa delante de la boca, pero creo que vislumbré una sonrisa a través del cristal.

—Vale. Pues Martí nos dijo que aquella mañana habías presentado tu renuncia a la empresa porque aquella noche te acosamos sexualmente.

—¿Pero qué me dices?

—Te enviamos un mensaje pidiendo disculpas... No sé si lo viste.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Nadia y yo tuvimos que hacer el cursillo de concienciación sobre el acoso.

—Pues no entiendo nada.

Le dije a Pau que tenía que ir al baño y fui al lavabo. Las manos aún me temblaban cuando desbloqueé el móvil para llamar a Martí. No me podía esperar a que fuese una hora decente. A que fuese un día de entre semana, ni a tener una excusa para estar pulsando a llamar a “Martí Camps SKIN”. Necesitaba saber ya por qué cojones nos había mentido y qué ostias se le pasaba por su perturbada mente. A lo mejor todo tenía una respuesta lógica. Pitido. Pitido. Pitido. Mierda, no lo cogía, y yo no podía volver a esa mesa y sentarme en frente de Pau como si no pasase nada.

Pero le volví a llamar y seguía sin cogérmelo, así que no me quedó otro remedio. Me puse un poco de agua fría en la cara para que me bajase la rojez que había enarbolado la ira, me atusé algo el pelo, me retoqué el pintalabios y volví a la mesa intentando mantener la sonrisa finjida.

—Abbie, tú no te ralles. Que a lo mejor se enteró por alguien y os dijo aquello para daros a entender que en el trabajo más vale no tener líos, y aprovechando que me iba... —Me dijo Pau en cuanto volví. Supongo que había visto como casi me ponía a llorar cuando me había levantado, y había estado todo ese tiempo ideando una estrategia para consolarme.

—Ya. No lo sé. Sea como sea me parece horrible todo.

—Ya. Ya sabes como es Martí. Yo que sé, no podría vivir sin ti porque se le desmoronaría el departamento, si no te inscribió en el programa fue porque es un egoísta engominado. Si todo lo que sé lo aprendí de la mejor jefa que he tenido nunca.

Me guiñó el ojo y me dio una patadita en la espinilla por debajo de la mesa, y yo no pude evitar reírme. Me acomodé en la silla, mucho más relajada.

—Va, cuéntamelo. ¿Con qué le has chantajeado para que te deje venir?

—¿Cómo sabes que le he chantajeado? —Le dije entre carcajadas.

—O sea que no iba mal encaminado, ¿no? Ya te lo he dicho, no me creo que Martí haya accedido a estar solo en el departamento y en las reuniones con Fonts de forma voluntaria.

—No, no vas mal encaminado. No te puedo contar todos los detalles, pero

lo voy a resumir en dos cosas. Una: Le clavé un boli en el ojo. Sin querer, ¿eh? —Aclaré en cuanto vi sus ojos desorbitados por la sorpresa —Pero aproveché la coyuntura para dos: Amenazarle con revelar que los martes se las pira a jugar a paddle.

—Ostias vaya tela Abbie —Pau se rió y desató una cadena de risas nerviosas por parte de los dos.

Nos trajeron el postre y seguimos hablando, siguiendo el tono un poco más distendido de nuestra última conversa. Pau me contó algún que otro cotilleo ligero sobre la filial de Londres, como que se rumoreaba que el señor calvo se iba a jubilar a junio y que estaba encarando este programa de jóvenes talentos con más desidia de lo habitual.

—Bueno, venga, y cuéntame: ¿Qué se siente al ser un jefeazo?

Pau me miró como si no me estuviese entendiendo y sentí la necesidad de darle más contexto a mi pregunta.

—Eres el *Branding and Events manager*, el señor Gomini de aquí de Londres. ¿Cómo lo llevas?

—Ya sabes como son son estas cosas —chasqueó la lengua para restarle importancia y siguió cortando su *brownie* en trocitos minúsculos con la cuchara —Es solo un título sin más que queda bien en la firmita, pero que nada, es un equipo súper pequeño, somos tres... Bueno, te miento, somos dos porque Bettina se me acaba de ir.

Me incorporé en la silla de golpe. Con la espalda recta y los ojos muy abiertos, como un suricato atento y un poco psicópata.

—¿Bettina?

—La becaria que teníamos, que se ha ido del departamento... Pues hará ya casi un mes. Y nada, seguimos buscando, ahora estamos un poco desbordados la verdad.

—¿Y cómo es que se fue?

—Pues qué se yo Abril —Pau me respondió con bastante naturalidad, no creo que se estuviese planteando a santo de qué me interesaba tanto la vida de su antigua becaria —Era alemana y había venido a hacer un master aquí. Yo creo que ha sido algo familiar, me suena que su padre estaba algo pocho... Se fue un finde de visita y volvió, pero estuvo nada, tres días. Una mañana nos envió un mail despidiéndose, diciendo que se volvía a Alemania... Yo creo que le dio un arrebató de nostalgia y prefirió volver. La teoría de Allison, que es la otra del departamento, es que ese finde volvió con el noviete que tenía en su pueblo.

Agradecí no haber probado aún un solo bocado del postre. Mi estómago se había vuelto a revolver: Acababa de confirmar que no había pruebas sustentadas de que alguien hubiese vuelto a ver a Bettina después de que ella se fuese de mi habitación de hotel. Además, había algo de esa historia que resonaba en mi. Una salida abrupta con explicaciones parcas y un email de adiós como única prueba tangible de que antes había estado allí. Aunque no tenía sentido pensar eso, porque Encarna estaba bien. Estaba guay, con su churri en Miami. Y Bettina seguro que también estaría guay, con su churri en Alemania, me dije a mi misma mientras intentaba mantener una expresión estoica para que Pau no notase nada.

—Jo, pues es una putada que se te vaya una becaria así de pronto.

—¿Lo dices por experiencia? —Sonreí ante el comentario de Pau y pensé en cómo podía seguir aquella conversa para seguir recabando información.

—Claro, no sabes el de menos que te echamos. Pero bueno, sobretodo si era autónoma y os estaba llevando cosas, que se vaya así sin traspaso ni nada es un marrón. ¿Estaba metida en algún proyecto chungo?

—Pues un poco sí, la verdad... No sé si sabes que hay un tema de *rebranding* que se está intentando hacer. Pues ella estaba liderando casi toda la parte así más operacional.

Volvía a sentir nauseas y no sabía hasta que punto podría seguir aguantando aquella conversación. El proyecto de *rebranding* es algo que también estaba llevando Werkert, si es que me puedo fiar de Martí y lo que me dijo sobre aquella llamada que se suponía que tenían que tener era verdad.

—Ah, sí, claro. Martí también ha estado implicado en esto, estuvo hablando con... Ay, ahora no sé como se llama. ¿El jefazo de *brand strategy*?

—Herr Workenhaft

—No, no se llama así... Ay de verdad, qué rabia que no me salga. ¿Edward Warkort?

—No me suena... Ah, ¡espera! ¿Andrew Werkert?

—¡Sí, ese! —Me llevé la mano a la frente como si realmente estuviese aliviada porque me hubiesen recordado el nombre había estado bailando en la punta de mi lengua. —Andrew Werkert. Ah, pero, espera, ¿y el tal Workenhaft quién es?

—El nuevo de *brand strategy*, es que Werkert se las piró también.

“Se las piró”. Pequeño paro cardíaco.

—Ah, vaya. Mira que por lo que contaba Martí estaba súper implicado.

—Sí, no, si de hecho sigue en Skino el tío. Le ascendieron a CEO en la

filial de Polonia.

—Ah, claro.

Intenté encontrar alguna forma de indagar de en cuál de las filiales habría podido estar, pero sería muy sospechoso que yo conociese la existencia de Widuchowa. Y dudo que Pau supiese algo de esa filial.

—Sí... Mal timing, la verdad, porque se fueron a la vez él y Bettina.

—¿Ah sí? —Me incliné hacia donde estaba Pau con interés.

—Sí, y claro llevaban el proyecto sobre todo entre los dos... Estos meses han sido un caos macho.

No pude escuchar las últimas palabras de Pau. El ensordecedor latido de mi corazón desbocado estaba anulando el resto de sonidos del exterior. Werkert. Bettina. Un punto de conexión evidente entre ellos. Pero tenía que reponerme, no podía dejar que esa conversa se acabase ahí.

—Pues vaya tela... Pero oye lo del rebranding este tampoco va a ser un súper cambio, ¿no? Por lo que me ha contado Martí es un poco el cambio del logo y sobretodo procesos a nivel interno.

—No creas ¿eh? Hay bastante tela, la idea es también hacer un reposicionamiento total de la marca y tal, pero llevan meses y no se aclaran hacia dónde quieren ir. Y ahora que los dos que llevaban el proyecto se han ido... Percal máximo.

—Ya, claro. Y ya me dirás, para ir a Polonia... Que Polonia tiene que ser súper guay pero no sé, me imagino a los niños ahí en el cole sin saber polaco ni nada, pobres.

—Bueno, Werkert no tenía hijos y diría mucho que estaba divorciado así que no creo que se lo pensase mucho para aceptarlo.

—Ah, ya, también es verdad.

Poco después de ese intento de recabar información Pau se levantó para pedir la cuenta y yo no tuve fuerzas para seguirle y negociar un pago a medias. Me quedé reclinada contra el respaldo de la silla y empecé a expirar todo el aire que había estado conteniendo para no ponerme a llorar delante suyo. Saber algo más de la vida de Werkert, aunque fuese es resquicio de vida laboral aséptica, había vuelto a sacudir los cimientos de mi consciencia. Volví a inspirar y me levanté para que Pau no se girase y descubriese que estaba en un estado catatónico.

—Ten, creo que tengo suelto... —Le dije cuando me acerqué a él, en la barra, e hice el amago de rebuscar la cartera en mi bolso.

—Que va, deja, deja.

—Que no hombre, ¿cuándo costaba?

—Naaada, te invito yo y me debes una.

—Oh y tanto. Me la apunto, ¿eh? Aún me queda aquí una semana o así —
Desistiendo ya de mi intento de saldar las cuentas, me reajusté el bolso al hombro mientras salíamos del restaurante.

—Pues tenemos otra cita y arreglado.

Me reí y le di un puñetazo inocente en el hombro.

—¿Sí? ¿Esto ha sido una cita? ¿Acabas de tener una cita con una señora mayor?

—Mira que eres lerda —Me devolvió el puñetazo riéndose, pero me hizo trastabillar y perdí el equilibrio, ya que me acabé dando un codazo con la pared.

—¿Joder Abbs, estás bien?

—Sí, sí...

—Sigues igual de torpe, macho.

Nos entró una risa tonta que no atinaba a controlar, así que acabamos los dos apoyándonos contra la pared para aguantar de pie el ataque de risa que nos había poseído de pronto. Le miré con los ojos algo llorosos de tanto reír y me dije a mi misma que suponía que así es como tenía que ser. Fácil, cómplice. Como si hubiese estado allí siempre y como si nada fuese complicado. Como no teniendo que medir todas y cada una de mis palabras y como pudiendo dejarme llevar si acercaba más de la cuenta y me pasaba su brazo por encima de los hombros para resguardarme un poco del frío.

Pau me acompañó hasta la puerta del hotel y le pregunté que si quería subir a atracar el mueble bar un poco, que pagaba Skinophillia. Cogimos el ascensor y empecé a preguntarme a mí misma si realmente iba a pasar. Si quería que pasara, si tenía que pasar. Llegamos a mi planta, la quince, y recorrí el pasillo junto a él, pensando que era raro que tuviese tan clara la certeza de que íbamos a follar cuando ninguno de los dos había dado ningún paso insinuador. ¿Cómo iba a surgir? Yo claramente no iba a ser quien se lanzase, ya salí lo suficientemente escarmentada la otra vez con Martí. Suponía que la mini talla de vodka que había en el mueble bar pondría parte de su ayuda. Un chorrito, dos vasos, tres hielos. Sentarnos muy juntos muy al borde de la cama. Atenuar la luz y forzar mis risas.

Pasé la tarjeta por el lector y abrí la puerta con suma delicadeza —algo tengo que haber aprendido de todo lo que ha pasado. Pau la cerró tras de mí y yo me giré hacia él para preguntarle que qué quería, aunque todo lo que le

podía ofrecer era vodka con coca-cola. Por suerte, Pau había decidido anticiparse y ahorrarse los rodeos incómodos: Acortó la poca distancia que había entre nosotros con un solo paso decidido, me cogió el mentón con las dos manos y empezó a besarme. Sus manos pasaron a mi cintura, y me empujó un poco para subirme encima del pequeño escritorio que estaba en la entrada. Desabrochó todos los botones de mi vestido sin dejar de recorrerme el cuello con la lengua.

—Joder —suspiro —Joder. Siempre había querido hacerte esto.

—¿Ah, sí?

—Encima de la impresora. De la impresora-escáner.

No me paré analizar qué tipo de fantasías tenía Pau con los muebles de la oficina porque mis bragas pendían de mis rodillas y me había bajado el sujetador a la altura de la cintura. También intenté ahuyentar el pensamiento sobre que Martí me besaba con un ritmo más pausado y con una lengua menos intrusiva y que eso me gustaba más.

Pau me tiró un poco del hombro para que me pusiese de cara contra la pared, de espaldas a él y de rodillas encima del escritorio. Pude ver en el espejo como se desabrochaba la camisa y me acababa de quitar el vestido, y las bragas, y sentí sus dedos acariciando mi clítoris y su mano amasando mi pecho izquierdo.

—Mira que hace unas semanas te vi en el video aquel corporativo y pensé que me había quedado con las ganas de follarte, Abril. Y mira tú por dónde.

¿Video? Me tuve que esforzar para arrancar una frase coherente de entre mis jadeos.

—¿Video corporativo?

—Sí —respiración entrecortada —El de las conferencias de estrategia.

Fue complicado. Debatirme entre dejarme llevar por aquellas caricias omnipresentes que no me dejaban ni respirar o darle vueltas a lo del video. Había un video. Había un video. En el que a lo mejor salía alguien. Sospecho. O un algo, no sé. Pero un video. Un hilo más del que tirar.

Pero una vez más el destino decidió ponerse de mi parte, de una forma irónica y bastante rebuscada, y ahorrarme el dilema.

Pa-pa-ra-pa-pa-ra-pa-pa, para-pa-papa.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que aquella musiquita era la de mi móvil.

—Te llaman.

—Da igual, da igual.

—Es Martí.

Pau había parado en seco y el teléfono seguía sonando.

—¿No lo vas a coger?

Me quedé tan descolocada que no recuerdo ni lo que respondí. Creo que fue un seco:

—Obviamente no.

Bajé mis manos hacia los pantalones de Pau para hacerle ver que aquella llamada no me importaba en absoluto, pero apartó mi mano cuando le desabroché el primer botón.

—Abril, no...

No. No. NO. NO me podía estar pasando. A mí. Ahora que ya estábamos allí. No podía ser que me estuviese rechazando cuando ya me había metido las manos por dentro de las bragas y yo no iba a poder olvidar esa imagen cada vez que le mirase a la cara.

—Lo siento, pero esto no tendría que haber pasado, no... No sería profesional, aún estás en el programa y una parte la voy a tener que evaluar, no puedo tener tratos de favor.

Todo esto me lo fue diciendo mientras se abrochaba el cinturón y se volvía a poner la americana. Yo me había bajado del escritorio y estaba rebuscando en mi maleta algo con lo taparme. Era ridículo que todavía estuviese con las medias bajadas y el sujetador embutido en mi cintura.

—Pues voy a ir tirando...¿Nos vemos el lunes?

—Sí, claro —Me estaba acabando de poner un jersey largo cuando se lo dije, así que espero que el tejido sintético del cuello alto que estaba pasando por mi cabeza ahogase un poco el subtono de llanto que tenía aquella afirmación.

—Pues nos vemos. Espero que vaya bien el finde.

Me acerqué hasta la puerta cuando él ya estaba casi en pasillo. Nos dimos dos besos y nos volvimos a decir que buen finde y hasta el lunes. Cerré la puerta queriendo morir.

¿POR-QUÉ? ¿POR-QUÉ? Está mercurio en retroceso, ¿querido diario? ¿Es esa la explicación cabal a porqué tengo TAN mala suerte en mi vida sentimental—de rollos casuales? ¿Pero quién he sido en una vida anterior? ¿Hitler? ¿Soy la reencarnación de uno de esos mosquitos sedientos que sobrevuelan tu oído con un zumbido vibrante en verano y me estoy ganado mi auténtico merecido en esta vida?

Eran muchas las preguntas existenciales que se estaban cerniendo sobre mí

en aquel momento, pero tuve que aplacar mis ansias de intentar encontrar una respuesta; mi móvil volvía a sonar.

—¿Qué quieres?

—¿Abril? —Imagino que a Martí le sorprendió tanto mi tono áspero que dudó que se correspondiese con mi voz.

—Claro, quién voy a ser.

—¿Qué te pasa?

¿Qué me pasa? ¿Que qué me pasa? Tú, Martí, te preguntas que me pasa. Tú, jefe de mierda que encima miente a sus subordinadas y las hace sentir culpables. Tú, imbécil repeinado que te atreves a llamarme en el único momento sexualmente satisfactorio que he tenido en el último año. TÚ, Martí. Me pasas tú y tu puta maldita incompetencia, y tu actitud de psicópata condescendiente.

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí.

—Ah, vale. ¿Me habías llamado?

Estuve valorando todas las opciones. ¿Se lo decía ya? ¿O era mejor guardármelo en la recámara de los futuros chantajes y trueques? Concluí que podía esperar a decidirlo, en aquel momento no estaba de humor para sacarle el tema y necesitaba reflexionar sobre muchas cosas.

—No.

—¿Ah, no? Tenía una llamada tuya.

—Ah. Pues habrá sido sin querer. Lo siento.

—Vale, no pasa nada. Oye, ¿puedes hablar?

JA, que irónico todo Martí. Que puto irónico. ¿No podrías haberte hecho esa pregunta antes de llamarme?

—Sí, claro.

—Vale. He estado investigando informes y presentaciones antiguas y tal. Para ver si encuentro algo más de Encarna y...

—¡Por cierto! Ahora que lo dices, hoy me ha respondido su sobrino. Dice que su tía esta guay y tal, con el churri en Miami.

—Vaya. ¿Pero él la ha visto o algo?

—No sé, es un adolescente, tampoco me va a explicar su vida.

—Ya. Bueno, a lo que iba, que esta tarde he estado mirando archivos antiguos. Y he descubierto algo que no sé cómo encaja en todo esto, pero es raro.

—¿El qué?

—Hubo una época en la que Encarna no fue jefa. O sea, estuvo ocupando mi cargo como cinco años, pero a partir del Junio de 2016 hubo un cambio en el departamento, y la jefa pasó a ser Adela Leures.

—¿Adela? No, no puede ser. Adela era la becaria de Encarna, yo heredé su ordenador y el traspaso que había hecho por escrito.

—Durante esos meses Adela fue quien figuraba como responsable en todas las presentaciones, y en el organigrama de ese año sale ella como manager, y Encarna por debajo.

Vaya. Menudo descubrimiento del Mr. Poirot engominado. Aquello era raro, Encarna había sido la eterna *manager* del departamento. Y si bien no me extrañaría que quisiesen sustituirla por alguien más cuerdo y capacitado, dudo mucho que alguien se hubiese atrevido a cuestionar la posición de Encarna Magallanes. Pero ascender a la que había sido su becaria como nueva jefa de equipo era directamente un movimiento suicida, y no le encontraba razonamiento posible.

—¿Seguro? ¿Y no puede ser que Encarna estuviese de excedencia o algo?

—No creo, pero no lo sé. Aparece por debajo de Adela en el organigrama, y en alguno de los documentos de esa época estaba su firma.

—Qué raro. Pero no sería mucho tiempo. En septiembre o por ahí empecé a trabajar con Encarna y no recuerdo que hubiese ninguna Adela, y mucho menos como jefa suya. ¿Se iría, imagino? ¿La has buscado en LinkedIn?

—Sí.

—¿Y qué, y qué? ¿A que empresa se fue?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea y volví a decir algo para comprobar que Martí seguía ahí y no se había perdido la conexión. Aún tardó algunos segundos más en contestarme.

— A... A ninguna. Adela murió.

—¿Pero qué dices? ¿¿Cómo??

Debo reconocerle un poco de mérito a Martí. Aquella nueva información me tenía tan en vilo que casi me empezaba a olvidar del bochorno que había vivido con Pau.

—Pues por lo que comentaban las noticias que he encontrado al respecto una noche estaba de fiesta y bebió bastante. El bar tenía una piscina en la terraza y apareció a la mañana siguiente. Ahogada. Fue en el restaurante Brisa verde.

—¿Fue en una cena de empresa de Skinophillia?

CAPÍTULO 35

SÁBADO 19 de mayo, 19:45 PM:

Estimada pobre libreta que seguramente no gana para disgustos conmigo:

Disculpa que antes me haya ido de forma tan abrupta, pero es que he escuchado que alguien llamaba a la puerta de mi habitación. Una parte de mí ha corrido de forma desenfrenada hasta la puerta, pensando que tal vez era Pau, que se había repensado lo de anoche y venía a pedirme disculpas por haber tenido un arrebato de dignidad cuando yo ya estaba sin bragas pero e l seguía vestido. "No puidi tinir tratis di favor". Vale, no me puede hacer tratos de favor, pero es que lo me hizo fue un trato de desfavor. Eso tampoco debería ser posible si sentamos la premisa de que nos estamos moviendo en un entorno profesional y adulto.

En todo caso, he ido corriendo hacia la puerta. He sentido cierto alivio al ver que era Giovanna y no tenía que balbucear justificaciones apresuradas. Ella y Thomas se iban a comer y venía a ver si me apuntaba. Hemos estado comiendo en el hotel del restaurante y por suerte hoy hemos dejado de lado el tema del programa, así que esa comida ha podido ser una procrastinación en toda regla, sin sentimientos de culpa. Hemos ido a dar un paseo rápido por los alrededores del hotel y hemos vuelto, porque Thomas tenía que seguir con parte de su investigación y Giovanna se había reservado la tarde para tener una llamada con su jefa sobre la presentación. Yo también he dicho que iba a pasarme toda la tarde encerrada con el proyecto, cosa que como te podrás imaginar no es del todo mentira, porque ni siquiera he escogido un tema aún y ya no lo puedo seguir postergando.

He estado un par de horas trabajando y creo que lo he podido encaminarlo bastante bien. Al final he decidido hacerlo sobre el *rebranding* de la marca. Soy un pequeño genio. Quién sabe, justo ahora hay un hueco en el liderazgo de ese proyecto, y si me ven como alguien capaz de desarrollar toda la estrategia a lo mejor si que puedo demostrar que aún soy joven y que tengo algún talento.

Así pues, con una de mis grandes preocupaciones vitales aplacadas, ya puedo cogerte y ponerte al día de mis pequeñas pesquisas detectivescas. He estado buscando información de Adela y la verdad es que tampoco he podido encontrar mucho más allá de lo que ya me había contado Martí. Varios periódicos se habían hecho eco del trágico accidente, pero no habían entrado demasiado en los detalles. Una chica de veintidós años se había ahogado en la piscina de un restaurante. Había sido un desafortunado accidente sin testigos, porque aquella noche llovía y nadie se había aventurado a salir a la terraza del hotel. Excepto Adela, porque la autopsia había confirmado un nivel elevado de alcohol en sangre y un estado avanzado de hipotermia. Nadie pareció echarla de menos aquella noche, porque todos dieron por sentado que se habría ido antes o que iba a venir después. Pero Adela no se iba a ir ni a volver, porque Adela había estado ahogada en el agua turbia de una piscina que, según aseguraban fuentes cercanas al restaurante, a partir de ahora iba a estar siempre cubierta.

Todo esto se está convirtiendo cada vez en algo más extraño. Y, sin embargo, puede que las piezas empezasen a encajar. No del todo aún, pero como si al menos hubiésemos conseguido separarlas por color y forma. Una teoría descabellada ha empezado a coger forma entre mi colección de hipótesis.

Y si... Y si. ¿Y si Encarna hubiese matado a Adela? Vale, tal vez matarla no, era muy a sangre fría incluso para alguien con claros antecedentes psicopáticos como ella, pero a lo mejor había tenido algo que ver con ese accidente.

Imagino que los periodistas que cubrieron esas noticias no les dejaron suficientes caracteres, porque nadie daba mucha información del contexto. Cualquiera que leyese esas líneas podría suplir las elipsis con los elementos más previsibles: Adela estaba de fiesta y se cogió un pedal. Pero si Adela estaba en la Brisa Verde s o lo podría querer decir que estaba en una cena de empresa de Skinophillia. El rumor que corre es que Rita, la de eventos internos, es la cuñada del dueño. Y a las malas lenguas les gusta adornar la historia con unas pequeñas virutas de jugosidad y emoción, y decir que Rita está liada con su cuñado, y la verdad es que no quiero que pienses que he

contribuido a ~~crear~~ difundir semejantes habladurías, querido diario, porque yo no soy ese tipo de persona, pero sería la explicación más coherente y razonable que encuentro a por qué cada semestre tenemos que poner buena cara delante de unas tapas oleosas y brindar con garrafón insalubre. Pero a lo que iba: Desde hace más de diez años, y pese a las quejas constantes del equipo, las cenas de navidad y verano de Skinophillia se celebran en el Brisa verde. Y si Adela falleció en ese bar un lluvioso 29 de julio sólo podía significar que había sido en una fiesta de empresa.

Así que, una vez expuestas mis deducciones, volvamos al tema que nos ocupa: Encarna. Siendo destronada por su propia becaria. Conociendo el funcionamiento de cómo van ahí las cosas seguramente había sido aprovechando unas vacaciones precoces de Encarna. Volvió de su retiro espiritual en Benicarló y se encontró con la sorprendente noticia: Que lo sentimos Encarna, que tú eres una figura de gran aporte a nuestra empresa y deberías entender que debido al flujo dinámico de los procesos corporativos hemos decido impulsar una estructura de dirección más horizontal. Y Encarna sin entender muy bien del todo a qué se referían, pero sospechando que tendría algo que ver con que ahora Adela estuviese sentada dentro de su despacho y llevando una americana entallada sin mucho aplomo. Y Encarna sin poder procesar muy bien la noticia, en estado de shock, y actuando por inercia. Llevando su agenda y su cactus a la mesa que quedaba fuera del despacho. Encarna pensando qué hacer y cómo volver a girar las tornas. Y luego, la cena de empresa y todo un cúmulo de infortunios que ella no hubiese podido controlar. Dos chupitos de más para que Adela se pusiese en evidencia delante de toda la empresa. Un ligero empujón para hacer la broma. Hahaha, Adela, que te has caído a la piscina. ¡Tu bautizo oficial como nueva jefa del departamento! ¡ha-ha-há, Adela! ¿Adela? ¡¿Adela?! ¡¡¡Adela!!!

Y ya era demasiado tarde.

Bueno, no lo sé. Yo te he hecho una versión dramatizada de lo que podrían haber sido los hechos, pero te haces una idea de por qué cuadraría esta teoría. Luego Encarna, ahogada por un lacerante sentimiento de culpabilidad, habría empezado a creer que alguien lo sabía, y que la estaban espiando. Sospechaban que ella había matado a Adela y estaban vigilando todos y cada

uno de sus movimientos para corroborarlo en cuanto ella cometiese el primer error.

Encarna viendo, con culpa, la sombra apagada de Adela cada vez que recorría el departamento y recordaba dónde había estado. Sentada en mi silla, apoyada en su mesa, de pie en la puerta de la escalera. Pero Adela ya no estaba porque Adela se había ahogado y Encarna sólo podía aplacar aquella culpa asfixiante con distancia y clima tropical. *Abril, me piro unos años, vamos a probar a ver qué tal nos va con Charlie, así que me mudo con él a Miami. Ciao bebé.*

CAPÍTULO 36

DOMINGO 20 de mayo, 11:42 PM:

Querido diario,

Siento haberte dejado colgado así tan de pronto, pero he tenido que ir a coger el teléfono. Era Nadia. Le he enviado una nota de voz para contarle que me había encontrado a Pau en las oficinas y me ha llamado con la misma esperanza con la que yo quedé con él anoche: Verificar si realmente había dimitido por nosotras.

—¿Qué tal, como está? ¿Has hablado con él? ¿Sigue igual? ¿Cómo cojones habéis coincidido?

—A ver Nadia, relax, tía. Que te lo cuento todo ahora, vayamos por partes. Me lo he encontrado en Skinophillia.

—Ostia pues ya es casualidad que estuvieses de camino a la oficina y te lo hayas cruzado.

—Que no, que no: Dentro de las ofis Skinophillia.

—¿Pero qué me cuentas?

—Está trabajando aquí.

—¿Es una broma, no?

—Es Manager

—¿Pero qué cojones me estas contando, Abril?

—Lo que oyes

—Flipo. Osea, flipo mil. ¿Pero no se había ido? ¿Que se había sentido súper violentado? Y ahora de pronto sigue en la empresa y como puto jefe. Yo flipo tía. Es que no entiendo nada.

—Ya, yo estoy igual.

—¿Y qué te dijo? ¿Habéis hablado? ¿O no se ha atrevido a acercarse por si le asaltabas y te quitabas la camiseta?

—No sí... Bueno, fuimos a cenar.

—¿Cómo que fuisteis a cenar?

—Pues no sé, lo típico de “ay, cuánto tiempo, nos tenemos que poner al día, oye pues quedamos para cenar esta noche”.

—¿Y lo típico de “ay, cuánto tiempo, me acosaste sexualmente, ya Pau, me descontaron dos pagas extras para financiar el cursillo de concienciación”?

—Es... Es posible que ese tema no surgiese.

—¿Cómo que no surgiese?

—Pues eso, Nadia, yo que sé, él no lo sacó y a mi me daba vergüenza hablar de...

—Abril, lo tuyo de verdad que no es normal chica. No es normal.

Me podría imaginar a Nadia al otro lado de la línea, revolviéndose su masa de rizos castaños en un gesto nervioso y acompañando sus reproches de una gesticulación exagerado con las mano que le quedaba libre —la izquierda, seguramente. Había meditado mucho sobre si contarle lo que había averiguado en mi cena con Pau. Y como aún no había llegado a una conclusión clara había decidido aplazar el momento de la revelación. Si se lo contaba ahora, Nadia era capaz de ir a la oficina el lunes con alguna arma con la que amenazar a Martí, y creo que el episodio con el boli ya había sido suficiente amonestación. Prefería que todo el misterio del acoso de Pau se resolviese con un diálogo civilizado que acabase con una perfecta y dolorosa patada en su zona viril que quería tener el placer de darle yo. Así que no iba a dejar que Nadia se me anticipase y que Martí ya estuviese prevenido para cuando yo volviese. Lo ideal sería que lo acorralásemos las dos, cogiéndole por sorpresa, por lo que la única forma de llamar a la paciencia de mi amiga era no contándole nada por ahora. Ya tendríamos tiempo para averiguar cosas. Ahora había una incógnita a descifrar que tenía más urgencia.

—Bueno, mira, ya se lo diré. Te digo algo en cuanto sepa.

—¿Sí, eh? A la que te lo encuentres le preguntas. Y si no me llamas y ya le pregunto yo.

Asentí con un deje de resignación y cambié de tema drásticamente para poder seguir con mi investigación.

—Oye, Nadi-Nads, cambiando de tema... ¿Tu conociste a Adela Leures?

—¿Adela? ¿La becaria de Encarna?

Cuando Nadia entró a nuestro departamento para asistirme tras la fuga imprevista de Encarna, ya llevaba un año y medio siendo becaria en el departamento de gestión de producto. Ella había tenido que coincidir con Adela. Incluso haber estado en aquella cena de empresa en el Brisa verde.

Intenté pensar en una excusa rápida que permitiese justificar a santo de qué me interesaba yo por Adela ahora.

—Sí. Es que para el programa este tengo que hacer un proyecto, y he estado chafardeando presentaciones antiguas de nuestro departamento para ver si me inspiro. Total, que he visto una de Adela y ponía que su cargo era el de

manager del departamento. Y nada, me ha entrado curiosidad por saber si realmente le quitó el puesto a Encarna.

—Uf, sí... Pobre Adela.

—¿Pobre? —Intenté que ese “pobre” sonase todo lo ingenuo posible.

—Sí, es que...Mira, durante una época fue así, la ascendieron. Fonts se lo vendió a Encarna como que el departamento se iba a dividir, y ella sería la *manager* de gestión y presupuestos y Adela la de la parte logística de organización de eventos.

—Ah vale, y Encarna se pondría hecha una furia y la martirizaría a tope, ¿no?

—No, no creas... A ver, no sé luego lo que hablarían entre ellas, pero a Encarna se la veía súper relajada, al final la tía seguiría cobrando lo mismo y más o menos teniendo el mismo cargo pero sin la responsabilidad. Era como su sueño. Cobrar por casi no trabajar. Y a ella y Adela se las veía súper amiguis, siempre comían juntas y tal.

—Ah, vale, claro. ¿Y entonces, Adela? ¿La lió o algo y la echaron? Porque cuando yo entré que era como septiembre ya no estaba.

—No... Fue horrible, tía. Se murió.

—¿Qué dices?

—Tal cual... En una cena de empresa, además. ¿Te imaginas lo triste que tiene que ser, que las últimas horas de tu vida las pases en el Brisa verde?

—Joder, ¿pero cómo?

—Nada, pues la pobre se tajó bastante y con toda la turca se subió a la parte de arriba. Ahora creo que ya hace tiempo que pusieron una lona y no se ve, pero había una piscina. Se tiraría y se ahogó, fue un drama. Lo peor es que nadie se dio cuenta, y los de la Brisa verde no subieron a la terraza hasta como dos días después.

—Qué *heavy*. Pobre chica, me dejas ahora con un mal cuerpo...

—Ya te digo. Pero seguimos haciendo ahí todas las cenas. Conclusión: Rita definitivamente se tira al cuñado, si es que tenías toda la razón Abbs.

—Bueno, a ver, yo sólo dije que era una posibilidad, no hay nada confirmado...

Parecería el momento para empezar hablar de cotilleos y temas banales e ir zanjando poco a poco la seriedad de la triste historia de Adela Leures, pero yo necesitaba más percepciones de Nadia, que lo vivió todo a dos departamentos de distancia, para seguir conformando el relato de lo que había pasado.

—Nadia, y tú no crees qué... O sea que es como raro, ¿no? Que se ahogase. Por mas taja que vayas no sé, sabes nadar y tal.

—Mira Abbs, ya estás tú con tus crímenes imperfectos viendo conspiraciones en todo.

—Oye no sé, que no lo veo tan raro.

—¿No? Como cuando creías que Víctor el de administración estaba desfalcando dinero porque de pronto empezó a quedarse a hacer horas extras y según tú eso sólo quería decir que quería estar solo para hacer gestiones turbias.

—Bueno, nunca llegamos a encontrar nada que desmintiese mi teoría. Y le vi robando material de oficina, se llevó toda la caja de bolis vic.

—Ay, Abbs, por dios, a ti te taró mucho ver CSI.

—En serio, no es descabellado: Al final si la tía estaba tan pedo como para no poder dar una brazada, ¿cómo subió las escaleras para llegar hasta la terraza?

—Pues yo que sé. Pero esas preguntas ya se las hizo la policía a más de uno de Skinophillia, creo que Encarna y Toñi la de admin tuvieron que ir a declarar. Al final no se quién encontró una foto de la cena de empresa en la que salíamos todos menos Adela. Y coincidía con la hora de su muerte así que se cerró la investigación.

—Pobre Adela, la verdad...

—Pues sí. Era muy maja.

Hablamos un poco más de qué tal iban las cosas por la ofi y de cómo me estaba yendo a mi en el programa de jóvenes talentos y nos despedimos.

Vaya. Toda mi teoría se había desmontada en cuestión de segundos: A Encarna no le había importado en absoluto el ascenso de su becaria. Y si un análisis forense y una investigación criminal con interrogatorios habían concluido que aquello era un desafortunado accidente, quién diablos era yo para intentar argumentar lo contrario cuando todas las herramientas que tenía eran Google y un historial de adicción a las producciones audiovisuales sobre crímenes reales.

Iba a dejar mi móvil sobre la mesita para entregarme a un escarceo con Morfeo cuando caí en cuenta de algo. Este finde he estado recibiendo demasiada información nueva, así que por unos instantes me había olvidado de lo que me había enterado gracias a la verborrea de Pau mientras indagaba por dentro de mis muslos. El video. Entré a la intranet de Skinophillia y estuve mirando varias secciones hasta que lo encontré. Estaba en eventos

corporativos, bajo el título de “Skinophillia reúne a más de cien empleados en las conferencias de estrategia corporativa”. Me tembló un poco el pulso cuando cliqué sobre el icono de reproducir.

Señores con traje, señores con traje, un *brunch*, apretón de manos, jefazo hablando y señores con traje. Ah, mírame, ahí estaba yo, entrando a la sala de conferencias la mañana después de haber matado a un hombre. La verdad es que para no haber dormido nada y tener una combinación de resaca con sentimientos de culpabilidad no tenía tan mala cara como cabría esperar. Viendolo con algo de perspectiva, había sido capaz de seguir el plan a la perfección.

Frase motivacional, la “S” que evoca a un cisne del logo de Skinophillia desde un plano cenital, señor con traje, jefe supremo, señor con traje. Cena del día de inauguración.

Y ahí estaban. Salían de lejos en un plano que duraba a penas tres segundos, pero mi corazón dio un vuelco en cuanto percibió el destello rojo de la cabellera de Werkert. Imagino que aquello había sido la cena del día antes que nosotros aterrizáremos, así que al Werkert de aquella escena aún le quedaban algo más de veinticuatro horas de vida. Pausé el video para poder analizarlo con detalle. Mi víctima estaba de perfil, hablando con una chica rubia. ¿Era Bettina? Intenté acercar un poco la imagen. Se distorsionaba, pero creo que sí, que no había lugar a dudas. Todo lo que conocía de ella era la imagen del directorio de empleados. La chica del video era algo enclenque, como había indicado la cara estrechita de su foto de carnet, y parecía tener una áurea claramente adolescente, con un acné bastante marcado, los rizos rubios revueltos y unas gafas de pasta algo torcidas. Seguramente era Bettina. En el video parecía que ella y Werkert estaban hablando en un tono confidente. Él tenía una actitud algo avasalladora, hablándole a ella de cerca y gesticulando de forma tosca, pero a ella se la veía relajada y atenta a lo que él le explicaba. Un plano abierto de las conferencias de nuevo, discurso optimista y con una mirada esperanzada al futuro del jefe supremo y *zoom out* de nuevo al cartel con el logo. Fundido a negro y la siseante pronunciación de una voz femenina: “Skinophillia. Your dreamed skin dream”.

Volví a ver la escena y la pausé para poder centrarme en todos los detalles. Mi estómago volvía a revolverse, retorciendo la culpa aún más en mis entrañas, como cada vez que me encontraba otro matiz con el perfilar más al Werkert que vivía hasta el día que Martí y yo empujamos una puerta vorazmente. Primero había sido un nombre, y luego un entorno laboral, y unos

proyectos y unos compañeros de trabajo. Pero ahora era directamente él gesticulando con vitalidad y sonriendo de forma arrolladora. Viviendo. Por última vez.

CAPÍTULO 37

DOMINGO 19 de mayo, 17:40 PM:

Querida libreta a la que ya le quedan pocas páginas con las que aguantar el suplicio de estar escuchando los retazos de mi vida:

¿Qué tal todo? Realmente no ha pasado nada interesante desde la última vez que te he escrito. Sigo sin tener más información de qué es lo que habría podido pasar y sin haber conectado todas las casualidades que han condicionado mi vida estas últimas semanas en un sólo hilo argumental.

Pero llevo varias horas intentando trabajar en el proyecto que presento el próximo martes y necesito procrastinar un poco para recuperar un nivel de productividad óptimo. No sé si acabo de tener el proyecto muy encaminado, y eso que ayer también estuve buena parte de la tarde intentando darle vueltas a cómo enforcarlo y documentarme. Había tenido una explosión creativa que me llevó a encerrarme en la sala de ordenadores del hotel y teclear como si me hubiese poseído el espíritu de una mecanógrafa competitiva, pero me acordé de que había quedado para “cenar” con Amanda y Ariadna y tuve que dejar ir mi arrebató de inspiración porque soy muy buena amiga —y bueno, también porque puede que esté bastante intrigada con el último estado de la boda de Amy.

—¡Hola, chicas! —Me acomodé sobre la cama mientras iba probando diferentes ángulos para ver cómo las podía ver mejor. Se me empezó a cansar el brazo, así que acerqué la silla del escritorio para poder colocare el móvil estratégicamente.

—Abbs, cariño, te estamos viendo el chirri.

—Ay, bueno, que más os da. Voy sin maquillar y casi sin peinar, aviso, puede que mi chirri sea la mejor visión de mí que os pueda ofrecer ahora mismo —Me bajé un poco la falda y acerqué la silla para poner un par de libros debajo del móvil y lo volví a reajustar para enfocar mejor mi cara.

—¿Qué tal todo por Londres, Abril? —Ariadna me saludaba a través de la pantalla. Ella estaba en la silla izquierda y Amy en la de en frente, así que imaginé que habían “sentado” a uno de sus móviles en mi sitio de siempre. Tuve un arrebató de ternura y deseé poder estar allí en persona, en todo mi espectro físico y terrenal para dejar que me abrazasen cuando empezase a

derramar toda la preocupación que se me anclaba en el pecho.

—Bien. Muy muy bien la verdad. —Pero no estaba allí y no me iban a abrazar, así que no sé si tenía sentido explicarles que cada vez estaba más convencida de que venir a Londres había sido una de mis peores ideas, porque no sé si serían capaz de entenderlo sin el aporte contextual de todo lo de Werkert. Así que les sonreí, y sorbeteé los fideos instantáneos que me acababa de preparar con el agua de la tetera mientras pensaba en cómo cambiar de tema.

—Sí, claro. ¿Porqué no iba a seguir en pie?

Ah, pues no lo sé, querida amiga. Porque hace sólo unas semanas te estabas planteando pedir un traslado de ciudad para poder fugarte sin dar explicaciones. O porque a lo mejor me hizo sospechar que me obligases a llamar al restaurante en el que vas a celebrar tu boda fingiendo que quería solicitar un presupuesto y así preguntar, de paso, que si devolvían el dinero si en un muy hipotético caso se anulaba la boda.

—Ah, bueno no... ¡Me alegro! ¿Todo bien entonces, con Luís y...?

—¿Qué Luis ni qué Luis? Abbs, ni Luis, ni Luisa.

—A ver, Abril, te pongo en antecedentes para que puedas entenderlo. —Dijo Ari mientras Amanda bajaba la vista para devorar su pizza sin mirar al objetivo de la cámara. —Amanda ha decidido que en Berlín no pasó nada, así que no podemos volver a sacar nunca jamás el tema.

—Es que no pasó nada. No sé ni de que habláis, yo me quedé durmiendo tan tranquila y estaríais las dos tan tajas que habéis alucinado cosas. Pero que no pasó nada de los nadas que no existen porque son nada de la nada.

—Se está autoconvenciendo.- Me siguió aclarando Ariadna —Su terapeuta le ha dicho que tú tienes el poder de crear y cambiar tus recuerdos, así que está siguiendo un proceso para eliminar de su...¿cómo era, Amy? Ah, sí, de su registro experiencial todo lo que pasó esa noche.

—No sé que queréis que elimine ¿El aburrimiento y la incomodidad del colchón? Poco más, yo esa noche me fui a la cama sin cenar porque me encontraba mal y dormí diez horas seguidas como un lirón.

—¿Pero qué mierda de terapeuta te ha dicho eso?

—Oh, perdona Abril, me olvidaba de que estás licenciada en psicología. Ah, no, es verdad, que no. Así que dime, ¿porqué debería hacerte caso a ti antes que a un licenciado en ciencias holísticas?

—Amy por el amor de dios, que eres doctora... ¿De verdad te tengo que decir yo porqué no debería hacer caso alguien así? No creo que en ninguna uni

ofrezcan un doctorado de eso.

—¿Tú qué sabrás Abril, joder, si tú eres de letras? Todo lo que dice Fabio tiene sentido. Al final las cosas que pasan, ¿tú cómo sabes que realmente pasan?

Engullí mis *noodles* instantáneos a toda prisa para poder responderle pero se me avanzó, prosiguiendo con ímpetu:

—Sabes que pasan y recuerdas que pasan porque lo has expresado con palabras. Cuando no hay fotos, no hay videos, no hay pruebas documentales de que algo haya sucedido realmente tú lo recuerdas porque has construido un relato, has logrado encapsular la realidad en partículas gramaticales. Solo existe por eso. Por la historia que tú has querido contar. Así que aquel día de la despedida yo me empecé a encontrar mal cuando estábamos en el metro, de vuelta a casa, y ni siquiera fui a cenar. Me quedé durmiendo y fue una de las noches más aburridas de la historia.

—Amanda, me alegro mucho de que haya decidido ir a terapia para sentirte mejor, pero la milonga esta es de un cinismo que...

—¡Tshhhh! —Amanda se puso el índice sobre los labios y hizo un susurro largo, como para indicar que cerrara la puta boca, pero en su nuevo idioma de persona zen y pacífica que se va de retiro espiritual a Bali. —Relájate, Abbs. Tú y solo tú eres la que decide qué historia quiere construir. ¿Y tú, querida amiga, qué historia quieres construir? Cuéntanos qué tal por Londres.

No reconocía a aquella Amanda que me miraba cándida y benevolente, con su trozo de pizza vegetal en la mano, como si fuese un corderito cachorro que aún no ha conocido la maldad en el mundo. Me empecé a plantear cosas, a pesar de mi incredulidad. Si aquel señor había conseguido aplacar la actitud pasivo-agresiva de mi querida amiga y convertirla en un derroche de filosofía existencialista a lo que mejor es que todo aquello funcionaba.

—Bien... Aunque la verdad que estoy un poco agobiada. Esta semana tengo ya la exposición de mi proyecto, y todo el mundo se lo está currando a saco y están ahí en modo empollón y yo no sé...

—¿Y eso? ¿Estás estancada con algo? Porque has tenido bastante tiempo, ¿no? —Ariadna me lo preguntó sin ningún tipo de doble sentido, pero yo sólo podía recibir aquella pregunta como el foco de una sala de interrogatorios apuntando de forma directa a mi cara. Cambié de postura porque se estaba durmiendo la pierna y quise aprovecharlo como una oportunidad para decidir por dónde podía empezar a contarles toda la historia con Pau.

—Eh... Sí. No acabo de ver cómo encarar el tema para que les guste.

—Bueno Abbs, no te preocupes por eso, si tú eres muy crack. Mira, Fabio dice que las inseguridades son la palanca que consigue que realmente puedas hacer cosas perfectas. Porque si no tuvieses esos pequeños baches, y no dudases de ti no te esforzarías tanto, no serías capaz de superarte a ti misma.

Me quedé algo en trance pensando al respecto de lo que había dicho. Sí, podía tener sentido. A lo mejor el tal Fabio me estaba empezando a caer bien. A lo mejor esto de la ciencia holística sí que podía tener algún tipo de fundamento científico y ser legal.

—Por eso tienes que motivarte, y saber que de todas tus inseguridades de hoy van a nacer tus éxitos del futuro. Pero el camino es largo, así que para controlar un poco tus inseguridades puedes probar con remedios naturales. ¿Conoces a alguien en Londres que te pueda pasar maría, Abbie-Abbs?

CAPÍTULO 38

DOMINGO 20 de mayo, 18:35 PM:

Hola querido diario,

¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí, creo que tampoco me quedaba mucho más por contarte más allá de que tengo que hablar seriamente con Amanda sobre su nuevo terapeuta. Antes te he tenido que dejar a medias porque me ha llamado Martí. Esta mañana le he pasado una captura de pantalla de la imagen de Bettina y Werkert en el vídeo para poder compartir con alguien la culpa que me fustiga cada vez que vuelvo a reproducir ese video y me asalta el brillo incandescente de la melena cobriza de Werkert.

—¿De dónde has sacado eso? —Me ha preguntado antes siquiera de poderle responder.

—Hay un video corporativo de las jornadas de estrategia. Tú y yo salimos de fondo en algunas de las conferencias.

—¿Y has visto algo más? ¿De dónde lo has sacado, dónde está?

—Tranquilo Martí, que ya lo he mirado y no sale ninguna imagen tuya tirando unos guantes de látex a la basura.

La fuerza de un rugido iracundo en mi interior me apremiaba a decirle que había descubierto la existencia de ese video gracias a Pau. Aún no había tomado una decisión sobre por dónde empezar a afrontar aquel tema y con qué llave de arte marcial le podría infligir dolor físico, pero la necesidad de respuestas latía dentro de mí. He tenido que respirar hondo y contenerme, e imitar un tono de voz almibarado para que no notase el temblor en las cuerdas vocales que podría delatar mi enfado.

—Está en la intranet. El otro día la estaba cotilleando para ver si encontraba información para el proyecto y lo vi ahí colgado.

—Lo busco.

—Bueno ya te he dicho que no hay gran cosa que ver.

—Ahá —Ha sido más bien un sonido ahogado, así que imagino que ha intentado afirmar algo con un lápiz metido en la boca, y que ha sujetado el teléfono entre su oreja y su cuello para poder seguir hablando mientras tecleaba en el ordenador.

—Es todo muy sin más. Yo creo como mucho lo ha visto la persona de comunicación interna que lo ha colgado.

El ha soltado una especie de mugido, como dándome la razón para que me callase. Me lo he imaginado entonces mirando el video absorto, rebuscando en los fondos de cada plano y a la espera de que apareciese una información reveladora que aclarase todo aquel misterio con un sólo destello de veinticuatro fotogramas por segundo.

—Parecerían estar de bueno rollo, ¿no? —Me ha preguntado Martí cuando imagino que ha acabado el video.

—¿Werkert y Bettina? Sí supongo... A ver yo creo que él está como dándole la turra con algo. Pero sí, no parece que se llevaran mal. Ni que estén liados tampoco, la verdad.

—Ya...

—¿Sabías que trabajaban juntos? Bettina y Werkert estaban llevando el proyecto del rebranding.

—¿En serio?

—¡Ah! Y Adela y Encarna se llevaban estupendamente. La ascendieron a jefa, pero lo habían planteado como una división de funciones y Encarna estaba encantada porque eso suponía menos trabajo para ella.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Tengo mis fuentes.

Se lo he dicho con un tono confidencial y él ha intentado indagar más sobre mis dotes de investigación. ¿Pero a caso en algún momento Sherlock compartió su proceso deductivo con Watson? Bueno, probablemente sí y los libros van exactamente sobre eso, pero ya me entiendes. Empezaba a tener una pizca de información privilegiada y necesitaba planear cómo iba a gestionarla.

CAPÍTULO 39

DOMINGO 20 de mayo, 19:20 PM:

He estado pensando sobre la filosofía de vida del nuevo terapeuta de Amanda y me pregunto si será verdad. Si a lo mejor tanto reflexionar y revolcarme en el barro de lo ocurrido no hace más que alimentar mi sentimiento de culpa y mi ansiedad. Incluso puede que tú, querido diario, seas a la vez la fuente de mi desahogo y mi depresión, porque cada palabra que trazo en ti que hace algo de referencia a lo que pasó —y ya van unas cuantas— es encarnizame en algo que ya ha pasado y que no puedo arreglar. No lo sé querido diario, creo que necesito meditar si podemos seguir teniendo esta relación.

DOMINGO 20 de mayo, 19:32 PM:

Aunque, por otro lado, ¿qué tipo de fiabilidad puede tener un terapeuta que receta droga?

DOMINGO 20 de mayo, 19:43 PM:

¿Crees que si en vez de opiáceos lo pruebo con Vodka hará efecto?

DOMINGO 20 de mayo, 19:44 PM:

Es que suficientes actividades delictivas he cometido ya en tierras anglosajonas como para intentar buscarme un camello de confianza.

JUEVES 12 de abril, 01:30 AM:

Hoy ha sido la noche más aburrida de la historia. El imbécil de mi jefe, al que no me une ningún tipo de anécdota delictiva común, ha decidido venir conmigo a cenar. La cena ha sido un poco coñazo, pero por suerte mis altas habilidades para la comunicación social / socialización me han permitido tener una conversa profesional y distendida con él.

Luego hemos vuelto al hotel y yo, que soy una chica deportista y sana, he decido subir por las escaleras. He podido entrar en mi habitación abriendo la puerta suave y discretamente y me he ido a dormir sin que ninguna presencia extraña me haya sorprendido.

No sé ni porqué estoy escribiendo este diario porque tengo una vida aburrida sin ningún tipo de antecedente penal.

DOMINGO 20 de mayo, 20:15 PM:

No tengo muy claro que esto funcione.

DOMINGO 20 de mayo, 20:22 PM:

De hecho imaginarme esa realidad paralela me ha hecho estremecer. ¿Qué hubiese pasado si hubiese entrado en la habitación yo sola? ¿Werkert me habría dicho que perdón, que lo sentía, que se había confundido de la habitación? O...

No sé si quiero pensar en las alternativas.

DOMINGO 20 de mayo, 20:53 PM:

Si lo piensas la única alternativa que acaba un poco bien es la de yo y Martí liándonos, pero en su habitación.

DOMINGO 20 de mayo, 20:55 PM:

O en el ascensor mismo.

DOMINGO 20 de mayo, 20:57 PM:

Puto Fabio.

CAPÍTULO 40

LUNES 20 de mayo, 19:10 PM:

Queridas últimas páginas de libreta que me quedan por rellenar:

Te escribo desde un lugar recóndito, oscuro y solitario. Desde las frías entrañas de la antesala del infierno, sin ventanas ni sistema de climatización, ni opción de contacto con el resto de la humanidad

¿Crees que estoy volviendo a usar una de mis hipérbolos para expresa que vuelvo a estar en un pozo de miseria y desolación del que no hay escapatoria? A ver, que podría ser. Pero no. No estoy usando recursos literarios para expresar en ti todas los problemas mentales que aún no le he contado a mi psicólogo. A ver, que debería. Ir al psicólogo, digo. A uno de los de verdad, por eso, ya hemos quedado en que Fabio no sería una buena opción.

Pero a lo que íbamos: Me refiero a un lugar físico, tangible.

Me permitiré empezar, una vez más, por el principio: Esta mañana ha sido bastante dura.

Cuando he llegado a la sala habitual en la que nos dan las charlas a los jóvenes talentos nos ha recibido el señor calvo, para comentarnos que las sesiones teóricas ya se habían acabado y que esta semana estaremos en contacto con la parte más práctica de nuestro ámbito profesional. Ha seguido con su última perorata mientras nos acompañaba por el pasillo, para dejarnos a cada uno en nuestro respectivo departamento. “Gracias chicos por haber dado lo mejor de vosotros mismos esta semana, pensad que tenemos unas altas expectativas sobre vuestra trayectoria en esta empresa. Trabajar, trabajar y trabajar: Podéis estar seguros que de que seguís con constancia y actitud os veréis altamente recompensados”. Una parte de mi ha querido dejarse llevar por ese salmo motivacional y sentirse ferozmente invencible, pero la mayor parte de mi ser estaba invocando a todos los dioses y entes esotéricas con un mantra que iba entonando hacia mis adentros.

Que no esté Pau. Que no esté Pau. Que no esté Pau. Que no esté Pau. Que no esté Pau. Que no esté Pau.

—¿Abril? -Me ha llamado el hombre calvo, arrastrando como siempre la “r” de mi nombre, como para dar a entender que hacía el esfuerzo de pronunciarlo en su idioma original —Tu te quedas aquí con el *manager* de

Eventos y *global branding*.

Joder. Joder. Joder. Que no sea Pau. Que le hayan ascendido a CEO global del grupo pero que por algún motivo haya dejado de ser el jefe del departamento de eventos en un solo fin de semana.

—Pau Greu. Ya le conoces de una de las charlas así que... ¿le buscas tú? Su despacho está ahí todo recto a la izquierda.

Me ha dado una palmadita paternal en el hombro, como si de algún modo supiese que yo no podía entrar allí y mirar a Pau a la cara después de lo que había pasado el viernes. Pero imagino que no se lo podía llegar a imaginar, porque si no no me hubiese dejado allí desamparada mientras él guiaba resto del rebaño de jóvenes talentos pasillo abajo, avanzando en formación compacta como un grupo sincronizado de turistas japoneses.

He entrado al departamento después de un par de inspiraciones con las que buscaba normalizar el latido exacerbado de mi corazón. He mirado hacia ambos lados para intentar localizar el despacho de mi antiguo becario, pero en aquel primer barrido en diagonal que he hecho solo he visto a gente concentrada aporrando el teclado del ordenador y una pared llena de fotos de campañas antiguas de nuestra querida marca.

—¿Te puedo ayudar con algo?

Me he girado algo sobresaltada hacia la persona que me ha hablado. Era una chica menuda y pelirroja y aquella preguntaba sonaba más a impaciencia que a gesto amable: La tía se moría por saber qué hacía yo merodeando por allí con cara de conejito deslumbrado por las largas.

—Busco a Pau.

—¿Mister Greu? —Le ha dado importancia a la entonación de aquel mister, como advirtiéndome de que no vaya por ahí cometiendo la temeridad de llamar a la gente por su nombre de pila.

—Sí. A Pau. —He robado un poco de fuerzas a toda la energía que había estado destinando a sentirme avergonzada para conseguir dedicarle una sonrisa desafiante. Si algo he aprendido en todos mis años en un ambiente corporativo algo tóxico es que a veces no hay que desconcierte más que una amabilidad cruda y desinteresada.

La chica pelirroja se me ha quedado mirando, sin anticipar ninguna intención de indicarme el camino. Parecía estar analizando si era el tipo de persona a la que podía revelar esa información. Me pregunto cuál es la primera impresión que doy y qué es lo que ha podido dilucidar mirando mi vestido rojo con flores negras, a media pierna pero estratégicamente subido

para enseñar un poco más de muslo y que mis piernas se vean más largas. Estudiando mis gafas de pasta, que se deslizan con facilidad a la mitad de mi tabique nasal y mi media melena, de un castaño aburrido y parco, recién planchada, mi flequillo sujeto con horquillas doradas. Sacando conclusiones rápidas, tal vez, de que aquella forma de aferrarme a la libreta, como abrazándola, denotaba inseguridad y que la sutilidad que había tenido para ignorar su mirada penetrante (mirar el reloj, haciendo ver que tenía prisa) era un indicador muy fiable de lo mal que se me da lidiar con los conflictos.

—¿Abril? ¡No sabía que ya venías hoy!

Nada me podría haber hecho presagiar esta mañana, cuando me he dado cuenta de que la pierna derecha se me movía sola a una velocidad desbocada, para intentar canalizar mis nervios, de que me acabaría sintiendo aliviada de escuchar la voz de Pau.

Una brazo me ha rodeado los hombros y me ha tirando un poco hacia él, hacia ese olor a desodorante masculino y hacia poder ver de más cerca las arrugas discretas de su traje.

Yo no he sabido como reaccionar y le he dado una especie de semi abrazo, sobretodo par no perder el equilibrio.

—Sí... La semana pasada eran las charlas y ahora ya nos toca estar en el departamento.

—Si te soy sincero no he preparado nada, tendremos que pensar a ver en qué nos puedes ayudar. ¡Allison!

La chica pelirroja, que por su cara de concentración imagino que estaba intentando memorizar todas las palabras que he cruzado con Pau para buscarlas a posteriori en Google translator, se ha erguido y le ha respondido que qué quería muy seria.

—Ve pensando en tareas que le podamos delegar a Abril, es el nuevo talento que tendremos esta semana.

Mi nueva amiga Allison ha asentido y Pau me ha indicado que podíamos seguir recto hacia su despacho, mientras aún tenía su brazo pasado por mis hombros.

Me ha empezado a explicar cuáles son las funciones principales del departamento y cómo está organizado, pero yo solo podía pensar en lo sumamente avergonzada que me sentía. Creo incluso que mis neuronas de la vergüenza ajena hacia la Abril del pasado han llegado a componer una canción que me ha amenizado el pequeño trayecto que hay de la sala de márketing al despacho de Mister Greu.

“¡Me quiero morir! ¡Me quiero morir! ¡Pau porqué me abrazas si me quiero morir! Me quiero morir y-no re-su-ci-tar, para esa visión no tener que aguantar! Me has visto desnuda, y todo para a-ca-bar dejándome tirada encima del mueble-bar. Así, que, yo, me, quiero...Moooo-riiiiiiiiiir!!! *insertar movimiento de brazos con ademán cabaretero y explosión de confeti aquí*.

—Yo creo que es bastante parecido a cómo funcionáis en Barcelona, pero ya irás viendo... —Me ha dicho Pau mientras se sentaba en su silla de jefe, ergonómica y acolchada. Yo me he sentado en frente, al otro lado de la mesa, mientras pensaba en lo que me gustaría decirle y en lo que tenía que decir para parecer una persona cabal.

Lo que me hubiese gustado decirle: Ah, sí, claro, ya iré viendo. Tanto como tu me has visto desnuda a mí, qué comodidad, ¿eh?

—Ah, sí, claro.

—Ya has conocido a Allison.

Lo que me hubiese gustado decirle: Ah, sí, una pequeña zorra de manual. Disculpa, había acordado conmigo misma no volver a usar esa palabra, pero ahora mismo no se me ocurre una alternativa. Pero ya me entiendes. La podemos llamar basilisco, si lo prefieres, de momento es el adjetivo que mejor se adapta a describir mis sentimientos.

—Sí, sí, parece super maja.

—Sí, es un muy mona, ya la conocerás mejor. Pues ahora que no está Bettina es ella quien lleva todos los proyectos, y sinceramente necesitamos a alguien más porque la pobre está que no da abasto. Estoy intentando llevar algunos temas para aligerarla, pero claro también tengo que estar a otras cosas.

Lo que me hubiese gustado decirle: Claro, lo entiendo perfectamente Pau. Tú tienes que estar a otras cosas, a tus cosas de jefe, tales como engañar a pobres damiselas para hacerles creer que te las quieres tirar para luego, una vez ya se han bajado las bragas y la dignidad, irte. Muy profesional todo, con razón no tienes tiempo de ayudar a tu pobre compañera ahogada de trabajo.

—Claro, claro, es normal. Espero que encontréis a alguien pronto.

—En eso estamos... Ahora estamos con varios eventos de lanzamiento e intentando hacer unas guías de estilo para empezar a unificar todos los eventos que hacemos en las filiales. Creo que en esto nos vas a poder ayudar muchísimo, tú tienes experiencia y sabrás qué información puede ser clave para los eventos locales. Y luego está el tema del *rebranding*, pero lo tenemos un poco aparcado porque... bueno, ya sabes.

Lo que me hubiese gustado decirle: Oh, sí, ya sé, porque maté yo misma al responsable del proyecto :D.

—Sí, ya me contaste.

—Pues básicamente es esto, ya te irá explicando Ally con más detalle... No sé si tienes alguna duda.

Lo que me hubiese gustado decirle: Una pregunta indirecta muy genérica y un poco atrevida, Mister Greu. ¿Quién no tiene alguna duda en su vida? Creo que fueron los griegos los que empezaron con los razonamientos existenciales. Que si quién soy, que si de dónde venimos y que a dónde vamos, y porqué yo soy yo y tú eres tú y cómo llego yo a saber y cómo yo sé que tú sabes que PARA QUÉ EMPEZASTE NADA SI YA SABÍAS QUE IBAS A SER TAN JODIDAMENTE PROFESIONAL COMO PARA DEJARME AHÍ TIRADA.

Pues sí, eso vendría a ser el resumen. No hay más preguntas señorita.

Obviamente me he callado todas las cuestiones que avasallaban mi mente —qué es lo que había hecho mal en la vida para acabar en aquel despacho un lunes por la mañana, que habría pasado si Martí no hubiese decidido jugar a ser el cómplice responsable que responde a mis llamadas, cuántos gatos bastarán para consolar mis traumas y paliar la soledad que me aguarda en mi futuro, y le he seguido hacia fuera, donde ha vuelto a presentarme a Ally, esta vez de forma más oficial, y a dejarme sola con ella con la excusa de que llegaba tarde a una reunión.

—¿Ya le vas contando tú, verdad, Ally? Seguro que Abril nos va a poder ayudar mucho.

—Sí, claro, te puedes ir tranquilo Pau.

Pau me ha dado una palmada en el hombro a modo de despedida que me ha cortado el aire por unos segundos y ha aleteado la mano sonriente mientras se iba hacia el piso de arriba. Arrebatador y con una sonrisa ingenua. Como si no supiese que me estaba dejando en manos de una psicópata dispuesta desarrollar sus más bajas pasiones, torturando a todo aquel que no fuese de su agrado. Y ya habrás podido comprobar, querido diario, que ella y yo no parecemos estar destinadas a ser grandes amigas.

—Hemos estado pensando, Pau y yo, que nos vas a poder ser muy útil con esto.

Me ha revelado finalmente, cuando después de haber estado recorriendo un enjambre de pasillos hemos acabado llegando a una puerta gris que parecía estar cerrada con llave. Pero no: Ally ha acercado su manicura francesa impoluta y ha girado el pomo con la delicadeza de un pétalo cayendo del

rosal. Los segundos que han pasado mientras la puerta cedía hacia dentro se me han hecho eternos. Me he agarrado al quicio para poder ponerme de puntillas e intentar avanzar a ver qué había ahí dentro y cuál sería mi misión. Allison ha pulsado el interruptor, y el parpadeo crepitante del fluorescente al encenderse ha iluminado un centenar de estancias alineadas que me han dejado muy extrañada.

—Creo que tienes el perfil perfecto para ordenar el armario de muestras de Márketing. ¡Disfruta...! —Una sonrisa sádica le ha tambaleado en el rictus serio de sus labios y se ha ido justo después de guiñarme el ojo.

La muy basilisco.

CAPÍTULO 41

MARTES 22 de mayo, 14:22 PM:

Hoy no tengo tiempo para saludar,
Creo que Giovanna ha desaparecido.

MARTES 22 de mayo, 16:25 PM:

Hemos estado aporreando la puerta de su habitación. Hemos mirado en la zona común, en la sala de ordenadores, en el área de la lavandería, en los lavabos de la planta de abajo. Hemos ido a Skinophillia y hemos peinado todos y cada uno de los departamentos con una meticulosidad quirúrgica.

Pero Giovanna sigue sin aparecer.

Que a lo mejor me vas a llamar dramática, y que puede ser que te atrevas a diagnosticar que me he recluido en una espiral de sospecha y paranoia de la ni el mejor terapeuta del peor psiquiátrico me podría sacar. Vale. Pero tal vez Giovanna es parte del entramado de misterios de Skinophillia y ahora está encerrada en un armario mientras alguien frota el suelo con ahínco para borrar las pruebas.

Había quedado con ella para comer. Mañana tenemos la presentación del proyecto y nos queríamos tomar esta tarde como las últimas horas de distensión antes de coger encerrarnos en la vorágine de ansiedad, café y auto flagelación que nos esperaba esta noche.

No sé qué debe estar pensando Lukas de mí ahora mismo. He estado intentando disimular mi preocupación y hacer ver que lo único que me extraña es que no se haya presentado a nuestra cita. Que a la chica tal vez se le habría olvidado, y se había ido de compras, o a perseguir ardillas por Hyde Park, o quedado con alguien de *Tinder* porque es una persona cabal y sensata que busca tener encuentros sexuales con personas ajenas a su entorno laboral, no como yo, que ya sólo necesitaría engatusar al CEO y al conserje para haberme acostado con todo el santo personal de la empresa.

Me he encontrado a Lukas por el pasillo mientras estaba haciendo guardia delante de la puerta de mi compi italiana. Levaba ya unos veinte minutos esperando, pero había decidido no desistir y quedarme allí delante, casi como si mis pies estuviesen incrustados en la moqueta, para asegurarme de que Gio llegaba sana y salva a su habitación, siendo sólo una chica irresponsable que

había dejado tirada a su recién estrenada amiga.

—¡Hola Abril! ¿Qué haces, esperas a Giovanna?

—Sí, habíamos quedado para comer. Pero a lo mejor lo he entendido mal, porque llevo un rato esperando y nada.

—Ah, pues qué raro. Nos hemos cruzado cuando salíamos de Skino y me ha dicho que tenía prisa, que había quedado contigo.

Interrupción del latido constante de mi corazón. Y un desfile torrencial de imágenes por mi mente: Werkert en el suelo, Adela en la piscina, Bettina y su cara cabizbaja de adolescente tímida, Werkert en el armario. Encarna estando guay, con su churri, en Miami, una filial condenada al abandono en un polígono polaco y un armario vacío. Y ciao, bebé.

—¿Y si le ha pasado algo?

Lukas tiene los ojos verdes y algo rasgados, así que me ha costado distinguir en esa expresión adormilada de su rostro que los había abierto algo más de lo normal.

—Vamos a buscarla —Ha asentido muy serio, y ya encaminándose hacia el ascensor.

He cogido mi bolso del suelo y le he seguido mientras me preguntaba si podría ser que él también tuviese una de las piezas que me faltaba encajar en ese complejo puzzle. Lukas se había sorprendido y había sabido muy rápido cuál era el siguiente paso a seguir. El paso lógico que yo me esperaba era una caricia consoladora en el hombro y una frase por defecto para este tipo de situaciones. “Tranquila Abril, se habrá entretenido por ahí. ¿Estás segura de que no habíais quedado en el restaurante?”. Pero Lukas había decidido estar de acuerdo con mis preocupaciones, como si fuese racional pensar que a alguien le pueda pasar algo en una calle concurrida a la una del mediodía.

Cuando hemos llegado al lobby nos hemos separado y cada uno ha ido buscar por un rincón diferente del hotel. Yo he seguido llamándola y escuchando todos los tonos con una impaciencia contenida, hasta que la voz informática del contestador abatía una vez más mis esperanzas.

Lukas y yo nos hemos vuelto a reencontrar y hemos vuelto a intentar llamar a la puerta de su habitación, a ver si en ese transcurso de tiempo había estado se había escurrido discretamente por las zonas del hotel que creíamos tener controladas.

—Jooohn! —Ver a John merodeando por el pasillo de la habitación de Giovanna ha vuelto a interrumpir mi ritmo cardíaco. Tal vez había estado con ella y eso explicaba todo lo que había pasado sin tener que volver a recurrir a

hipótesis criminales y a un borrado pruebas con acetona y olor a ambientador artificial.

John se ha girado hacia nosotros, supongo que algo asustado por el tono agudo de mi chillido evocando su nombre, similar al que haría una gallina muriendo atragantada.

—¿Has visto a Giovanna, John? Abril había quedado con ella para comer, pero no nos contesta, y no la encontramos por ninguna parte.

Suerte que Lukas ha sabido expresar con palabras de persona adulta lo que yo hubiese atinado a reproducir con balbuceos: “John, Gio... ¡Gio, John!”.

Nuestro amigo inglés ha fruncido el ceño, y ha rebuscado algo en el bolsillo trasero del pantalón mientras nos seguía mirando con semblante preocupado.

—Qué raro —Ha dicho, finalmente —Yo he venido con Giovanna de Skino a aquí y me ha dicho que iba a ir a llamarte a la puerta, que ibais a comer...

Otro indicador más. Yo no estaba loca y no había nada entendido las cosas mal. Habíamos quedado a esa hora, habíamos quedado en ese sitio. No había sido un malentendido.

John ha sacado una tarjeta verde de su cartera.

—Eh... Bueno, no es que yo... —Estaba tan sonrojado que por un momento pensé sus mejillas iban a implosionar —Tengo la tarjeta de la habitación de Gio porque alguna vez hemos quedado y...

Le he arrebatado la tarjeta de las manos sin darle tiempo a que nos diese más explicaciones, a pesar de que me hubiese reconfortado tener una confirmación definitiva al respecto de no ser la única persona que tiene relaciones con compañeros de trabajo. Pero ya habría tiempo para interrogar a John y a sus pómulos incandescentes más adelante.

—Vale, vale, tranqui. No te preocupes, si eso lo hemos hecho todos.

—Como que todos, ¿te has liado con Giovanna tu también?

He acallado a Lukas con un movimiento seco de la palma de mi mano y he inspirando hondo, mirando fijamente la puerta de la habitación 618. He acercado la tarjeta al lector que tanto destacaba sobre el color madera de abedul de la puerta. Lo he hecho muy lentamente, porque estaba teniendo un debate interno sobre la privacidad que se merecía Giovanna, sobre cómo de lejos estaba llevando mis ínfulas de detective en ciernes, sobre si era una chica perspicaz o una dramática a quién el ansia por cotillear la había llevado a un lugar oscuro. Tal vez deberíamos dejarle un margen. Hasta la noche, tal

vez. A lo mejor Gio piensa que soy una pesada y estaba pasando de mí. Que a ver, no podría juzgarla por ello. Puede que estuviese dándose un baño de agua caliente con los cascos puestos, y con espuma y bolas de baño, y a lo mejor la chica estaba tan tranquila y ahora nos veía a los tres asomando por la puerta de su baño y le daba un síncope.

Clic.

Puerta abierta.

Me he quedado inmóvil, sabiendo que estaba a un sólo paso, a un sólo empujón leve, sin esfuerzo, de abrir la puerta y cruzar el linde y buscar la estela difuminada de una mancha de sangre surcando la moqueta o el móvil desatendido brillando sobre la mesa.

John ha empujado la puerta desde mi izquierda y los nervios han empezado a enredarse en mi intestino. Pum-pum, pum-pum. Un *déjà vu* con sabor amargo.

Pum-pum. Pum-pum. He avanzado a la entrada sintiendo alivio al ver la moqueta impoluta, sin roces. La maleta vacía contra el mueble bar y alineada de forma perfecta con dos pares de zapatos. Cama hecha y todo el conjunto de muebles de tonalidades blancas reluciendo sin briznas de pelo arrancado reposando sobre ellos.

He sacado todo el aire que había estado conteniendo, pero sin sentir aún el peso del alivio aplacar los nervios. He corrido la puerta del armario el armario bruscamente, como en un acto prácticamente reflejo. Sólo ropa. Sólo había ropa planchada y ordenada por colores colgando de la barra.

—¡Chicos, el estudio!

Lukas y yo hemos acudido a la llamada de John y hemos entrenado a la sala que se intuía a la izquierda del dormitorio. La voz alarmada de John ha hecho que posponga el pensamiento de por qué la habitación de Giovanna era más grande y tenía un estudio a parte, pero bueno, yo te lo pongo ahora por aquí para que quede constancia de que hay un nuevo aspecto de mi vida en el que también soy una pringada, para que tengas toda la información posible antes de juzgarme.

Hemos llegado a la zona del estudio casi a la vez y antes de poder cruzar hacia ese anexo de la habitación he entendido por qué el tono flemático de John estaba algo alarmado.

El suelo estaba recubierto por una alfombra de hojas blancas, esparcidas de forma aleatoria entre la mesa y la estantería. Algunas de ellas estaban rotas, otras tenían frases subrayadas y tachones de boli azul impresos con un trazo rabioso.

Me he agachado y he empezado a leer en diagonal. Sin entender mucho, pero detectando palabras que tenía más que interiorizadas, puesto que habían estado regando todas nuestras comidas de los últimos días.

—Es su proyecto final.

Los tres hemos compartido un silencio indigesto y una mirada preocupada. Gio podría haberse dejado el móvil. El bolso, la cartera, la tarjeta de acceso a las oficinas de Skino, incluso el pasaporte y la chaqueta que aún necesitas hasta en puto mayo para resguardarte de este frío inglés. Pero nunca se habría ido de esa habitación dejando aquel trabajo, aquel que yo había visto esta mañana encuadernado con tapa dura y lomo cosido, hecho trizas en el suelo.

CAPÍTULO 42

MARTES 22 de mayo, 22:48 PM:

Holi querido diario impaciente,

Seguro que llevas toda la tarde en ascuas, preguntándote si hemos sabido algo de Giovanna y si ahora vengo con novedades jugosas y, sobretodo, positivas.

Voy a ir por partes para que me entiendas y para que no decaiga la tensión de mi relato, pero te anticipo algo: Tengo novedades. Y no sabría decirte si son positivas.

Después de ver el proyecto de Gio desparramado John, Lukas y yo hemos estado barajando qué hacer. Solo habían pasado unas dos horas desde la última que alguien la había visto, y supongo que las páginas arrancadas de un trabajo y la última hora de conexión al What's App no le valdrían como indicios a la policía metropolitana de Londres.

John ha dicho que iba a ir a preguntar al resto de jóvenes talentos a ver si la habían visto y Lukas le ha seguido después de hesitar un poco. Yo he echado un vistazo rápido a la habitación antes de decidirme a salir también. Pero he vuelto cuando ya estaba a punto de salir al pasillo. He recogido todas las hojas y la encuadernación destripada y las he guardado en el bolso.

He vuelto a mi habitación para comprobar que Giovanna no hubiese entendido los detalles de nuestra quedada mal y me estuviese esperando en mi planta. Pero he llegado allí para encontrarme con lo que ya me esperaba: Un pasillo vacío.

He entrado en mi habitación para contarte los poco avances que habíamos tenido, después de escribir a John para decirle que me avisasen si se enteraban de algo. Él me ha devuelto un mensaje pocos minutos después. “Vamos a volver Skino a mirar otra vez a ver”. Le he llamado para decirles que me esperasen y me he puesto los zapatos y y he salido de la habitación corriendo mientras quedaba con ellos en el Lobby. Cuando he llegado he visto que Dave se había unido a la misión de búsqueda.

Las oficinas de Skinophillia nos han recibido con ese aura de llevar varias horas vacías. No se escuchaba el atronador sonido de las impresoras ni el repiquetear frenético en el teclado del ordenador. Hemos avanzado todos

juntos hacia la sala de reuniones, envueltos en esa penumbra extraña que generaban las persianas bajadas automáticamente y la ausencia de un fluorescente alterando la tonalidad de la luz natural.

Y hemos vuelto a mirar. Sala SKINO 1, Sala SKINO2, Sala SKINO JUNTAS, Sala presidencia, Sala SKINO3, Sala RRHH. El departamento de administración, el de finanzas. El de marketing con la mesa que me han prestado esta semana, desordenada al fondo. Avanzando hacia el comedor a un paso sincronizado y sigiloso.

—¿Habéis mirado en SkinoLabs?

A mi la pregunta de Dave me ha cogido algo extrañada, porque no sabía que existiese una parte del edificio con nombre y entidad propia. Pero debe ser algo que explicaron en algunos de aquellos minutos en los que yo estaba correteando hacia la sala, llegando tarde, porque Lukas ha asentido y John ha pasado a encabezar nuestra formación, guiándonos con pasos determinantes hacia fondo, y luego hacia la izquierda. Ha abierto una puerta de emergencia y hemos salido al exterior, donde una zona ajardinada y pasillo hecho con bonsáis alineados desembocaban en un edificio que evocaba una cierta reminiscencia a un invernadero de cristal.

Me he quedado bastante impresionada, pero he intentado seguir el ritmo de los chicos para no dejar constancia de que no me había enterado de que el departamento más importante de Skinophillia, I+D y desarrollo de producto, estaban en otro edificio. Hemos entrado. Mi corazón se ha vuelto a acelerar, y he aguzado mis sentidos, expectante. Pero sólo nos ha recibido el vacío. Una luz diluida bañaba el corredor central, que distribuye los laboratorios a cada lado, detrás de puertas metálicas colocadas con una simetría precisa. Todas las puertas cerradas y ni un sólo rastro de trabajadores tardíos trasteando entre matraces y vasos de decantación.

Lukas, que estaba sujetando la puerta de la entrada, no ha llegado a cerrarla. Ha iniciado la marcha atrás y el eco de nuestros pasos al salir ha sido la única despedida que nos han dedicado las paredes frías del edificio.

Hasta que han sonado los gritos.

Ni siquiera ha hecho falta que nos miremos para sentir ese chispazo de telepatía colectiva que nos ha hecho reaccionar a todos igual. Correr. La disposición continua de las ventanas reflejaba el sol sobre el suelo creando un estampado de rayas hipnótico y algo mareante, así que me he acabado tropezando y rodando por el pavimento. Mientras me levantaba he visto a los chicos parados en el fondo del pasillo. Me ha dado tiempo a reanudar la

carrera hasta donde estaban, acercándose de forma sigilosa la puerta del LAB15.

—Creéis que...

Algo que he atinado a identificar como un berrido sollozante me ha interrumpido. Pero ya no me hacía falta hacer la pregunta, estaba claro: Los gritos eran de Giovanna y veían del LAB15.

Me he abalanzado sobre la puerta y he girado el manillar suplicando por que estuviese abierta.

—¡Es corredera, es corredera!

Lukas ha aparecido a mi derecha y ha deslizado la puerta hacia el otro lado.

Estaba abierta.

Y Giovanna estaba dentro.

—¡Giovanna! —He corrido hacia ella y la escena que nos esperaba allí dentro me ha ido dejando desconcertada a medida que me acercaba.

Mi compañera italiana estaba sentada en uno de los taburetes del laboratorio, y me ha costado un poco reconocerla con el pelo pelirrojo recogido en un moño y con su tez morena emergiendo parcialmente de una bata que le quedaba algo grande y unas gafas de seguridad gigantescas.

Giovanna parecía una figura pequeña que no lograba destacar entre el fulgor blanco que destilaba todo aquel mobiliario con olor a esterilizado. La mesa metálica detrás de la que se sentaba estaba a rebosar de instrumental de laboratorio, libros y... ¿Una tarrina de helado tamaño familiar?

—¿Qué ha pasado? —Me he atrevido a acercarme a ella para acabar de comprobar que estaba bien, mientras los chicos se quedaban en un segundo plano, a una distancia prudencial de lo que temían que fuese un estallido hormonal.

—Todo está arruinado, Abril. ¡Todo! —Gio parecía haberse serenado, pero cuando ha vuelto hablar ha sido en un murmullo inteligible, ahogado por las lágrimas —Siento haberte dejado tirada, pero es que pensaba que podría arreglarlo, pero no, no puedo, NO PUEDO. Esta mierda ya no tiene sentido.

Ha acompañado esos últimos lamentos de un manotazo a la báscula que tenía justo en frente. El estruendo del impacto ha reverberado por todo el laboratorio, y los chicos han dado un paso más hacia atrás.

Giovanna se llevado una cucharada rebosante de helado de masa de galleta a la boca con algo de dificultad, ya que sus hombros se movían espasmódicamente a causa de aquel llanto entrecortado.

—¿Pero que ha pasado, Gio? ¿Es por tu proyecto? - He sacado un par de hojas arrugadas de mi bolso y se las he tendido, como para darle a entender que lo sabíamos todo y ahorrarme las explicaciones y disculpas por haber entrado a su habitación.

Giovanna se ha quitado las gafas mientras se acercaba al papel que le enseñaba, supongo que para poder verlo más nítidamente. Ha fruncido el ceño y me ha arrebatado los papeles de las manos. Se ha ido hacia el otro extremo de la mesa y justo me empezaba a atrever a preguntarle qué estaba haciendo cuando un fogonazo súbito nos ha aterrorizado a todos.

—Pero Gio, ¿qué coño haces? —John ha salido de su parálisis y se ha acercado hasta ella para arrebatarse el mechero Bunsen de su alcance.

—Esto es un puta mierda —le ha replicado ella, agitando los papeles incendiados delante de su cara —¿Lo ves? Una mierda. Una puta santa mierda. —Inciso: Esto es una libre interpretación. Nuestra querida amiga se ha puesto a maldecir en italiano, pero por la densidad de su marcado acento y su cara descompuesta entiendo que venía a ser algo así.

Giovanna ha tirado los papeles al suelo y ha empezado a saltar sobre ellos con rabia. Me he acercado y la he abrazado por detrás, mientras le susurraba con un tono que intentaba ser tranquilizador:

—Pero Gio, ¿porqué no nos lo cuentas? Va, dinos, a lo mejor te podemos ayudar.

—No, Abbs, no —Su voz sonaba bastante gangosa entre sollozos —Nadie puede ayudarme, no tiene solución. Mira.

Ha cogido un papel de entre los que estaban desperdigados en la mesa y me lo ha mostrado con tal determinación que casi lo ha estrellado en mi cara. Lo he cogido algo dubitativa y lo he leído esperando que me pudiese revelar todo lo que ella tenía sumida en aquel estado de tristeza iracunda. Pero sólo vi algunos números —informe 3, testeo 20199, página 5, muestra 7 —y fueron pocos los términos que llegué a comprender —ensayo, denegado, parálisis muscular, cefalea y reafirmante.

Imagino que Gio ha sabido leer la confusión en mi rostro, así que se ha avanzado a las preguntas que yo aún no había llegado a procesar y nos ha dado sus explicaciones:

—No funciona. No funciona. He basado mi proyecto en una reformulación de las pastillas antiarrugas para introducir componentes que les diesen también propiedades reafirmantes y nutritivas. Pero he sido imbécil. He sido muy imbécil. Me debo creer el puto ombligo del mundo o algo, no sé porqué

he sido tan rematadamente imbécil. Obviamente alguien ya lo había probado antes. Y no se me había ocurrido mirarlo. No se me había pasado por la puta cabeza buscar antecedentes. Hoy mi jefa me ha pasado esto —ha señalado el papel que tenía entre mis manos —Es el informe de las pruebas que ya hicieron para una formulación similar a la mía. Se denegó, demasiado efectos secundarios. Y ahora ya no hay reformulación posible, y mucho menos en un día.

La he entendido a la perfección. Giovanna llevaba toda la semana desarrollando su proyecto, y en una de las comidas me había confesado, en voz baja, alejadas del resto, que esperaba que la trasladasen al equipo de desarrollo de producto de la central. Aquel margen de error de acababa de aniquilar sus sueños. He empezado a avanzar para acercarme y consolarla con lo que único que le podía ofrecer en aquel momento: Un abrazo y un “tch, tch, tch” susurrado a la oreja.

Pero un silbido punzante y el efecto lluvia sobre mi piel me han obligado a pausar mis actos de buena persona. Los papeles que había incendiado Giovanna habían seguido ardiendo y dos libretas envueltas en llamas acababan de disparar las alarmas de incendio de SkinoLabs.

CAPÍTULO 43

MIÉRCOLES 23 de mayo, 10:14 PM:

Querida libreta en la que vuelco toda mi surrealista vida,

Me muero de los nervios. ME MUERO. Todas las veces que hasta ahora te he dicho que tenía ansiedad, y que si ay qué nervios, y que si la inquietud está recorriendo mis entrañas, era sólo fruto de una exageración de mi vena más dramática. ESTO son los nervios de verdad. Quedan menos de cuatro horas para exponer mi proyecto ante el Comité de jóvenes talentos y mi estómago está lleno de mariposas. Pero no se esas mariposas ligeras y cosquilleantes que dicen que sientes cuando es amor del de verdad. No. Me refiero a mariposas caníbales y dopadas volando frenéticas buscando la salida, chocando entre sí y carcomiendo mis órganos desde dentro.

Vale, creo que contigo ya tengo suficiente confianza. Puede que no haga falta que me ponga literaria.

Me estoy cagando viva, pequeño diario. Llevo media hora encerrada en el lavabo de mi habitación de hotel y, de hecho, es aquí desde donde te escribo. No me atrevo a salir, fuera caso que vuelva a sentir el latigazo de un retortijón y esté a más de doscientos metros de un baño.

Perdón por entrar en este tipo de detalles tan escatológicos, pero he creído necesario ponerte en contexto.

¿Dónde nos habíamos quedado?

Ayer no sólo activamos las alarmas de incendio de los laboratorios, también nos cargamos dos bonsáis cuándo salimos corriendo por la puerta, después de haber aplacado el fuego, y arrollamos el jardincito zen que decoraba la entrada. Pero creemos que por suerte aún nadie se ha enterado. Somos parte del equipo de gente en el que Skinophillia tenía depositadas todas sus esperanzas, imagino que no quedaría muy bien que estuviésemos teniendo actitud de delincuentes juveniles. Entramos en el edificio de las oficinas y pasamos por el lavabo para ponernos bajo los secadores de mano, y así no aparecer chorreando por las imágenes de las cámaras de seguridad. Fue mi idea, me estoy profesionalizando en esto de la criminalidad. ¿A que estás orgulloso de mi?

Así que salimos por la puerta principal algo más secos y con Gio un poco

más relajada, aunque siguió llorando en silencio en nuestro camino hacia el bar donde hacemos la pausa de los desayunos. Estuvimos varias horas allí, empalmamos el chocolate caliente de la merienda con una hamburguesa oleosa para cenar mientras intentábamos ver entre todos por qué derrotero se podía llevar el proyecto de Giovanna ahora que sabía que proponer aquella reformulación no era posible.

Al final decidió intentar sacar la parte positiva de su fracaso y hacer el proyecto sobre la creación de un sistema centralizado que ayude a los investigadores a comprobar, de forma rápida e intuitiva, si las formulas químicas que proponen ya se han estado valorando en proyectos anteriores.

Que genial. Y que me alegro mucho de que Gio haya conseguido reorientar su proyecto para tener algo que presentar mañana. Y que súper bien, de verdad. Pero ahora resulta que ayer invertí unas seis horas en ayudarle a hacer una presentación *power point* limpia pero impactante y a buscar documentación sobre los ensayos y testeos en Skino. Osea que perfecto, y que me siento súper realizado. PERO —porque siempre hay un pero —ese tiempo también lo necesitaba yo para acabar de preparar mi presentación. Y ahora estoy aquí, en bragas, de forma figurada y literal, balbuceando cada vez que intento iniciar mi discurso sin más fuerzas para seguir practicando.

Bueno, vamos a ponerlo por escrito a ver si así puedo interiorizarlo:

DIPOSITIVA 1: INTRODUCCIÓN

Skinophillia. 80 años de historia y de tradición. Química precisa, calidad incomparable, resultados garantizados. En Skinophillia nos avala nuestro legado. Pero también... también nos pesa.

Hacer pausa dramática aquí

Nos pesa porque nos ancla al pasado. Skinophillia es ciencia, pero es ciencia fría y sombría, y es eso algo que se puede ver reflejado en todos los elementos de comunicación de nuestra marca.

Señalar con la mano a la pantalla para que se fijen en las fotos y empezar a enumerar rápido.

El logo. Un cisne rígido, y negro, prácticamente amenazador. Los colores, negro, plateado. La tipografía de palo seco. Los nombres del producto, tan largos y tan farmacéuticos. Yo soy una chica de veintitantos años y no quiero medicarme. No creo que el cuidado de mi belleza tenga que ir asociado a ir a una farmacia y a que me den pastillas con un prospecto de cincuenta centímetros.

*Sacar el prospecto de referencia y desplegarlo, para que lo vean de una

forma clara y ejemplificada.*

Somos ciencia, y eso es un componente de nuestra identidad que nos define y nos diferencia. Pero no podemos ser ciencia aburrida e incomprensible para nuestro público objetivo. Tenemos que ser ciencia fresca e innovadora, que ayude a nuestro consumidor a querer aprender sobre su piel, sobre la química que hay detrás de una fórmula imbatible. A continuación, os queremos hablar de la propuesta de *rebranding* que sugerimos para poder adaptar la marca a la nueva generación de consumidores.

Entra dispositiva magistral. Logo rediseñado: Una “s” con formas más redondeadas, un cisne blanco con delineado negro y el nombre de la marca escrito con letras a la misma altura de caja, sin esa diferencia desafiante que había antes entre la “S” mayúscula y el resto de caracteres.

CAPÍTULO 44

MIÉRCOLES 23 de mayo, 10:46 PM:

Hola otra vez,

Te he dicho que antes estaba nerviosa de verdad y que olvidases todas veces en las que alguna vez te había dicho lo mismo porque los únicos nervios verdaderos y contrastados eran los que me han tenido recluida en el baño esta mañana.

VALE PUES OLVÍDALO.

Siento estar jugado a la historia de Pedro y el Lobo pero ahora estoy sintiendo ya no mariposas caníbales, estoy sintiendo putos murciélagos enfurismados.

Estaba repasando el texto de mi presentación cuando he notado la vibración del teléfono en mi pierna. Era un número desconocido, de España, así que lo he cogido arriesgándome que fuese otra vez una compañía telefónica a la caza desesperada de un nuevo cliente.

Lo hubiese preferido.

—¿Eres Abril Bosco?

—Sí soy yo.

—Soy Sonia. No sé si te acordarás de mi...Sonia Magallanes, la hermana de Encarna.

No he sabido qué responder.

—Ah. Hola Sonia —Me ha salido una articulación forzada y ausente.

—He cogido tu número del mensaje que le dejaste a Pablo en Instagram. Es que está castigado, y cuando le castigamos se queda sin móvil. Y aprovechamos para echar un ojo y ver... ver que no habla con nadie raro.

Una parte de mí se ha mantenido alerta y me ha instado a preguntarme si por algún motivo Sonia sabría lo de nuestro acoso a Pau, y si había alguna lista de depredadores sexuales en la que me hubiesen incluido y que le hubiese permitido cotejar si la antigua canguro ocasional de su hijo tenía antecedentes.

—Ah.

—Y vi tu mensaje, vuestra conversa. Y...

La pausa al otro lado del teléfono ha sido tan larga que he mirado la pantalla para comprobar que no se hubiese cortado.

—La verdad es que hace años que no sabemos nada de Encarna.

Una ráfaga de escalofríos me ha recorrido el cuerpo. Y no se si tendría que ver con mi malestar de estómago o con lo inquietante que me ha parecido esa afirmación, pero me ha dejado sin palabras y sólo he podido farfullar monosílabos para pedirle más explicaciones.

—Pablo no sabe nada de esto porque no le he querido preocupar. Le voy diciendo que he hablado con su tía, y que está bien, que le envía recuerdos. Pero ahora en verano se quiere ir a hacer un curso intensivo de inglés allí... A ver qué le contamos.

—Entonces, ¿desde que se fue no habéis sabido nada de ella?

—Nos envió un mensaje diciendo que se iba a Miami, a probar a vivir con su novio. Y ya al principio me extrañó, ¿sabes? Porque hacía poco me había estado diciendo que no veía claro lo de ella con Charles, que si era muy mayor para ella y... Pero bueno, supongo que ya sabes cómo era Encarna.

—Sí, ya... A mi me pasó un poco lo mismo. No me extrañó que se fuese, pero es verdad que fue muy repentino y... no sé.

—Ya. Al principio iba enviando bastantes emails. Nos decía que estaba bien, que estaba contenta con la decisión, que Charles tenía un casoplón y que pasaba tanto tiempo en la playa que iba a acabar pareciendo una vigilante como las de la serie. Y nos envió una postal por Navidad. Y me quedé tranquila. Pero... Pero había algo raro, Abril. No nos pasaba fotos, y nunca encontraba el momento para hablar por teléfono. —Escuché una especie de sorbido y supe que Sonia había empezado a llorar- Desde hace un año lo único que recibimos es la postal de Navidad. Nos envió un mail diciendo que se iba a hacer un retiro espiritual y que quería cortar por un tiempo con todas las tecnologías. No sé qué es lo que ha pasado, pero estoy segura de que no es nada bueno y de que...

Sonia ha hecho una pausa porque los hipidos del lloro no la dejaban seguir y me he quedado en silencio, por si necesitaba espacio para acabar su historia.

—Estoy segura de que está muerta.

Me he sentado sobre la cama para poder dejar que las sospechas de Sonia, y lo que significaban, se asentaran en mi mente.

—Pensarás que estoy loca.

—¡No, no! Todo lo que cuentas es extraño, Sonia. Pero no te preocupes, seguro que Encarna está bien —*Encarna está guay, con su churri en Miami* -. A lo mejor se ha unido a una comuna *hippie* y pasa del móvil.

—Yo ya hace tiempo que me espero lo peor, Abril.

—¿Y habéis pensado en ir a la policía?

—No sabemos que podrían hacer. Hay mensajes que demuestran que ella se ha ido allí voluntariamente, y ni siquiera sabemos como se apellida el tío con el que estaba. A veces creo que... No lo sé, puede que sea una locura. Pero a veces creo que el tal Charles se la ha cargado y que le está suplantando la identidad para que no sospechemos nada.

He esta barajando un rato si debería abrir esa puerta. Sonia ya tenía suficiente cavilando cada día una hipótesis diferente y resignándose a la impotencia de no llegar a saber nunca que es lo que podría haber pasado con su hermana. Pero necesitaba tener más información. Necesitaba saber si había algún hilo más del que tirar para poder deshacer aquella costura de intrigas que la única conclusión que me había permitido enhebrar hasta la fecha era que todo acababa apuntando a Skinophillia.

—Oye Sonia... ¿Encarna te habló alguna vez de Adela?

—¿Adela su becaria? La que...

—Sí, sí. Adela Leures —Se lo he afirmado atropelladamente, como temiendo a que de pronto se olvidase de la Adela a la que me refería.

—Bueno, sí, claro... Le afectó mucho su muerte. Ella no era mucho de decir las cosas, ya sabes, pero un día la pillé con un par de copas de anís de más, estaba llorando en la cocina. No dejaba de decir que era su culpa. Supongo que sentía que si hubiese estado pendiente de ella no habría subido a la terraza y no se hubiese caído a la piscina.

“No dejaba de decir que era su culpa”. Puede que mi teoría no estuviese tan equivocada, y creo que Sonia me lo acababa de confirmar. A lo mejor Encarna sí que subió a esa terraza. O la vio subir, agarrándose a tuntas por la barandilla y trastabillando, subiendo los escalones a trompicones. Y decidí no seguirla. Que hiciese lo que quisiese, que si tan lista se creía para ser jefa pues también podría serlo para no pillarse un pedal o, al menos, aguantarlo en condiciones, como hacía ella los jueves que se hacía un carajillo para intentar mantenerse despierta en la reunión de revisión de presupuestos. Pero en el fondo pensaba, mientras veía a Adela arrastrarse por ese último peldaño, que no era buena idea que alguien en ese estado se subiese a una azotea. Pero no dijo nada. Se quedó sentada, y siguió algo ausente las conversas de su alrededor. Escuchó de lejos un “¿Y Adela, dónde está?”. Nadie supo responder a esa pregunta.

CAPÍTULO 45

MIÉRCOLES 23 de mayo, 15:46 PM:

Buf, buf, buf. Bueno, ya esta. No me preguntes por nada de lo que haya podido decir en la última media hora, porque no sabré qué responderte. Hace apenas diez minutos he salido de la exposición del proyecto y ya no me acuerdo de qué palabras he tartamudeado al principio, ni de cuándo he dejado de sentir que me temblaban las piernas, ni de cuál de los miembros del jurado me ha hecho a típica pregunta que te deja entre la espada y la pared y te obliga a fingir una sonrisa para raptar un margen al tiempo e inventarte una respuesta.

He abierto la puerta de la sala de juntas y me ha recibido una penumbra que no que me ha dificultado reconocer al comité de evaluación. El señor calvo, el señor motivador y tres señores más que vinieron a darnos una charla pero fueron demasiado irrelevantes como para que me dignara a ponerles un mote. La conversación con Sonia aún se agitaba como un péndulo entre mis neuronas y los escalofríos que recorrían mi piel, así que creo que ver a Pau allí sentado, en la mesa del comité, no pudo alterar mi ya de por sí deplorable ánimo, porque todo estaba tan al límite que el único siguiente paso al que podría haber escalar mi estado de ansiedad era un paro cardíaco y ser arrastrada en camilla hasta urgencias.

—Bosco, Abril.

—Hola. Sí, soy yo. Encantada

—Dinos, ¿de qué nos vas a hablar en esta presentación?

Estupendo. Aquella pregunta se acababa de cargar el giro argumental de mi discurso. Yo necesitaba hacer toda mi introducción hasta poder llegar a aquel punto y sorprenderles con cómo había enfocado mi tema.

—He decidido hablar de cómo nuestro elemento de *branding* mejor valorado es lo que nos está estancando en el mercado.

Creo que he dicho algo así. No sé si me han entendido, si les he creado las expectativas necesarias o si esa explicación ya ha bastado para que tachen mi nombre de la lista y empiecen a calcular mi finiquito.

He agradecido que las luces estuviesen apagadas para que el reflejo de la presentación proyectada se viese con mayor nitidez. Así, con un poco de suerte, podría llorar y nadie se daría cuenta. Es lo que estaba pensando

mientras procesaba a toda velocidad cómo podía retomar el hilo de la presentación y romper el hielo. He dado un paso hacia adelante para comprobar si el temblor de mis piernas era algo inherente a ellas o si me temblaban solo porque estaba muy quieta y en tacones. He inspirado aire y he carraspeado para que mi voz sonase profesional y sin amagos de estar a punto de romper el llanto.

—Eh... La herencia de Skinophillia es una especie de cosa que nos pesa. Bueno una especie no, tampoco, que nos pesa quiero decir. Pero vayamos al principio. Hace 80 años ehm, ah... Skinophillia era química y fría y...

Mi sensación es que he empezado más o menos con esas palabras. Y que he hablado muy rápido. Y todo salpicado de muletillas, “ehms” y “ehs”, y “esto” y “especie de”. Así que no quiero seguir recordándolo. Después de haber presenciado toda la debacle de Gioavanna había llegado a la conclusión de que me podía sentir afortunada. Yo no necesitaba que las formulas me cuadrasen ni un informe limpio de efectos secundarios, solo un *power point* estéticamente agradable y una puesta en escena convincente. Cuando he acabado la presentación los miembros del jurado han aplaudido, supongo que por inercia, y uno de los señores-sin-mote me ha dicho que era una visión interesante y que había hecho una aproximación muy detallada del tema. Gracias, gracias, muy bien señorita Bosco procederemos a valorar la intervención, gracias a vosotros, gracias, hasta mañana, adiooooos, cierre brusco de la puerta tras de mi y encerrarme en el lavabo a llorar.

Necesitaba procesar mi presentación para ver si podía recordar el grado de ridiculez al que había llegado. He valorado las opciones, y la única que iba a estar disponible a esta hora era Amanda, que tiene el turno de noche esta semana. He marcado su número y he esperado a que me lo cogiera, y me va a costar reconocerlo, pero en el fondo esperaba que hubiese tenido una nueva sesión con Fabio y me pudiese traspasar nuevas sabidurías.

—Abbs. Abbs. ABBS. Cómo necesitaba esta llamada. ¿Cómo lo has sabido?

—Ay tía, ha sido coincidencia. Yo te llamaba para hablarte de la presentación del proyecto. Ha sido hoy y me ha ido horrendamente mal. Pero cuenta, cuenta, ¿qué te ha pasado?

—No, cuenta tú, cuenta tú.

—Prrf, nada tía, me he puesto súper nerviosa y es que ni me acuerdo de lo que les he dicho. Tengo la sensación de que lo he hecho fatal.

—Ala, me apuesto lo que quieras a que no, no te ralles. Seguro que lo has

dicho todo de corrido, habrás entrado en una especie de trance empollón recitándolo todo y por eso ahora no te acuerdas, y tu mente se pone en el peor de los escenarios. Pero estoy convencida de que no ha sido tan horrible, tranquila hombre. Si te pasó lo mismo cuando hiciste la entrevista de trabajo para la agencia donde estabas antes, ¿no te acuerdas?

—¿Pero quién era esa catedrática en psicología avanzada y que había hecho con mi amiga?

—Jo, Amy, ojalá tengas razón. Qué profundo este razonamiento, ¿es una teoría de Fabio?

—¿Qué Fabio?

—¿Se llamaba Fabio, no? Tu terapeuta.

—¿Qué dices tía? Yo no he ido nunca a un terapeuta, esto que te acabo de decir es cosecha propia. Lo habré leído en la Cosmo o algo. Bueno tía, y que soy médico, joder. Que he dado optativas de psico, ¿vale?

Al principio no entendía nada y pensaba que Amanda se había vuelto loca. O que yo me había vuelto loca y mi mente trastornada había sido capaz de inventarse una conversación completa. Pero una sospecha ha brotado, frondosa, en medio de esa confusión.

—Amanda. ¿Te estás autoconvenciendo?

—¡Pero de qué hablas, Abbs!

—Amanda Martínez Blasco. ¿Se puede saber qué te ha pasado con Fabio como para que estés usando su propio método para negarlo a él?

—Nada, por dios Abbs, ¡nada! Anda que lo llevo a saber y no te consuelo.

Y me ha colgado. ha sido tan repentino que por un momento he pensado que era yo, que me había quedado sin cobertura. Amanda y la volatilidad de su estado de ánimo. La pantalla se ha iluminado de pronto. Amanda equipo A me estaba llamando de nuevo.

—¿Sí? —He respondido en cuando he descolgado.

—Que se ha colgado solo tía.

—¡Ah...!

—Abril.

—Dime.

—Que me lo he tirado.

El impacto que me ha provocado esa confesión me ha desestabilizado y me he chocado contra el secador de manos del baño, que se ha activado al sentir mi presencia cerca.

—¡Mierda! —He maldecido cuando el sonido de aire circulando a

velocidad supersónica me ha silbado en el oído

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —Le he dicho, ya alejada del secador infernal —A ver, Amy, a ver. ¿A quién te has tirado?

—¿Pues a quién va ser? A Fabio. —me ha confesado en un susurro.

—¿¡A Fabio?!

—Pero no chilles tanto tía.

—¿Qué más te da? Si estoy en Londres.

—Bueno, ya, yo que sé.

—A ver, pues déjate de auto convencimientos esotéricos y cuéntamelo todo YA.

—Ay tía, yo que sé. Es como tú con la presentación, casi no me acuerdo de nada. O sea me acuerdo, claro, pero no sé cómo llegó a surgir. Con Fabio lo ves todo tan claro, de forma tan relajada que empiezas a derribar las barreras que te habías autoimpuesto para...

—Deja de hablar como él, Amy, por dios. Pero a ver, ¿te gusta o algo?

—¡Claro que no! Bueno no... a ver yo...Es MUY guapo. Y te habla así con ese acento argentino, y te dice que tienes que fluir con el aire y sentir la tierra que pisas con tus pies descalzos y abandonar tu ser físico, tu cuerpo... Y de pronto has abandonado tu cuerpo a él, pero literalmente, y estás espatarrada sobre su diván y con las bragas encima de tu informe clínico.

—Virgen santa Amanda.

—Ya lo sé.

—¿Y la boda sigue en pie...?

—Claro que sigue en pie, ¿cómo no va a seguir en pie?

—Bueno, no sé, le has puesto los cuernos a Jaime con dos tíos diferentes Amy, que yo no te juzgo ¿eh? Tu haz lo que veas y lo que sientas, ¿pero no crees que a lo mejor es una señal de que con Jaime no acabas de tenerlo del todo claro?

—Por supuesto que lo tengo claro. Lo tengo claro si lo cancelo todo, que ya está todo pagado Abbs, y ya lo miré en su momento y no me devuelven el dinero. Y además que Jaime es el hombre de mi vida, que esto ha sido todo una prueba reafirmatoria. Tener la perspectiva de otra relación me ha ayudado a poner en valor mis sentimientos.

—¿Esto te lo ha dicho Fabio, no?

—No sé de quién me hablas. Lo siento Abbs —y ha seguido diciéndome en un susurro —ya se ha acabado la franja de segundos en la que podía

contártelo todo. Sigo practicando el autoconvencimiento, olvida todo lo que te he dicho. Y ni más a Ari que es una pesada con el tema. Yo no sé quién es Fabio, tú no sabes quién es Fabio y mi tanga de encaje y leopardo no sabe quién es Fabio. Cambio y corto.

Esta vez sí que me ha colgado el teléfono de forma definitiva. Yo me he atrevido a salir del lavabo y volver a mis tareas de ordenación de armarito de muestras preguntándome si sería posible autoconvencerme de que no soy una homicida.

CAPÍTULO 46

JUEVES 24 de mayo, 13:55 PM:

Estimadas últimas páginas de mi querida libreta-obsequio del VOGUE,

Tengo TANTAS ganas de volver a casa. Me parece difícil creer que haya llegado a este punto, porque sobre la propuesta en papel (bueno, en e-mail) todo esto parecía sacado de mis fantasías profesionales: Trabajar en las oficinas centrales de Skinophillia, vivir temporalmente en Londres, estar en un programa con jóvenes talentos,...

Pero ahora que he podido corroborar que soy el fraude que no sabía que era y que todo lo que estoy haciendo en tierras anglosajones es categorizar las muestras y tirar las que están caducadas siento la urgencia de volver al cobijo de mi zona de confort, a resguardarme bajo el ala de mediocridad de mi jefe, que me hacía brillar y destacar sin apenas esfuerzo.

Esta mañana he llegado un poco antes a la oficina porque quería hacer un poco de búsqueda en los archivos de las carpetas compartidas. He comprobado con alivio que Ally aún no había llegado, así que he podido seguir con mi cometido relajadamente, sin que nadie me insistiese en lo mucho que queda por hacer en el almacén de muestras. Me he sentado en el ordenador que me han dejado para consultar los inventarios y he entrado con la contraseña que me han cedido de forma temporal. Carpeta común. Clic clic. SKINO MKT. “No tiene permiso para obtener acceso a la carpeta”. Vaya, desenlace previsible. He intentado indagar en un par de carpetas más, pero solo me han devuelto el mismo sonidito de error y el mensaje de acceso denegado.

Y así ha sido como, presa del aburrimiento y en búsqueda de una distracción arbitraria casi por inercia, he vuelto a reencontrarme con las

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #6

Cuando nuestra investigadora principal ya daba su caso por perdido se reencuentra con una pista, colocada de forma sutil y pasando desapercibida, que vuelve a iluminarle el camino hacia las posibles resoluciones del caso.

He dado vueltas sobre mi silla de oficina para intentar concentrarme y pensar en cómo podía encontrar más información de Encarna o Adela, y he

vuelto a pegar la silla a la mesa para poder llegar bien al ratón. He abierto la página de la intranet y he buscado sus nombres en el directorio de empleados.

Encarna Magallanes, número de empleado 00876, filial Skino Spain, *International launch events manager*, diecisiete años en la empresa. Una cara huesuda oculta parcialmente tras unas gafas sin montura y un pelo corto y cobrizo endureciendo sus facciones. Sin sonrisa.

Adela Leures Lerva, número de empleado 20199, filial Skino Spain, *International launch events trainee* (6 meses), *International launch events manager* (dos meses). Ocho meses en la empresa. La sonrisa, amplia y sincera, llevándose toda la atención del foco, e iluminando una cara redonda que exudaba vitalidad y juventud.

Por un momento había llegado a pensar que a lo mejor el directorio de empleados de Skinophillia me revelaba alguna información crucial, a pesar de que era previsible que solo habría datos básicos sobre su vida laboral. He abierto el primer cajón del mueble que tenía a mi derecha para ver si había algún boli con el que pudiese hacer esquemas sobre más posibles hipótesis y ha sido entonces cuando la he visto.

Una foto *polaroid*. Pau a la izquierda, con su característica melenita de surfero despeinada y esa cautivadora sonrisa en la que se intuía una despreocupación absoluta por todo. Pasaba su brazo por las espaldas de la persona del medio, que era una Ally menos amargada y con un tono de pelo más intenso del que lleva ahora, pero su posición erguida y la tensión de su sonrisa daba pistas de su verdadera personalidad, sádica y remilgada. Ella, a su vez, le pasaba la mano por la cintura a la chica que estaba a la derecha. Con el primer vistazo me había costado reconocerla, porque hasta ahora sólo la había visto en una foto de la intranet y en al fondo de una escena del video corporativo. Pero era Bettina, con unos rizos rubios arremolinándose como una masa informe sobre sus hombros estrechos, bajita y delgada, pero con un aspecto menos enfermizo que el que me había transmitido en el video de los eventos, puede que porque al no llevar gafas de pasta se le veía el mejor rostro, impoluto y luminoso, más despejado.

Ver esa foto me ha impulsado a escarbar entre todo el material de oficina que alguien había atrincherado en ese cajón. El de Bettina. ¡Claro, claro! ¿Cómo no había podido caer en que había estado aposentando mis tonificadas posaderas en la silla de la persona que había desencadenado toda aquella serie de misterios? Había una mesa libre en el departamento de eventos, y yo sabía perfectamente que había una persona que se había ido hacia pocas

semanas. Obviamente aquella mesa tenía que haberle pertenecido. He rebuscado entre *post-its*, grapadoras y bolis. Nada. He cerrado ese primer cajón con ímpetu y he abierto el de abajo con tanta impaciencia que casi se ha desencajado de las guías. Más *post-its*, dos informes impresos en blanco y negro. Una libreta. Una libreta. He sentido que el corazón estaba latiendo tanto que podría coger impulso y ascender hasta llegar a palpitar en mi garganta.

La he abierto: Letra pequeña y redonda redactando apuntes rápidos en las reuniones. Frases alineándose en renglones perfectamente ajustados, flotando equilibradamente entre dos márgenes exactos a izquierda y derecha. Cabeceras con letra mayúscula destacando sobre el resto gracias a la sencillez de un subrallado firme. Reunión Branding. Reunión equipo, Pau. Bettina > hacer .ppt, deadline MAÑANA.

Era la libreta de Bettina. He ojeado rápidamente todas esas páginas tan pulcras, con la letra legible, en busca de algo delator que me diese las pistas que tan vorazmente he estado buscando. Solo he visto cosas relacionadas con el trabajo, pero quien sabe si leyendo entre líneas, si buscando los detalles, si enfocando las páginas con una linterna ultravioleta porque a lo mejor había letras escritas con tinta secreta...

—Oh, vaya, Abril. Buenos días. ¿Ya está todo el armario de muestras ordenado?

Oh, vaya. Buenos días para ti también Ally-agua-momentos-epifánicos

CAPÍTULO 47

JUEVES 23 de mayo, 16:20 PM:

Querido diario al que siempre dejo en ascuas (nota para mí: ¿Qué son las ascuas? ¿De dónde viene esa expresión?),

Antes he tenido que dejarte porque se ha acabado mi pausa para comer, pero lo que ha seguido al saludo mañanero de mi querida amiga tampoco ha sido demasiado emocionante. De hecho pensaba que ya no me quedaría nada interesante que contarte hasta que vuelva a Barcelona y mi encuentro cara a cara con Martí me haga dinamitar nuestra extraña relación. Un “vaya, ¿habías echado de menos mis bragas?” o a lo mejor un aún más sutil “Siento haberte colgado cuando estuvimos a tiempo de tener sexo por teléfono”. Pero parecer ser que esta estancia internacional aún me va a dar más contenido del que me hubiese gustado.

Poco después de que Ally haya llegado al departamento, me he encerrado en mi armario de muestras para ver cuántos frascos extra de crema reafirmante estaban caducados y decidir si ordenar las estanterías por colores o por funcionalidad del producto. No seré yo quien juzgue a nadie por ser un poco desorganizado porque todos sabemos que puede ser que en mi mesa de mi oficina habitual haya aún medio bocadillo de lomo con queso, y que a lo mejor cuando vuelva tengo que desalojar a una familia entera de gérmenes que ya se ha aclimatado y escolarizado a sus hijos en el distrito de la oficina, y vive feliz en los recovecos de mi funda del portátil. Pero joder con los ingleses.

Todos se refieren a este sitio como “el armario de muestras”, pero es una sala de unos diez metros cuadrados atestados de cajas por el suelo, estanterías desordenadas y material de oficina que, siendo optimistas, vivió su punto álgido en los ochenta. En estos tres días ya he tirado unas cinco bolsas de basura industriales de productos caducados, pero aún sigo estando rodeada de cajas, prospectos y folletines de presentaciones y formaciones que podrían calcular su vida en décadas.

He dejado pasar un tiempo prudencial para darle margen a Allison a que se pasase a husmear y me diese indicaciones absurdas para hacerme perder más el tiempo. Al cabo de una hora he querido pensar que ya se habría olvidado de mi presencia y me he sentado recostada contra la estantería del

fondo con la libreta de Bettina, que había guardado ágilmente en el bolso, sobre mi regazo.

Si te soy sincera esperaba una lectura mucho más interesante. No he encontrado nada que no hubiese intuido con el primer vistazo rápido que le he echado. Reuniones largas en las que se llegaba a pocas conclusiones, mil cambios de fechas en varios proyectos y listas de tareas inasumibles para una sola persona. Algunas cosas escritas en alemán, que según el traductor tampoco parecían ser nada relevante: Lunes, entrega, proyecto, reunión, llámale YA!!!, reservar sala. He prestado especial atención a los pasajes que estaban encabezados con el titular “Reunión Werkert”, pero sólo eran resúmenes de las pocas actualizaciones que estaba teniendo el proyecto de *rebranding*. He cerrado la libreta con resignación, y la iba a meter el bolso cuando he notado que la tapa de atrás tenía una superficie irregular. La parte izquierda era especialmente mullida, así que la he abierto por la contraportada y me he fijado en que había una solapa pegada al cartón de la cubierta trasera. He sacado el papel que había dentro con impaciencia, y al desdoblarlo se me ha rajado una de las esquinas. Pero por suerte aún podía leer todo lo que ponía en esa carta:

Bettina Sparks
Events & Branding trainee
Filial Skino LONDON
11 de abril

Estimado Mr. Werkert,

Me entristece comunicarle, por medio de la presente, que cursaré baja voluntaria en la empresa, siendo efectivo a partir del próximo jueves 12 de Abril.

Tal y como ya he puesto en su conocimiento, a lo largo de los últimos meses he observado procesos y conductas en Skinophillia que escapan de la política de cumplimiento normativo que se ha aprobado en esta entidad corporativa. Dado el conflicto de intereses generado por una flagrante falta de ética por parte de la comisión directiva, me veo en la necesidad de comunicarle mi renuncia voluntaria, siendo el próximo 12 de Abril mi último día de actividad laboral.

Cordialmente,

Bettina Sparks, a 11 de abril en Londres.

Para cuando me he querido dar cuenta la carta ya estaba arrugada entre mis dedos. La he apretado en un gesto involuntario, el único de mi repertorio que

he atinado a hacer para canalizar mis nervios. He intentado alisar ese papel extendiéndolo sobre el suelo y pasándole la mano por encima, y la he vuelto a guardar en mi bolso mientras miraba furtivamente a mi alrededor.

Para cuando me he querido dar cuenta, ya estaba buscando el número de Martí en la agenda, porque seguía siendo la única persona en el mundo que me podía entender.

—Bosco, ¿cómo va? Ayer tenías la presentación, ¿no?

—Martí. Martí. He corroborado algo. ¿Puedes hablar?

—Vaya, ¿es urgente? Me coges en una reunión muy imp... Vale, vale, lo entiendo. Si lo ha pedido Fonts es prioritario, voy a mirártelo. Jaime tío, lo siento, es una urgencia...

He escuchado un asentimiento de fondo y el ruido de una puerta al cerrar.

—Joder Abril, gracias, me acabas de librar de una reunión coñazo con control interno. Bueno, ¿qué tal el proyecto?

—Luego te cuento, eso da igual. Me he estado sentando en la mesa de Bettina. De nuestra Bettina, ¿sabes? Y me encontrado su libreta. Y parecía que no había nada, pero...

—Te dije que no te pusieses a jugar a la Miss Marple, Abril —No me he dejado engañar por su tono serio, Martí estaba intrigado y quería saberlo todo.

—Ha sido pura casualidad, te lo prometo. Pero bueno, déjame contarte el quid de la cuestión. Dentro había una carta de renuncia voluntaria. Bettina quiso dejar de trabajar para Skinophillia.

—Eso era lo que habíamos estado comentando...

—Espera, espera, que no acaba ahí. Bettina presentó su carta de renuncia el 11 de abril, que es justo el día que desapareció. Y en la carta dice que lo dejó debido a una falta de ética —Volví a sacarla del bolso y la abrí para volver a leer aquel fragmento —“he observado procesos y conductas en Skinophillia que escapan de la política de cumplimiento normativo, blablablá, dado el conflicto de intereses generado por una flagrante falta de ética”.

—Vaya.

—Esto nos confirma que hay algo raro Martí, está claro. Bettina había visto algo, desfalco de dinero, o sobornos o yo que sé, pero lo dejó porque había algo denunciabile. No me extrañaría que Werkert estuviese en mi habitación para intentar convencerla de algo. Como de que no hablara, o...

—Ya, Abril, pero no te empieces a rallar ahora la cabeza con esto. Al final estamos en el mismo punto de partida: Werkert estaba en aquella habitación y... pasó, bueno, ya sabes. Y luego de pronto ya no estaba.

—Ya, pero...

—Pero lo hace aún más real.

—Sí.

He abrazado mis piernas para quedarme más acurrucada debajo de la estantería y regodearme en ese sentimiento de comprensión mutua que estaba teniendo con mi jefe.

—¿Qué tal te fue el proyecto? ¿Ya lo presentaste, no?

—Pfff, no sabría decirte. Yo tengo la sensación de que fui un poco pardilla al presentar, pero es que ni lo recuerdo a penas.

—Y luego te preguntabas porqué no te quería recomendar...

—No seas imbécil —Se lo he dicho en un tono juguetón, pero he puesto la mano en la boca en cuanto he recordado que estaba hablando con mi jefe. Boca-chancla, boca-chancla, joder Abbs, eres un puta boca-chancla. —
Cuéntame tú, ¿qué tal las cosas por la ofi? ¿Podéis vivir sin mi?

—No seas imbécil —Me ha respondido con voz aguda e infantilizada, en lo que supongo que era un intento de imitarme a mí.

He apoyado la cabeza contra el mueble, mirando hacia arriba, mientras pensaba en cómo seguirle el reproche sin caer en insultos ni en insinuaciones que diesen pie a una tórrida conversa telefónica. Pero al fijar mi vista en las estanterías superiores ha aparecido una nueva:

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #7:

Hasta ahora las pistas habían sido muy escasas, pero en el momento en el que el primer indicio asoma entre los pliegues de lo que habían sido piezas del puzzle incapaces de encajar todo empiezan a ser nuevas pistas y pruebas que alumbran el camino y precipitan el final.

Y he tenido que colgar.

—Martí. Te llamo ahora. Acabo de ver una cosa que... a lo mejor tiene pistas. Hasta ahora.

—¿Pero esto qué es, un capítulo de Colombo? Qué ahora todo van a ser pistas o qué, joder.

—Hasta luego.

He pulsado el botón rojo del teléfono sin apenas mirar, porque tenía la vista sumida en la caja que había encima de esa estantería blanca, a unos dos metros diez del suelo y completamente fuera de mi alcance ahora que estaba sentada en el suelo. Pero podía verlo. Podía ver que era una caja de cartón algo destartada, vieja, lo suficientemente grande como para sobresalir

notablemente de esa balda. Podía ver que tenía el nombre de “WERKERT” escrito con permanente y podía imaginar que a lo mejor allí dentro estaban los últimos rastros de lo que había estado dispersado por su despacho antes de que nosotros le matásemos y alguien fingiese su traslado laboral.

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #8

La preparación física a la que ha estado sometida la protagonista de esta nuestra investigación la ha capacitado para sortear todo tipo de obstáculos sin dificultad y para poder trepar, correr o deslizarse ágilmente por todo camino que lleve a la pista definitiva.

Me he arremangado las mangas de la camisa sin temer por las arrugas que se estamparían en ella y me he quitado los botines de tacón alto. He dado un vistazo a mi alrededor para localizar algo medianamente estable sobre lo que subirme y he encontrado una escalera plegable enterrada entre varios cachivaches. He sacado de encima los informes anuales viejos y un radiocassete envuelto en polvo y la he arrastrado hasta la estantería de la caja. Me he subido y me he puesto de puntillas, pero no alcanzaba a ver lo que había dentro, así que la he tenido que coger. Ya podían ser pruebas incriminatorias y concluyentes: aquello pesaba un quintal. Le he ido dando pequeños empujoncitos por el lateral hasta que ha salido lo suficiente como para poner mis palmas por debajo para sostenerla. La tenía, la tenía. La caja. Estaba bajando los peldaños concienzudamente, sosteniendo la caja con las palmas de mis manos y mis brazos completamente extendidos. Dolía, tiraba, mis músculos se estaban contrayendo y tendría que estar una semana entera sin poder levantar los brazos, pero todo estaba mereciendo la pena. Tenía la caja, tenía la caja.

Hasta que el ruido de la puerta abriéndose en un estruendo me ha hecho perder el equilibrio y caer de espaldas al suelo, con el saludo de Giovanna poniendo sonido a mi batalla contra la gravedad.

—Joder Abbs, no te lo tomes tan enserio que encima que te hacen recoger toda esta mierda... Vamos a comer, ¡hay que celebrarlo! Me acaban de decir que soy la nueva encargada de bases de datos científicas, ¡me mudo a Londres!

CAPÍTULO 48

JUEVES 24 de mayo, 22:36 PM:

Estimada nueva libreta que he tenido que comprar en el super más cercano que he encontrado porque, de pronto, he caído en cuenta que tenía demasiadas cosas que contarte y que las escasas diez páginas que aún te quedaban libres no iban a ser suficiente para relatar todo mi drama. Y que bueno, puede también que ese paseo lento hasta la tienda haya sido un derrotero procrastinador para tener la mente ocupada y poder ignorar mis pensamientos, y poder posponer mi encuentro contigo, y poder asimilar todo lo que ha pasado esta tarde en la oscuridad del armario de muestras sin que instintos suicidas acuda a mí.

Hola, nueva libreta. Yo te voy a seguir tratando como si fueras el mismo ente que ya conoce toda mi historia, a pesar de que ahora las flores de la portada han sido reemplazadas por una cenefas abstractas de color azul, y que en vez de páginas lisas voy a tener la una cuadrícula rosa interponiéndose entre mi letra. Pero bueno, no voy a quejarme, no podía esperar encontrar mucha variedad en el súper de una gasolinera a las ocho de la noche inglesa.

Así que asentada esta premisa, permíteme retomar el contexto y no anticiparme a los hechos: Nos habíamos quedado con Gio interrumpiendo abruptamente mi descubrimiento y yo haciendo una degustación de las baldosas del cuartucho.

Sé que estás tan impaciente como yo por saber lo que había en esa caja, así que no va a haber muchas dilaciones: Pensé que todos los huesos de mis piernas se habían desintegrado en trocitos pero me he levantado como haciendo ver que no había pasado nada por el bien de mi dignidad, así que he acabado dándome cuenta de que era una falsa alarma y que en realidad no tendría que pasar el resto de mi vida postrada en una silla de ruedas, como inicialmente había pensado.

Por el camino Giovanna me ha desarrollado un poco el avance informativo que me había hecho: El señor calvo la había citado en su despacho por la mañana para decirle que les había gustado mucho cómo había enfocado aquella presentación, y que hacía tiempo que en Skinophillia había estado barajando primeras fases de proyectos para unificar las bases de datos de las

investigaciones, así que le han ofrecido un puesto en el departamento de Coordinación i+D de la central para liderar ese área. “Que bien Gio, ay cómo me alegro si es que eres una crack”. Chin-chin brindemos, qué bien, chin-chin, por nuestros éxitos, “Nos quedan pocas comidas juntos”, pues venga, otro brindis para celebrarlo. Y jijí por aquí y jajá por allá, “pero bueno chicos yo me tengo que ir que estaba liada”. “Pero si te tienen limpiando armarios Abbs”. “Ya, pero mira”. Pues jijí, jajá, nos vemos mañana, os quiero, un beso y mis muslos rozándose porque he creído que era un buen día para ir sin medias (pero no) y voy correteando del restaurante a las oficinas con prisa, porque quiero llegar ya.

Porque quiero saber que hay en la puta caja.

Y no te lo voy a negar. A ti no, querido querido amigo al que acudo a volcar todos mis traumas, contigo no me hace falta mentir y fingir que soy una persona buena y desinteresada. Quería llegar pronto a la oscuridad de un cuarto que ya había hecho mío para abrir la caja, pero también para dejar de escuchar vítores y felicitaciones porque a Giovanna le habían ofrecido el trabajo de sus sueños, y a Lukas le habían ascendido, y a John le había felicitado su jefe, y el señor calvo había enviado a Robert una convocatoria de reunión para mañana y todo apuntaba a que iba a acabar con un apretón de manos rudo y un anexo en su contrato.

Oye, que yo me alegro, ¿eh? Y que en ese momento estaba súper contenta por Giovanna y por mis otros compis, y que qué majos son, se lo merecen. Pero volvía a ser de nuevo esa vieja sensación: Todos partiendo de la misma línea de salida y yo rezagándome a cien metros de la meta. Todos avanzando por la izquierda, a ritmo constante y sin la respiración entre cortada. Pero creo que nadie me podría juzgar, querido diario, porque también tengo derecho a que la envidia me pellizque un poco. Y tú ahora cogerás, con tus páginas nuevas de cuadritos rosas y me mirarás con recelo y me dirás que vale Abril, que yo te entiendo, pero si tanto querías esto haberte esforzado más. Que tus compañeros han estado plenamente dedicados a hacer su proyecto y tú te lo has tomado como si fuese una asignatura optativa de preescolar. Que mientras todos estaban revisando sus presentaciones y practicando la exposición oral tú estabas bajándote las bragas para tu nuevo responsable directo.

Y yo te diré que ya. Y que joder, que me arrepiento. Pero me he implicado, me he sumergido durante dos días enteros en explorar todos los escenarios, diseñar logos, revisar toda la historia de Skinophillia y empaparme de toda la cultura corporativa para saber cuál era el mejor posicionamiento hacia el que

reorientar la marca. Ya sé que no puedo llegar al señor calvo y decirle que lo reconsidere, que estaba nerviosa porque la hermana de Encarna me había llamado media hora de entrar a esa sala para insinuar que mis sospechas eran verdad y que su hermana estaba muerta. O que estaba cansada porque la noche anterior me había dedicado a buscar a mi recién adquirida amiga por todos los rincones de la empresa, pensando que era una víctima más de un complot que aún no he entendido y que al final sí que estaba por aquí, pero mal, porque se había arruinado su trabajo, y yo la entendía tanto que aparqué mi presentación y aprenderme el guión de memoria para sentarme a su lado a darle y darle la idea que ahora le acababa de conseguir el trabajo de sus sueños, mientras yo seguía escarbando en cajas de muestras bajo una luz mortecina y leyendo fechas de caducidad.

Así que perdona mi digresión, pero necesitaba que entendieses por qué he entrado a ese cuartucho llorando y por qué descubrir lo que había en la caja me ha llevado a darle una patada a esos retazos de cartón que me han dejado la espinilla dolorida,

Porque no había nada. Nada, al menos, que tuviese interés. Solo había muestras de varios productos, maquetas de embalajes, pruebas de impresión con diferentes tonalidades de logos y algún folleto de una convención antigua.

—¡Joder, joder, jodeeeeer! —He estado vociferando mientras aporreaba la caja y tiraba las cajitas de cremas reafirmantes contra el armario. Le he dado una patada final que en mi mente se había perfilado como una ejecución perfecta de un arte marcial asiático, pero que ha acabado siendo un puntapié debilucho que ha impactado contra algo duro que ha astillado mi gemelo y me ha hecho aullar del dolor. He seguido rebuscando en la caja mientras lloraba, para ver si al menos encontraba aquello que me había raspado la piel y podía cebarme con ello.

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #9

La pista definitiva no ha aparecido en el momento en el que tú te lo esperabas, cuando estabas desplegando todo tu muestrario de poses ágiles y flexibles para acceder a ella. Pero no te impacientes: Eso es porque según las leyes no escritas de la investigación criminal paralela aún quedaba un último giro con el que atormentar con suspense al espectador. Ahora sí que sí, que verdad que sí, que definitivamente último de verdad de la buena ya final.pdf debería venir la prueba definitiva. Y es justo cuando menos te lo esperas.

Era una caja de metal al fondo del todo de aquella caja, la típica de

galletas de mantequilla nórdicas y calóricas. Cuando la he abierto estaba sorbiendo un sollozo para intentar contener esas lágrimas que hacía rato que surcaban mis mejillas, y ni siquiera sabía por qué. Supongo que el hecho de ver que todo había sido absurdo. Tener todas las piezas del puzzle desperdigadas por encima de la mesa, amorfas, con los bordes desiguales. Había intentado ordenarlas por colores, por forma y tamaño, pero siempre llegaba al mismo callejón sin salida, a la misma premisa sin conclusión: Nada encajaba. Ninguna de ellas coincidía, ninguna era el borde sobresaliente que encaja sin casi apretar en la curva cóncava de la otra. Tantas horas perdidas, tantas hipótesis que no llevaban a ninguna parte, tantas ganas de corroborar de alguna forma que la muerte de Werkert no había sido en vano. Y nada. Volvía a ser solo yo con una imaginación desbordante en una habitación medio oscura y con una caja vieja entre las manos.

La tapa de esa caja de galletas cuadrada y verde oliva estaba casi incrustada. He pasado mi uña por el borde para intentar resquebrajar esa humedad pegajosa y mi pulso ha vuelto a dispararse cuando me he dado cuenta de que cedía. No quería hacerme ilusiones de que ahí hubiese algo que realmente me revelase algo trascendental, pero...

La tapa se ha abierto.

Joder.

Un puñado de putos cuestionarios que se hacían en las convenciones. Y ni siquiera estaban rellenos como para poder intentar buscar algún anagrama secreto entre las respuestas.

Le he dado un manotazo a la caja, que ha rodado hasta quedar debajo de una estantería. Ha sido entonces cuando he notado el crujido a mi espalda.

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #10

Vale, oye, oye, a mí no me mires así. Vale que tal vez no era la súper-ultra-mega-definitiva-final-que-de-verdad-es-final. Pero eh, no es mi culpa, yo sólo te estaba comentando esa ley no escrita de la investigación criminal. Pero ahora viene una que de verdad que sí le podría estar pasando a nuestra protagonista. Cuando estás muy cerca de llegar a una conclusión importante, pero alguien —sospechoso, envuelto en sombras y sin buenas intenciones— te interrumpe de pronto.

Estaba sentada en el suelo, con mis piernas casi empapeladas por aquellos formularios inservibles que me seguían anclando ante la mesa de las piezas de puzzle que nunca lograrían encajar. A lo mejor había llegado el momento de

hacerle caso a Martí. De dejar de creer que ver tantos capítulos de “Crímenes imperfectos” me había dotado de unas habilidades deductivas extraordinarias, que la vida real era como las series y películas y que no había una presencia omnisciente que dispusiese los altercados en mi vida de forma lógica y consecuente, esperando a que siguiera el camino de baldosas amarillas y descubriese mi realización como personaje principal.

Tenía que tocar de una puta vez con los pies al suelo, a ese suelo frío y sucio —pero sin moqueta, gracias a dios— del armario de muestras en el que había estado recluida los últimos días y que era la mayor de las certezas que podía encontrar en ese momento en mi vida: Esto es para lo todos creen que sirves, Abril. Para estar en un cuarto a oscuras sin contacto con el resto humanidad. Así que tal vez lo mejor sería guardar mis pretensiones detectivescas en esa caja que ahora estaba medio vacía y resignarme y volver. A casa, a Barcelona, a mi filial local de Skino, a mis proyectos de responsabilidad media y a ahorrar para poder invertir en un psicólogo que me ayudase a enterrar en mis recuerdos que había matado un hombre y que nunca llegaría a saber por qué (por qué estaba allí, quién era realmente él, e incluso que quién habría llegado a ser realmente yo si su cabeza no se hubiese interpuesto entre lo que había tras la puerta y mis ganas de follar.

Finalmente me he decidido a levantarme y he intentado meter todos los bártulos que había sacado de la caja de Werkert otra vez dentro. Aunque que más daba, he pensado. Si me iba a ir, de esa mierda de cuarto y de esa ciudad que no me ha aportado nada más que antecedentes criminales. Pero he creído que sería mejor devolver esa caja a su sitio, para que Ally no se tuviese que hacer preguntas, cuando pasase mañana a hacer su revisión diaria, y se plantease que que por qué me habría empeinado en ordenar la caja de la balda de arriba.

Un sonidito inquietante me ha hecho volver la espalda cuando estaba empezando a subir los primeros peldaños de la escalera plegable. Pero no había nadie. La puerta seguía cerrada, y la habitación vacía, así que he retomado mi ascenso intentando asir la caja con el brazo derecho mientras con la izquierda me apoyaba en la barra de la escalera para sentirme afianzada e infundirme seguridad.

Segundo peldaño.

Me estaba empezando a tirar el antebrazo y he visto peligrar mi equilibrio. He cambiado la caja de lado y he apretado mi mano izquierda fuerte contra la barra de la escalera.

Tercer peldaño.

He sentido que la caja resbalaba un poco por mi mullido bíceps y la he apretado más contra el lateral de mi pecho para retenerla. Mi mano izquierda sudada ha seguido aferrándose a la escalera.

Cuarto peldaño.

He dejado de ver. Alguien me había tapado los ojos y de pronto ya no estaba en la escalera.

CAPÍTULO 49

JUEVES 24 de mayo, 23:24 PM:

Estimada compilación de anécdotas que podrá servir de casos de estudio para futuras tesis de psicología avanzada,

Perdón, he tenido que hacer una pequeña pausa para atiborrarme a chokolatinas del minibar. Y para ir posteriormente al baño, porque mi pequeño ataque de nervios aún no está del todo controlado.

Pero no me dilataré en una introducción larga y tediosa, sé que estás muy expectante por conocer cómo sigue la historia.

Así que ahí va:

La persona que me ha cogido me ha tapado los ojos con una mano y me ha cogido por la cintura con la otra. Creo que he gritado mientras me cogían el volandas, porque en cuanto me han depositado de nuevo en el suelo han usado esa mano para taparme también la boca. El corazón bombeaba mi sangre a una velocidad tan temeraria que he pensado que por fin iba a pasar. Me iba a dar el tan anticipado ataque cardíaco y pondría fin a mi consciencia antes de saber quién me estaba raptando. Un instinto primario ha atizado mis reflejos y le he mordido la mano al intruso.

—Ostias puta Abril, ¡jodeer!

Me he girado y he visto a Pau llevándose la mano mordisqueada a la boca, al tiempo que se la acariciaba.

—¡Pau! ¿Pero qué coño pretendías? Que me de un síncope aquí y así Skino se ahorra los billetes de vuelta, ¿o qué?

—No sé, Abbie, ostias, era una broma. Estás en Skinophillia y es casi la hora de plegar, ¿quién iba a ser?

Ah, Pau, pues no sé. La persona que cogió un cadáver de un armario y lo metió en un coche robado y le prendió fuego, por ejemplo.

—Ay, Pau, pues yo que sé. Estaba ahí en tensión por no caerme de la escalera, y vas y me tapas los ojos...

La persona que podría haberse cargado a mi antigua jefa y suplantar su identidad a través de emails y felicitaciones de Navidad, por seguir con las referencias.

—Joder, pues lo siento.

—Bueno yo también. No era mi intención morderte, pero...

Pau ha sonreído y se ha apoyado contra una de las estanterías. Ha echado un vistazo alrededor del cuarto de muestras y ha hecho un gesto de negación con la cabeza mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Vaya, así que no iba de coña. Es verdad que Ally te ha tenido aquí encerrada ordenando toda esta mierda vieja.

—Sí... A ver, que no es ordenar mierda, ¿eh? He estado analizando la viabilidad de los productos, su ciclo de vida útil y los he categorizado teniendo en cuenta diversos criterios y funcionalidades.

—Abbie, que hubieses acabado antes si le prendías fuego a la sala esta, que aquí no entra nadie desde que íbamos a preescolar.

—Bueno no hables en plural que cuando tú ibas a preescolar yo ya estaba en primaria, yogurín.

Pau ha soltado una carcajada y se ha acercado un poco a mí.

—En serio, Abbie, lo siento. Esta semana he estado súper liado con varios temas y no he podido estar por ti como me hubiese gustado. Ally normalmente no es tan hija de perra pero yo que sé, estará agobiada también la pobre. No sabía que te había metido aquí a recoger toda su mierda, si no créeme que hace días que hubiese venido a rescatarte.

Y en vista de que intentar intuir y recopilar “leyes no escritas de la investigación criminal...” no se me está dando bien y viendo que este encuentro con Pau empezaba a tomar un cariz diferente, puede que sea mejor que dejemos de lado las reglas de los descubrimientos criminales para recordar las muy denostadas

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 11:

Empiezas a sentir que él es el verdadero. Que todas las historias truculentas que habías tenido antes han sido sólo los pivotes reflectantes con los que el destino te ha guiado en tu camino hasta él, hasta esa persona que se preocupa por ti de forma desinteresada.

—No ha sido tan horrible —le he respondido para restarle un poco de importancia al tema. —Al menos he podido refugiarme aquí y llorar sin que nadie me vea mientras recordaba lo mal que me fue la presentación del proyecto.

—¿Qué dices? Si lo hiciste bien, Abbie. No te ralles, en serio.

—No sé Pau, es que estaba tan nerviosa que ni siquiera me acuerdo de lo que dije. Pero que no hace falta que me digas nada, gracias por los ánimos, en

serio. Pero ya sé que fue un poco...no sé, un poco bluf todo.

—Que va, que va. Te lo digo de verdad. Te lo digo como miembro del jurado que fui y que te ha puntuado con la máxima puntuación.

Le he sonreído intentándome esconder detrás una caja de una crema descatalogada con la que había estado jugueteando, y finalmente me he girado hacia la estantería tras de mí, para hacer ver que devolvía el frasco a su sitio, pero sobretodo para que no viese como una rojez palpitante encendía mi piel. Me acababa de dar cuenta de que estábamos allí solos él y yo y de lo que (no) pasó la última vez que habíamos estado en unas condiciones similares.

—Y ahora ya está todo hecho. No soy tu jurado ni voy a tener que evaluarte.

He hecho ver que estaba muy ocupada buscando el hueco exacto en el que tenía que ir ese envase vacío y no me he girado al escuchar esa declaración de intenciones a mi espalda. Pero no podía saberlo aún. Si aquella frase era una formal sutil de enlazar con la excusa con la lo frenó todo en nuestro último encuentro, o si solo eran palabras de consuelo tenue para intentar que yo dejase de darle vueltas al tema de la presentación.

No me dejó dudarle mucho tiempo: Se me ha acercado por detrás y me ha abrazado la cintura, que ha inclinado hacia él y hacia la altura que necesitaba para poder susurrarme al oído:

—Así que ya no hace falta que mantengamos las distancias.

Una parte de mi se hubiese girado y no le hubiese dicho que no hacía falta que hablase en plural, que había sido él quien había decidido mantener las distancias de forma unilateral justo después de haberlas acertado mucho. Y que los trenes sólo pasan una vez así que adiós muy buenas hasta pronto, cierre de puerta sonoro y expiración que me hinche el pecho de orgullo.

Pero la otra parte, que es más grande y cabezona, lleva más de un año sin follar (porque lo de Martí no cuenta) y se había quedado con la curiosidad de que nos podrían deparar aquellos asuntos que teníamos pendientes. Ha habido un tenso debate, no creas. he intentado hacer una valoración rápida de los pros y los contras antes de tomar una decisión, pero los labios de Pau se han adelantado a mis disertaciones mordiendo el lóbulo de mi oreja. Y sus brazos me han aferrado más a él y he sentido una ristra de mordiscos en el cuello. Yo aún me estaba intentando engañar a mí misma pero en el fondo sabía que la decisión ya estaba tomada: volvería a dejar que me bajase las bragas, que me desabrochase los botones de la camisa y que me pusiese de la cara contra la pared.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 11:

Los amantes protagonistas de esta escena romántico-erótica se reencuentran después de malentendidos e idas y venidas. Su pasión desmedida necesita fluir sin frenos, así que el primer lugar en el que se encuentran a solas podrá ser el nido de pasión perfecto para desatar el despliegue sus habilidades amoratorias.

Me he girado hacia él y nos hemos empezado a besar con lengua y una furia adolescente. Yo he agitado el pie derecho para que se me cayese el único tacón que me quedaba puesto y he intentado desabrochar la camisa de Pau sin atinar a ver en qué lado tenía los botones. Pero no me atrevía a despegarme de aquel beso, ni a desenredar mis dedos de sus mechones de pelo. He notado las manos de Pau en mis nalgas y cómo apretaba con fuerza para levantarme. Ha dado un par de pasos atrás y me he dejado caer sobre lo que yo he notado como algo frío y metálico que se ha clavado en mi espalda descubierta. Me había recostado sobre la escalera plegable y yo he dudado de que eso fuese un sitio cómodo y seguro, pero ha bajado la cremallera de mi falda de tubo ajustada y ya he dejado de pensar. La falda rozaba mis caderas para intentando hacerse paso, pero imagino que fui muy optimista cuando decidí llevarme aquella talla treinta y seis y latela de efecto polipiel parecía haberse encallado en la antesala de mis muslos. Me he incorporado en un semi abdominal para ayudar a Pau en el cometido de desnudarme al tiempo que él daba un tirón definitivo. La sacudida me ha empujado hacia atrás y me he golpeado en la nuca con uno de los escalones.

—¡Ostias, joder!

—¿Abbie estás bien?

—Sí, sí, claro.

Y me he incorporado, le he avasallado y le he empotrado contra una estantería. No las tenía todas conmigo. Ese golpe me había dolido y la señora jubilada que vive en mí me hacía preguntarme que por qué no conteníamos nuestra impaciencia y nuestros pantalones durante unos segundos e íbamos a refugiarnos a la confortabilidad del colchón de mi hotel. Pero no me apetecía cortar el rollo y no quería renunciar a esa última vena aventurera que me quedaba. La que se había bebido rondas de seis chupitos en la uni, la que no se atrevía a mirar la cuenta corriente hasta final de mes, la que dejaba que Pau me tirase de pelo y sorbiese mis pezones en premisas corporativas y horario laboral.

Una vez rescatada la Abril alocada sólo quedaba llevarlo todo hasta el final. Mis manos han ido tanteando hacia abajo, buscando de la hebilla de su cinturón.

Cosas que salen en las novelas romántico-eróticas pero que según ha podido comprobar Abril no son verdad 13:

Durante el encuentro romántico definitivo, ese que ha nublado los sentidos de la chica normal per arrebatadoramente sensual, suena una canción que contribuye a configurar una atmósfera tórrida y apasionada, y que además sirve para que la narradora saque a relucir la exquisitez de sus buenas gustos musicales. Su intimidad se afianzará con cada acorde.

He desabrochado el primer botón de sus pantalones y él me ha cogido por la cintura y me ha hecho dar la vuelta, de espaldas a él, mirando hacia la estantería. Ese giro brusco me ha cogido por sorpresa y me ha desestabilizado, así que me he apoyado en una balda repleta de cajas vacías y prospectos viejos, y el tacto de algo duro ha amortiguado el descenso de mi mano hacia el fondo de ese amasijo.

Pau no se ha dado cuenta al principio, y ha seguido besándome el cuello y jugando con mis bragas mientras unas notas de sintetizador empezaban a sonar. Yo he apartado las cajas que había en aquella estantería para despejar el radio reproductor que había movido de la silla aquella mañana, que emitía aquella sintonía de organillo y esa voz tan reconocible:

Hace ya algún tiempo que vivo sin ti
Y aún no me acostumbro, ¿Por qué voy a mentir?
Juntos acordamos mejor separarnos
Hoy sé que no puedo seguir así
Intenté olvidarte y no lo conseguí
Lleno de recuerdos, todos hablan de ti
La casa vacía, ni luz ni alegría
Estoy muerto en vida si no estás aquí

Me he girado hacia Pau, que ya había escuchado lo que ya podríamos llamar “nuestra canción” y me miraba extrañado. He desafiado a mi nula coordinación psicomotriz para intentar apagar la radio que tenía atrás al mismo tiempo que le bajaba los pantalones a Pau.

Dime que sientes lo mismo que yo
Dime que me quieres, dímelo

Le he puesto más concentración a lo que estaba haciendo con la mano derecha, que era sumergirme en los pantalones de Pau. “ Abbie yo....”. Lo ha

susurrado con un tono algo preocupado, pero mis dedos ya habían llegado a la comisura de sus calzoncillos y se estaban adentrando. En ese momento he sentido que necesitaba la ayuda de mi otra mano, así que he desistido de regular el volumen de aquel artefacto prehistórico y la he apoyado en su cintura. Mi mano derecha se ha preparado para apresar a ese turgente miembro que me imaginaba duro, húmedo y circuncidado —no me preguntes por qué -, pero en su lugar ha acogido una textura flácida, y ha intentado trepar por una carne blanda y flexible.

Pau me ha sacado la mano de dentro de sus pantalones y se ha ido del armario de muestras. Me ha dicho algo antes de cerrar la puerta, algo que ha sonado a disculpa y a excusa rápida, pero no recuerdo las palabras exactas porque el punto álgido de la canción ha hecho estallar el estribillo y el aumento súbito del volumen ha opacado las explicaciones de Pau y el cierre brusco de la puerta al cerrar.

Cuando zarpa el amor
Navega a ciegas, es quien lleva el timón
Y cuando sube la marea al corazón
Sabe que el viento sopla a su favor
No podemos hacer nada
Por cambiar el rumbo que marcó
Para los dos
Cuando zarpa el amor

CAPÍTULO 50

VIERNES 25 de mayo, 00:15 AM:

Solo he hecho un pequeño parón para ~~busear en Google~~ ~~porque soy tan desgraciada~~ hacer un tentempié, sigo aquí y voy a seguir contándotelo todo hasta el final. Pero ya es oficialmente viernes así que al menos puedo hablar de esta fatídica tarde en pasado, y hacer ver que el escarnio que he vuelto a vivir queda oculto en los recovecos del un tiempo ya lejano.

Recapitulemos: Volví a ver como un potencial polvazo se disolvía entre excusas inconexas y huía por la puerta. Esta vez, al menos, no he habíá llegado a quitar las bragas y se habíá ido sin dejar espacio al silencio incómodo que habríá precedido la despedida si me hubiese dado algo más de tiempo a reaccionar.

Fui recomponiendo las trazas de mi arrebató libidinoso y de mi dignidad descompuesta —la camisa sobre la silla, la falda arrugada en el suelo, el sujetador colgando de un peldaño de la escalera —mientras reflexionaba que tal vez es verdad, eso que dicen del ser humano. Que es el único animal capaz de tropezar con la misma piedra. En mi caso, debo ser la única persona sobre la faz terrestre que es capaz de tropezar con la piedra, tropezarse, caerse al suelo, ser arrollada por ella, rodar acantilado abajo y caer en un pozo de miseria y desolación dos veces.

Además, la primera vez, la primera piedra que me habíá encontrado en ese camino de gravilla, habíá sido algo tolerable, algo que mi orgullo podía masticar y digerir: Pau era un chico profesional y no quería poner su criterio en evidencia. Podía vivir con ello, podía subirme las bragas y seguir con mi moral altiva. Pero ahora tenía que aceptar que una canción de Camela le ha habíá provocado un gatillazo y que no habíá visto ninguna otra solución. Susurrar un manido “es la primera vez que me pasa” y quitarle hierro, y volver al trapo. Le habíá parecido mejor idea huir, de esa sala, de mí. Otra vez. Por Camela. Por un organillo-sintetizador.

Qué joder, qué coño, qué aletoriedad, qué jodido el karma, qué putas ostias tenía que hacer una canción de Camela en la radio inglesa.

Y fue entonces cuando me di cuenta.

Cuando el escuche un sonidito vibrante, un sonidito de CD encallándose

por una décima de segundo porque había una incisión milimétrica en el reverso iridiscente. Las últimas dos notas de “cuando zarpa el amor”, firmes y concluyentes, y el silencio interrumpido por el sonidito, de nuevo. La pista número diez empezándose a reproducir. Sonia y Selena afirmando efusivas que quieren bailar. Toda la noche. Y el ritmo *in crescendo* eclosionando, sin dar tregua. Y el sonidito otra vez.

Me acerqué al reproductor. Ovalado, gris e insultantemente analógico, desafiando al paso del tiempo sobre aquella escalera, gracias a esa mundana apariencia que le hacía pasar desapercibido. Si total, ya nadie usa CDs. “Que tienes Spoti y Apple Music, o que si no te la descargas, Abril tía, que joder mira que eres negada para estas cosas. Tú crees que tienes que venir con un CD como si fuésemos aquí del siglo pasado, ¿pero que tú te crees que yo aún tengo pinchi para eso en el coche? Que vintage eres, tía”.

Podía escuchar aquellos reproches de Amanda y evocar su tono impertinente como si tuviese ese diálogo serigrafiado en el hipocampo, porque habían sido las palabras que me habían hecho constatar que aquel viaje no iba a acabar bien. Mis amigas no supieron verbalizar un triste “gracias”, pero sé que apreciaron que yo volviese a sacar mi CD del bolso cuando el coche nuevo de Amanda, con sus últimas tecnologías y sus sistemas para conectar el móvil a la radio automáticamente, nos dejó tiradas en mitad de una autovía y para poder seguir rumbo a la costa del sur tuvimos que alquilar lo que buenamente pudimos con nuestro presupuesto universitario: Un coche con matrícula de dos letras sin dirección asistida ni aire acondicionado.

Recuerdo aquel silencio mezclado la densidad del calor sofocante de mediados de agosto. Amanda mirando al frente, sin hablar, aporreando bruscamente el cambio de marchas porque no entraba bien la quinta. Ari atrás, abanicándose con la guía de viaje porque las ventanillas traseras no se podían bajar. Yo investigué aquella radio destartada, que que no acababa de encajar bien en el salpicadero, e introduje el CD por la ranura de lo que sospechaba que era la disquetera. Esperé a que sonase algo conteniendo la respiración, había puesto todas mis esperanzas en aquella selección musical para reanimar el viaje y no seguir abocándolo al desastre. Y que solo faltaba encima que Amy me criticase por no ser capaz de grabar un CD. Y entonces sonó. Un sonidito.

Como un bffzt-bffzt. “Joder Abbs es que ya que grabas algo siguiendo técnicas ancestrales pues al menos hazlo bi...”. Pero el sonido del organillo, electrónico, heroico, acalló a mi amiga de cuajo y las intenciones

reconciliadoras de Ángeles y Dioni arrollaron nuestra actitud depresiva. Llegamos a Cádiz vociferando los acordes de esa canción por decimoquinta vez. Así que nunca me lo reconocieron explícitamente, pero yo y mi CD habíamos salvado aquel viaje. Si no, no se habría convertido en un amuleto y no lo habríamos estado reproduciendo de forma ininterrumpida en todos nuestros trayectos. El CD “finde chicas” nos amenizó durante los mil doscientos kilómetros que recorrimos hasta Portugal, sonó en las cinco horas ida y cinco horas vuelta de aquel finde que estuvimos en Madrid y le puso banda sonora a nuestra escapada a la costa azul, incluyendo ocho horas de retención y una rueda pinchada.

Por eso lo supe a la perfección. Antes de darle al botón de “eject” con el miedo enrosándose en mi garganta y antes de ver el reflejo boli permanente rosa que le ponía nombre al CD. Había escuchado esa secuencia demasiadas veces. “Cuando zarpa el amor” —sonidito —notas finales de “Cuanto zarpa el amor” —sonidito —introducción de “yo quiero bailar” —bfftz-bfftz.

Así que pulsé el botón rojo a modo de mera comprobación. La tapa de la disquetera se abrió automáticamente, en un movimiento más rápido de lo que habría cabido esperar para un reproductor tan viejo.

El anverso de color dorado y mi letra inconfundible. Redonda y mezclando minúsculas y mayúsculas, marcando con en rosa “CD finde chicas”. La florecita que había dibujado Ari un día que se aburría. La señal inequívoca de que yo aquel día no había perdido las llaves del coche.

Bajé la tapa de con un manotazo fuerte y nervioso, que provocó que el reproductor se precipitase estantería abajo. El asa que tenía se rompió en dos trozos, la tapa se volvió a abrir y mi CD llegó, con una rotación perfecta, a colarse debajo de uno de los armarios, inaccesible. No me atreví a recogerlo todo y dejarlo en su sitio, como si no hubiese pasado nada. Salí de la habitación, la cerré de un portazo y fui corriendo hasta la salida, esperando que no quedase nadie en las instalaciones porque estaba sollozando y no hubiese tenido el valor de pararme a dar explicaciones.

Sentí una extraña sensación de seguridad al cruzar la ingente puerta de la entrada de las oficinas. Al girarme vi el logo iluminado, esa S decorada como un cisne, cerniéndose sobre mi con sus alas abiertas y impulsé un paso acelerado para encaminarme hasta el hotel. Intenté calmar mi sensación de angustia con un razonamiento empírico que me ayudase a ver las cosas con claridad. Sólo era un CD. Un CD que yo tenía en mi coche y que de pronto dejé de tener, justo después de que un día fuese incapaz de encontrar las llaves

del coche, y que luego aparecieran mágicamente de nuevo en mi bolso. Pero podían ser coincidencias. Nada era imposible, sólo cuestión de probabilidad. A lo mejor de alguna forma, sin darme cuenta, saqué el CD de la disquetera y se cayó al suelo. Puede que alguien de la central estuviese ese día de visita en la filial, y viese el CD y lo cogiese por curiosidad. Y lo guardase en su maletín, porque está hecho de materiales plásticos y eso no es biodegradable, que hay que reciclar, joder. Y luego se le pasó meterlo en el contenedor amarillo y ya una vez en Skinophillia pues qué menos que ver lo que había en aquel CD, que a lo mejor eran los *greatest hits* de Britney Spears o un audio-curso de ganchillo, que nunca se sabe. Y se quedó allí, encerrado en ese reproductor de profe de inglés con problemas para poner los *listenings*.

O no. En el otro gráfico de la estadística las casualidades existían, pero no tan concentradas en el tiempo. Y ese CD era una pieza de puzzle más que no encajaba en el tablero, pero que me revelaba que alguien me había seguido hasta casa, me había robado las llaves, había estado husmeando en mi coche y se había vuelto a acercar sibilinamente para dejar las llaves en su lugar original. En el segundo porcentaje del gráfico, a Encarna también le habían desaparecido cosas y yo dejaba el móvil encima de la mesa siempre que me iba a una reunión. En el apéndice de ese estudio, la estadística contabilizaba dos personas muertas y dos desaparecidas. Y yo estaba volviendo sola al hotel en una noche oscura de entre semana, en una ciudad en la que nadie me echaría de menos. Aceleré el paso un poco acongojada: Solo esperaba no llegar a ser un dato más en aquel recuento de probabilidades.

CAPÍTULO 51

VIERNES 25 de mayo, 09:35 AM:

Te despiertas sin saber aún que hoy va a ser ese día. Pero lo es. Ese que pensabas que nunca llegaría. Así que no te habías preparado para él. No habías entrenado que el apretón de manos exudase seguridad en vez de humedad pegajosa, ni habías ensayado cómo mantener la mirada fija a tu interlocutor mientras sonríes, asintiendo. No te habías puesto esa americana entallada con tela reforzada en los hombros que te hace parecer más profesional, ni te había dado tiempo a repasarte el rojo opaco del pintalabios.

Pero por fin lo tienes. Al parecer ninguna de las tonterías que tú creías determinantes importaban. Porque por fin es tuyo. Lo que siempre habías querido, lo que creías que era la motivación que te empujaba a trabajar más horas de las que dormías sin hacerte demasiadas preguntas existenciales.

Te espera detrás de la puerta de la entrada, enfundado en su traje gris almidonado, y te tiende la mano a modo de buenos días. Se da la vuelta mientras te indica con un movimiento de brazo que le sigas por ese pasillo a mano izquierda que acabas de descubrir que existe y por esas escaleras de caracol que ascienden a lo que supones que será su despacho. Abre la puerta, te cede el paso y la cierra tras él. Te ofrece asiento y le haces caso, preguntándote si estar sentada amainará el temblor de las piernas o si estrangulará aún más el enredo de nervios que te aprieta la garganta. Así que ahí estás, sentada, bajándote la falda que se te ha subido a medio muslo e intentando controlar la respiración. Inspira. Expira. Te van a echar Abbs. Inspira. Expira. En el mejor de los casos. Él empieza a hablar mientras tú te vas anticipando, como de costumbre, y exploras todas las versiones del peor escenario posible en las que podría desembocar esa conversación. Un haz de luz entra por la parte de la ventana que no está cubierta con la cortina y se refleja en su calva. Te hace gracia, pero no es momento para tus gilipolleces, porque te distraes y no te enteras de lo que te está diciendo. “El puesto se creó especialmente para llevar el tema del logo, pero ahora está vacante. Obviamente esto te va a repercutir en el sueldo, te pasaremos la nueva oferta”. Enfocas tu vista en él con el ceño fruncido para intentar procesar de qué condiciones está hablando. “Así que si te parece bien venir a la central de

Londres, podríamos empezar con todo en dos semanas”. Dejas de respirar mientras le escuchas. “Eres la nueva responsable de *Global Branding*”. Expiras el aire contenido mientras él sigue, pero tu has dejado de escuchar. “Bienvenida al equipo Bosco”.

Ya tienes todo lo que (creías que) querías, Abril.

CAPÍTULO 52

VIERNES 25 de mayo, 11:27 AM:

La reunión se ha acabado con un acercamiento algo más personal. El señor calvo se ha levantado y ha rodeado la mesa para darme un abrazo y un roce de mejillas que simulaba un beso. He cerrado la puerta al salir y he bajado por las escaleras de caracol, aferrándome fuerte a la barandilla. Las piernas me seguían temblando y volvía a tener ese nudo en la garganta y esas ganas injustificadas de llorar, pero me he esperado a llegar a un baño para hacerlo. Me he metido en uno de los cubículos y me he sentado sobre la tapa del wáter, con la mirada enfocada en el móvil, mientras con un movimiento ascendente de mi dedo sobre la pantalla iba recorriendo la agenda.

La verdad es que no me había imaginado que fuese a ser así. En mis fantasías profesionales, este momento hubiese estado acompañado por grititos de alegría, una botella de champán siendo descorchada, la actualización de mi perfil de LinkedIn y una coreografía de celebración a lo largo del pasillo, con el equipo de IT haciéndome el coro de fondo, como recién sacado de un musical. Pero esta era la realidad. La ridícula estampa de yo sentada sobre una taza de lavabo con olor a humedad, llorando a solas y con el miedo mordisqueando mi ilusión.

Me acaban de ofrecer el puesto que siempre había creído que merecía y yo había asentido con la cabeza y dicho sí “ah, guay” ante el planteamiento de hacer una mudanza internacional en solo una semana. A efectos prácticos acababa de aceptar un contrato que casualmente me habían ofrecido el día después de descubrir que alguien de esa empresa había estado hurgando en mi coche.

Podría ser, de nuevo, una casualidad, los astros sonriéndome en el momento más inesperado, el destino descojonándose de mí con sus artimañas, el karma dándome una patada en la espinilla por todas las veces que me he quejado de sentirme estancada en el trabajo.

Pero también podrían ser otras cosas. Podría ser Pau entrando en mi coche y cogiendo el CD, pensando que tal vez se lo había robado yo a Werkert y que contenía los secretos más oscuros de Skinophilia. Podría ser él escuchando esa canción, y bloqueándose porque esos acordes le resonaban a su delito

menor. Podría ser alguien más que Pau, un complot corporativo para descubrir por qué habíamos matado a Werkert y qué información confidencial le habíamos robado. Podría.

He puesto mi dedo sobre el teléfono de Martí y he estado a punto de pulsar, pero al final he seguido rebuscando entre el resto de contactos. No puedo tener ninguna certeza con nadie que trabaje en esta empresa. ¿Y si él también estaba en el ajo? El día que no encontraba las llaves se había ofrecido a llevarme a casa. Vale que por la mañana había llegado tres horas tarde y mi justificación fue que había tenido que enlazar una combinación imposible de transportes públicos. Pero a lo mejor ese trayecto hasta mi casa fue solo para aprovechar y devolver las llaves a mi bolso.

Al final me he ido a la opción segura y confortable y he hecho mi llamada diaria a casa.

—Abril, cariño, ¿cómo que llamas ahora? ¿Ha pasado algo?

—No... Bueno, sí. Pero algo bueno —he fingido un tono que tal vez habría llegado a convencerme incluso a mí —Me han... me han ascendido.

—¿Pero qué dices? ¡Paco, ven, que a la niña la han ascendido! Enhorabuena, ¡cariño! ¡Cuenta, cuenta!

—Pues... bueno, no lo tengo claro, aún me tiene que llegar la oferta y todo, y... Y sería aquí en Londres. Al final me han dicho que en la presentación del proyecto, la que os dije que me fue tan mal, ¿sabes? pues que habían visto que tenía una idea de cómo replantear la marca muy alineada con la de la empresa, y que justo ahora están buscando a alguien que se responsabilice del proyecto, y que podría ser yo...

—Ay Abril, en Londres, ¡qué lejos vas a estar...! Pero qué bien, como me alegro, el papa y yo vendremos a verte cada mes, ¿a que sí, Paco? ¡Te pides las vacaciones en el trabajo mañana mismo eh...! ¿Pero vuelves o ya te quedas? ¿Y te van a aumentar el sueldo? Piensa que los alquileres por Londres están por las nubes, ¿ya has estado mirando pisos? No te vaya a meter en un tugurio tú ahora, ¿eh? Que escúchame, vale la pena si por trescientas libras más tienes luz y estás cerca del trabajo. ¿Y te cambian el contrato? Ahora no pierdas la antigüedad, tú mira bien todo cuando firmes, cariño.

—Sí, mama, sí... —No sé muy bien a cuál de sus preguntas ametralladas estaba asintiendo, pero todos los nuevos frentes que me había abierto me estaban agobiando y necesitaba colgar para seguir reflexionando si quería aceptar esa oferta.

—De verdad, ¡cómo me alegro cariño...! Sabía que era cuestión de tiempo

que reconociesen todo lo que vales, aunque bueno, en esta empresa tuya que te asciendan tampoco es garantía de nada, parece que contra más tarado estás, más te suben, entre el Martí y lo que me contabas del becario. Pero no lo digo por ti, ¿eh, cariño? Tú te lo mereces.

Hemos quedado en que me vendrán a buscar al aeropuerto cuando llegue el domingo y me he despedido precipitadamente. Necesitaba colgar, necesitaba salir de ese baño claustrofóbico, necesitaba aire puro que poder respirar ahora que mis pulmones parecían saturados y que el aire que podían absorber mis alvéolos eran partículas mínimas y sin oxígeno. La pesadumbre que palpitaba sobre mi pecho me impedía respirar y pensar en otra cosa que fuese contener mis náuseas. Pero no podía quedarme allí, dejándome consumir por mi ataque de ansiedad. Necesitaba saber cosas. Porque mi madre me acaba de dar, sin saberlo, y tal y como en una ley no escrita de la investigación criminal paralela, la pieza del puzzle. Era, de hecho, la misma pieza que yo siempre había estado mirando, reposando plana sobre la mesa. La que había mirado desde todos los ángulos e intentado encajar a base de fuerza y de aporrearla con un martillo. Pero no encajaba. No encajaba.

Porque estaba del revés. Y acabo de verlo ahora. La pieza se ha girado, nueva y reluciente, y ha encajado en ese puzzle a medias con una suavidad anacarada, sin necesidad de forzarla con el dedo.

CAPÍTULO 53

VIERNES 24 de mayo, 17:35 PM:

Querido único compañero en el que puedo confiar mientras siga en este país,

Me he parado justo delante de la entrada del departamento de *marketing*, algo dubitativa. Todos estaban enfrascados en tareas de esas ligeras pero perezosas, así que no se transpiraba la tensión que suelen generar las reuniones largas y las entregas de última hora de entre semana. He inspirado hondo por última vez y me he dispuesto a avanzar con paso firme y seguro hacia el despacho de Pau, todo recto y a la izquierda.

—Buenos días, Abril. ¿Qué tarde llegamos hoy, no? Espero que puedas acabar ya lo del almacén, ayer lo dejaste muy desordenado y...

Mi mejor amiga británica me ha interceptado el paso y todo indicaba que había visto la escena desolada de sexo interrumpido y descubrimientos turbadores que dejé ayer.

—Ya, Allison. No te preocupes, ahora voy.

La he esquivado para seguir con el rumbo fijo hacia el despacho y ella ha seguido hablándome a mi espalda.

—¿Dónde vas? Pau tiene una reunión ahora.

—Sí, es conmigo —Me he girado hacia ella y he cincelado una sonrisa forzada, y he aprovechado su desconcierto para corretear hasta el despacho

He visto a través la puerta acristalada que estaba hablando por teléfono. Mr. Pau Greu. El cartelito, justo al lado de la puerta, indicaba el cargo de Pau con letra Skinosoft. “*Branding & Events manager*”. Esa era la información que yo había estado obviando todo el rato. El nexos común que latía en todas las tramas. Yo había estado apuntando el foco hacia la relación entre todos los actores, hacia los proyectos laborales que compartían, sin reparar en qué era la que verdaderamente articulaba los problemas de Skinophillia. El comentario de mi madre, casual y jocoso, había sido la chispa que había desatado mi ignición de conclusiones. ¿Qué era lo que tenía en común buena parte de los departamentos y filiales de Skinophillia?

Jefes de mierda.

Lo tenía tan interiorizado en mí que ni siquiera era algo que viese fuera de

lo normal. ¿Cuántas veces le había hecho el comentario a Nadia? “¿Qué tipo de chantaje les hará para que siga aquí y no lo echen tía?”. Era una broma. La única baza a la que acogerse para poder tomarse con humor que había que quedarse hasta las once a trabajar porque a Martí se le había olvidado decirnos que el informe era para la mañana siguiente. Un comentario de coña. Pero ahora resultaba que había despejado la ecuación, y la “x” sólo podía ser eso porque sino serían demasiadas coincidencias, incluso para alguien con tan mala suerte como yo.

He entrado al despacho, he cerrado a puerta tras de mí y me he sentado en la silla de en frente de Pau. El me ha hecho un saludo con la mano, disimulando su asombro y le ha pedido a su interlocutor que le disculpara un segundo. Ha tapado el auricular inferior del teléfono con la mano y se ha dirigido a mí:

—Abbie, hablamos luego, ¿vale? Tengo ahora una reu con un proveedor.

La Abril cautelosa y complaciente que siempre soy aún se sorprende de lo que la parte de mí que buscaba respuestas ha sido capaz de hacer. He alcanzado el teléfono con mi mano y he pulsado el botón de colgar mientras le sonreía.

Pau ha fruncido el ceño y me ha mirado con una especie de gesto interrogativo mientras descubría el teléfono y seguía con la conversa que yo había dejado a medias con mi entrada. Me he quedado ahí sentada mientras esperaba a que acabase, mirando hacia la ventana como si estuviese calmada y mi intento de ser una *femme fatale* no hubiese fracasado.

—No sé qué pelis has visto Abril, pero esto sólo se puede colgar con el auricular —Me lo ha dicho algo molesto mientras colgaba (ahora sí) el teléfono. Yo he ampliado mi sonrisa, disculpándome en silencio, y me he quedado sin saber cómo empezar esa conversa. —Bueno, qué, ¿qué querías?

Le he mirado fijamente mientras pensaba en la respuesta. No lo sé, ¿qué quería? Había tenido muy claro que podría encontrar respuestas en su despacho, caótico y sobreexpuesto porque no tiene cortinas.

—Hablar.

Una vez más, querido diario, creo que ha llegado el momento de que te levantes y corees con entusiasmo elogios sobre mi habilidad argumentativa.

—Abril, porfa, ve al grano que no es coña, tengo una reunión en las salas de abajo y ya voy tarde.

—Quería... —Saber si has ayudada a encubrir mi crimen, si me has estado espionando y si has estado rebuscando información confidencial en la guantera

de mi coche.

—¿Es por lo de ayer? —Ha inspirado y se ha pasado la mano por el flequillo —No te quiero meter el típico rollo de que no fuiste tú, que fui yo, pero es que joder es tal cual, no eres tú, soy...

No había llegado allí para hacerle hilvanar un rechazo amable, así que le he interrumpido antes de que me soltase otra expresión manida que socavase más mi dignidad.

—¿Por qué te hicieron jefe?

—Que yo no... ¿Cómo? —Pau seguía absorto en su discurso sobre “por qué no era una buena idea tirarse a Abril en el despacho de muestras”, así que creo que no ha entendido bien mi pregunta.

—¿Por qué eres jefe, Pau?

He movido mi silla para alejarme un poco de la mesa y he cruzado las piernas, dejando esa pregunta revolotear por el aire concentrado del despacho. Me había quedado con las ganas de dejarle intrigado, de cambiar las tornas de ese juego de poder y ser yo quien se erigiese con la victoria de la superioridad moral. Pero Pau me miraba con algo de desconcierto, como dando a entender que no sabía por dónde iban los tiros.

—A ver, creo que podemos ser sinceros, Pau —he retomado mi pregunta, para darle más indicios sobre el tipo de respuesta que esperaba —Yo era tu tutora. Tu jefa, a efectos prácticos. Sé perfectamente como trabajabas. Eres simpático y según cómo puedes llegar a parecer algo espabilado, pero no eres el tipo de figura brillante que detectaría el departamento de talentos. Apenas chapurreabas el inglés y aún te quedaban varias asignaturas pendientes de la carrera. Pero sin embargo, oh, giro inesperado de los acontecimientos, te apuntan a un programa de jóvenes talentos cuando solo llevabas tres meses de becario. Vaya. Qué suerte, Pau.

Él ha seguido mirándome cómo si yo le estuviese hablando en un dialecto recóndito y cerrado del chino mandarín, así que he imaginado que iba a necesitar más explicaciones. Iba a retomar mi exposición justo cuando me ha respondido:

—Abril... Entiendo que puede ser duro, ¿vale? —Ha acercado su mano a las mías, que estaban jugueteando con un boli por encima de la mesa y me la ha puesto encima, dándome palmaditas —Que hayas estado varios años llevando todo el peso del departamento, aguantando a Martí, y que ahora vengas aquí y veas que hay carreras que han ido más rápido... Intenta relativizarlo, no puedes dejarte guiar por las comparaciones.

Su condescendencia me ha abofeteado el orgullo como un manotazo impulsivo. Diría que incluso he podido notar el dolor físico y mi silla desplazarse unos centímetros hacia atrás. Yo había llegado hasta aquel despacho segura y dispuesta a arrasar. A volcar en Pau mis sospechas y quedarme sentada a esperar como se le desencajaba la cara y me daba las respuestas que necesitaba. Y ahora él me fustigaba llamándome envidiosa con una amabilidad empalagosa. Me he reajustado las gafas sobre el puente mientras intentaba encontrar las fuerzas para imponerme a él y convencerle de que, incluso aunque él aún no lo supiera, yo tenía razón.

—No estábamos hablando de eso Pau. —Me he levantado de la silla y me he sentado sobre su mesa, con la pierna derecha apoyada en el suelo y la izquierda cruzada por encima —Estábamos hablando de que un día, de pronto, llegaste y le contaste a recursos humanos que habías sufrido acoso sexual. Y oh, justo te ofrecen apuntarte a un programa de talento que te va a catapultar hacia la pirámide de la central. Vaya, vaya. A esto lo llamo yo toda una casualidad. De eso hablábamos, Pau.

Por la constricción del fruncimiento de su ceño, he intuído que estaba paladeando varios insultos. A lo mejor se estaba debatiendo entre si tirar por la vía fácil de llamarme “loca de los cojones” u optar por la elegancia de lo sutil y recomendarme una medicación fuerte. Pero un estallido a mi espalda ha interrumpido la atmósfera: Un movimiento imprevisto de mi culo reposicionándose sobre el escritorio había tirado sin querer una taza.

—Déjate de gilipolleces, Bosco —Pau se había levantado de la mesa y se estaba encaminando hacia la puerta. Me ha dedicado unas últimas palabras mientras empezaba a abrirla —No tenemos nada de lo que hablar.

La puerta se estaba abriendo y Pau se iba a ir. Otra vez. La historia de mi vida parecía una cinta encallada, reproduciendo una y otra vez la misma escena, un bucle de deja-vûs en los que Pau se aferraba a un pomo, cruzaba el linde y me dejaba al otro lado de la puerta sintiéndome confundida y descompuesta. He intentado pensar en una la combinación clave de palabras que le hiciese pararse y mirarme de nuevo a los ojos. ¿Tal vez había llegado el momento de sacar el tema del CD? No, aquello lo podría rebatir fácilmente con una mentira poco elaborada.

—Sé lo de Bettina, Pau. Lo sé.

Él se ha girado lentamente hacia mí y yo he contenido la respiración mientras lo hacía. Hasta que no viese algún destello de reacción en su cara no podría saber si aquel farol que me acababa de marcar había dado pie a

proseguir con la partida.

—¿Qué es lo que sabes?

Vaya. Estaba claro que no había planificado la jugada y que me habían plantado a subir mi apuesta con una pareja de doses en la mano y a sabiendas de que Pau tenía una escalera de color. Aquella pregunta por su parte me ha hecho intuir buenas y malas noticias. ¿La buena? Realmente había pasado algo y volvía a tener un hilo del que tirar. ¿La mala? No tenía ni puta idea de cómo seguir con mi farol.

—¿Que qué es lo que sé? En el fondo, Pau, ya sabes lo que yo sé. No sé por qué me lo preguntas, no busques excusas para alargar esto.

Pau se ha revuelto el pelo con la mano, arrastrándola desde su frente en un gesto de impotencia. Se ha vuelto a girar hacia la puerta y ha girado el pomo.

—Sé que se quería ir porque descubrió cosas que no le gustaron un pelo, Pau. Y que antes de poder llegar a comunicarlo, Werkert fue a disuadirla. Y que, casualmente, justo después los dos desaparecieron.

All in.

Pau ha vuelto a cerrar la puerta de golpe y ha venido hacia mí, muy rápido y directo. Me ha cogido del brazo y ha tirado de él para acercarme a su mesa del despacho.

—Pues sí, Abril, sí. Casualmente. Todo han sido coincidencias, no sé porqué te cuesta tanto aceptar que a veces las cosas simplemente pasan. ¿Sabes cuál la verdadera historia de cómo he llegado a ser jefe? No haciendo acusaciones sin fundamento y no metiéndome en temas que no me importan una puta mierda.

—Es que me importan. —Mientras él había estado hablando yo había intentado procesar qué información me estaban filtrando sus palabras para seguir intentar indagando, pero aquella contestación me había salido de forma automática. Me he acercado más a él para decirle todo lo que pensaba — Claro que me importa, Pau. ¿Para qué tipo de empresa estoy trabajando? ¿Qué tipo de mierda se está cociendo en Skinophillia? Son cosas que me importan. Y descubrir que hay gente de esta empresa que ha sido coaccionada me importa. Y si a ti no te importa tienes un problema.

Pau me ha estado mirando fijamente mientras yo intentaba controlar mi respiración. Sentía el peso de un mal presentimiento anidando en mis entrañas y empezaba a querer no haber entrado allí.

—Aquí nadie ha coaccionado a nadie.

—¿Ah, no? Pues explícame por qué me encontré Werkert dentro de mi

habitación.

Pau se ha apoyado contra la mesa de su escritorio, mirándome muy serio, y yo me he preparado para reproducir una versión más de aquella historia, una réplica exacta de los hechos que solo variase los matices.

—Los días aquellos de las conferencias de estrategia —le he aclarado — llegué después de cenar a mi habitación y abro la puerta y zascas. Había un puto tío dentro. Se fue corriendo, sin decir nada, pero a mí Werkert me sonaba de los informes anuales y acabé acordándome de quién era. Y resulta que la habitación en la que yo estaba era la de Bettina. ¿Eso es otra coincidencia, Pau?

—Pues podría ser, a lo mejor estaban liados, ¡qué se yo! ¿Pero qué intentas insinuar, Abril?

—No lo sé, Pau. No lo sé. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

Pau se ha puesto una mano tras la nuca y ha empezado a andar de un extremo al otro del despacho mientras se masajeaba las cervicales.

—Mira Abril, puede que en Skinophillia pasen cosas chungas, ¿vale? En todos los sitios pasan cosas. Pero una cosa es que se hagan cosas poco éticas, y otra es que lo estés pintando como una mafia que se dedica a hacer desaparecer a los empleados. Nadie ha muerto por trabajar aquí.

Yo en ese punto podía discrepar pero ya había atentado lo suficiente contra el plan de Martí revelando que había visto a Werkert, así que a lo mejor tampoco hacía falta hablar de cómo le incrusté una puerta en el cráneo a su jefe.

—¿Y qué me dices de Adela? También sé todo lo de Adela, Pau. Lo de Adela Leures.

Ahora ya ni siquiera tenía una triste pareja en mi baraja. Me lo estaba apostando todo, e incluso hubiese dicho que el tono tintineante de mi voz, y casi tartamudeando la pregunta, le había enseñado todas mis cartas. Le he mirado a los ojos, dispuesta a aguantarle la mirada para que se creyese mi apuesta. Lo más seguro es que ni siquiera supiese de quién cojones le estaba hablando, pero al final era el único vínculo que había podido encontrar. Dos becarios. Dos ascensos meteóricos en poco tiempo y la necesidad de tener una explicación.

Pau había dejado de andar de un lado a otro y se había puesto a dar golpecitos en la mesa con un boli.

—A Adela no la mató nadie, se murió ella solita porque era imbécil y no siguió el protocolo. A todos nos sabe mal, ¿vale?

Esa confirmación me ha azotado con un latigazo de sorpresa e incompreensión, pero he intentado que no se me notase. Supongo que una mueca de desconcierto ha bailado de forma intermitente en mi cara hasta que he logrado enderezar mi compostura y seguir mirándole fijamente, con la espalda erguida y los hombros rectos, los labios sellados y las manos fijas en mis caderas.

Quería llorar, deshacerme, irme corriendo de allí y coger ya un avión, dejar atrás el gris plomizo del cielo y abrazar a mis padres. Quería gritar y preguntarle que por qué y que qué coño era el protocolo, pero por ahora mi única baza había sido fingir que yo sabía más. Solo podía responderle seria y contundente con una voz que no pareciese que se estaba a punto de romper:

—Oh, venga, Pau, ¿de verdad vas a ser tan cínico? A todos nos sabe mal, claro. Pero todos sabemos que es culpa de Skinophillia.

—Es lo puto primero que te dicen cuando entras al programa, Abril. El folleto del protocolo casi te lo enmarcan, joder: Tienes que seguir las indicaciones de tu médico supervisor y, sobretodo, cuando se te dan detectado los síntomas. No puedes beber alcohol, no puedes exponerte a situaciones de riesgo sin supervisión. Y la tía va y se sube a una azotea y se mete en una piscina borracha como una cuba cuando había tenido parálisis. No podemos sentirnos culpables, Abril. Las reglas estaban claras y ella no las siguió.

Algo se había parado dentro de mi. O más bien todo. El corazón, mi sistema digestivo, la circulación de mi sangre y del aire que apenas atinaba a entrar en mi tráquea constreñida.

—Así que tú... Tú has estado en el mismo programa que ella.

—Joder, Abril hace dos semanas que intento follarte y no he podido. Claro que he estado en el mismo programa, todos los becarios hemos estado en el mismo puto programa.

El desconcierto se había empezado a filtrar por todos los poros de mi cara y sabía que iba a ser imposible disimular, pero Pau ya había cogido carrerilla en sus explicaciones y no se había fijado en mis facciones desencajadas, él seguía dando vueltas entono a la mesa, contándomelo todo:

—Yo también pensaba que solo era un estudio de mercado, ¿sabes? Bueno, todos. Es lo que te venden. Hasta que te toca y eres de los que tiene síntomas. ¿Te acuerdas del día de la cena aquella? La de verano, justo antes de que me fuera. La semana antes habíamos hecho un *focus* y nos dieron una nueva muestra de la antiarrugas. Justo el finde había quedado con una tía de Tinder y ya lo noté, pero pensé que, yo que sé, sería cosa de los nervios, yo que sé. A

todos les pasa alguna vez, ¿no? Y luego en casa me intenté apañar yo solo, ya sabes... y tampoco, pero imaginé que a saber, estaba rallado por lo del gatillazo con la tía de Tinder. Y luego el día de la cena. Yo estaba flipando, Nadia, tú... —ha soltado un bufido —No me lo creía. Y se me empezó a poner dura. Estaba siendo increíble, pero de pronto tú no estabas y Nadia empezó a llevar las cosas más lejos. Y entonces... Nada. Ya no se me levantaba.

Aún estaba intentando digerir todo aquello sin atragantarme. Los *focus*. Los putos *focus group* eran una jaula de conejillos de indias con contrato de seis meses en convenio con la universidad. Pau me había dejado en la estacada dos veces, no porque tuviese un gran sentido de responsabilidad profesional, ni porque se hubiese arrepentido al verme sin ropa, ni porque el inspirado organillo Camela se hubiese interpuesto entre nuestros besos y caricias y hubiese acabado con su erección.

—A la mañana siguiente fui a ver a mi tutora del focus. No pude evitarlo, se lo tuve que contar todo, que joder había estado a punto de hacer un trío con mis jefas y que era la puta fantasía de mis sueños y que aún así había tenido un jodido gatillazo otra puta santa vez. Supongo de ahí sacaron lo del acoso, les parecería una forma fácil de justificar porque me había ido. Les llamé de todo y hasta le tiré lo que tenían encima de la mesa. Les dije que me piraba y que les iba a denunciar.

—Y te ofrecieron un puesto de jefe en la central.

He querido concluir yo la historia, para ver si al decirlo con mis palabras, en voz alta, me podía acabar de creer mejor todo lo que acaba de descubrir. Las piezas de puzzle, planas sobre una superficie y alineadas, organizadas por color y forma. Todo empezando a encajar.

—Sí —Pau se ha pasado la mano por la cara, cansado —Bueno, y lo del protocolo. Me contaron la historia de Adela. Era importante que me pudiesen hacer un seguimiento médico para confirmar que no hubiese más síntomas y seguir investigando posibles remedios.

—Pero ha pasado un año y medio y nada.

—En la última revisión me avanzaron que estamos cerca de hacerlo reversible.

Me he acercado a él y le he puesto la mano en el hombro. No sé si ha sido para consolarle a él para infundirme valor a mi.

—¿Y te compensa todo esto, Pau?

Él se ha soltado una carcajada irónica y ha usado su mano para señalarme de forma genérica la habitación.

—¿Te compensa a ti, Abbie? ¿Quedarte hasta las tantas, regalando horas cada día y destinar todas tus energías a ser la chica de los recados de Martí? ¿Te compensa que no te den ni las gracias y cobrar algo a fin de mes que casi ni te da para pagar el alquiler? Cada cual tiene lo suyo, Abbie. ¿Qué quieres que te diga? No me se pone dura, pero tengo un despacho y cobro una pasta. *Touché*. Supongo. Un chispazo de indignación ha prendido en mi, haciéndome temblar de la rabia. Pero Pau tenía demasiada razón como para yo ahora le pudiese replicar con mi moral de persona que nunca se ha tenido que enfrentar al dilema.

—¿Y Bettina, entonces? ¿También estaba en esto? ¿Qué pasó? ¿Le ofrecisteis un puestazo y lo rechazó?

—No todos tenemos las mismas prioridades.

—Claro. ¿Y qué hacéis con los que no tienen la prioridad de pasarse la vida con revisiones médicas?

—Por dios, Abril, déjalo ya. Nada, no hacemos nada. No sé que es lo que querría hacer Werkert en su habitación, pero no tiene nada que ver con esto. A Bettina le salieron cuatro granitos de mierda en la cara, no es que le hayan desgraciado la vida. Y dimitió. Ya está, no quiso aceptar la compensación de Skinophillia, fin de la relación laboral, punto.

—Pero...

—Lo tienen todo atado, Abril. ¿O acaso te piensas que una compañía como Skino va a dejar en manos de cuatro becarios la credibilidad de la empresa? Te hacen firman cosas, que tú firmas sin leer, porque en ningún momento te crees que vayan a testear cosas chungas contigo. Porque es una empresa grande, una empresa así nunca haría los ensayos clínicos en becarios a los que no han informado bien, ¿no? Es el puto Skinophillia, si total, tienen dinero, ¿qué se ahorrarían? Todos tenemos el puto papelito firmado, el consentimiento y la cláusula de confidencialidad. No hay peros en esto. Solo gente con puta mala suerte de mierda, así que solo te pido, por favor, que no me juzgues. No me mires como si fueses mejor yo, más digna, y más merecedora de todo lo que te pasa en la vida porque yo no pedí nada de esto.

He notado como una lágrima derrapaba por mi mejilla y he bajado la mirada para que Pau no se diese cuenta.

—Ya, Pau. No te juzgo. No os juzgo. Pero no sé, no tiendo cómo... si nos hubieses dicho algo a nosotras yo creo que...

Seguía con la vista fija en el suelo, así que no he podido ver si esa carcajada que ha soltado la ha forzado para reforzar la ironía o si realmente

mi propuesta le parecía tan surrealista que se le hacía desternillante.

—Abbie —Le he mirado con mis ojos llorosos —No seas ingenua. ¿Qué hubieses hecho? Nadia también es parte del programa, con esto no hay nada que puedas hacer. O lo aceptas, junto con tu nuevo puesto, o te vas sin nada.

Mi corazón estaba paralizado. Me he sentido tan aturdida que ni siquiera podía llorar. Pau ha sabido leer mi expresión y se ha anticipado a responder la pregunta que aún no había verbalizado, pero que me estaba astillando por dentro.

—Lo de Nadia es una chorrada, la verdad. Un eccema en el cuero cabelludo. Aún así le ofrecieron el puesto de Martí, antes de que él llegara. Pero ella dijo que pasaba, que no quería los marrones de ser directiva. Así que le dejaron un sueldo de manager y la subieron a una posición como la tuya. Le salió bien la jugada.

No he podido enmudecer mis sollozos ni contener el temblor de mis labios.

—Buenos Abril yo... Tenía una reunión, ya lo sabes, voy tarde. Nos vemos.

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando he encontrado la entereza para hacerle una última pregunta.

—¿Y Martí? ¿Martí también viene de los focus?

Pau ha hecho una mueca de asco y ha negado con la cabeza.

—Martí solo es un pijo capullo con suerte.

Y una vez más en mi vida, Pau abrió la puerta antes de lo que yo quería y la cerraba tras de sí, dejándome a solas con la incertidumbre.

CAPÍTULO 54

DOMINGO 26 de mayo, 22:55 PM:

Queridas penúltimas páginas de la libreta de flores rosas,

Vaya, ya estamos llegando casi al final de esta segunda libreta. Y eso que ha pasado poco tiempo. Pero muchas cosas.

Ha pasado un mes y medio, cinco semanas, cincuenta y cinco días —he necesitado un rato para calcular eso—. Ha pasado un crimen involuntario a medias con mi jefe, una investigación paralela con pocas pistas y una resolución atropellada. Han pasado seis vuelos: dos aterrizajes en Londres y dos vueltas a Barcelona con la tensión removiéndose, con distinta intensidad, entre mis entrañas. Mi llegada a casa esta mañana ha sido posiblemente la más descarnada de todas.

Mis padres me esperaban en el área de llegadas, con un ramo de flores en la mano, una sonrisa ingenua y un cartelito en el que habían escrito “enhorabuena jefaza”. Me he abalanzado sobre ellos sin poder contener el tono lloroso, y les he dicho que era porque estaba cansada y porque había sido un vuelo con muchas turbulencias. Me han creído a pesar del tono dubitativo que se me pone siempre que miento, y que conocen a la perfección, porque fue una constante en los fines de semanas de mi adolescencia. “Pues acostúmbrate a esto cariño, no le puedes tener miedo que ahora vas a estar yendo y viniendo cada dos por tres”. Los añicos que se me arremolinaban en el estómago se han hecho aún más pequeños, pero me he esforzado en fingir que solo había sido eso y que ahora todo estaba bien.

He mirado por la ventanilla, ya en el coche, de camino a casa, para poder distraerme con algo e intentar relajarme. Pero esa luminosidad diáfana a la que me tenía que volver a acostumbrar me ha recordado que hacía apenas unas horas estaba en Londres.

Yo había entrado al despacho de Pau esperando tener una corroboración de lo que me imaginaba que estaba pasando en la empresa. La teoría que había hilado después de la conversa en el baño con mi madre era que Pau había conseguido ascender a jefe amenazando con destapar un caso de acoso laboral y ahora, en Londres, quería jugar la misma baza con Bettina. Todo encajaba. Me acordé de la foto en el cajón de Bettina, cabizbaja y azorada, tan cerca de

Pau, con esa sonrisa resplandeciente en el rostro. En mi hipótesis, Pau la habría seducido para volver a usar la misma treta con Werkert y escalar aún más en aquella pirámide jerárquica interminable. Bettina había dimitido porque estaba muy dolida con lo que había pasado, y había escrito esa carta mencionando la “falta flagrante de ética” de la comisión directiva.

Y yo iba a sentarme frente a él y a desmontarle los argumentos. Me quedaría sin saber quién había ocultado el crimen que yo misma cometí, y bueno, lo de Bettina, pero seguramente todas mis cavilaciones al respecto de lo que había pasado era resultado de un desbordamiento de mi imaginación y demasiados libros de misterio en mi estera.

Creo que ni mis ánimos más optimistas habrían apostado que aquella mañana acabaría sabiendo todo lo que había detrás de esa estela de ascensos injustificables. Mis sospechas me habían llevado a un laberinto sin salida en el que ya no quedaban más caminos por recorrer y me había quedado encallada, a la espera de una revelación magistral que me iluminase la salida. Pero me había acabado dando cuenta de que la salida siempre había estado allí. Había tenido el corcho colgado en la pared, con todas las fotos y datos clavados con un pin, y lo había estado mirando desde la perspectiva equivocada. El hilo rojo que lo conectaba todo había estado liado, dando vueltas innecesarias y rompiéndose a la mitad del recorrido. Y aún sigue hecho un enjambre, pero Pau se había ido de su despacho sin dejarme tiempo a preguntarle todos los porqués.

Año 2014, el año en el que Skinophillia se había fusionado con Willow INC y había abierto filial en Widuchowa. Yo me había fijado en lo obvio, en esa nueva delegación y la necesidad de tenerla, en lo que hacía antes la empresa del abuelo de Jimena. ¿Pero que más había pasado ese año? Compromiso de Skinophillia a dejar de experimentar a nivel global con animales. Apenas un año antes se había acabado el plazo de había dado la UE para dejar de incorporar ingredientes testados en animales, e imagino que habían aprovechado la ocasión para abanderarse en los productos *cruelty-free* e intentar llevar la iniciativa en el mercado y disfrazarse con un nuevo factor diferencial. Sigo sin entender como una empresa de la dimensión y recursos de Skinophillia se le ocurrió substituir los ensayos clínicos por simulaciones de estudios de mercados con becarios. ¿Por qué? No sabría asegurártelo con certeza, pero conociendo los procesos tal y como los conozco, la respuesta seguramente tiene varios ceros y fue aprobada por un órgano de cargos directivos y mediocridad e incompetencia.

Y sabiendo esto, aún quedan muchas dudas, pero todo conecta. El hilo rojo traza un recorrido sinuoso que va desde Werkert tras la puerta esperando a que llegase Bettina, confiando en poderla disuadir, y pasa por Encarna descubriendo por qué Adela se había ahogado, cruzando por Pau sentado sobre esa silla mullida en su despacho inglés y volviendo a girar sobre Werkert ardiendo dentro de un coche para poder volver a rotar y trazar su recorrido hasta Jimena llorando porque le habían dicho que ya no podía ir focus, para acabar llegando hasta alguien robándome las llaves del coche clavando la chincheta final sobre la oferta que me habían hecho esta mañana. El puesto que habían creado única y exclusivamente para ganarse el silencio de Bettina y que, ahora que ella ya no estaba, me habían ofrecido a mí.

Por una vez las “Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido” se aplicaban a mi realidad. Un estallido de información eclosionando a última hora para darle un cierre apresurado y algo irónico a mi historia.

He estado un buen rato sentada en mi silla de la oficina de Skino BCN. Me imagino que te preguntarás que qué diablos hacía yendo a mi puesto de trabajo una noche de domingo. Es lo mismo que se ha planteado Jaime, el señor de seguridad, cuando he llegado a la entrada esta tarde. “Hola Jaime, ¿cómo va? Me acaban de llamar que tengo una presentación para mañana, ¿te lo puedes creer? Subo a buscar unos informes, a ver qué encuentro”. “Vaya Abril, no te deja en paz el Martí este, ¿eh? Anda, ánimos, espero que no te den las tantas”. Le he sonreído, sintiéndome un poco mal por mentirle, y he iniciado ese trayecto que sabía que estaba haciendo por última vez. Cruzar por los adoquines que quedan justo en medio de la zona ajardinada, y entrar por la puerta de recepción. Mirar la planta que decora la entrada y pensar que está algo pocha, y preguntarme si alguien riega y que no si no querrás decir que esta planta es más bien de exterior. Pulsar el botón del ascensor dos veces, porque no va bien, y esperar a que baje mientras echas un vistazo a cómo has aparcado el coche a través de la ventana. Entrar y subir al piso tres, que tampoco es tan alto como para coger el ascensor, la verdad, y que las puertas tardan varios segundos en abrirse cuando por fin has llegado a tu planta. Avanzar por pasillo estrecho, con salas de reuniones a lado y lado, y llegar a lo que siempre llamas “tu departamento”, pero que en realidad es sólo un espacio abierto con tres mesas y dos estanterías llenas de documentación vieja.

Resulta raro despedirte de las cosas cuando sabes que ya no volverás a

verlas. Me pasó cuando me fui del piso que había compartido con Félix, carreteando una maleta gigante y una caja pesada y sin acabar de asumir que en cuestión de minutos, de un último cierre de puerta y de tres vueltas de llave, lo que había sido mi primer hogar dejaría de serlo y se convertiría en un piso vacío y en un recuerdo nostálgico. Me pasó con Félix, cuando le vi guardando la última caja en el maletero de aquel coche destartado que había sido nuestra primera guarida. Me despedí con la mano y nos cruzamos una sonrisa triste, y me dije a mí misma que el tiempo maceraría los sentimientos y que podríamos volver a vernos, quedar para hablar sobre cómo han ido nuestras vidas con un café entre las manos y reírnos de lo que habíamos sido y lo que habíamos acabado siendo. Pero no le he vuelto a ver desde entonces.

Y supongo que con Skinophillia ha sido un poco igual. He ordenado mis cajones siguiendo mis criterios personales, como si lo estuviese dejando todo dispuesto para guardar mis cosas allí el lunes por la mañana. Me he llevado sólo lo imprescindible: He cogido una caja del armario de material y he puesto el cactus —algo pocho, pero todo un digno superviviente— a la izquierda, alineado la taza para el café insalubre que ha acabado haciendo las veces de lapicero. Mi espíritu Diógenes ha querido conservar las cinco libretas en las está almacenada casi toda mi vida profesional de los últimos dos años, y también he rescatado por fin esa rebeca de punto gordo que tenía en el perchero por si algún día se estropeaba la calefacción.

He entrado al despacho de Martí con mi carta de renuncia voluntaria entre las manos y he inspirado hondo. El último paso, supongo.

Las últimas horas en Londres las pasé meditando sobre lo que tenía que hacer. Mientras había estado hablando con Pau me había llegado un email del departamento de recursos humanos de la central. Mi nuevo contrato incluía alojamiento pagado durante los dos primeros meses, dos vuelos de vuelta a Barcelona al mes y un sueldo anual bruto tan descabellado que me había hecho pensar que tal vez era un error. Pero estaba tipografiado hasta dos veces, en la carta de oferta y en mi nuevo contrato. He estado reflexionando al respecto. Mientras aún merodeaba por esa oficina fría, en el trayecto hasta el hotel, encima de mi cama y sentada en un banco mirando al río Támesis. Esos dos documentos adjuntos en el correo eran todo a lo que yo siempre había aspirado. Un cargo directivo en un entorno internacional, condiciones estratosféricas y reconocimiento corporativo. Para poder disfrutar de todo aquello sólo necesitaba olvidar que a la última persona a la que le habían ofrecido el puesto la habían estado esperando en su habitación de hotel, y que

nadie había vuelto a saber de su paradero. Sólo necesita obviar que en la hoja que me había dado Giovanna, el informe de pruebas de una formulación parecida a la que ella proponía, el número de ensayo coincidía con el número de empleado de Adela, y detalla con exhaustividad los síntomas que le habían impedido abrirse paso en el agua helada de aquella piscina. Sólo tenía que relativizar el hecho de que alguien me hubiese robado las llaves del coche de mi bolso y hubiese entrado a trastear la radio de mi coche.

Hasta hace a penas unas horas había pensado que podría hacerlo. Tampoco es que yo sea un ejemplo de moralidad intachable. Al final yo solo era un engranaje más en la que cadena, y uno que además había cometido un pequeño homicidio. El lunes llegaría a la oficina y les comunicaría la buena noticia a Martí, a Nadia e incluso a Jimena, y empezaríamos a organizar una cena de despedida mientras yo miraba billetes en *business* para mi próximo vuelo a Londres.

Pero no. Y me encantaría dárme las de buena persona y decirte que mi decisión se motiva en unas convicciones férreas y la necesidad de ser solidaria, pero ya me conoces lo suficiente como para saber que te estaría mintiendo. No soy el tipo de persona insobornable. Pero sí que soy algo cobarde y bastante miserable, y sé que trabajar en una corporación que encubre crímenes y que amenaza sutilmente a sus trabajadores no es el entorno al que quiero dedicar mi vida.

Así que he redactado la carta, la he impreso y la he firmado mientras se me caían las lágrimas. La he dejado encima de la mesa de Martí y he cogido la pecera de Tormenta, porque él también se merece una vida mejor, llena de cariño y agua limpia. He dado un último vistazo al departamento antes de salir. Martí. También estado valorando llamarle y contárselo todo. Incluso intentar quedar con él y buscar algún tipo de consuelo en sus brazos y en sus palabras. Pero no sé. Él sí que me parecía el tipo de persona que podría sobrellevarlo todo. A Martí se le había dado bien ignorar todo lo de Werkert y, si no fuese por mis nulas dotes investigadoras, para él el tema se habría zanjado tan pronto como descubrimos que ya no estaba en el armario. ¿Qué le aportaba a él saber lo de Adela, lo de Pau? Lo que a lo mejor había pasado con Encarna. Lo de mi CD y lo del día que me desaparecieron las llaves. Con que yo cargase con ese peso ya era suficiente.

Pensé, también, en esperarme al lunes. En inventarme una excusa sólida durante el fin de semana —un año sabático en Bali o la revelación definitiva sobre mi verdadera vocación: ser paseadora de perros —y llegar allí por la

mañana, tarde como siempre, y contárselo primero a Nadia, junto a la máquina del café, y luego a Martí, con un tono confidente encerrada en su despacho. Negociar, tal vez, un despido procedente fingido con recursos humanos para poder cobrar el paro y no provocar un descalabro financiero en mis cuentas. Pero no he podido. No puedo imaginarme como sería intentar mirar a Nadia a la cara, y ver como se rasca la cabeza cuando se agobia sin pensar en Adela flotando en la piscina. Ni cómo introducirle a Martí que me voy sin contarle todo lo que ha pasado en Londres. Ni cómo reaccionaría si me cruzo en el comedor con Pilar, la de RRHH, que gestiona las convocatorias de los *focus*, y me mira con su sonrisa cándida de persona amable. Ya les llamaré cuando hayan pasado unas semanas y podamos quedar lejos de los confines del polígono.

Así que estaba escogiendo, por segunda vez, el camino de los cobardes. Yéndome por el pasillo con una caja con mis cosas en la mano izquierda, y la pecera Tormenta en la derecha. Y ha sido raro pensar que, en principio, ya no iba a volver. Esa iba a ser la última vez que llamaba al ascensor para bajar a recepción, y la última vez que iba a salir por esa mastodóntica entrada. La última vez que me iba a girar para ver el logo de Skinophillia, con “S” imponente alzando sus alas sobre ti y el reflejo que la luz que emitía tiñendo la calle de azul

La última vez que iba a deshacer el camino hasta el coche, sorteando las grietas que las raíces de los árboles desnudos han abierto en la acera. La última vez que me iba a engullir la oscuridad al al llegar a la última farola de la calle, que hace tiempo que dejó de funcionar. La última vez que iba a ser Abril, de Skinophillia.

Hacía tiempo que mis propios apellidos habían dejado de definirme. En algún punto desde que crucé el control de seguridad por primera vez hasta esta noche yo había dejado de ser Abril Bosco Vázquez para convertirme en Abril, la de eventos. Abril, la de eventos, que vive a una distancia conveniente del polígono porque escogió su piso en base a lo cerca que quedaba de la autopista. Abril, la de eventos, que tiene su armario lleno de ropa negra, a media pierna y aburrída, la que se planteaba hacer un máster en administración de empresas porque pensaba que le pesaría más en el currículum a la hora de ascender. Abril, la de eventos, que planifica las semanas en base a los tupperes que tiene que llevarse a la oficina y los huecos libres que le deja la vida entre que sale del trabajo y vuelve a entrar. Abril, la de la tercera planta, que se cortó el pelo a la altura de la barbilla porque le

daba un aire más adulto, más formal, y que contaba con treinta días naturales de vacaciones al año para sumirse en un pozo de existencialismo y plantearse qué es lo que realmente quería hacer.

Así que hoy ha sido la última vez que Abril, la de eventos, la de la tercera planta, Abril la de Skino, ha caminado por esa calle de polígono oscura y se ha girado al escuchar ese habitual crujido tras de sí, pero sólo era el viento meciendo el arbusto que sobrevive a trompicones en la esquina donde tenía aparcado el coche.

E imagino, también, que ha llegado el momento de decirte adiós. Adiós como la Abril con la identidad abducida y que lleva meses investigando un crimen que ella misma cometió.

Habrá que empezar de nuevo con las presentaciones, empezando de cero, y ahora, así que olvida todo lo que te conté aquella noche en el hotel:

Hola querido diario,

Me llamo Abril Bosco Vázquez, encantada de conocerte. ¿Qué quién soy? Si te soy sincera yo tampoco lo tengo demasiado claro, pero espero que me puedas ayudar a descubrirlo.

Hoy algo más cuerdateamente tuya,

Abril.

CAPÍTULO 55

Leyes no escritas de la investigación criminal paralela que en el caso de Abril no se han cumplido #11

Cuando todo acaba bien.

Miércoles 26 de mayo

para: marti.camps@skinophillia.es

de: corporate.info@skinophillia.es

ASUNTO: Cambios organizativos mayo

Hola a todos,

Enviamos este email para informaros de los cambios que ha habido en la empresa durante este mes de Mayo:

Hugo Skarsen se incorpora como manager al departamento de IT de la filial de Roma. ¡Bienvenido, Hugo!

Ana Gálvez, Pedro Hierro y Anke Heisser se desvinculan de la empresa para seguir con una nueva etapa profesional, les deseamos mucha suerte en sus proyectos.

Jimena Mota-villanés de Masconde pasa de *Trainee* a *International Launch Events Executive* en la filial de Barcelona.

Abril Bosco promociona y se incorpora como *Marketing Manager* en la filial de Widuchowa, reportando directamente a A. Werkert.

¡Enhorabuena a las dos!

Un saludo,

Equipo de comunicación corporativa.

FIN.

[1]